
Corazón
Indómito
MADISON DAVIS

Corazón Indómito

MADISON DAVIS

Gold Publications

©MADISON DAVIS

Título original – Corazón indómito

Primera edición, 2025

Todos los derechos reservados.



Juró que protegería a esos niños y así lo haría, aunque tuviera que pasar por encima del arrogante hijo del duque.

Tras la muerte de su hermana en el parto y de su cuñado en la guerra, **la señorita Amanda Baldwin tiene el deber de llevar a sus dos sobrinos ante su abuelo, el altivo duque de Arlington.** Solo que no contaba con la frialdad de este y con que mandara a su intimidante hijo menor a que «se ocupara de la muchacha».

Pero ambos estaban muy equivocados si creían que podían deshacerse de ella tan fácilmente.

Como hijo menor del duque, **Laurence estaba acostumbrado a sus desplantes. Quizás por ese motivo su corazón estaba endurecido, hasta que conoció a la señorita Amanda.** Una mujer que no se asustaba ni de su cicatriz ni de su mirada penetrante.

Una mujer que pondría su mundo patas arriba y le demostraría qué por amor, se es capaz de cualquier cosa. Incluso de enfrentarse al mismísimo duque de Arlington.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Siguiente novela de la autora

Notas

Capítulo 1

Bruselas, junio de 1815

Incluso con la ventana abierta, la habitación estaba caliente y sin aire. Por segundo día consecutivo, negros cúmulos rodaban por encima de la cabeza, y desde muy lejos llegaba un estruendo ominoso, pero no había forma de saber si eran truenos o cañones. Las muselinas de Amanda Baldwin se ceñían húmedamente a su esbelta figura mientras se asomaba, reprimiendo la ya familiar sensación de pánico al ver pasar con estrépito otro torrente de carruajes que se dirigían a la carretera de Amberes, transportando a los últimos restos aterrorizados de los buscadores de placer que poco antes se habían regocijado ante la perspectiva de presenciar una gran victoria aliada. Era otro recordatorio más de

que ellos también podrían haberse marchado hacía días, si su hermana no hubiera descartado la idea por absurda.

—Me niego a que me obliguen a huir de esta manera tan ofensiva, y además significaría perderme el baile de la duquesa, que puedes estar segura, no celebraría si hubiera el menor peligro. Steven me dijo que había consultado al duque de Wellington y que éste le había asegurado que todo estaba bien y que, de hecho, asistiría él mismo con todos los oficiales aliados importantes.

Meredith, aún llena de orgullo por el hecho de que su marido, lord Steven Hammond, hubiera sido nombrado miembro del Estado Mayor de Wellington con el grado de coronel, se había mostrado inamovible.

—Él nos llama su familia, ¿sabes? Será la primera función social oficial de Steven, ¡y yo simplemente debo estar allí!

Amanda había escuchado con algo cercano a la desesperación. Nadie excepto Meredith consideraría un baile, por muy prestigioso que fuera, por encima del peligro para su vida y su integridad física, la suya propia o la de cualquier otra persona, de permanecer en Bruselas; de hecho, nadie excepto Meredith contemplaría siquiera la posibilidad de asistir a un baile de ese tipo en su estado actual,

aunque había que admitir que ni siquiera una figura engrosada por el avance del embarazo podía desmerecer el aspecto de su hermana; en todo caso, la proximidad de la maternidad confería una cualidad luminosa añadida a su hermosura. Cada rasgo era la perfección y sólo los más cercanos a ella sabían con qué rapidez la boca deliciosamente curvada podía adoptar un mohín obstinado cuando las cosas no salían como ella quería, como había amenazado con ocurrir en aquel momento.

Sin embargo, Amanda persistió en su intento de persuadir, no por miedo a su propia seguridad, ya que no daba crédito a los rumores, sin duda propagados por simpatizantes franceses, de que Napoleón había prometido a su ejército el saqueo de Bruselas cuando hubieran triunfado. Más bien le preocupaba que el delicado estado de su hermana dificultara una decisión de última hora, lo que a su vez podría poner en peligro la seguridad de su joven hijo.

—Estoy bastante segura de que Steven sería mucho más feliz sabiendo que tú y David estabais a salvo. —Se había aventurado a decir persuasivamente, aunque con pocas esperanzas de ser escuchada.

—Está muy bien que lo digas, pero tú no estás casada y no puedes conocer la agonía de verte separada de un ser querido en un momento así.

Era un comentario irreflexivo, pero entonces Meredith hablaba tan a menudo sin pararse a pensar si sus palabras podían causar daño. Incluso ahora, con veinticuatro años, casi doce meses mayor que Amanda, y ya madre de un niño de cuatro años, seguía siendo lo que siempre había sido, una criatura encantadora y voluntariosa, de mente ligera e irresponsable. No era de extrañar que con frecuencia se la tomara por la menor de las dos hermanas. Y sin embargo, la más tranquila Amanda, con su talante más práctico, había crecido queriendo a su hermana de mente de mariposa y deseando únicamente protegerla de todos los vientos que soplaban.

El marido de Meredith era casi tan irresponsable como su esposa. Tenía un carácter encantador pero temerario; excelentes cualidades en un soldado, sin duda, pero también tenía una afición por el juego que con frecuencia reducía sus fondos a cero y hacía casi imposible cualquier forma de vida asentada. Meredith y él se habían conocido varios años antes en casa de un amigo común mientras Steven estaba convaleciente en la casa, tras haberle extraído una bala de mosquete de la pierna. El romántico atractivo

de este apuesto inválido de ojos alegres y cojera intrigante, había esclavizado desde el primer momento el susceptible y joven corazón de Meredith y, antes de que se pudiera pestañear, se habían enamorado perdidamente. Amanda, muy preocupada por la aparente falta de pensamiento de Steven para el futuro, rogó a su hermana que se detuviera a pensar, pero sus súplicas fueron desoídas.

Steven se había alistado en el ejército en contra de los deseos expresos de su padre, el duque de Arlington, de quien era heredero. Y el duque, un hombre difícil en el mejor de los casos, había tomado represalias cortándole la pensión. Cuando su hijo le desafió aún más anunciando que iba a casarse con una don nadie, la ira de su gracia no conoció límites y, aunque impotente para desheredar a Steven, se negó a reconocerle en lo sucesivo mientras viviera. Con lo cual Steven, en un gesto de pura bravuconería, había llevado sus menguados fondos a la mesa de faro del White´s y, con la suerte del diablo, había salido generosamente de allí con el bolsillo lleno. Así pudo adquirir una pequeña casa en la periferia del Londres de moda, donde él y su esposa pasaron dos dichosos y extravagantes meses, al final de los cuales él fue declarado apto y fue llamado de nuevo a

la Península, dejando a la angustiada Meredith, ya embarazada a los cuidados de Amanda.

Para entonces, la mayor parte de la fortuna adquirida a la ligera, junto con la modesta dote de Meredith proporcionada por su padre, se había dilapidado con la misma ligereza. Amanda había administrado cuidadosamente el resto, teniendo poca fe en las promesas de su cuñado de enviar un giro muy pronto, y no estando dispuesta a recurrir más a su progenitor, que se había vuelto a casar recientemente. Por lo tanto, se había resignado a la expectativa de que la vida en el futuro sería cualquier cosa menos predecible, aunque poco le consoló en los años siguientes comprobar que tenía razón.

Un sonido procedente del interior de la mal ventilada habitación alejó la atención de Amanda de la ventana y del inútil recuerdo, y la condujo al más agonizante presente.

—¿Amanda? —La voz inquieta de su hermana llegó de nuevo —. ¿No puedes abrir la ventana? ¡Apenas puedo respirar!

—Está lo más abierta posible, mi amor, pero pronto lloverá y no hará tanta calor.

Meredith yacía en la cama arrugada, con su hermoso rostro enrojecido y devastado por el dolor. Amanda, incapaz de dormir, había estado en la ventana a primeras horas de la mañana escuchando los lejanos sonidos de las trompetas y los tambores batiendo a las armas, cuando su hermana había vuelto a casa del baile de los Chadwick en un estado próximo al colapso, tras haberse aferrado a su amado Steven hasta el mismo momento en que éste partió hacia el campo de batalla.

—¡Todavía llevaba puesto su uniforme de baile! —Había sollozado—. ¡Estaba tan guapo! Espero que no se manche...

Amanda le había dado láudano y la había acostado. Y a las pocas horas habían comenzado los primeros dolores de parto, que empeoraban a medida que el día se prolongaba implacablemente hasta convertirse en otra noche, pero el bebé seguía sin llegar. Hacía tiempo que se había abandonado toda esperanza de encontrar un médico, y ahora, bien entrado el segundo día, cuando Meredith volvió a arquear la espalda y a gritar, no hizo falta que ningún médico le dijera a Amanda que algo iba muy mal, pues ella había estado presente en el nacimiento de David, cuatro años atrás, y la diferencia era bastante notable. Su mirada voló hacia el frasco de láudano de la repisa de la chimenea. Sólo quedaban unas gotas y

Meredith podría necesitarlo con más urgencia más tarde. En el pequeño salón de más allá, una gran olla de agua caliente seguía a horcajadas sobre las pocas brasas, haciendo que el aire fuera más sofocante todavía.

—Tranquila, querida —dijo con calma, sentándose cerca y alisando hacia atrás el húmedo y enmarañado cabello que normalmente era tan brillante y rubio como la plata.

¡Ojalá viniera Madame Bertholt! *Madame* le había sido recomendada por el casero de su apartamento del primer piso, cuando ella, desesperada, había bajado a pedirle consejo. Al casero no le había gustado nada oír hablar del estado de lady Hammond: un niño pequeño ya era bastante problemático, refunfuñó, pero un bebé chillón no sería en absoluto de su agrado; no había formado parte del acuerdo y, además, hacía dos semanas que no se pagaba el alquiler.

—Bueno, mi hermana desde luego no puede ser trasladada a estas alturas, así que tendrá usted que resignarse, señor —Había replicado ella con más confianza de la que sentía—. Estoy segura de que su señoría le recompensará en cuanto regrese.

—Si vuelve —murmuró Leclerc mientras cedía con mala gracia.

Amanda se negó a contemplar tal posibilidad y enseguida apartó al casero de su mente. De regreso con Meredith había asomado la cabeza por la puerta de la diminuta habitación que compartía con David, y se sintió aliviada al encontrarlo sumido en un sueño de puro agotamiento, con el pequeño montón de mantas inmóvil. Rogó a Dios que siguiera así durante algún tiempo todavía.

El estado de Meredith mostraba pocos cambios, y a cada minuto que pasaba Amanda se armaba de valor, persuadiendo y engatusando a su hermana durante los últimos agonizantes momentos con una mezcla de amor y temor, sabiendo que aún podía ser llamada para dar a luz al bebé.

Cuando por fin llamaron a la puerta, se puso en pie y corrió a abrir.

Madame Bertholt era grande y rebosaba simpatía, y Amanda nunca se había sentido tan aliviada de ver a alguien en toda su vida.

—Lo ha hecho bien, señorita —resolló, mientras evaluaba agudamente el estado de Meredith—. Pero ahora debemos movernos con rapidez, porque si no me equivoco el cordón está enrollado alrededor del bebé y está impidiendo así el parto.

Otro grito desgarrador de Meredith pareció confirmar sus palabras y Amanda, esforzándose por sostener la forma retorcida de su hermana, se sintió totalmente impotente.

—¿No se puede hacer nada? Oh, si pudiéramos conseguir un médico...

—Con cuidado, señorita. No sería la primera vez que salvo a un niño así, pero primero necesitaré que me proporcione más luz... Y el agua caliente que ya tiene. Eso está bien... —Sus ojos se desviaron hacia la botella de la repisa de la chimenea—. Ah, ¿veo láudano? Entonces creo que ahora debemos hacer uso de él...

A pesar de su corpulencia, Madame Bertholt era sorprendentemente hábil en sus movimientos. En un santiamén, al parecer, sus dedos habían soltado la cuerda y una diminuta criatura embobada se hallaba entre sus manos. Durante un terrible instante no se oyó ningún sonido, pero ya un dedo regordete le estaba limpiando la boca y unas cuantas bofetadas juiciosas arrancaron un débil grito de protesta.

—¡Una niña! —Amanda observó cómo unos dedos rápidos ataban y cortaban el cordón. Luego tendió una manta para recibir al

resbaladizo bebé que se retorcía y empezó a limpiarlo mientras Madame se dedicaba a Meredith, que yacía quieta como la muerte.

—Por la gracia del buen Dios, el cordón no estaba alrededor del cuello de la niña —resolló mientras completaba sus ministraciones—. Pero, ah, la pobre madre.

—¿Mi hermana estará bien?

—Eso no está en nuestras manos, señorita, pero debo decirle que las perspectivas no son buenas. —Madame se puso en pie, balanceando su bulto—. ¿No tiene amigos que la acompañen en este momento?

Amanda negó con la cabeza.

—Muchos ya se han ido y los que quedan están muy preocupados con sus propios asuntos. —No añadió que en su mayoría eran amigos de Meredith más que de ella, e igual de inútiles en caso de emergencia; hacer tales comparaciones, incluso en su mente, en estos momentos parecía una traición—. Steven, el marido de mi hermana está con el ejército... Y el casero... —Hizo un gesto de impotencia y, para ocultar sus sentimientos, levantó el bulto que se retorcía y lloraba que era su sobrina, viendo la cara arrugada y el pelo de punta a través de un borrón de lágrimas—. Pobrecilla. Ha

sido arrojada al mundo semanas antes de tiempo, ¡y qué mundo! Ni siquiera sé cómo voy a alimentarla.

Madame hizo un suave cacareo.

—Bueno, eso, déjeme decirle, no es un gran problema. —Sus dedos regordetes apartaron la manta—. Sin duda es muy frágil y de talla baja, pero nos las arreglaremos. Mi Marie no hace mucho que ha dado a luz y tiene leche suficiente para dos. Iré enseguida y se la enviaré...

—¡Oh, *madame*!

—No es nada. Y más tarde volveré yo misma para ver cómo sigue su pobre hermana.

Sólo entonces se dio cuenta Amanda de que la amenazadora tormenta había llegado por fin. Miró rápidamente a su alrededor: Meredith no se había movido. Metió a la niña en un cajón, improvisado apresuradamente para que le sirviera de cuna.

—Bajaré las escaleras con usted, *madame* —dijo—. Hay una capa de Steven en el vestíbulo que le servirá para que no le caiga lo peor de la lluvia.

Mientras madame Bertholt recogía la capa a su alrededor y desaparecía entre el muro de agua, que parecía vertida desde el

cielo en barriles, un relámpago la mostró cayendo desde los hastiales y corriendo ya en ríos por los canalones. Amanda se estremeció y se volvió sobre sus pasos cuando oyó que la llamaban por su nombre. Un caballo había aparecido de la nada y se había parado, dando zarpazos en los adoquines, con su jinete empapado hasta los huesos.

—¡Fitz! ¿Eres tú?

El capitán Fitzallan, el amigo más íntimo de Steven, sonrió irónicamente.

—No puedo parar, señorita Amanda. Tengo despachos que entregar, pero pensé que a Meredith le gustaría saber que Steven estaba bien la última vez que lo vi.

—Me alegro que así sea. —No dijo nada de su situación actual. Ya tenía bastante en qué pensar—. ¿Cómo va?

—Ha estado cerca, pero pronto tendremos a Boney huyendo. — Recogió sus riendas—. Debo irme. —Levantó una mano y desapareció de la vista.

Amanda oyó crujir la puerta de Leclerc y subió corriendo antes de que pudiera abordarla.

En la alcoba, se sentó a mecer al bebé, sin apartar los ojos del rostro gris de su hermana mientras observaba algún signo de vuelta de la conciencia. Una parte de ella ansiaba dormir y con ello olvidar. Pero había tantas cosas que hacer y ella carecía de energía para empezar. Fuera, la tormenta aún arreciaba, pero la habitación permanecía fétida, como si el aura de la muerte ya la envolviera.

Un sonido detrás de ella la hizo sobresaltarse. Se volvió y vio a David de pie, inseguro, en el umbral de la puerta, con el sueño aún en los ojos, el camisón de algodón pegado húmedamente a sus robustas piernas... Y con un aspecto tan parecido al de su padre que el corazón se le estrujó por dentro.

—¿Tía Amanda?

Tragó saliva dolorosamente y se levantó para ir hacia él.

—Ves —susurró, agachándose hasta su nivel con su carga de peso pluma—. Tienes una nueva hermanita.

David, que había deseado mucho tener un hermano, se esforzó por dominar su decepción mientras miraba dubitativo dentro de la manta.

—Es muy pequeña y está arrugada —dijo. Y luego, incapaz de resistirse a la pregunta que se agolpaba en su brillante mente de

cuatro años—: ¿Supongo que no podríamos cambiarla?

Amanda soltó una risa ahogada.

—No, cariño, no creo que podamos. Pronto estará mucho más guapa, te lo prometo.

Pero David casi había perdido el interés, pues su mirada se había dirigido más allá de ella, hacia donde su madre yacía quieta y sin vida.

—¿Va a morir mamá? —preguntó en voz baja.

—Yo... No lo sé, David. Debemos rezar mucho para que no lo haga. —Dejó al bebé con mucho cuidado en el cajón y le cogió de la mano para llevarlo al salón—. ¿Quieres cenar algo?

Él negó con la cabeza.

—Tengo demasiado calor. —Y tras un momento de vacilación—. El trueno suena muy fuerte, ¿hacen ese ruido los cañones?

—Realmente no lo sé, David. —Ella le palpó la frente, que estaba húmeda de transpiración, y dijo con forzada alegría—: ¿Quizás te vendría bien un vaso de leche?

—Sí, creo que me gustaría.

Mientras él bebía sediento, ella se sentó a hablarle tranquilamente, contándole lo que había dicho el capitán Fitzallan, y pronto empezó a decaer.

—Le preguntaré a papá por el trueno cuando venga —murmuró mientras se quedaba dormido de nuevo, y Amanda se encontró a sí misma rezando como nunca había rezado antes para que la increíble suerte de Steven se mantuviera y volviera con ellos ileso.

Se acercó de nuevo a Meredith, agachándose y llamándola por su nombre, desesperada por encontrar alguna señal de vida. Al tercer intento, los párpados se abrieron aleteando. Los ojos, antaño azules brillantes y llenos de diversión, la miraban dulcemente, apagados ahora y casi vacíos de vida. Pero reconoció a Amanda e intentó sonreír.

—Cariño, tienes una hermanita encantadora para David. ¿Te gustaría verla?

Hubo un casi imperceptible movimiento de cabeza.

—Bueno, más tarde quizás —dijo Amanda roncamente, dándole también la noticia sobre Steven mientras conseguía colar unas gotas de cordial entre sus labios—. Tenemos una nueva amiga:

una señora muy agradable que trajo a tu hija al mundo. Es más, tiene una hija que va a amamantarla por ti.

De nuevo Meredith intentó sonreír, pero sus ojos ya se estaban cerrando. Algo que era poco más que un soplo sonoro salió de sus labios agrietados.

—Llámala Emily... Como mamá.



La hija de Madame Bertholt era una versión más joven de su madre. Canturreó sobre la pequeña Emily y, tras haberla amamantado, sugirió con timidez que sería preferible que se llevara a la pobre niña de vuelta con ella, para que Madame Bertholt tuviera la libertad de pasar más tiempo con la señorita. Y tal vez al pequeño también le gustaría unirse a su hermana.

—Yo también tengo un hijo de una edad similar y mama sugirió que tal vez sería bueno para él tener un compañero. Además, dijo que no le hiciéramos caso a Monsieur Leclerc. Si se vuelve demasiado pesado, tenemos tres habitaciones sin hacer nada ahora que tanta gente ha abandonado Bruselas.

Tanta amabilidad era casi demasiado para soportarla. Pero, tanto entonces como en los días siguientes, Amanda iba a encontrar en la generosa buena naturaleza de madame una fuente constante de fortaleza. Al principio David se había mostrado reacio a marcharse por si su padre regresaba, pero cuando ella le prometió fielmente que enviaría a buscarlo de inmediato no ofreció verdadera resistencia.

A Amanda casi se le rompió el corazón al verle marchar, pero estaba segura de que estaría mejor lejos del apartamento. Y así resultó, pues Meredith se escabulló silenciosamente al día siguiente mientras por la ventana abierta llegaba el sonido del pueblo de Bruselas regocijándose por una gran victoria.

Capítulo 2

Londres, enero de 1816

El carruaje dobló por la calle Grosvenor y se detuvo frente a Hammond House. El conductor observó con renovada curiosidad cómo descendía su pasajera y se volvió para ayudar a bajar a la niña. Fijándose en la figura demasiado delgada que llevaba un gorro pasado de moda y un abrigo gris que había visto días mejores dedujo que era una viuda.

Londres estaba lleno de ellas desde el verano pasado, cuando Boney había sido derrotado de una vez por todas: pobres viudas que luchaban por mantenerse en cuerpo y alma, criando una familia. Aunque qué querría una como ésta del duque de Arlington, un viejo cascarrabias tan cascarrabias como se podía encontrar en cualquier

parte, por lo que había oído contar, era un poco desconcertante. Aunque podía jurar que ella no era una falda ligera.

—¿Quiere que espere, señora? —le preguntó, mientras ella sacaba un pequeño monedero de su retícula. Ella vaciló como si sopesara el coste y luego sacudió con pesar la cabeza.

—Gracias, pero no tengo ni idea de cuánto tiempo podemos tardar —dijo con una sonrisa que hizo que el lúgubre día de enero pareciera más luminoso.

Cuando ella levantó la mano para pagarle, él se fijó en sus ojos: eran muy bonitos, de un gris azulado como su vestido, con pestañas oscuras y rizadas.

—Buena suerte —se encontró diciendo bruscamente. Por un instante la aprensión nubló aquellos ojos que hablaban, y luego la sonrisa volvió con más brillo que antes mientras ella asentía agradecida una vez más.

Amanda sintió una ráfaga momentánea de pánico cuando el carruaje de alquiler se marchó. La imponente fachada de la casa no daba ninguna señal de bienvenida, y no por primera vez se cuestionó la sensatez de lo que estaba a punto de hacer.

Y entonces una pequeña mano se deslizó hasta la suya y tiró insistentemente.

—Tía Amanda, ¿vive aquí mi abuelo?

El temblor de aprensión en el trino infantil golpeó de nuevo a Amanda. Pero ella sofocó su propio nerviosismo para decir tan alegremente como pudo:

—Así es. ¿No es una casa preciosa? Estoy deseando verla por dentro, ¿y tú?

—Creo que podría esperar unos días más —dijo David esperanzado.

Sé exactamente cómo te sientes, muchacho, pensó Amanda con ironía, deseando que la próxima hora terminara de una vez, pero lo que no se podía curar había que soportarlo, así solía decir su vieja niñera. Alisó el cálido abrigo de lana de David, que se había arrugado en el carruaje, observando con un suspiro que ya le estaba quedando pequeño. En cuanto al reguero de suciedad que desfiguraba una pernera de sus limpios pantalones, lo único que podía hacer era esperar que pasara desapercibido. Al menos su cara estaba limpia.

—Bueno, ahora que estamos aquí —dijo ella, dándole un apretón comprensivo en la mano—, sería una tontería desperdiciar la oportunidad, ¿no crees?

David asintió, pero con una clara falta de entusiasmo.

Pobre David: aún no había cumplido los cinco años y ya había sufrido más trastornos en su joven vida de los que cualquier niño de su edad debería soportar. Desde la infancia no había conocido un hogar estable. Su padre no había estado más que unos días en París al final de la guerra, en 1814, cuando había mandado a buscarlos, y ella y David habían sido arrastrados y llevados por su impetuosa madre.

Sería una diversión maravillosa, les había asegurado Steven. Y así había sido, con la aristocracia inglesa, durante tanto tiempo privada de visitar París, descendiendo sobre la ciudad en gran número. En cuanto a Meredith y Steven, se habían mostrado irresponsables como siempre, muy enamorados y viendo la vida como una larga aventura, y su despreocupación era contagiosa. El estorbo de un niño pequeño les había preocupado poco, pues ¿no estaba allí Amanda para velar por él como lo había hecho desde el principio? No es que ella hubiera tenido ninguna queja al respecto,

pues David era su alegría. ¿Y no había deseado siempre viajar? Entonces, cuando Bonaparte había escapado de Elba y parecía seguro que se dirigía a los Países Bajos, nada satisfaría a Meredith salvo que siguieran a Steven hasta Bruselas, pues también eso sería divertido.

Bruselas había atraído a la flor y nata de la aristocracia de forma muy parecida a como lo había hecho París. Abundaban los uniformes de todos los colores, lo que alegraba el corazón de las damas. Había reinado una atmósfera de alegría y los bailes y picnics estaban a la orden del día. Pero a medida que los rumores sobre la inminencia de una batalla se endurecían hasta convertirse en certeza, Amanda empezó a percibir una irrealidad curiosamente frenética sobre las juergas. También se preocupó por Meredith, que para entonces ya estaba bien embarazada. Meredith desestimó sus temores. Steven le había presentado a muchos de sus conocidos y ella parecía decidida a lanzarse a la vertiginosa ronda social. Había algo parecido a la desesperación en su alegría, casi como si presintiera la tragedia que se avecinaba y estuviera exprimiendo hasta la última gota de placer del tiempo que le quedaba. Inevitablemente, su imprudencia había empezado a hacer mella en su salud.

Amanda sólo había podido observar y preocuparse, haciendo todo lo posible por dar a la vida de David el tipo de estabilidad tranquila que sus padres, a pesar de todo el amor que le profesaban, eran incapaces de proporcionarle. Afortunadamente para David, la sangre Hammond corría con fuerza por sus venas, y cuando ocurrió lo peor había demostrado una asombrosa capacidad de recuperación ante la doble tragedia que cambió su vida para siempre. También la pequeña Emily, tan frágil al principio que habían temido por su vida, con los cuidados de Amanda y los buenos oficios de Marie y de Madame Bertholt, se había aferrado tercamente a la vida. Sin embargo, habían pasado algunos meses antes de que Emily estuviera lo bastante fuerte como para que la destetaran y pudieran emprender el viaje de regreso a Inglaterra.

Primero había llevado a los niños a casa de su padre, en Upper Wimpole Street, pero la segunda esposa del señor Baldwin no era acogedora y desde el momento en que llegaron reinaba una atmósfera incómoda.

Si algo podía servir para convencer a Amanda de que estaba haciendo lo correcto, era la convicción de que si todo salía bien los niños disfrutarían en adelante de una existencia más ordenada y, lo que era aún más importante, su futuro estaría asegurado. Fue esta

consideración la que la había hecho perseverar cuando su comunicación inicial no había obtenido respuesta del duque; tras cerciorarse de que se encontraba en su residencia, había despachado una segunda nota avisándole de la hora a la que tenía intención de visitarlo.

El portero de la puerta de Hammond House miró a Amanda y a su protegido con profunda suspicacia, pues no era la primera que intentaba entrar en estos sagrados portales.

—No tan rápido, por favor. ¿Por qué asunto desea ver a Su Gracia? —preguntó en tono de altivo desdén.

Pero Amanda no había llegado tan lejos para dejarse intimidar tan fácilmente. Dijo agradablemente, pero con una serena autoridad que no admitía discusión, que sus *asuntos* eran con Su Gracia y no para ser confiados a meros subordinados.

David, con la capacidad de un niño para la absorción repentina y total, quedó inmediatamente cautivado por el vestíbulo de entrada, de nobles proporciones, con cuatro pilares de mármol que sostenían un techo moldurado y dos extraordinarias figuras de ébano, mitad hombre, mitad bestia, que montaban guardia al pie de la escalera y blandían las armas de aspecto más horripilante.

—Parecen muy feroces —susurró con evidente fruición.

La respuesta de Amanda fue un poco abstraída, pues ya el mayordomo se dirigía majestuosamente hacia ella, flanqueado por dos lacayos.

Se tomaron mutuamente la medida en silencio.

—Le ruego que tenga la bondad de informar a Su Gracia —dijo ella con su manera clara y sin afectación—, de que la señorita Baldwin ha traído a su nieto para que lo conozca.

Sims rara vez se sentía contrariado, pero sólo por un instante, cuando su mirada abarcó la diminuta figura apretada contra sus faldas, con el rostro levantado en embelesada contemplación de las estatuas, el recuerdo de otro niño tan pequeño le resultó tan vívido que su propio rostro se estremeció.

—El niño de lord Hammond —murmuró. Era una afirmación más que una pregunta.

—Sí, en efecto —aseguró Amanda, suavizando sus modales—. Es el hijo de Lord Hammond. Y usted debe de ser Sims. Su señoría hablaba a menudo amablemente de usted.

—Era todo un bribón cuando tenía esa edad —dijo el mayordomo afirmando con un movimiento de cabeza—, pero tan

sano como se podría desear. —Y entonces, como si fuera consciente de haber sobrepasado los límites de lo apropiado al confiar sus pensamientos tan libremente, se irguió e hizo una seña a uno de los lacayos—. Informaré a Su Gracia de su llegada... —Vaciló, una nota casi de disculpa se deslizó en la voz sonora—. Aunque no puedo garantizar que consienta en verla.

—¡Oh, pero debe hacerlo! Por mucho que él y lord Hammond estuvieran distanciados, el duque seguramente no sería tan mezquino como para descargar su ira sobre niños inocentes.

Pero esto era ir demasiado lejos. Su franqueza puso a Sims muy en su dignidad. Si aquellos que habían servido a Su Gracia en las buenas y en las malas se olvidaban ocasionalmente de sí mismos hasta el punto de criticar la conducta de Su Gracia, eso era una cosa, pero tener a este desliz de jovencita mujer burlándose del carácter de Su Gracia era totalmente inaceptable. Bastó una mirada al lacayo de ojos saltones para confirmar la naturaleza perjudicial de las opiniones tan libremente expresadas.

—William —dijo con el ceño imponente—, acompaña a la señorita Baldwin y al señorito David al salón azul, si eres tan amable. —Luego, con una inclinación infinitesimal de la cabeza en dirección a

Amanda, se volvió para subir con paso señorial la grácil escalera curva.

El joven lacayo, consciente de la mueca de pesar de Amanda, murmuró tranquilizador:

—No haga caso al señor Sims, señorita. Es sólo su forma de ser. —Y mientras les guiaba por el fino suelo de baldosas de mármol, sonrió al ver cómo el pequeño sucumbía a la irresistible tentación, saltando ágilmente de una plaza a otra.

Estaban a punto de entrar en el salón azul cuando la puerta principal se abrió de nuevo y entró un caballero, despojándose de sus guanteletes y entregándoselos, con su sombrero y su bastón, al segundo lacayo.

David contempló con asombro cómo se despojaba de un largo y monótono chaquetón con un sinfín de capas. La excesiva elegancia de la vestimenta bastaba para que cualquiera se quedara mirando, pero fue su rostro lo que atrajo la atención de Amanda. Poseía un rostro alargado y vivo con ojos incómodamente despiertos, no del todo enmascarados por párpados cansados, y una cicatriz débilmente discernible a lo largo de un pómulo. Su impresión

inmediata fue la de un hombre inteligente y desencantado con la vida.

Como si fuera consciente de estar siendo evaluado, levantó la vista. Lentamente, levantó el monóculo que colgaba de una sencilla cinta negra alrededor de su cuello, y sometió a los poco agraciados visitantes por turnos a un escrutinio pausado y exhaustivo, que se fijó especialmente en David, antes de posarse en Amanda de una manera claramente destinada a demoler cualquier pretensión que pudiera albergar.

En Amanda, sin embargo, su insolencia provocó una reacción totalmente opuesta. Habiendo crecido a la sombra de la belleza de Meredith, tenía pocas pretensiones de ese tipo; el cabello rubio plateado de Meredith se difuminaba en ella hasta un suave castaño claro, y los ojos eran decididamente más grises que azules, y de una franqueza que, como ahora, podía resultar desconcertante. Además, había una decidida obcecación en la elevación de su barbilla mientras le devolvía aquella mirada de ojos claros que no mostraba ningún atisbo de vacilación. Él frunció el ceño imponente, y un momento después pasó junto a ella y subió la escalera como si de repente hubiera dejado de existir.

¡Vaya! pensó ella. Y entonces…

—¿Quién era? —preguntó a William mientras la curiosidad vencía a la prudencia.

—Lord Laurence Hammond, el hijo menor de Su Gracia, señora, el único hijo que le queda ahora, como quizá sabrá. —William abrió la puerta de golpe y les hizo pasar a una agradable habitación con dos largas ventanas que daban a la calle—. Creo que esta casa ha conocido bastante infelicidad, de un modo u otro. —Continuó en un repentino arrebato de candor—. Y luego el marqués, el mayor de Su Gracia, se rompió el cuello no hace más de media docena de años; volcó su carruaje en una loca carrera, según he oído decir... Y luego, bueno, ya sabrá el resto, no me cabe duda. —El ceño de William se frunció mientras lanzaba una mirada avergonzada en dirección a David antes de concluir cojeando—. Lord Laurence, bueno, no es tan malo como parece.

—¿Vive aquí? —preguntó Amanda.

—No. Tiene una bonita casa propia en San James´s Square. —Y entonces, consciente de que no debía ser tan libre con sus confidencias, dijo—: Bueno, póngase cómoda señora, y veré si

puedo encontrar algún refrigerio. —Le hizo a David un guiño conspirativo—. ¿Te gustaría eso, verdad, jovencito?

—Sí, por favor.

—Ya me lo imaginaba. Tengo varios hermanos como tú en casa.

—Es usted muy amable —le dijo Amanda.

Cuando la puerta se cerró tras el lacayo, se dirigió a un sofá forrado de terciopelo y se sentó.

—Ven, David —dijo, palmeando el lugar a su lado. David acudió obediente a hacer lo que se le pedía, balanceando las piernas desconsoladamente mientras juntos estudiaban la habitación con más detalle: las paredes colgadas de brocado azul, una alfombra estampada suave para los pies y armarios y mesas de reluciente palisandro.

—¿Tía Amanda? —La voz de David era tenue—. No tendré que vivir aquí, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas? —Ella sofocó su inquietud—. Es una habitación encantadora. ¿No te gusta?

—Prefiero las habitaciones de Madame Bertholt en Bruselas —confesó, mirando los muebles formales a su alrededor—. Jacques y yo podíamos corretear por allí y no preocuparnos por tirar algunos cojines al suelo.

¡Vaya! Ella vio exactamente lo que él quería decir. Madame Bertholt era una persona tan confortable y maternal, cuyo hogar reflejaba su personalidad. Lo que habría hecho sin ella y sin Marie durante aquellos largos y duros meses que siguieron a la doble tragedia, Amanda no se atrevió a pensarlo.

Qué diferente era Hammond House. Y, sin embargo, ¿qué otra opción tenía ella? Al fin y al cabo, era el derecho de nacimiento de David: con la muerte de Steven, él era ahora el heredero del ducado, y ella le había dado su palabra a su cuñado de que, si algo le ocurría, llevaría a su pequeña familia sana y salva a casa, adonde pertenecían por derecho.

—Porque ambos sabemos que Meredith no es demasiado lista para esas cosas y, tal y como estaban las cosas entre nosotros, nunca llegué a notificar a papá la existencia de David... —Había confesado con ese encanto sin gracia que le granjeaba el cariño de

todos los que le conocían—. Me atrevería a decir que al principio podría ponerse brusco, pero recapacitará cuando vea al pequeño.

Steven había parecido no ver nada malo en dejar que ella se enfrentara a lo que él había eludido tan descaradamente, limitándose a añadir alegremente que no sería necesario, por supuesto: tenía todas las esperanzas de salir adelante, como siempre, sin un rasguño.

No podía saber que su suerte estaba a punto de agotarse, ni que su esposa pronto le seguiría.

Amanda suspiró. No era una situación feliz, que le dejaran la delicada tarea de interpretar lo mejor posible los últimos deseos de Steven, y sólo por un momento tembló ante la idea de enfrentarse al duque, aunque no podía en conciencia negarse a su heredero. Lo que no había previsto, sin embargo, era la complicación añadida de lord Laurence. Steven lo había mencionado a menudo, por supuesto, pero el caballero que la había sometido a una inspección tan rastrera se parecía muy poco al hermano descrito con descuidado afecto por Steven.

Esforzándose por ser justa, reconoció con cierta simpatía la situación a la que estaba a punto de enfrentarse. Ya debía de

haberse hecho a la idea de convertirse algún día en duque. Tendría que ser un hombre realmente generoso para renunciar a su posición con gracia... Y ante un niño cuya existencia, hasta ese momento, le había sido desconocida. Amanda no culparía al hermano menor de Steven si se sintiera agraviado, pero era una complicación de la que ella hubiera preferido prescindir.

En este sombrío punto de sus reflexiones, la puerta se abrió para admitir a William con una bandeja, y pisándole los talones llegó el mismo lord Laurence. Ella lo estudió de nuevo, buscando encontrar algo de su hermano en él. Era varios centímetros más alto y sus ojos eran de un profundo gris pizarra donde los de Steven habían sido azules. Los puntos de la camisa de su señoría estaban almidonados, su corbata era un milagro de complejidad, y su pelo, bastante más oscuro que el de su hermano, estaba peinado con el estilo que ella había oído que Steven y sus amigos llamaban «barrido por el viento». Pero su figura estaba bien proporcionada, y sus pantalones ajustados de color galleta dejaban entrever unos muslos bien musculados bajo su perfección sin arrugas, lo que le confirmaba como algo más que un mero dandi. Sin embargo, en ninguna parte del rostro de lord Laurence pudo encontrar un rastro del carácter alegre que había hecho tan accesible a su hermano.

—Señorita... —Se dirigió a ella con exquisita formalidad—. Mi padre ha consentido, con bastante reticencia, en dedicarle cinco minutos de su tiempo. —Su tono transmitía que consideraba la oferta más que generosa y, como la mirada de ella voló instintivamente hacia David, añadió—: Repito, Su Gracia *la* recibirá. El niño debe permanecer aquí con William.

—Oh, ¿pero seguramente...? —Empezó Amanda, y luego, sintiendo su creciente impaciencia y notando con una punzada el alivio en el rostro de David al verse así indultado, concluyó apresuradamente—: Sí, tal vez sea lo mejor por ahora —Y recogió su reticulo[1]—. Pórtate bien, David. No tardare.

—Oh, está bien —dijo él—. Prefiero quedarme con William.

Al darse la vuelta para irse con Lord Laurence, notó el tenue rizo de su labio, y su propia boca se tensó. Sin duda él consideraba que su lugar legítimo estaba con los sirvientes. Subió la escalera a su paso, muy consciente del incómodo silencio, que se rompió cuando él se detuvo al llegar al amplio primer rellano y se volvió para mirarla.

—Un momento, señorita Baldwin. Antes de que conozca a mi padre, quizá deberíamos aclarar una o dos cosas.

—Difícilmente estoy en posición de impedírselo, milord, aunque no puedo garantizar mi cooperación. Es al duque a quien he venido a ver, y sólo a él le diré lo que he venido a decir.

Una tenue línea de color subió bajo su piel, haciendo más marcada la cicatriz de su mejilla.

—Bellas palabras, señorita —observó con un decidido desplante —, pero le aconsejo que no se haga esperanzas de emplumar su nido a costa de mi difunto hermano. Su Gracia es un hombre difícil, por no decir imposible de cambiar cuando está decidido. Y como mi hermano siempre fue su favorito, a pesar de todas sus diferencias, no hay duda de que ninguna argucia por su parte tendrá éxito. De hecho... —Había un cinismo no disimulado en los ojos oscuros de lord Laurence al abarcar su delgada figura— Probablemente haría bien en cortar por lo sano ahora, y ahorrarse unos cinco minutos sumamente desagradables.

Amanda sintió que la ira aumentaba en ella. ¿Cómo se atrevía a poner en duda la validez del matrimonio de su hermano, y mucho menos a insinuar que ella recurriría a cualquier cosa menos a un trato directo?

—Me atrevería a decir que le sentaría muy bien que abandonara mi misión —replicó ella, sintiendo un momento de triunfo cuando su sonrojo se hizo más evidente. Bueno, ¡él se lo había buscado!—. Sin embargo, no me descarto tan fácilmente. David es sólo un niño, demasiado joven para librar sus propias batallas, pero pretendo asegurarme de que no se quede corto y no me encontrará remilgada cuando vea claro mi deber.

Su boca se torció.

—Deber. ¿Es así como lo llama? —Y luego, pareciendo cansarse repentinamente de la discusión—. Muy bien. Pero no diga que no se le advirtió.

Se dio la vuelta y cruzó el rellano, sin preocuparse de ver si ella le seguía, y finalmente abrió de golpe una puerta.

La habitación en la que entró Amanda era inmensa en comparación con el salón azul, y no tan luminosa y aireada; muy propia de un caballero, con colgaduras de color vino y un gran número de libros forrando las paredes. Se detuvo insegura junto a la puerta, sin percibir inmediatamente ninguna señal de vida. Pero lord Laurence ya se movía en dirección a la chimenea donde las llamas, saltando hambrientas alrededor de un grupo de enormes troncos,

hacían parpadear la luz sobre un gran sillón de ala con la espalda medio vuelta hacia la habitación. Permaneció irresoluta hasta que lord Laurence, con un brazo negligentemente estirado a lo largo de la repisa de la chimenea y un reluciente pie calzado con arpillera apoyado en el ancho guardabarros, se dirigió al invisible ocupante del sillón.

—Padre, la señorita Baldwin está aquí.

Se oyó una especie de murmullo apagado que no contribuyó a reforzar la confianza de Amanda y le hizo agradecer que David se hubiera quedado abajo. Y entonces una voz bramó irascible:

—Bueno, dile a la criatura invasora que venga aquí donde pueda verla.

La indignación casi le robó a Amanda la resolución de argumentar su caso con fría razón. Siempre había sabido que esta entrevista con el Duque de Arlington no sería fácil. Su Gracia se había enfadado mucho cuando lord Hammond le había desafiado tan ampliamente y padre e hijo no se habían comunicado desde aquel día. Sin embargo, como Steven había seguido guardando al duque algún tipo de afecto a pesar de su distanciamiento, ella había supuesto que debía de haber un elemento de bondad en él en

alguna parte. Ahora, mientras avanzaba rígidamente, le parecía que ese optimismo era manifiestamente infundado, y sólo la expresiva ceja arqueada de lord Laurence, que parecía indicarle «te lo dije», le permitió mantener a raya la aprensión.

—Alteza.

Hizo una reverencia y luego se mantuvo erguida, mirando con cierta curiosidad al abuelo de David. No era en absoluto el tirano malhumorado de pelo blanco que ella imaginaba. El duque de Arlington tenía, de hecho, casi tan buena figura como el hijo que se mantenía cerca, aunque ella sólo podía aventurar una conjetura en cuanto a su estatura, ya que no hizo ningún intento por levantarse. No tenía forma de saber si lo habría hecho de no ser por el pie derecho fuertemente vendado que en ese momento descansaba sobre un escabel, pero lo dudaba mucho. Era un hombre de facciones delgadas, con la nariz aguileña heredada por sus hijos, y una larga barbilla arrogante que había sido menos marcada en Steven que en su hermano. El pelo del duque, aunque salpicado de plata, parecía a primera vista casi negro, pero eran los ojos los que dominaban su rostro, unos ojos oscuros de mirada profunda que brillaban con rabia mientras ella seguía mirándole fijamente.

—Bien, así que usted es la señorita que pretende hacer pasar a su mocoso por mi nieto huérfano, ¡un cuento de Banbury si alguna vez he oído uno!

—No, desde luego, Excelencia —replicó ella apretando los dientes—. David es hijo de Lord Hammond, nacido de mi hermana, Meredith, que era la esposa legítima de Steven.

—Así que esa es su historia, señorita. ¿Y por qué, por favor, esta hermana no viene a hacer su propia mendicidad?

La insensibilidad de la pregunta hizo que Amanda se estremeciera. Cerró los ojos un momento para serenarse, pues, incluso ahora, los acontecimientos de aquella época le resultaban angustiosos de relatar. Dijo simplemente:

—Meredith murió al dar a luz prematuramente a Emily, su segunda hija, sin saber que Steven también había perdido la vida.

Hubo un momento de silencio durante el cual fue muy consciente del intenso escrutinio de lord Laurence, mientras ella a su vez trataba de leer la expresión del duque. Seguramente había habido un destello de emoción, pero desapareció antes de que ella pudiera definir su naturaleza.

—¿Tiene pruebas de todo esto, supongo? —La voz del duque era casi dolorosamente áspera.

—Está mi palabra, por supuesto —dijo ella con escrupulosa cortesía—. Pero dudo que eso sea suficiente.

Amanda sacó los papeles de su retícula y los tendió.

—Tengo aquí las actas matrimoniales de mi hermana, también un registro del nacimiento de David. No tengo confirmación oficial del nacimiento de Emily... —Tropezó con el creciente dolor de garganta—. Había tanta confusión en Bruselas en ese momento... Tantos muertos y heridos, y la noticia de la muerte de Steven llegó casi al mismo tiempo...

La memoria, abrasadoramente vívida, hizo que la narración se detuviera temporalmente, pero después de respirar profundamente varias veces continuó.

—Los niños han estado a mi cargo desde entonces. Los traje a Inglaterra tan pronto como Emily pudo soportar el viaje. Actualmente están con mi padre, pero... —miró de uno a otro—. Su lugar está legítimamente con usted.

—Así lo cree, ¿verdad, señorita?

La voz áspera crispó los nervios de Amanda, pero no se inmutó.

—Lo creo. David es su heredero, y era el deseo de Steven que no sufriera a consecuencia de su distanciamiento. Su hijo tuvo defectos, como los tenemos todos, pero se absolvió muy noblemente al final—. Ella vaciló, y luego, al no encontrar ninguna objeción inmediata, continuó—: No estoy segura de sí sabe que el duque de Wellington pensaba tan bien de su hijo que lo ascendió a su estado mayor sólo unos días antes de su muerte, e hizo un punto para elogiarlo por su valentía e intrepidez durante la batalla final.

Pareció transcurrir mucho tiempo antes de que el duque respondiera. Se sentó un poco hacia delante, mirando fijamente al fuego y finalmente, sin levantar la vista, dijo con una frialdad y una implacabilidad terribles:

—Qué típico. Siempre impetuoso, siempre lanzándose de cabeza al peligro, ¡igual que su hermano antes que él! Y ninguno de los dos mostró el menor interés por la obediencia cuando se trataba del simple deber filial. Sólo mi hijo menor me hace caso y, que Dios le ayude, ¡es poco más que un pelele a la moda! Si Steven hubiera

sido menos arrogante en su deber hacia mí, estaría vivo hasta el día de hoy.

Amanda no podía creer lo que evidentemente había escuchado. Miró a lord Laurence, pero sus ojos estaban enmascarados por aquellos pesados párpados, su expresión ilegible; sólo un leve rubor furioso delataba su reacción ante el insulto implícito. El duque, por su parte, no hizo ningún otro intento de comunicarse más allá de empujar los papeles sin leer en la mano de su hijo antes de volverse para mirar fijamente al fuego.

—¿Tiene algún otro documento? —dijo por fin lord Laurence.

—Solo tengo esto, que su hermano escribió en el campo de batalla, en vísperas de su muerte, y que su criado me trajo después. Deseaba que fuera entregado a Su Gracia en caso de fallecimiento...

Amanda sacó una carta de su retícula y la extendió hacia el duque, que mantuvo una pétrea indiferencia, negándose incluso a echarle un vistazo. De mala gana se la entregó a su señoría junto con los recibos. A partir de entonces se hizo el silencio, hasta que finalmente ella miró impotente a lord Laurence y luego al duque, que seguía sentado como esculpido en piedra, y se vio impulsada a decir impulsivamente:

—Su Gracia, cualesquiera que fuesen sus diferencias, el amor y el respeto de Steven por usted continuaron hasta el final, y David se le parece tanto. Sims encontró el parecido de inmediato, al igual que, estoy convencida, lord Laurence. Si tan sólo consintiera en verlo…

—¡Calle, mujer! —El grito angustiado la detuvo a mitad de la frase—. Entienda esto, no estoy interesado. Laurence, ¿tiene la carta de Hammond?

—La tengo, señor —asintió.

—Quémela.

—¡Su Excelencia, no puede! —Exclamó Amanda.

—*¿No puedo?* —Su Gracia giró al fin para mirarla—. ¿Se atreve a decirme, señorita, en mi propia casa, lo que puedo o no puedo hacer? Su insolencia es insoportable—. La amplia e inquebrantable incredulidad en sus claros ojos grises pareció avivar su ira hasta un nuevo punto. Fue como si tuviera que utilizar la fuerza física para apartar su mirada de ella y fijarla en cambio en su hijo—. Laurence, haz lo que te digo. Quiero que quemes esa carta, ¡ahora!

El hombre más joven vaciló, luego se encogió de hombros y arrojó la carta a las llamas.

—Como quiera, señor.

Amanda apenas pudo soportar ver cómo en cuestión de segundos se enroscaba hasta convertirse en una brizna carbonizada antes de desintegrarse finalmente en cenizas. Pero el duque no pareció experimentar tal dificultad; sólo cuando la destrucción fue completa se volvió para mirarla de nuevo, sus ojos desafiándola a comentar.

Por su parte, ella ya no tenía nada que decir. Pero él, una vez establecido el alcance de su poder, se volvió repentinamente menos reticente.

—Entonces... Debo reconocer a estos niños, ¿verdad? ¿Debo hacer provisión para ellos, y, si mis abogados consideran que su caso está probado, incluso reconocer al niño como mi heredero? —Miró a su hijo—. Bien, que así sea. Pero no los veré. Hay una casa en Surrey donde pueden alojarse. Laurence, dejo los preparativos a tu cargo. El ama de llaves de Hammond Grange puede contratar al personal que crea conveniente. Sólo hago una estipulación... —Un matiz de pura malevolencia se deslizó en su voz—. Usted, señorita, renunciará a cualquier control sobre ellos: no los visitará ni se comunicará de ninguna manera con ellos.

Amanda sintió que la sangre se le escurría de la cara.

—Pero... ¡Eso es imposible! He criado a David desde que nació... ¡A Emily también! ¡Piense en lo que les hará si nos separamos ahora!

—Los niños son sorprendentemente resistentes.

—¿Cómo lo sabe? —gritó ella, ya sin importarle lo que decía—. Por encima de todo, los niños necesitan estar seguros de que son amados y apreciados. Mi constancia es lo único que ha permitido a David seguir siendo un niño normal y feliz a través de todo lo que ha pasado, y no permitiré que su vida se destruya ahora tan cruelmente. Si esto es lo mejor que puede ofrecer estoy más que dispuesta a asumir toda la responsabilidad de David y Emily, y usted podrá olvidar su existencia, como tan claramente desea hacer. Steven no habría tolerado sus condiciones ni por un instante, ¡y yo tampoco lo haré!

Permaneció implacable.

—Usted no tiene nada que decir en el asunto, señorita Baldwin. O bien los niños son de Steven, en cuyo caso yo soy su legítimo tutor y tengo el control total sobre la compañía que tienen; o bien

son impostores, en cuyo caso usted puede hacer con ellos lo que quiera. En cualquier caso, son los abogados quienes deben decidirlo.

—¡Pero eso no es justo! ¡No es justo! —gritó Amanda apasionadamente. Giró en redondo, para buscar el apoyo de lord Laurence, pero éste dio pocas muestras de querer acudir en su ayuda.

Su padre sonrió.

—Es la ley, señorita, esa misma ley que no dudo pretendía invocar si yo me hubiera mostrado reacio en mis obligaciones. —Inclinó la cabeza—. Y ahora usted ha ocupado considerablemente más de los cinco minutos que le han sido asignados. Si es tan amable de dejar su dirección a mi hijo, él arreglará los asuntos una vez que los abogados estén satisfechos de que todo está en orden. Hasta entonces, puede quedarse con los niños. Que tenga un buen día.

Se dio cuenta de la inutilidad de seguir discutiendo; lo único que le quedaba ahora era reunir los restos de su orgullo, decidida a que él no tuviera la satisfacción de verla abatida. Su reverencia fue impecable, pero no hizo ningún intento por ocultar el desprecio que

sentía por él, y mientras lord Laurence la acompañaba fuera de la habitación su espalda estaba recta, la cabeza alta.

Fuera, en el rellano, sin embargo, se desplomó momentáneamente, apoyada contra la pared, con los ojos fuertemente cerrados.

—¿Se encuentra bien, señorita Baldwin?

La voz de lord Laurence sonaba poco más que educadamente preocupada.

Ella asintió, sin confiar en sí misma para hablar.

—Se lo advertí.

Eso la devolvió a la vida, su respuesta forzada a través de labios rígidos.

—Así es, milord. Eso debe darle una gran satisfacción. Pero pienso oponerme a su padre. Está loco. ¡Cualquier hombre tan insensible como para ordenar la destrucción de la última carta que le escribió su hijo sin siquiera leerla es capaz de cualquier cosa! ¿Cómo pudo hacer algo así? —Ella lo miró acusadoramente—. ¿Y cómo pudo *usted* confabular con él en su destrucción?

Sus ojos se entrecerraron con rabia.

—No tuve elección. He aprendido por dura experiencia a no provocar nunca a mi padre cuando está en uno de sus estados de ánimo. —Por un momento pareció a punto de decir algo más sobre el asunto, pero sus siguientes palabras siguieron un rumbo diferente —. En cuanto a oponerse a él, no se lo aconsejo. No puede esperar ganar, él es demasiado poderoso, y la ley está de su lado. —La mirada que le dirigió fue penetrantemente directa—. Hace poco me habló del deber. Una palabra poderosamente emotiva, deber. ¿Pero deber hacia quién? ¿Hacía sus cargos? —Su acento se hizo más pronunciado—. ¿O acaso pensó también en beneficiarse de ello?

—Oh, ¿cómo podría suponer tal cosa?

La mirada de lord Laurence la recorrió.

—Muy fácilmente, señorita, pues a menos que me equivoque en su situación, usted no tiene actualmente los medios para mantenerse con algún grado de comodidad, y mucho menos hacerse responsable de dos niños.

Tenía razón, por supuesto. Ella ni siquiera se había planteado cómo podría criar sola a los dos niños, pero creyó que cualquier cosa era preferible al ultimátum del duque. ¿Pero sugerir que ella deseara beneficiarse de la situación?

—Por lo tanto —concluyó su implacable voz—, a menos que su principal preocupación haya sido intentar promover sus propias ambiciones a costa de ellos, su *deber,* o eso me parece a mí, es claro.

—Sólo he querido lo mejor para ellos —gritó Amanda—. ¡Que es más de lo que puede decirse de Su Gracia! Sin embargo, por el momento parece que soy impotente para ayudarles. —Tropezó con las palabras, el dorso de su mano presionado con fuerza contra su boca—. Pero… ¿Cómo voy a decírselo a David?

Capítulo 3

En el salón azul reinaba un aire de total absorción, de modo que la apertura de la puerta pasó inadvertida.

David yacía despatarrado sobre la alfombra junto a su nuevo amigo, que se esforzaba por explicarle el principio que entrañaba echar una moneda en un plato enganchándola con otra moneda; que la alfombra fuera de Aubusson, de un valor incalculable, y que el plato en cuestión fuera de la más fina plata labrada, con el escudo ducal, parecía poco importante para David, cuya pequeña lengua rosada sobresalía con el esfuerzo de concentrar su puntería.

El corazón de Amanda yacía como una piedra en su pecho mientras observaba al pequeño al que amaba más que a nadie en el mundo. Lord Laurence al menos le había concedido la cortesía de permitirle contárselo a David a su manera y en su momento, pero

viéndole ahora, jugando tan alegremente, le resultaba imposible contemplar una vida en la que no se le permitiera participar.

Entretanto, lord Laurence había levantado su monóculo para observar a la feliz pareja, al mismo tiempo que David soltaba exultante:

—¡Lo conseguí! ¡Lo he conseguido! —resonó.

En el mismo instante William percibió que ya no estaban solos. Se puso en pie, con el rostro escarlata por la vergüenza, las manos temblorosas mientras se movían subrepticiamente para ajustarse su desordenada librea.

—Le ruego me disculpe, milord. Intentaba mantener al pequeño entretenido como se me había ordenado, mi… lord.

—Así es —murmuró Lord Laurence con suave ironía—. Una tarea que parece haber cumplido admirablemente. Sin embargo, no necesitamos entretenerle más... —Hubo una pausa infinitesimal—. Antes de partir quizás sería tan amable de devolver el pequeño plato de comfit a su lugar acostumbrado.

William obedeció apresuradamente e, inclinándose, salió rápidamente de la habitación, agradecido de que le hubieran dejado marchar tan a la ligera.

—¡Has olvidado tus peniques! —gritó David, corriendo tras él.

—No pasa nada, jovencito. Quédatelas —murmuró el lacayo mientras cerraba la puerta.

David observó su abrupta marcha con sentimientos encontrados, entre los que no era el menor la decepción por haber visto su juego terminado tan rápidamente.

—Lo estábamos pasando tan bien —indicó con nostalgia—. Y yo estaba ganando.

—Sí, querido —dijo Amanda con decidida ligereza—. Pero William tiene trabajo que hacer y debemos volver a casa.

Los ojos de David buscaron los de ella. Parecía un poco serio, pero la mención del hogar le tranquilizó. Tal vez, después de todo, su abuelo no quería que viniera a vivir aquí. Feliz con este pensamiento, se volvió con cándido interés hacia el caballero que estaba junto a la tía Amanda.

—Supongo que tú debes de ser mi tío Laurence.

Su señoría admitió con solo un leve levantamiento de ceja que creía que lo era.

—Papá solía hablar mucho de ti. Decía que eras una mano completísima y que sabías conducir a un palmo. —David repitió las palabras con cierta fruición y continuó ingenuamente—: Supongo que ése es tu carruaje, el que el mozo de cuadra está paseando arriba y abajo delante de la ventana, el de las grandes ruedas amarillas y los espléndidos caballos negros.

De nuevo lord Laurence respondió afirmativamente.

—¡Apuesto a que son auténticos galanes!

—¡David! —Amanda estaba mortificada—. Lord Laurence no puede desear ser importunado con tus preguntas.

—No estaba molestando —explicó él—. Papá dijo esas cosas...

—Sí, lo sé, querido, pero ahora no es el momento. —Ella transfirió su mirada avergonzada a su tío—. Lo siento, milord. David es, por naturaleza, demasiado inquisitivo para su edad.

—De tal palo, tal astilla, parece —murmuró lord Laurence, frunciendo el ceño hacia el ansioso rostro levantado—. ¿Qué más te dijo tu padre?

—Que a veces luchaba con espadas por deporte —dijo David, entrando en calor con su tema—. Y que una vez perdió el botón de la punta de su espada y casi te mata... —Miró el rostro de lord

Laurence con asombrado interés—. ¿Es por eso que tienes una cicatriz?

—¡David!

La advertencia de Amanda no fue escuchada mientras su señoría rozaba la tenue línea con un dedo delgado.

—Así es —admitió con pesar—. Era un buen espadachín, un poco impetuoso a veces, pero tenaz hasta el final.

—Sí.

David no estaba seguro de lo que significaba tenaz, pero la palabra «hasta el final» le trajo un incómodo recuerdo de la muerte de su padre. Sin embargo, el dolor era superado por el atractivo de poder hablar con alguien que lo había conocido durante años y años.

—Papá sabía hacer muchas cosas, ¿verdad? Me enseñó a montar... Una vez, incluso me dejó montar en su gran bayo, Rómulo. Sólo que ya no lo tenemos, ni a Remus. —Su voz se apagó de repente al concluir—: La tía Amanda dijo que eran caballos de caballería y que serían más felices con el mayor Walters, que se los compró.

Lord Laurence lanzó a Amanda una mirada penetrante y ella, temiendo que en cualquier momento David dijera más de lo debido,

cogió a su sobrino firmemente de la mano y le ordenó que se despidiera, cosa que él cumplió con una cortesía que no la avergonzó. Ella pensó que su señoría parecía aliviado.

—Tendrá noticias mías a su debido tiempo, señorita Baldwin. Y ahora, creo, el carruaje de mi padre la estará esperando para llevarla a casa.

La sorpresa hizo que Amanda fuera brusca.

—Gracias, milord, pero preferiría no aceptar ningún favor de Su Gracia.

—Entonces es usted más tonta de lo que me parece —dijo él con frialdad—. Se está acercando la medianoche y, por el bien del muchacho, aunque no por el suyo propio, consideraría que es el colmo de la insensatez que despreciara un cómodo viaje a casa, sólo por despecho.

Ella pensó que él sentía cierta satisfacción al observar la marea de color que subía a sus mejillas.

—Sin embargo, debe hacer lo que quiera. No puedo mantener mis propios caballos en marcha por más tiempo. —Su señoría se inclinó con estudiada formalidad y se volvió hacia la puerta, donde se detuvo para mirar hacia atrás, con un brillo profundamente

sardónico en los ojos—. Por si le sirve de ayuda para decidirse, mi padre es totalmente inconsciente de su generosidad. —Y luego se fue.



Así fue como Amanda regresó con David a casa de su padre, en un carruaje con el escudo ducal, circunstancia que hizo crisparse a más de una cortina de muselina en Upper Wimpole Street e hizo salir a toda prisa a su madrastra del salón.

Amanda nunca había perdonado del todo a su padre por haber puesto a Leticia Stoddard en el lugar de su bella e inteligente madre, y a tan poco tiempo de su muerte. Sin duda, el carácter de su padre era tal que se sentía perdido sin nadie que le dijera lo que tenía que hacer, y Amanda a veces sentía que parte de la culpa debía ser suya: si se hubiera ocupado más de sus necesidades, si no se hubiera apegado tan sinceramente a Meredith, su padre no habría caído presa de la primera mujer que se presentara. Pero en aquel momento, y con un bebé en camino, la necesidad que Meredith

tenía de ella había parecido mayor, y, en cualquier caso, nunca vino nada bueno de lamentarse.

Leticia era guapa de una manera regordeta y más bien tosca y podía, cuando se lo proponía, ejercer un cierto encanto coqueto, aunque no era obvio por qué una mujer de veintiocho años, apenas cinco años mayor que la propia Amanda, habría deseado casarse con un caballero de medios moderados con dos hijas adultas, una de ellas aún por establecer. No había pruebas de ningún afecto genuino en sus modales hacia su padre, y pasó algún tiempo antes de que Amanda hubiera percibido que el matrimonio de Meredith con el heredero del duque de Arlington era la clave, presentando como lo hacía la seductora perspectiva, destinada a permanecer incumplida, de ser admitida en la alta sociedad. El hecho de que sus ambiciones pudieran aún llegar a buen puerto se reflejaba en su rostro demacrado, en el triunfo desnudo que evidenciaban sus ojos azules como la porcelana mientras esperaba en la cabecera de la escalera.

—¡Mi querida Amanda! ¿Tu entrevista con el duque ha ido como esperabas? Bueno; hay que suponer que así ha sido, de lo contrario Su Gracia no te habría enviado a casa en su propio carruaje. El escudo de armas del duque es bastante inconfundible.

Todo el mundo lo sabrá antes de que acabe el día... ¡La señora Allan, al otro lado de la calle, estará muerta de celos!

El disgusto de Amanda era tal que no se atrevió a contestar, ocupándose en cambio de quitarle el abrigo a David.

—Ve ahora mismo a buscar a Meggie —dijo en voz baja—, estará deseando saber todo lo que has estado haciendo. Iré a verte enseguida.

David no necesitó más persuasión y subió el siguiente tramo de escaleras tan rápido como sus piernas le permitieron. No le importaba la señora Baldwin, que no paraba de gritarle... Y si no era a él era a Emily. Podía oír su voz chillona quejándose incluso ahora.

—¡Bueno, por mucho que uno haga su pobre mejor esfuerzo para ser paciente, no lo lamentaré cuando los niños se vayan, te lo aseguro! Ese bebé se ha encrespado desde que te fuiste de aquí esta mañana. ¡Nunca conocí a un niño que llorara tanto! ¡Se oye por toda la casa! Es más que suficiente para darle a uno dolor de cabeza. No puedo imaginar cómo Meg la soporta.

—Emily lo ha pasado muy mal. Meg lo entiende y no le importa lo más mínimo. Está muy encariñada con los niños —replicó Amanda, impulsada imprudentemente a defender a sus acusados.

—Pues *a mí sí me importa* —aseguró Leticia con rencor—. Meg no está empleada para hacer de niñera, y no veo por qué deberíamos emplear personal extra. Trajiste a los niños aquí sin ni siquiera pedir permiso, haciendo girar a tu pobre padre alrededor de tu dedo, anteponiendo tus sentimientos sin preocuparte en absoluto que tuviéramos que soportar una gran cantidad de gastos e inconvenientes extra, mientras tú te desentendías de confrontar al duque con tus responsabilidades.

La ira subió tan violentamente al pecho de Amanda que no pudo confiar en sí misma para replicar que ellos también eran nietos de su padre. En cuanto a *acusarla de mantener* a su padre alrededor de su dedo, ¿cómo podría hacerlo cuando era evidente que *Leticia* lo tenía tan bajo su pulgar que se había convertido en un patán! Se volvió ciegamente hacia la escalera, arrastrando las cintas de su bonete como si fueran a ahogarla.

—¿Y a dónde vas ahora? —La voz de Leticia se agudizó aún más—. ¿No voy a saber nada de los acontecimientos de esta mañana? Puede que te creas muy superior, pero, como esposa de tu padre, ¡creo que puedo esperar ser tratada al menos con un mínimo de cortesía!

Tenía razón, por supuesto, pero Amanda no estaba dispuesta a disculparse. Sin volverse, dijo:

—No tengo ningún deseo de llegar a las manos con usted, señora. En cuanto al resultado de mi visita a Arlington House, puede estar tranquila, pues muy pronto se verá relevada de nuestra presencia.



Lady Tufnell tenía fama de ser una anfitriona sin igual, una reputación respaldada sin reservas por todos los que tenían el privilegio de contarla entre sus amigos. Era a la vez ingeniosa y sabia, y llevaba sus años con una gracia envidiada por muchas mujeres más jóvenes.

—Ojalá yo tuviera ese don —suspiró su compañera de muchos años, la señorita Berridge, de pie un poco a un lado y observando cómo su señoría daba la bienvenida a otro pequeño grupo de invitados a su recepción—. Parece completamente sin edad, y en todos los años que la conozco no ha salido de sus labios, que yo sepa, ni un solo comentario malicioso.

—Un verdadero dechado, de hecho —murmuró el señor Dustin Everton, un esbelto exquisito cuyos apuestos rasgos estaban empañados por un aire de hastío.

El señor Everton, encontrando a la señorita Berridge un pobre deporte, miró a su alrededor en busca de una presa más animada. Un nuevo revuelo en el umbral de la puerta puso en juego de preguntas.

—Ah, veo llegar a lady Acker con la deliciosa Eleonor. Me pregunto si ya se habrán enterado... De lo de Hammond.

Fue dicho tan casualmente que por un momento no se apreció toda su importancia. Entonces, imperceptiblemente, el grupo a su alrededor se acercó. El señor Dustin tenía a veces una lengua viperina, pero no se podía negar que siempre era el primero ante cualquier indicio de escándalo... E incluso las personas más imparciales saboreaban un pequeño escándalo de vez en cuando, sobre todo cuando afectaba a alguien que en general se consideraba irreprochable.

—¿Por qué dice eso? —gruñó el coronel.

El señor Dustin esperó, con el anteojo levantado, saboreando el momento, hasta que estuvo razonablemente seguro de que su

respuesta llegaría a oídos de la honorable Eleonor Acker.

—Corre el rumor de que ya no es el heredero de Arlington —sonsacó—. Ha sido suplantado por el hijo de Hammond, un mero bebé. Divertido, ¿verdad? Uno se pregunta si dará la cara esta noche.

—Eso no ha sido muy amable por su parte, señor Everton —murmuró una voz tranquila.

Sin molestarse en volver la cabeza hacia el joven caballero de moda que tenía al hombro, respondió:

—Pero rara vez soy amable, mi querido Simmons.

El señor Theodore Simmons estaba bien acostumbrado a esquivar las púas del señor Dustin y, una vez aclarado su punto de vista, supo que era mejor no seguir con la discusión. En lugar de eso, hizo una reverencia a sus acompañantes y se dirigió sin prisas al lado de la señorita Acker, saludándola a su amable e imperturbable manera.

Eleonor Acker llevaba sus diecinueve años con seguridad, con la certeza de que su belleza no tenía rival. Su figura era esbelta, su rostro un óvalo exquisito en el que cada rasgo era la perfección, el conjunto dominado por el brillo de unos ojos azules de gruesas

pestañas. Pero por una vez aquellos tan cacareados ojos de zafiro se nublaron.

—¿Es cierto? —preguntó en tonos de agitación reprimida—. ¿Lo de Laurence?

—Mi querida señora, estoy tan a oscuras como usted. He estado fuera de la ciudad varios días, visitando a mis padres. No me importa mucho el campo, en general, pero uno siente de vez en cuando el sentido del deber... —Él percibió cierta impaciencia en ella —. Perdone... Mi parloteo.

Pero Eleonor apenas le oyó. Su mente se agitaba con una confusión de pensamientos. Había sido asediada por pretendientes el año pasado, durante su primera temporada, pero los había mantenido a todos en vilo. Sólo cuando su padre había leído en el periódico la noticia de la muerte del heredero del duque de Arlington, se aclaró su destino: lord Laurence Hammond sería el afortunado receptor de su corazón y de su mano. Ya era uno de los mayores premios de la alta sociedad, su riqueza prodigiosa, su aspecto por el que suspiraban muchas de sus amigas, aunque a ella siempre le había parecido más bien austero. Sin embargo, estaba más que dispuesta a considerarlo el hombre más apuesto del mundo

a la luz de su última y más seductora baza, a saber, que se había convertido de la noche a la mañana, por así decirlo, en el heredero del duque de Arlington. Y del mismo modo su ambición se había fijado al instante en convertirse, con el tiempo, en duquesa.

Con la mente decidida y la elección aprobada por su madre, había quedado el insignificante asunto de captar el interés de lord Laurence, pues nunca había estado a sus pies junto con el resto, aunque ocasionalmente lo había visto mirarla de una forma que garantizaba el sonrojo de la mayoría de las jóvenes. Nunca había dudado de su capacidad para ganarse su afecto y su confianza no había estado fuera de lugar.

Ahora, si había que creer a esa fastidiosa criatura, el señor Everton, el destino bajo la improbable apariencia de un niño pequeño se disponía a arrebatarle su tan preciado destino. Si resultaba ser cierto, había que hacer algo al respecto, y si Laurence estaba tan loco por ella como profesaba, debía ser consciente de sus sentimientos, debía apreciar lo profundamente que ella veneraba el noble linaje de su familia y encontrar alguna forma de desacreditar la pretensión del niño. Llevaban prometidos varios meses, ya que su madre era de la firme opinión de que no había que precipitarse en el matrimonio y, en cualquier caso, el duelo de su señoría habría

arrojado inevitablemente una nube sobre la ceremonia. Pero Eleonor se había contentado con esperar, acicalándose con la idea de que su boda, concertada para finales de mayo, sería sin duda uno de los momentos culminantes de la próxima temporada. Y así sería. Su barbilla se alzó obstinadamente. No debía permitirse que nada empañara la magnificencia de aquella ocasión.

—Pero seguramente —dijo—, el duque debe haber sabido si lord Hammond tenía un hijo. Me parece muy extraño, su aparición de la nada...

—Oh, no sé... Siendo las circunstancias lo que eran… Disputas familiares y cosas así. Steven era un exaltado, ya sabe, aunque todo el mundo le quería. Y luego, lo repentino de su final... Mal asunto — El señor Simmons sacudió la cabeza—. En cuanto a Arlington, no hay razón para que lo deje saber si lo supiera, no le daría ni la hora si no le conviniera.

Pero Eleonor ya no escuchaba. Su mirada había pasado junto a él, atraída hacia la puerta donde una figura familiar intercambiaba en ese momento cortesías con su corpulenta y amable anfitriona. Algo de lo que él le dijo hizo temblar su amplio pecho, y ella le dio unos golpecitos con su abanico. Un momento después, lord

Laurence se dirigía sin prisas hacia la sala, aparentemente inconsciente de que muchos pares de ojos estaban sobre él.

—Querida mía —Le estaba cogiendo la mano, llevándosela a los labios, sonriéndole a los ojos—. Así que éste es el nuevo vestido. —Su dedo rozó la seda marfil con una fácil familiaridad—. Muy favorecedor. Juro que apenas hay un caballero en la sala que no me envidie.

Tales cumplidos rara vez dejaban de divertirla, pero su aparente ignorancia del interés que se le concedía eclipsaba todo lo demás.

—Laurence… — Comenzó ella con urgencia.

—Ahora no, mi amor, y ciertamente no aquí —dijo él, y, aunque sus ojos aún sonreían, había una nota en su voz que le advertía que no procediera. Levantó la mirada para abarcar al señor Simmons; que discretamente, había retrocedido varios pasos. Su sonrisa adquirió un matiz de burla—. Theo, creo que estoy en deuda contigo.

—¿Lo estás? —Su amigo, desconfiando de él en su estado de ánimo actual, se mostró receloso—. Maldita sea sí sé por qué.

—¿Por qué? Por cuidar tan bien de Eleonor. —La insulsa respuesta disfrazaba un mensaje más serio.

—A… Así es —Era francamente desconcertante, reflexionó el señor Simmons la manera que tenía Laurence de saber las cosas casi antes de que uno mismo las supiera. —Estoy encantado de serte útil.

—Habría llegado antes de no ser por la circunstancia más extraordinaria. —Lord Laurence alzó la voz para asegurarse de que sus palabras fueran oídas por todos los que estuvieran lo suficientemente cerca como para oírlas—. Te costará creer esto, mi querida Eleonor, pero los hijos de Steven han descendido sobre mi padre desde Bruselas a cargo de su tía sin una palabra de advertencia. Su casa ha sido como un Bedlam todo el día, con tantos preparativos que hacer —Por encima de la cabeza de la señorita Acker, sus ojos se encontraron con los del señor Everton.

La ligera presión de los dedos de él sobre los suyos indicaba a Eleonor que debía dar alguna respuesta, pero no sabía lo que decir, ni era consciente de la furia en su pecho ante este cruel giro del destino. Por lo que, prudentemente, decidió quedar en silencio, por el momento.



Al encontrarse más tarde Hammond en la sala de cartas con algunos de sus conocidos, se mostró de lo más urbanita.

—Mis felicitaciones, Hammond. Aunque confieso que la mente se resiste un poco ante la perspectiva de verle como hombre de familia.

—Puede estar tranquilo. Los niños no son mi responsabilidad, gracias a Dios. Simplemente me he comprometido a ayudar a mi padre a poner en marcha algunos arreglos.

—Debo decir que se lo toma todo muy bien —dijo el señor Dustin entrometiéndose en la conversación, y añadió con un toque de rencor—: Esperemos que su futuro suegro reciba las noticias con la misma alegría.

La boca de Hammond se tensó, pero no se dejó arrastrar. El baronet se dio cuenta de ello y, tras llegar a la mesa de juego, se inclinó burlonamente y rogó que le excusaran. El señor Simmons, observando cómo este se alejaba, murmuró en voz baja:

—No sé cómo se las arregló para mantener las manos lejos de su garganta.

Lord Laurence se giró suavemente en dirección a la puerta.

—Sospecho que eso era exactamente lo que él deseaba que hiciera, ¿y no querría que le complaciera su capricho?

—¡Más bien no! Pero me temo que el señor Everton tenía razón sobre Acker. No deseo ser poco caritativo con su futuro suegro. Me atrevería a decir que no le hará mucha gracia enterarse de que las perspectivas de su hija de convertirse algún día en duquesa han sufrido un revés.

El señor Simmons estuvo a punto de recordar el escándalo protagonizado por el único hermano de Eleonor, un joven vicioso cuyos hábitos habían hecho que se le enviara precipitadamente a la India por temor a que mancillara el nombre de la familia, pero una rápida mirada al rostro de Laurence hizo que prevalecieran consejos más sabios. De hecho, su amigo guardó silencio durante tanto tiempo que se preguntó si no habría tocado un nervio en carne viva. Sólo una verdadera preocupación le hizo perseverar, aunque vacilante.

—¿Supongo que no hay ninguna duda de que el niño es de Steven?

Lord Laurence tuvo una súbita visión del joven David y, de forma totalmente inesperada, de la joven que parecía amarle tan ferozmente.

—Ninguna en absoluto, diría yo.

—¿Y no le importa?

Al oír esto, Hammond se detuvo en seco y se volvió, con los ojos duros como la pizarra.

—¿Qué sí me importa? Bueno, por supuesto que me importa. Todo el asunto es condenable de principio a fin, ¡con mi padre comportándose como el diablo encarnado! Pero, ¿qué quiere que haga al respecto?

Su joven acompañante parecía desconcertado.

—¿Yo? ¡No me corresponde a mí decirlo!... Y esto no es propio de usted.

—No, tiene razón, no lo es. —Laurence se encogió de hombros y una leve sonrisa irónica hizo su rostro menos austero—. Mis disculpas. Es imperdonable desahogarse con los amigos. Tampoco es

culpa del niño. La posibilidad siempre estuvo ahí. Es, como siempre, ¡Su Gracia quien me ha puesto de los nervios! En cuanto al señor Everton, si intenta hacerme daño a mi o a los míos, me encargaré de él.

Había una nota en su voz que hizo que el señor Simmons se estremeciera interiormente. Hacía años que le resultaba obvio que entre Laurence y el baronet, y conociéndolos a los dos, habría una mujer en ello en alguna parte; según la experiencia del señor Simmons, casi siempre había una mujer en la raíz de tales asuntos.

—Espero que tenga razón —dijo lord Laurence.



Ya era bastante tarde cuando consiguió que Eleonor se quedara sola y, haciendo caso omiso de sus protestas, la condujo a la antesala desocupada y cerró la puerta.

—Laurence, no debes... Esto es de lo más imprudente. A mamá le daría un ataque si se enterara.

—Oh, ¿seguro que no? Lady Acker está hecha de un material más duro. —Tomó su barbilla con maestría entre sus largos y delgados dedos, inclinando su encantador rostro hacia él—. Además, ¿qué voy a hacer cuando se muestra tan esquiva? Creo que me ha estado evitando.

—No... No, por supuesto que no lo he hecho. ¡Qué cosa tan ridícula dices! —Pero su voz era un poco altiva y carecía de convicción. Dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire, hasta que finalmente ella exclamó: —Bueno, ¿puedes culparme? ¡Todo el mundo está hablando!

—Sí, no me cabe duda de que lo hacen, querida. ¿Pero qué tiene eso que ver con nosotros?

Él sintió que ella se ponía rígida, y había un brillo furioso en sus ojos.

—¿Cómo supones que me sentí oyendo a *ese hombre* regodearse en tu desgracia y sabiendo perfectamente que lo decía para mis oídos? ¡Creo que no estoy fuera de lugar al pensar que podrías haber tenido más consideración por mis sentimientos!

Lord Laurence la soltó de inmediato y se alejó, sus modales repentinamente fríos.

—¿No estás siendo un poco demasiado sensible, querida? Mi desgracia, como te complace llamarla, no es material para un drama. Y si no hubieras tenido tanta prisa por aceptar la invitación de lady Jersey, podría haberte contado todo en privado y haber estado preparada para los chismes.

Ésta no era en absoluto la reacción que ella había esperado. Hasta ahora había sido un pretendiente indulgente, y tan acostumbrada estaba a salirse con la suya en todas las cosas que nunca había dudado de su capacidad para manipularlo. Pero la preocupación la había vuelto descuidada, y enseguida vio que, si quería que Laurence cayera en sus redes, como ella pretendía que ocurriera, tendría que usar la astucia. A pesar de que su madre estaba indignada por lo ocurrido, él seguía siendo muy elegible, y ella no tenía ningún deseo de perderlo. Y en cualquier caso, aunque la llegada a escena del hijo de su hermano era fastidiosa, el tiempo estaba de su lado. El chico era joven; podía pasar cualquier cosa. Era un hecho conocido que los niños pequeños eran presa de cualquier número de dolencias. Más tranquila, miró a su amado a través de unas pestañas veladas y emitió un pequeño sollozo.

Tuvo exactamente el efecto que ella deseaba, haciendo que Laurence fuera incómodamente consciente de lo hiriente que había

sido su brusquedad. Reprimiendo su irritación, volvió a estrecharla entre sus brazos. Una lágrima reluciente rodó por su mejilla suave como un pétalo y él la limpió con el más leve de los toques.

—Lo siento, querida. No quería hacerte llorar. Me atrevo a decir que tu madre no está muy contenta con las habladurías del señor Everton, y te ha hecho saber sus sentimientos. ¿Es eso?

Eleonor murmuró algo incoherente, con la cabeza girada sumisamente hacia un lado, ofreciéndole una tentadora visión de rizos oscuros contra la esbelta columna de color blanco cremoso de su cuello.

—Querida, todo esto es una tontería —le dijo roncamente—. Hablaré con tu madre y la tranquilizaré. Y te prometo que los niños no supondrán ninguna diferencia en nuestras vidas. Se irán al campo casi de inmediato.

Ella soltó un sollozo de hipo y siguió sin mirarle.

—¿Cómo puedes pretender que no supondrán ninguna diferencia? ¡El señor Dustin dijo que el niño es ahora el heredero de tu padre!

Se quedó muy quieto de repente, sus ojos buscaban el rostro de ella.

—¿Y eso te importa tanto?

—¡Bueno, por supuesto que importa! —Ella levantó entonces la vista, deslumbrándole con el brillo de su mirada cariñosa—. ¡Lo *siento* tanto por ti! Y no puedo soportar que se te niegue el lugar que te corresponde de una forma tan lamentable.

El alivio le hizo dudar.

—Mi querida niña, si eso es todo, puedes dejar de preocupar tu bonita cabeza. —Se inclinó para besarla muy suavemente—. Me importa un bledo la sucesión. En cualquier caso, mi padre bien podría sobrevivirnos a todos. Además, esperaba que me ayudaras a contratar niñeras y cosas por el estilo, pues no tengo la menor idea de cómo se hacen esas cosas, pero estoy seguro de que lady Acker podrá darme el beneficio de su propia experiencia, ¡y sólo piensa en cómo eso frustrará a los chismosos como el señor Everton!

Eleonor estuvo de acuerdo, sonrió y recostó la cabeza contra su abrigo, bien complacida.

Capítulo 4

Amanda dobló la última de las camisas nuevas de David y la colocó en el portamaletas con el resto. Le habían dado permiso para comprar todo lo que necesitaran los niños y cargarlo a la cuenta del duque, y como ambos necesitaban desesperadamente ropa nueva se había tragado su orgullo y lo había hecho, borrando de su mente por qué lo hacía.

Pero ahora, con demasiada rapidez, los días pasaban. Decírselo a David ya había sido bastante malo; ella había pensado que nada, por pura angustia, igualaría el momento en que David se había dado cuenta de que ella no iría con ellos. Al principio le había entusiasmado la idea de ir al campo, sobre todo cuando ella le había asegurado que el duque no estaría allí.

—Supongo que habrá caballos, ¿verdad, tía Amanda? Y muchos lugares que explorar. Sólo tú y yo al principio, por supuesto, hasta que Emily crezca lo suficiente...

Y, cuando por fin le había hecho comprender que ella no iría, él se había callado y luego había dicho valientemente:

—Oh, bueno, Emily y yo tampoco iremos.

Había sido una larga y dolorosa lucha convencerle, y cuando por fin había asimilado la verdad había llorado como ella nunca le había visto llorar antes y, peor mucho peor, cuando ella había intentado consolarle, él se había abalanzado sobre ella con una furia de amarga acusación, tartamudeando entre los sollozos que sacudían su pequeño cuerpo que ella ya no le quería de verdad o no le enviaría lejos. Toda la casa le había oído finalmente subir las escaleras con estrépito para arrojarse sobre la cama, allí a llorar hasta quedarse dormido.

—Lo que ese niño necesita es disciplina —Había observado Leticia imprudentemente, al encontrarse con Amanda al otro lado de la puerta del salón, pero sus palabras se habían secado ante la expresión de los ojos de Amanda.

En la habitación que servía de cuarto de los niños, Emily yacía durmiendo de esa manera tan confiada que tenían los bebés: una manita levantada. Aún era muy pequeña para su edad y se inclinaba a dar un escalofrío a la menor provocación. Automáticamente

Amanda se agachó para arroparla con la manta más firmemente alrededor de ella. Debía acordarse de decirle a quien fuera que cuidara de Emily que necesitaba cuidados especiales. Al menos ella era aún demasiado joven para sentir el dolor de ser abandonada en manos de extraños.

—No debe tomárselo tan a pecho, señorita Amanda —dijo Meg, encontrándola más tarde sentada con los ojos secos junto a la cama de David, mirándolo fijamente mientras dormía. Intentó consolarla —. Los niños son como los corchos, nunca están abajo por mucho tiempo, pase lo que pase. No es que ese duque no tenga mucho de lo que responder con sus poderosas maneras, arrebatándole a esos dos pobrecitos cuando está más claro que el agua para cualquiera que tenga ojos para ver que has sido mejor que una madre para ellos. Pero lo que yo digo es que «el Señor tiene sus caminos», así que más vale que Su Gracia tenga cuidado, porque nada bueno saldrá para él después de esto.

Una vez dicho lo suyo, Meg miró a la rígida figura, sin saber si la señorita Amanda había oído una palabra de lo que había dicho. Luego suspiró y concluyó con falsa alegría:

—Bueno, tómese el té que le he traído mientras está caliente. Le hará sentir mejor.

Eso era pedir demasiado, pero había que sobrellevar los próximos días de algún modo. Tuvo otra larga charla con David, explicándole tan claramente cómo podía a un niño tan pequeño por qué ella no iba a ir con ellos. Con suerte, al fin había conseguido convencerle de que no era por falta de amor por su parte.

Pero, aunque David aceptó, permaneció retraído, haciendo todo lo que se le pedía sin discutir, pero con un rostro de piedra que preocupó a Amanda más de lo que lo habría hecho una muestra de rebeldía, mientras Emily, sin duda percibiendo el estado de ánimo general, protestaba con creciente vigor. Fue con una curiosa especie de alivio cuando por fin recibió la carta de lord Laurence, en la que le informaba de que los niños deberían estar listos para partir a las diez de la mañana siguiente.

Esa última noche se sentó junto a la ventana con David.

—Escúchame, querido. El hecho de que no podamos estar juntos durante un tiempo no significa que te quiera menos —Ella atrajo su atención hacia la estrella vespertina, que parpadeaba más brillante que todas las demás en el crepúsculo temprano—. Todas las

noches —dijo en voz baja—, miraré esa estrella y rezaré una oración por ti y por Emily, y si tú miras por tu ventana y haces lo mismo por mí, será como una forma especial de hablarnos.

—Pero puede que esté demasiado lejos para verla —dijo trémulo.

—No lo estarás, te lo prometo. Es una estrella mágica: podrás verla estés donde estés. Entonces, ¿hacemos un pacto solemne?

—Bien, de acuerdo —Juntaron las manos y cerraron los ojos, y después él dijo, un poco más alegre—: Pero, ¿tú también vendrás a vernos?

—En cuanto tu abuelo lo permita —juró ella, abrazándole y esperando un milagro.



A la hora acordada de la mañana siguiente ya estaban reunidos en el salón de la planta baja: David, tranquilo y extrañamente pulcro con su ropa nueva, mientras Emily se comportaba por una vez lo mejor

posible mientras canturreaba suavemente y jugaba con las cintas rosas de su bonete.

Amanda mantuvo una conversación decididamente alegre, aunque unilateral, hasta que por fin oyó el inconfundible sonido de un carruaje que se acercaba y se detenía fuera. David también lo oyó y se acercó un paso más a ella. Escucharon la pesada pisada de Higgins, el criado de su padre, mientras respondía a la llamada de la aldaba.

Y entonces lord Laurence llenó el pequeño salón con su presencia. Iba vestido para montar a caballo, y un rincón de la mente de Amanda registró el aprecio por el abrigo verde oliva bien cortado y los ajustados pantalones de piel de ante bajo su abrigo abierto y por las botas de montar cuyo brillo de espejo debía de haber supuesto horas de pulido por parte del ayuda de cámara de su señoría. Pero por encima de todo lo demás estaba la necesidad de mantener la compostura hasta el final.

Intercambiaron saludos formales y luego él dijo escuetamente:

—Veo que es usted puntual. Bien. No me gustan las despedidas prolongadas. John, puedes llevar las maletas al carruaje.

Un fornido mozo de cuadra entró y se quitó el sombrero cortésmente ante Amanda, antes de levantar el portamaletas bajo un brazo y agarrar las dos maltrechas maletas en el otro.

—Este es todo, ¿verdad, señora?

Ella dijo con voz ahogada que sí y él se marchó, abriéndose paso, a paso de cangrejo, por el umbral de la puerta. En su lugar llegó una joven esbelta y de aspecto severo, con una pelele oscura y servicial y una pulcra cofia redonda.

—Ésta es la niñera Potter, señorita Baldwin. Se ocupará especialmente del bebé.

Por un momento Amanda se aferró a su sobrina como si no pudiera soportar separarse de ella.

—Cuidará muy especialmente de Emily —pidió impulsivamente —. Su constitución ha sido delicada desde su nacimiento, lo que la hace propensa a las enfermedades. Me temo que también puede hacerla díscola a veces.

—Estoy muy acostumbrada a tratar con niños díscolos, señora — dijo la niñera de una manera fría y complaciente que llenó a Amanda de aprensión, haciendo que lo único que deseara fuera darse la vuelta y huir con los niños, a cualquier parte lejos de

aquella gente fría e indiferente. Pero no había ningún sitio adonde huir; de hecho, no tuvo más remedio que dejar caer un último beso sobre la frente de la niña antes de abandonarla. Cuando los brazos de la niñera se cerraron firmemente a su alrededor, los brillantes ojos de Emily desaparecieron en una masa de arrugas rojas y furiosas y su boca empezó a fruncirse.

—Oh, querida. —Amanda estiró instintivamente una mano, pero, incluso cuando el primer grito desgarrador de indignación encontró voz, la niñera se dirigía rápidamente hacia la puerta y salía hacia el carruaje que la esperaba. Lord Laurence frunció el ceño momentáneamente y luego, dominando sus sentimientos, volvió su atención hacia su sobrino.

—¿Y bien, David? ¿Estás preparado?

El pánico instantáneo brilló en los ojos de David y se acercó aún más a Amanda, su mano tanteando la de ella. Ella la tomó con firmeza y se inclinó para decir en voz baja y firme:

—Ha llegado el momento, cariño. Recuerda todo lo que te he dicho. Intenta ser un buen chico y haz lo que se te ordena. Y cuida de Emily, cuando crezca un poco te mirará a ti, su hermano mayor, en busca de amor y ejemplo. —Su voz amenazaba con fallarle, así

que, sin más preámbulos, lo abrazó y sintió cómo sus brazos subían para enroscarse convulsivamente alrededor de su cuello. Necesitó cada gramo de su menguante valor para besarle y girarle para que mirara a su tío—. Vete ya, David. Recuerda la estrella y que Dios te mantenga a salvo.

Lord Laurence había observado la pequeña escena en silencio, impresionado, a pesar suyo, por la contención con que ella estaba llevando la despedida. Se había preparado para las lágrimas y las súplicas de última hora, sabiendo que la mayoría de las mujeres que conocía habrían montado una escena. Pero esta mujer parecía poseer una fuerza interior que avergonzaba cualquier pensamiento de ese tipo. Tampoco, para ser justos, pudo discernir el menor indicio de que ella hubiera intentado envenenar la mente del chico contra su padre o contra sí mismo, aunque le quedaron pocas dudas de que ella consideraba despreciable su participación en todo el asunto.

Como resultado, pudo contemplar la visión de David, arrastrando los pies y esforzándose varonilmente por contener las lágrimas, con más simpatía de la que habría sentido en otras circunstancias. No hizo ningún comentario, pero apoyó una mano en

el hombro del muchacho cuando se detuvo para despedirse de la señorita Baldwin.

—¿Tiene algún plan? —Se encontró preguntando bruscamente.

Y, como la mera idea de lo que sería su vida le resultaba tan insoportablemente dolorosa, la respuesta de Amanda fue igualmente brusca.

—No. Probablemente buscaré algún puesto de profesora. —Levantó la barbilla—. Enseñé inglés en Bruselas durante un corto periodo de tiempo cuando los fondos eran escasos.

—¿Ah, ¿sí? —Parecía a punto de decir algo más, pero cuando volvió a hablar fue simplemente para asegurarle que los niños estarían bien cuidados.

—Milord... —Su voz, forzada a salir con dificultad, vibraba de pasión—. Pretendo que cumpla ese compromiso. Y si alguna vez oigo algo en contra puede estar seguro de que moveré cielo y tierra para frustrar la voluntad de Su Gracia.

Se inclinó y empezó a guiar a David hacia la puerta, mientras éste, ahora que había llegado el momento, se retorcía constantemente bajo sus manos para mirar hacia atrás en muda súplica.

Amanda contuvo la respiración, sintiéndose como una traidora, hasta que oyó que Higgins cerraba la puerta principal y volvía a subir lentamente por el pasillo hasta las regiones traseras. Sólo entonces se movió, corriendo alocadamente escaleras arriba y cerrando de un portazo la puerta de su alcoba tras de sí.



El viaje no fue feliz; lord Laurence nunca había pensado que lo sería y, con gran presencia de ánimo, había optado por viajar junto al carruaje, prefiriendo desafiar al tiempo, que mostraba tendencia a la nieve, antes que someterse a la compañía de la formidable niñera Potter y a los gritos de su sobrina que, por muy sospechosa que fuera su constitución, tenía un par de pulmones que rivalizarían con el más fuerte par de fuelles. Cuando de vez en cuando echaba un vistazo por la ventana, era para ver a David miserablemente encorvado en un rincón y frotándose los ojos mientras lloraba. Todo esto le hizo maldecir en más de una ocasión aquel asunto que había destruido tan ampliamente la tranquilidad de su vida.

Cuando se detuvieron para cambiar los caballos por segunda vez, el tiempo se había despejado. Abrió la puerta del lado de David y extendió una mano.

—¿Qué te parecería cabalgar conmigo un rato?

Una variedad de emociones luchaban por la supremacía en los ojos enrojecidos de David.

—Preferiría que no, señor —murmuró al fin, recordando como una idea tardía las exhortaciones de tía Amanda sobre la cortesía—. Gracias.

Un poco picado al ver que le devolvían su generosa oferta, dijo con rotundidad:

—No importa lo que prefieras, muchacho. Un poco de aire fresco te sentará bien.

Se había preparado para alguna otra resistencia simbólica, pero David parecía demasiado apático para discutir y, cuando estuvieron listos para ponerse en marcha de nuevo, se dejó levantar por John para sentarse frente a su tío, que cerró un brazo protector a su alrededor.

Cabalgaron un rato en silencio, dejando atrás el carruaje, y al cabo de unos momentos la resistencia natural de David empezó a

imponerse. Acarició la crin cremosa del caballo con dedos tentativos y le acarició el cuello.

—Es de primera, ¿verdad, tío Laurence?

—En efecto, lo es —dijo su tío secamente—. Pensé que te gustaría.

David se lo pensó.

—¿Habrá caballos dónde vamos?

—Lo dudo. Pero imagino que se podría arreglar algo.

Esto produjo un silencio más prolongado. Entonces David dijo con timidez:

—Creo que podrías arreglar cualquier cosa si quisieras. —Y cuando esto no produjo más que una leve sonrisa, añadió con más atrevimiento—: ¿Supongo que no podrías arreglar que la tía Amanda también estuviera allí?

¡Maldita sea! pensó Laurence.

—No, David. Eso está más allá de mis posibilidades.

David suspiró profundamente y pronto empezó a decaer de nuevo, de modo que Laurence se vio obligado a devolverlo al carruaje. Cuando llegaron a Hammond Grange, los dos niños

estaban disgustados por haber estado tanto tiempo en el camino y la niñera Potter hacía tiempo que había agotado su paciencia. Su bienvenida se vio atemperada por una especie de eficiencia erizada que apenas ayudó a mejorar las cosas, aunque el ama de llaves, la señora Bennett, que era un tipo de mujer bulliciosa, bastante más redonda de lo que él recordaba, los saludó con bastante agrado y no pareció importarle que su vida, hasta entonces sin incidentes, fuera a verse alterada. Se sentía un poco intimidada por lord Laurence, pues no le había visto desde sus visitas de juventud.

—Será como en los viejos tiempos, milord —le dijo, haciéndole una reverencia—. Volver a tener voces de niños por el lugar.

Sin embargo, en ese momento las voces de los niños se volvieron decididamente quejumbrosas, y los gritos de Emily corrían el peligro de ahogar toda conversación, por lo que ella y la niñera fueron rápidamente despachadas a los cuartos de la guardería, mientras David quedaba a cargo de una institutriz muy eficiente que esperaba unos pasos detrás del ama de llaves. La señorita Throstle era aún más delgada que la niñera Potter, y su falda negra de bombazine crujió cuando avanzó para hacer su propia reverencia a Laurence.

Todo el ambiente le pareció desagradable y, en consecuencia, se mostró innecesariamente cortante ante el tímido ofrecimiento de la señora Bennett de proporcionarle la cena, si no le importaba una comida sencilla:

—Porque la cocinera se está haciendo vieja y ya no le apetece preparar esos platos de lujo que tanto solían gustar a su señoría.

—Gracias —dijo él, sin importarle que le recordaran tiempos más felices—, pero sólo he venido para ver que los niños han sido entregados sanos y salvos.

—¡Como un paquete! —Como más tarde le dijo indignada a la cocinera.

La señorita Throstle, sin embargo, no vio nada inapropiado en las palabras de su señoría. Habiendo sabido algo de las circunstancias que rodeaban la presencia de los niños aquí, consideró que él había hecho más de lo que cabía esperar de él, y que a estas alturas debía estar deseando que sus fastidiosas relaciones llegaran a su fin. Hizo una reverencia y pidió permiso para llevar a David a su habitación y, al recibir su consentimiento, le dijo al niño que agradeciera a su tío su gran amabilidad y que se despidiera.

Esto hizo David, aunque a regañadientes, pero cuando la institutriz intentaba llevárselo se le escapó de las manos y corrió hacia su tío, que era su único vínculo con la vida tal como él la conocía y que estaba a punto de abandonarlo.

—¡Tío Laurence, tío Laurence! ¿Podré ver la estrella desde la ventana de mi habitación?

—¿La estrella? —repitió la señorita Throstle, avanzando hacia él con una severidad pasmosa—. ¿Qué tontería es ésta? Su tío tiene mejores cosas que hacer que estar preocupándose por asuntos tan triviales.

—¡No es trivial... Es *muy importante*!

—Bendito sea el niño —murmuró la señora Bennett, pero la señorita Throstle le dio una reprimenda, le llamó niño malvado y reiteró que su señoría debía estar ya bastante cansado de su parloteo... Y que debía aprender a obedecer si quería llegar a ser un buen caballero.

Sin embargo, algo en el rostro de David, en la urgencia de la súplica, hizo que su tío se detuviera. ¿No había hecho la señorita Baldwin alguna mención a una estrella?

—¿De qué estrella hablas, David?

—¡La estrella de la tarde... La que brilla antes que todas las demás! Tengo que ser capaz de verla...

—¡Oh, de verdad! Esto es realmente muy perverso por su parte, señorito David… —Empezó la señorita Throstle, sólo para enrojecer de mortificación cuando lord Laurence la cortó en seco y volvió a centrar su atención en el muchacho.

—¿Y por qué es tan importante que puedas verla?

David le explicó lo de la tía Amanda y el pacto que habían hecho. Su tío guardó silencio durante tanto tiempo que empezó a preocuparse.

—El caso es que no sé exactamente dónde está en el cielo, y si no cumplo mi parte de la promesa no funcionará —Intentó valientemente que no le temblara el labio—. ¡Así que ya ves, es terriblemente importante!

—Sí. Lo veo —murmuró lord Laurence, medio para sí mismo.

Así pues, la señorita Baldwin había encontrado la manera de atar al muchacho a ella a pesar de lo peor que pudiera hacer su padre, aunque quedaba por ver cuánto tiempo resultaría eficaz un vínculo tan tenue. Correría el riesgo de que, sin ningún contacto personal, y a medida que se adaptara a su nueva vida, el apego del

chico empezara a menguar. Mientras tanto, no estaría de más seguirle la corriente.

—Muy bien —dijo—. Subiremos juntos a tu habitación e intentaremos averiguar en qué dirección mira la ventana. Señorita Throstle, ¿puede indicarnos el camino?

Ella accedió, pero con reticencia, su espalda rígida delataba que esta forma de indulgencia no concordaba con sus propios principios.

Su señoría no desconocía Hammond Grange, pues la casa había sido muy favorecida por su madre, y sus primeros días de infancia los había pasado a menudo aquí en lugar de en la sede familiar de Berkshire. En años posteriores, cuando ya no pudo tolerar los negros humores del duque, su madre se había retirado casi permanentemente a la granja, donde había muerto siendo una mujer relativamente joven. Desde entonces, su padre no había mostrado ningún interés por el lugar, y sus hijos habían encontrado otras formas de pasar el tiempo. Lord Laurence, al contemplarla con ojos nuevos, pensó en lo encantadora que era la casa a pesar de su aire de abandono más bien triste: agradablemente paladina por fuera y luminosa y espaciosa por dentro, con habitaciones bien

proporcionadas que, aunque habían crecido destartaladas, resultaban agradables a la vista.

Los cuartos de los niños estaban subiendo tres pares de escaleras y, a diferencia del resto de la casa, presentaban un aire de inoportuna frialdad. Las tablas resonaban al son de sus pies y, desde algún lugar tras las puertas cerradas, los gritos del bebé no cesaban. Su boca se tensó con desagrado cuando la institutriz les condujo más allá del aula, a una pequeña alcoba, escasamente amueblada, bajo el alero.

—¿Tú y papá solíais vivir aquí? —preguntó David en voz baja.

—Sí. Bastante a menudo, cuando teníamos más o menos tu edad.

Pero seguramente nunca había sido tan espartano. Con qué rapidez se olvidan las privaciones de la infancia, reflexionó, observando sombríamente su entorno. Entró en la habitación, consciente de la pequeña mano transpirada que se enroscaba convulsivamente en la suya, su expresión inescrutable mientras juntos cruzaban hacia la pequeña ventana con parteluz. Abajo, un ondulado parque se extendía hasta un pequeño lago lejano. Si no recordaba mal, el lago estaba más o menos al oeste.

—Esta ventana debería darte una vista clara de tu estrella, si no la encuentras —se volvió a medias hacia la señorita Throstle—, el señorito David tiene mi permiso para buscar una que sí lo haga.

David tragó saliva sobre el doloroso nudo en la garganta, su alivio más allá de las palabras. Sin embargo, cuando su tío se volvió para marcharse, la sensación de pánico regresó y encontró voz suficiente para hacer una última súplica:

—¿Debo quedarme aquí?

Laurence sintió surgir en él una especie de rabia impotente. Le hizo decir con brusquedad represiva:

—Sí, por supuesto que debes. Y serás un niño bueno y obediente para la señorita Throstle. ¿Está claro?

—Sí, señor. —Fue poco más que un susurro.

El carruaje iba a quedarse toda la noche, para dar tiempo a los caballos a descansar, pero lord Laurence no podía esperar a sacudirse el polvo de Hammond Grange de su organismo. Durante los primeros kilómetros, cabalgó como si le persiguiera el mismísimo diablo.

John, que le seguía el ritmo, lanzaba miradas disimuladas a su sombrío perfil. Había estado con su señoría durante muchos y largos

años, y calculaba que conocía todos sus estados de ánimo, buenos y malos, pero pocas veces lo había visto de un humor tan negro como ahora. Y si aquellos chiquillos no estaban en el fondo de todo aquello, su nombre no era John Gage.

Capítulo 5

Agotadas las lágrimas, Amanda se salpicó la cara con agua fría, se puso la pelele y el bonete y se dispuso a salir de casa, incapaz de soportar su antinatural quietud ni un momento más. Al pasar por delante de la biblioteca de su padre, la puerta se abrió y él permaneció allí inseguro, como si fuera consciente de que le había fallado, pero medio temeroso de que Leticia apareciera para impedirle decirlo.

Amanda le había visto muy poco durante este corto tiempo en casa; era como si Leticia hubiera evitado deliberadamente que estuvieran juntos a solas para que no tratara de influir en él. Leticia no tenía por qué preocuparse. Ella no quería nada de su padre. Sin embargo, a pesar de todo, le angustiaba observar lo tristemente que se había deteriorado. Su madre había sido su roca, por supuesto. Ahora, los signos de debilidad, de indecisión, eran claramente evidentes en su rostro. Esto tal vez explicara la huidiza de Meredith,

por todo lo que en apariencia se parecía a mamá. Amanda reflexionó irónicamente que ella no podía hacer tal afirmación de belleza, pero al menos parecía haber heredado la fuerza de propósito de su madre.

—Amanda, querida…

—Está bien, papá, —dijo ella rápidamente—. Lo entiendo.

Le temblaba la boca.

—Desearía haber hecho más. Yo... Me apena verte infeliz...

Ella se encogió de hombros.

—La infelicidad parece ser una condición que uno debe soportar de vez en cuando. Pero la he superado antes y lo haré de nuevo, sin duda, así que no, te lo ruego, no te alteres.

—Eres muy parecida a tu madre —suspiró, haciéndose eco de sus pensamientos anteriores—. Bastante indomable. Pero espero... Es decir, estoy seguro de que eres bienvenida a quedarte todo el tiempo que... Bueno, no sé qué planes has hecho...

—Todavía no he hecho ninguno —dijo ella, incapaz de evitar que su voz se tornara sombría—. Excepto reconocer que evidentemente debo buscar empleo de alguna naturaleza. —Amanda

ignoró su débil exclamación—. Mientras tanto, daré un paseo por el parque. Quizá el aire fresco dé una dirección más clara a mis pensamientos.

Una temprana nevada había mantenido a la gente dentro de sus casas, pero ella se alegró de tener las calles para ella sola. Inevitablemente, sus pensamientos se volvieron hacia los niños, cuyo viaje bien podría resultar incómodo por las inclemencias del tiempo. Sin embargo, cuando giró a las puertas del parque, el sol ya empezaba a abrirse paso entre la grisura, derritiendo la capa de polvo blanco que cubría la hierba.

Amanda caminó deprisa al principio, contenta del ejercicio, pues le permitía trabajar el letargo inducido por su reciente tormenta de llanto. Pero eso se había acabado: no lloraría más lágrimas. En su lugar, todas sus energías debían dirigirse al futuro. Al enviar a los niños, como él pensaba, fuera de su alcance, el duque consideró sin duda que había ganado. Pero nada más lejos de la realidad. Separados podían estar, pero ella no podía apartar a David y Emily de su vida más de lo que podía dejar de respirar.

En su mente ya nadaban varios planes a medio formular. Los niños estaban en Surrey, eso sí lo sabía, y con un poco de

determinación debería ser posible descubrir el paradero exacto en Surrey. Una vez que lo supiera, ni siquiera Su Gracia podría impedirle buscar empleo en algún lugar de los alrededores, ¿como dama de compañía, tal vez, o incluso como maestra o institutriz? No le había ido tan mal criando a David. El mayor inconveniente de este plan era la necesidad de proporcionar referencias, un hecho que señalaba con demasiada claridad su lamentable falta de conexiones.

Tan sumida en sus pensamientos estaba Amanda que no oyó al jinete que se acercaba, ni su apagada exclamación cuando hizo girar su montura para acercarla a su lado.

—Señorita Baldwin, ¿Amanda?

Fue sacudida de estas confusas reflexiones por una voz que le sonaba vagamente familiar, y levantó la vista para ver a un caballero en el acto de apearse de su caballo.

—¡Capitán Fitz! Oh, ¡qué espléndida sorpresa!

—Sí, en efecto, señorita. —Le estrechó calurosamente la mano —. Pero ya no soy el capitán Fitzallan, simplemente señor. Vendí mi rango el mes pasado. Ya no era lo mismo con tantos buenos amigos que se han ido.

—Supongo que no. —Estuvo de acuerdo Amanda en voz baja.

—¿Y cómo sigue después de todos sus problemas? —Él la miró —. Parece un poco decaída si no le importa que lo diga. Las cosas no deben haber sido fáciles. ¿Los niños están bien, confío? El joven David ya debe haber crecido bastante.

Amanda apenas sabía qué contestar. En su agitación empezó a caminar bastante deprisa, y él, percibiendo su estado de ánimo, le siguió el paso.

—Algo *anda* mal. Los niños...

—Oh, están bastante bien, aunque... —Y entonces, se lo contó todo.

—¡Pero son noticias espantosas, señorita! Suponía que los habría entregado al cuidado de Arlington, pues era su responsabilidad. ¡Pero que se comporte tan desaliñadamente! Después de todo lo que usted ha hecho, ¡y el joven David tan devoto a usted! —Los rasgos habitualmente bonachones del capitán Fitzallan se habían enrojecido de indignación—. En cuanto a la parte de Laurence en el asunto, bueno, estoy conmocionado, y sí, sorprendido. Había pensado mejor de él.

—Para ser justos —admitió ella—, creo que milord tenía poca elección en el asunto. El duque es un hombre obsesivamente

autoritario.

—Aún así... —El capitán Fitzallan sacudió la cabeza— Entonces, ¿qué hará ahora, querida señorita? ¿O es impertinente por mi parte preguntar?

—No, desde luego. Uno nunca podría estar en peligro de confundir su amable interés con impertinencia. La verdad es que no sé lo que voy a hacer, excepto que debo, de algún modo, ganarme la vida.

Su exclamación ahogada le hizo torcer la boca con ironía.

—Confieso que la perspectiva no es agradable, pero siempre he sido algo realista, y reconocí hace tiempo que debía ser así. Si tan sólo el resto pudiera ser como antes, creo que no me importaría... —Amanda descubrió con horror que su garganta volvía a restringirse.

El capitán Fitzallan se detuvo y se volvió hacia ella, su preocupación muy real.

—Nadie tiene más motivos de angustia que usted, mi querida señorita y si hay algún modo en que pueda serle de ayuda le ruego que no dude en recurrir a mí. Steven era mi amigo, y sé que él desearía que hiciera todo lo que pudiera.

—Es usted muy amable. Me pregunto... —Ella vaciló y luego le contó sus planes—. Pero si voy a intentar algo por el estilo, necesitaré alguna prueba de buen carácter...

El capitán Fitzallan se quedó estupefacto.

—¡Oh, una institutriz no, se lo ruego!

Y entonces se acordó de algunas de las mujeres que había visto en tiempos pasados, correteando por ahí a instancias de las amigas de su madre disfrazadas de acompañantes, y se preguntó si una situación así sería mucho mejor. ¡Su madre! Eso sí que era un pensamiento.

—Tengo la intención de viajar a Guildford en las próximas semanas para ver a mi familia. Mamá es una positiva fuente de sabiduría. Si no tiene inconveniente en que le hable de sus problemas, no me extrañaría que no fuera ella la persona indicada para aconsejarle. —Su rostro se iluminó de repente—. O, mejor aún, podría acompañarme y quedarse un tiempo.

—¡Oh, no! ¡No se me ocurriría imponerme! —La idea era tan tentadora que la vehemente protesta de Amanda iba dirigida tanto a sí misma como a él—. Soy bastante desconocida para ellos, y además ha estado tanto tiempo fuera que su familia le querrá para

sí. Es más que amable por su parte sugerirlo, ¡pero estoy persuadida de que sería un estorbo!

—Nada de eso, tiene mi palabra —le aseguró con una sonrisa —. Nunca son más felices que cuando la casa está llena de amigos. De hecho, cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que debería venir. — Dudó antes de decir un poco tímidamente—: ¿No hay nada que la retenga aquí?

—Nada en absoluto —dijo ella sombríamente.

—¿Y bien, entonces? Al menos permítame que escriba a mis padres, sugiriéndoles que la traiga.

Amanda estaba a punto de negarse cuando le asaltó un pensamiento repentino.

—¿Guildford? ¿No está eso en Surrey? —Y cuando él lo confirmó—: ¿Supongo que su casa no estará cerca de la finca del duque de Arlington?

—No más allá de unos pocos kilómetros, señorita. —Su sonrisa se ensanchó—. ¡Por Júpiter, ya veo lo que quiere decir! Bueno, eso zanja bastante el asunto, ¿no le parece? Les escribiré de inmediato.

Y, como la oportunidad parecía nada menos que enviada del cielo, ella accedió.

—Pero sólo si me asegura que no molestaré.

—Puedo asegurárselo, señorita —dijo él, un poco tímidamente —. Será fabuloso tener su compañía durante un rato.

Sellado el trato, el ánimo de Amanda empezó a levantarse, pues a partir de ese momento el capitán Fitzallan se desvivió por asegurarse de que ella no tuviera tiempo para lamentarse.

Pero si iba a ir acompañada habría que hacer algo con la ropa. La suya era escasa y, en su mayor parte, más práctica que decorativa. Sin embargo, había conservado varios de los vestidos más bonitos de Meredith. En aquel momento, no tenía ninguna razón clara para hacerlo más allá del sentimentalismo, ya que su hermana era mucho más delgada de complexión que ella. Pero ahora que los necesitaba, Amanda se dio cuenta de que nada le impedía deshacer los vestidos y reutilizar el material.

Siempre había tenido talento para la costura, y se puso manos a la obra con voluntad, dedicando cada momento libre a cortar y prender y ajustar, con Meg como una ayudante bien dispuesta siempre que podía escapar de la atenta mirada de Leticia. En muy poco tiempo, el fruto inicial de su trabajo yacía sobre la cama para que ambas lo admiraran: dos vestidos muy favorecedores, uno para

la tarde en muselina espigada con un breve corpiño y dobladillo con volantes de un azul suave liso, y el otro para la noche en una seda ámbar muy bonita con un sobrevestido de gasa crema.

—Son muy elegantes, señorita. —Se entusiasmó Meg, impresionada por su capacidad de invención.

Amanda se rió, sintiéndose más feliz de lo que se había sentido en bastante tiempo.

—No estoy segura de que sean elegantes, pero servirán. Y tengo material suficiente para al menos uno más.

Leticia había enarcado las cejas cuando Fitz la llamó por primera vez para llevarla a dar un paseo, y no tardó en comentar con sorna la rapidez con que se había recuperado de la pena tras la marcha de los niños. La puya hirió como era su intención, pero Amanda se mordió la lengua, decidida por el bien de su padre a no exacerbar una situación que, con suerte, pronto se resolvería.

Y, en efecto, al día siguiente recibió la más amable nota de la señora Fitzallan, expresando el placer que les causaría que la señorita Baldwin consintiera en ser su invitada durante la próxima visita a Guildford. Ella contestó de inmediato, y sólo podía esperar

que la buena señora no estuviera suponiendo que tenía designios sobre su hijo.

El señor Baldwin se quedó muy tranquilo al oír sus noticias. Ya había sorprendido a Amanda una vez al levantarse para reprender a su esposa después de oír uno de sus comentarios más mordaces. Y cuando la llamó a su biblioteca más tarde ese mismo día, iba a sorprenderla de nuevo poniéndole una bolsita en las manos.

—Si vas a quedarte con la familia del capitán Fitzallan durante algún tiempo, me atrevo a decir que necesitarás algunas cosas extra. —Cerró sus dedos alrededor de la bolsita de cuero y le dio una palmadita en la mano—. Así que toma este dinero para complacerme. Es una cantidad insignificante, sin duda, pero tal vez te compren algunas necesidades.

Más conmovida de lo que hubiera creído posible, Amanda balbuceó su agradecimiento, pero él se lo negó, diciendo algo avergonzado mientras se daba la vuelta para marcharse:

—Sólo quizás... Si te abstuvieras de hacer mención de esto a Leticia.

Ella accedió de buen grado, llevándose enseguida el monedero a su habitación donde, tras volcar el contenido sobre la cama,

descubrió que contenía cuarenta guineas. ¡Una verdadera fortuna! Podría comprarse una pelele, un bonete, algunos zapatos y medias, y aún le quedaría bastante para posibles necesidades futuras.



Las incursiones iniciales de Amanda en la sociedad resultaron relativamente indoloras, e incluyeron una tarde musical en casa de una de las amigas más íntimas de la señora Fitzallan.

—La música no va mucho conmigo —confesó Fitz—, pero lady Tufnell es un pájaro viejo y encantador y ella insistió mucho en que viniera.

No había más de treinta personas presentes, en su mayoría damas de edad madura, algunas de las cuales iban acompañadas de sus hijas, y un puñado de caballeros, atraídos allí, sospechaba, por dichas hijas más que por el entretenimiento. A Amanda le cayó bien al instante Lady Tufnell. Era corpulenta y jovial, y tenía la feliz habilidad de hacer que uno se sintiera instantáneamente como en casa.

—Encantada de verle, Fitz —jadeó, con sus varias barbillas tambaleándose—. Y la señorita Baldwin. No nos conocemos, creo, pero es usted muy bienvenida a mi pequeña velada. Fitz me ha dicho que se va con él en breve para hacer una estancia con su familia en el campo. —Sus ojos centellearon con complicidad—. Espléndido. Lo disfrutará enormemente. Me atrevo a decir que no conocerá a mucha gente aquí, pero la señorita Berridge estará encantada de dársela a conocer. Celia —atronó, y una mujercita quisquillosa apareció de algún lugar detrás de su inmensa circunferencia y fue presentada.

—Sí, desde luego. Muy contenta —resonó jadeante la señorita Berridge y procedió a hacer lo que se le pedía.

Amanda estaba convencida de que lady Tufnell se había formado una impresión bastante equivocada sobre su relación con Fitz. Miró a Fitz, pero él no parecía haber notado nada raro.

La tarde transcurrió de forma bastante agradable, con música para suavizar cualquier momento incómodo, como su presentación a cierta Lady Acker y a su hermosa hija, que apenas se mostraron civilizadas y, a partir de entonces, intentaron apartarla de su semblante cada vez que sus miradas chocaban. En un momento

dado, vio a lady Tufnell conversando con ellas y, por la mirada de interés que su señoría le dirigió, dudó que fuera algo de su agrado.

—Tonterías —dijo Fitz cuando ella le contó lo ocurrido—. Lady Tufnell no es de las que hacen caso de chismorreos. Pregúntele a la señorita Berridge. —Sus ojos centellearon—. Probablemente estén admirando ese bonito bonete que lleva puesto.

Amanda, muy consciente de las limitaciones del bonete, pensó que eso era muy poco probable, pero no lo dijo.

Poco antes de partir hacia Guildford, Fitz la convenció para que le acompañara a un asunto mucho más grandioso: una recepción que daría Lady Sefton. Desechó sus temores asegurándole que la flor y nata de la *haut ton* seguiría en su mayor parte languideciendo en el campo, haciendo preparativos para la próxima temporada.

—Como no, la compañía será tediosa, mucha gente diplomática y del gobierno. No me molestaría en ir, pero lady Sefton es...

—Una amiga de su madre —terminó ella por él y él sonrió.

—Bastante. Seguro que se entera si me voy llorando.

Amanda no se lo creyó ni por un momento. De hecho, a estas alturas estaba segura de que él se había desvivido por cultivar algunas de las amistades de su madre en beneficio de ella, aunque

nunca admitiría el hecho. Esta vez, sin embargo, ella estaría con toda seguridad fuera de lugar, pero Fitz parecía tan abatido cuando ella intentó convencerle que al final ella cedió, diciendo con un repentino destello de humor que si le deshonraba siempre podría repudiarla.

No llevaba más de cinco minutos en casa de Lady Sefton cuando sus peores temores se hicieron realidad, y la absoluta estupidez de permitir que su juicio inicial fuera desestimado volvió para burlarse de ella. Bajo las relucientes lámparas de araña, las habitaciones ya estaban vivas de color y movimiento, y el tono general de la conversación sólo sirvió para confirmar que Fitz había subestimado la calidad de la reunión. Su hermana se habría sentido como en casa entre tantas damas engalanadas y enjoyadas, considerándose tan fina como cualquiera de las presentes. Amanda no le había envidiado ese talento, pues nunca había sentido la menor inclinación a moverse en círculos tan exaltados. Las pocas veces que la habían persuadido de hacerlo en París y Bruselas no habían hecho más que dar crédito a su propia opinión de que carecía de la habilidad para entablar el tipo de conversación trivial y vacía que parecía tan necesaria si una quería ser aceptada con facilidad.

Ahora, como entonces, se sentía desmañada y a disgusto. Incluso su bonito vestido ámbar, cuyo breve corpiño había adornado con esmero con diminutas perlas de siembra, trabajando hasta bien entrada la noche hasta casi arruinarle la vista, y que hasta ese momento había supuesto ingenuamente que era razonablemente elegante, parecía de repente lo que era: ¡genteel cutre! Ni siquiera el mejor chal ribeteado de encaje de Meredith podía salvarla. Además, estaba segura, por las miradas disimuladas que le lanzaban, de que se estaba convirtiendo rápidamente en objeto de conjeturas. Un caballero saturnino, con anteojos, la interrogaba de forma particularmente odiosa. Sin embargo, era inútil lamentarse. Con un poco de suerte, pronto encontrarían otras diversiones.

Fitz se había visto envuelto en una conversación con un militar conocido, dejando a Amanda momentáneamente a merced del aburridísimo caballero al que tan amablemente les había presentado lady Sefton. Como no era necesario hacer más que interponer un sí y un no ocasionales a intervalos apropiados, su atención pronto empezó a desviarse. Más allá de un repentino hueco entre la multitud, vislumbró a la hermosa señorita Acker, cuyo cabello oscuro estaba exquisitamente peinado *à la Sappho*, un estilo tan a menudo favorecido por Meredith. Amanda estaba a punto de apartar la vista

cuando apareció un caballero: alto, imponente, elegantemente vestido de blanco y negro; sintió que la sangre le corría por la cara y luego se le escurría con la misma rapidez, pues no había duda de la identidad del caballero mientras saludaba a la señorita Acker con un marcado aire de intimidad.

Pareció una eternidad antes de que Fitz se reuniera con ella y aún más antes de que consiguieran librarse del atroz Sr. Blount, y ella pudo susurrar con urgencia:

—Fitz, debo irme ahora... ¡De inmediato!

Él la miró sorprendido.

—Oh, vamos, querida. Blount era un poco zoquete, lo admito, a pesar de que es algo en el almirantazgo, pero no es el típico invitado de lady Sefton.

Sacudió la cabeza con impaciencia.

—No es eso.

—Bueno, ¿entonces? —Y, notando su agitación—, ¿pasa algo? Debo decir que no tiene muy buen aspecto.

—Estoy perfectamente bien —dijo ella con impaciencia—. Pero acabo de... ¡Ahí! —Le agarró del brazo— ¿No ve, al otro lado de la

habitación, a la derecha de esa señora que lleva el horrible turbante con los penachos púrpura.

El capitán Fitzallan miró.

—Vaya, es Laurence, ¡y con la señorita Acker!

—Precisamente. Oh, Fitz, por favor, sácame de aquí inmediatamente. ¡No quiero encontrarme con él! Quién sabe lo que él pensaría si me viera aquí.

—Bueno, ¿por qué no debería estar aquí? Querida, ¡esto no es propio de usted en absoluto! Tiene la bendición de lady Sefton, así que no veo que importe lo que piense Laurence o cualquier otro. Tiene perfecto derecho a estar donde quiera.

Era cierto, por supuesto, salvo que lady Sefton tal vez no la conociera por una farsa... y podría reflejarse mal en Fitz si quedara expuesta como una joven sin dinero que no tenía cabida en semejante compañía. Pero incluso mientras Amanda racionalizaba el argumento, sabía que no era la verdadera razón de su pánico, que lo que realmente importaba era su descubrimiento por Lord Laurence. Pero, decidió fatalista, poco podía hacer al respecto, ya que Fitz no veía ninguna razón para marcharse. Tal vez, entre tanta gente, sus caminos nunca se cruzaran.

Pero el destino estaba de un humor caprichoso aquella noche, pues apenas Amanda había calmado sus temores cuando, en una irrefrenable necesidad de asegurarse de que no corría peligro, su mirada se desvió una vez más por encima de las cabezas de la multitud... y se encontró mirando directamente a los ojos de lord Laurence. Se ensancharon con incredulidad antes de endurecerse en algo mucho menos agradable. Salvo una huida abyecta, ahora no había forma de evitar el encuentro. Buscó a Fitz y descubrió que había sido reclamado por otro conocido. Al darse cuenta de que debía enfrentarse a él sola, Amanda se tranquilizó de repente. Después de todo, ¿qué tenía que temer? Puede que hubiera muchas cosas que quisiera decir, pero estaba demasiado bien educado para montar una escena.

—Señorita Baldwin. —Había llegado a su lado con una rapidez y un propósito notables en alguien que daba una impresión permanente de indolencia, y ahora se alzaba sobre ella como una elegante ave de rapiña en su abrigo negro de cola de golondrina. Un diamante anidado en la prístina blancura de su corbata se burlaba de ella con su brillo—. No esperaba verla aquí.

No añadió "donde tan claramente no pertenece", pero la crítica estaba implícita en el tono de su saludo. Sin duda estaría

comparando su conducta aparentemente despreocupada con la de la mujer desconsolada que había visto hacía tan poco tiempo, una mujer que prácticamente había confesado carecer de recursos, y la juzgaría en consecuencia. Pues que lo hiciera.

—Oh ni yo a usted, milord —dijo ella agradablemente—. El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

Amanda vio cómo sus ojos se encendían de ira.

—¡No se da cuenta! —dijo, tan bajo que sólo ella podía oírle—. Ya se está hablando de usted.

Gracias a la señorita Acker, pensó ella.

—¿Y? —dijo ella con calculada ligereza.

—¿No le importa que la gente quiera convertirla en objeto de burla?

—En realidad no, milord. ¿O sí? ¿O tal vez teme que su propia reputación pueda sufrir como consecuencia de ello?

Ella lo miró de lleno y por un instante fue como si el tiempo se detuviera... Y estuvieran completamente solos. Qué intolerante era el empuje de su mandíbula, qué intimidantes los ojos estrechos y brillantes y la cicatriz que asumía una siniestra prominencia en la

tirantez de su rostro mientras la miraba fijamente. Se creía muy listo, pero muy pronto, y de una forma que no podía discutir, ella estaría al alcance de los niños. Aunque no es que ella quisiera que él lo supiera.

¿Cómo se atrevía a estar allí de pie, se enfurecía él interiormente, con su sencillo vestido hecho en casa, haciendo que todas las demás mujeres de la sala parecieran demasiado arregladas y riéndose de la desgracia social? ¿Cómo se atrevía a intentar mirarle fijamente, armada sólo con ese exasperante aire de desafío que invariablemente parecía decidido a hacerle sentir culpable, y al que ahora se añadía algo nuevo, un matiz de desafío, quizá incluso de desprecio. Y él casi había cometido el error de sentir lástima por ella.

Y entonces, muy cerca, alguien se echó a reír. El ambiente se rompió y Fitz se apresuró hacia ellos.

Ella dijo con calma:

—¿Conoce usted al capitán Fitzallan, creo?

Fitz, que se había apresurado a socorrerla, se quedó pasmado al verla tan serena, pero se recuperó rápidamente.

—Por supuesto. —Los dos hombres intercambiaron saludos—. ¿Cómo está, Fitz? ¿Todavía con el Regimiento?

El capitán Fitzallan explicó su cambio de circunstancias y luego, sintiendo que el tema no podía ser ignorado, expresó entrecortadamente sus condolencias por la muerte de Steven.

—No es el lugar para entrar en detalles, lo sé, pero si le apetece, podríamos hablar más de ello en otra ocasión.

—Gracias. Aprecio su ofrecimiento. —La mirada engañosamente incuriosa de su señoría viajó de uno a otro—. ¿Me atrevo a decir que fue a través de mi hermano que usted y la señorita Baldwin se conocieron?

—¡Sí, desde luego! —Fitz, deseoso de hablar bien de Amanda, se preparó para lanzar un catálogo de sus muchas virtudes y de lo mucho que Steven y Meredith, que en paz descansen, le debían a su abnegada dedicación, pero ella se apresuró a cortar antes de que pudiera mencionar a los niños, como estaba segura que estaba a punto de hacer.

—Basta, señor Fitz, o me pondrá colorada. Estoy bastante segura de que su señoría no quiere oír un montón de triviales detalles domésticos. —Su mirada le desafió a negarlo. Había un brillo

peligroso en sus ojos, pero él no hizo ningún intento de refutar la acusación, y Amanda concluyó con inusual desafío—: El señor Fitz y yo nos encontramos por casualidad la semana pasada en el parque.

—¡Oh, qué feliz casualidad! —dijo él en voz baja. No había duda de lo que quería decir y él observó cómo el color subía a sus mejillas. Fitz, sin embargo, pasó por alto los matices más sutiles de su observación, por lo que la tomó al pie de la letra.

—Vaya, eso pensaba yo. Casi la primera cara amistosa que veía desde que regresé a Londres, ¡aparte de algunas viudas! Uno se desconecta terriblemente de las cosas, ya sabe, estando tanto tiempo en el extranjero.

—Así lo creo.

—¡Laurence! Te he estado buscando por todas partes. —La voz de la señorita Acker en su hombro llevaba el más leve indicio de un reproche. Él se volvió sin prisa, aunque una cierta tirantez alrededor de su boca indicó al señor Simmons, que la acompañaba, que estaba menos que complacido de verlos.

—Me dejó sin decir apenas una palabra, y el pobre Theo se ha visto obligado a hacerme compañía...

—Siempre es un placer, señorita —confesó galantemente el señor Simmons, mientras miraba a los acompañantes de Laurence con velada curiosidad.

—Sí, pero esa no es la cuestión…

—La cuestión, mi querida Eleonor —dijo Laurence, con bastante más brevedad de la que su amada podría desear—, es que tenía una razón particular para dejarte, y, si hubieras ejercido tan sólo un pequeño grado de paciencia, habría regresado a su debido tiempo.

La señorita Acker se mordió la réplica indignada que brotó de sus labios, al darse cuenta con encomiable rapidez de que ella no era el verdadero objeto de la ira de Laurence. No había tardado más que un instante en reconocer a la señorita Baldwin y en saber lo furioso que debía de estar él al encontrarla haciendo alarde aquí. Por lo tanto, no le dedicó a la señorita Baldwin más que una breve inclinación de cabeza cuando se saludaron, y se dejó en manos del señor Simmons la tarea de dotar a las presentaciones de cierta calidez.

—Theo, ¿se acordará de Fitzallan? El amigo de Steven.

—En efecto, sí —dijo, tendiéndole una mano mientras su curiosidad seguía centrada en la joven.

¡Así que ésta era la actual espina en la carne de Laurence! Ella no era en absoluto como él había esperado, y se encontró sonriéndole con auténtico placer. Ella le devolvió la sonrisa y, aunque había una luz en sus ojos azul-grisáceos que daban muestras de buen humor aliado a la inteligencia, él percibió, también, cierta resolución acerada. Aquello no le sentaría bien a Laurence; de hecho, incluso ahora no podía dejar de percibirse cierta atmósfera entre ellos. El hecho de que Laurence hubiera maldecido todo el asunto desde el principio, y hubiera sido poco más que una reacia cifra para su padre, había actuado sobre él como un irritante. Y la señorita Baldwin, si su juicio era exacto, no era un esbirro sumiso, a la que despachar a voluntad, lo que podría agravar aún más la situación. Si su amigo tenía una debilidad acuciante, era que no soportaba que lo frustraran. Al señor Simmons se le ocurrió que, tanto si Laurence ya le tenía tomada la medida a la señorita Baldwin como si no, bien podría ser ella quien le demostrara que él no siempre podía llevar la voz cantante. En definitiva, los próximos meses podían resultar interesantes.

El señor Simmons no era la única persona intrigada por la situación. Sir Dustin Everton también observaba desde un mirador cercano. Sabía quién era la señorita Baldwin, por supuesto, y había presenciado el encuentro de los protagonistas con creciente aprecio. Se podía percibir el antagonismo, incluso a distancia. El objeto de la dama al enredarse con la poderosa familia Hammond le interesaba poco, salvo en la medida en que pudiera utilizarse para incomodar o incluso desacreditar a lord Laurence. Su mirada se desvió hacia la deliciosa Eleonor: ella también parecía poco complacida.

Sir Dustin bajó el anteojo y se preguntó cuál sería la mejor manera de convertir la situación en su propio beneficio.

Capítulo 6

Amanda no podría haber sido recibida más calurosamente por la señora Fitzallan, que resultó ser una rotunda dama maternal de ojos centelleantes y una naturaleza que aceptaba con ecuanimidad cualquier cosa que se le presentara.

—No debe darme las gracias, querida señorita Baldwin —explicó cuando Amanda intentó expresar su gratitud—, porque no hay nada que nos guste más que una casa llena de gente joven. Con las amigas de Mary y las de Eliza, por no hablar de los jóvenes desgarbados que Joshua y Ben traerán siempre a casa, rara vez estamos sin compañía. Sólo espero que no nos encuentre demasiado bulliciosos.

Amanda le aseguró que ella también disfrutaba de la compañía de los jóvenes, y algo en su voz debió traicionarla, porque la mujer mayor le dio una palmadita en la mano.

—Fitz nos ha explicado algo de su situación, querida. Espero que no le importe...

—En efecto, no, señora. Me alivia que lo haya hecho, pues me ahorra la dificultad de abordarlo yo misma.

—Así es. —La señora Fitzallan asintió enérgicamente y un mechón de pelo rubio canoso se escapó de su gorro de muselina recogido—. Me temo que le resultará muy frustrante estar tan cerca de sus seres queridos y que se le niegue el acceso a ellos. Sin embargo, si siente la necesidad de hablar me encontrará muy dispuesta a escucharla, y si juntamos nuestras cabezas ¿quién sabe lo que no podría salir de ello? De hecho, mi ama de llaves, la señora Treadgold, es íntima amiga de la señora Bennett, el ama de llaves de Hammond Grange, y más de una vez me ha hablado de los nietos de Su Gracia.

—¿Lo ha hecho? —Esto era más de lo que Amanda había esperado. Apenas podía soportar preguntar y, sin embargo, no podía soportar no saber—. Oh, señora, ¿cómo les va? ¿Ha dicho algo?

—Oh, bueno, en cuanto a eso, es más o menos como cabría esperar. —La señora Fitzallan, al ver la agonía de anhelo en los ojos de su joven invitada, deseó haber hablado con menos libertad. Pero

no estaba en su naturaleza disimular y, en cualquier caso, la señorita Baldwin era a todas luces una joven de lo más sensata, poco dada a arranques estrafalarios—. Los niños a menudo tardan un poco en asentarse, ya sabe, cuando son desarraigados y arrojados sin compañía a un entorno extraño de una manera tan confusa. ¡Cómo pudo comportarse Arlington de forma tan desaliñada! Pero no es de extrañar si se tiene en cuenta cómo trató a la pobre y querida duquesa, ¡que en paz descanse!

En cualquier otro momento, Amanda habría sentido curiosidad por saber más, pero por ahora un solo pensamiento llenaba su mente: que no todo iba bien entre David y Emily.

—Son desgraciados, ¿verdad?

—Oh, mi querida señorita Baldwin, le ruego que no piense lo peor. Como digo, los niños a menudo tardan en asentarse en un lugar extraño, especialmente cuando carecen de una cara familiar a la que recurrir, pero no estaría bien, ya sabe, ni por su bien ni por el suyo, ¡que se fueran como uno de los cohetes de Congreve! —Esto le provocó una leve sonrisa, y la señora Fitzallan continuó—: Aparte de todo lo demás, sólo considere cuál podría ser el resultado si la señora Bennett se enterara de su relación con los niños y dejara

escapar la información; en el mejor de los casos, inquietaría aún más a los niños, si se enteraran, y en el peor, el duque podría ser informado y trasladarlos a un lugar menos accesible.

Amanda dijo con aire de autodesprecio:

—Tiene razón, señora. Me estoy comportando como el más tonto de los gansos.

—Es comprensible. Fitz me ha hablado de su abnegada dedicación a esos niños... —Vio el pequeño mohín de su joven invitada—. Sí, por supuesto, soy muy consciente de que usted no lo ve así en absoluto, pero sí que se preocupa profundamente por ellos y, como madre, sé cómo me sentiría yo en circunstancias similares. Así que, por el momento, mantendremos el asunto entre usted, Fitz y yo, y si confía en que entre los dos sonsacaré lo que pueda a la señora Treadgold, quizá veamos la mejor manera de seguir adelante. —Sonrió a Amanda—. Mientras tanto, confío en que se sienta como en casa, e intentaremos poner algo de color en sus mejillas.

—Gracias. Es usted muy amable, permitiéndome imponerme sobre usted de esta manera —dijo Amanda, muy conmovida—. Pero no debe dejar que me exceda en mi bienvenida. No sé cuánto le ha dicho Fitz, pero tengo la ferviente esperanza de poder conseguir

algún empleo en los alrededores. Si usted supiera de alguien que necesitara una compañera, o una institutriz…

—Oh, hay tiempo suficiente para eso más tarde —dijo vagamente la señora Fitzallan—. Cuando esté totalmente descansada. No, no, querida, ni una palabra más, se lo ruego.

Hacía tanto tiempo que Amanda no se sentía completamente libre de responsabilidades que al principio le resultaba difícil mantener la ociosidad durante un tiempo sin un sentimiento de culpabilidad que la acompañara. Pero poco a poco, con el paso de los días, descubrió que su anfitriona no había exagerado el grado de hospitalidad que reinaba entre los muros de la casa solariega sin pretensiones. El señor Fitzallan era un hombre tranquilo y más bien estudioso, que rara vez salía de su estudio antes de la hora de la cena. Aparentaba considerar las maneras gregarias de su familia con paciente resignación, pero Amanda había vislumbrado de vez en cuando algo en sus ojos que sin duda desmentía esta afirmación, y no cabía duda del placer con que había saludado a su hijo mayor, ni de su amable acogida hacia ella.

Las hijas, Mary y Eliza, tenían dieciocho y diecisiete años respectivamente, y eran muchachas bonitas y sin afectación, siendo

Eliza la más gregaria de las dos. Tenía la hermosura de su madre y se parecía mucho a la señora Fitzallan cuando era niña, mientras que Mary favorecía a su hermano mayor, con su cabello castaño oscuro, su tez pálida y su dulce dulzura de maneras. Joshua y Ben completaban la familia. Eran gemelos de casi nueve años, tan iguales como guisantes y con una capacidad infinita para meterse en líos y salir de ellos, mostrando un alegre desprecio por el decoro que su desventurado tutor se esforzaba en inculcar. A veces le recordaban a Amanda tan marcadamente a David que se veía obligada a reprimir las punzadas de añoranza.

—Fitz nos contó que había viajado mucho por el mundo, e incluso que estuvo en Bruselas en el momento de la gran batalla —dijo Eliza cuando las dos niñas la habían llevado inicialmente al confortable salón que era su santuario privado y estaba fuera del alcance de los niños pequeños—. ¡La envidio tanto, pues no hemos estado en ninguna parte

—Eso no es del todo cierto —dijo Mary con el ceño fruncido de reproche, recordando el lado menos agradable de la vida de Amanda que Fitz había insinuado—. Hemos estado en Margate, y una vez en Brighton, y vamos a quedarnos con la tía Alice en Bath.

—No seas idiota, Mary. Bath no tiene nada que envidiar a París. — Eliza se revolvió los rizos y se inclinó hacia delante con impaciencia—. ¡Háblenos de París, Amanda! ¿Fue prodigiosamente romántico?

—Oh, prodigiosamente —estuvo de acuerdo Amanda con una leve sonrisa—. Aunque me temo que pensarán que mis experiencias fueron desalentadoras, ya que ni una sola vez estuve a punto de ser barrida por un apuesto aristócrata francés que volvía para reclamar su herencia.

Eliza aceptó esta infeliz revelación con entereza, mientras Mary sostenía prosaicamente que tales dechados debían de ser escasos y poco frecuentes, pues había pocas probabilidades de que les quedara alguna fortuna que reclamar.

Era del todo imposible ser infeliz durante mucho tiempo en compañía de tanta gente agradable y, aunque no había día en que los niños no estuvieran en los pensamientos de Amanda, poco a poco empezó a relajarse y a disfrutar de los sencillos placeres que tan gratuitamente se le ofrecían. Uno de los más felices fue la oportunidad, que durante tanto tiempo se le había negado, de montar a caballo.



Los Fitzallan tenían dos caballos de montar, y ponis para los chicos, así como un buen par de caballos de carruaje. La propia montura de Fitz seguía estabulada en Londres, pero como de las dos muchachas sólo Eliza mostraba alguna disposición a montar, y no a menudo, este número era más que suficiente. La mayoría de los días Amanda y Fitz salían a caballo solos antes del desayuno, pues ambos habían adquirido el hábito de levantarse temprano.

Fitz había sido un buen amigo para ella durante las últimas semanas. Su trato hacia ella era a la vez alegre y comprensivo, sin ninguna sugerencia hasta el momento de que deseara algo más que amistad. Por ello, Amanda estaba agradecida; si hubiera habido la menor sugerencia de que él empezaba a sentir *ternura* por ella, le habría resultado difícil seguir aceptando la hospitalidad que le ofrecían sus padres. Y, aunque sabía que no podía quedarse indefinidamente, la estancia no sólo la acercaba tentadoramente a los niños sino que le proporcionaba una valiosa tiempo para pensar sin Leticia respirándole en la nuca.

El enfrentamiento entre lord Laurence y ella durante la recepción de lady Sefton había sido totalmente diferente a sus encuentros anteriores y, para su consternación, aunque preferiría morir antes que admitirlo, había dejado sus sentidos alterados. También le había dado mucho que pensar, y el hecho de saber que estaba prometido a la señorita Acker contribuyó poco a aliviar su inquietud general.

Varios días después de haber cabalgado juntos por primera vez, Fitz llevó a Amanda en dirección a Hammond Grange, donde, de mutuo acuerdo, tomaron la rienda.

Desde las imponentes puertas de entrada, el parque se extendía, curvándose hasta perderse de vista. De la casa no había ni rastro, lo que le daba tal sensación de aislamiento que hizo desesperar a Amanda de poder acercarse de nuevo a los niños.

Como si leyera sus pensamientos, Fitz dijo en voz baja:

—La propiedad está a un kilómetro y medio, más allá de ese grupo lejano de árboles. Sabs, Amanda, he estado pensando: no hay nada que me impida cabalgar hasta aquí un día para hacer un pequeño reconocimiento inofensivo. Podría pedir ver al joven David. Después de todo, yo era un amigo de buena fe de su padre,

difícilmente podrían negarme el acceso a él. No sería lo mismo que verlo usted misma, por supuesto, pero al menos podría decirle cómo está. ¿Qué le parece?

Se volvió hacia él, con los ojos encendidos.

—Oh, Fitz, ¿cree que sería posible? ¡Estaría tan contento de verle! Pero no debe saber que estoy aquí. —Ella vaciló—. Quizás deberíamos consultar a su madre antes de hacer algo que pudiera poner en peligro sus propias y delicadas investigaciones.

La Sra. Fitzallan, cuando su hijo le planteó la idea, pensó que no podía haber ningún daño posible en la visita de su hijo.

—Siempre y cuando no le de al chico la más mínima pista de que su tía está en los alrededores.

—Tú tampoco, mamá —dijo con disgusto.

—¡Como si yo fuera tan torpe! —Los ojos de ella centellearon —. No me cabe duda de que serás el alma misma de la discreción, querido. Ni por un momento supuse lo contrario. —Su sonrisa se desvaneció—. Para serte sincera, y no se lo diría a Amanda por nada del mundo sin una mayor confirmación de los hechos, no lamentaría en absoluto que te fueras, pues no estoy nada tranquila con los sucesos de Hammond Grange. Si hemos de creer a la señora

Bennett, y no veo razón para dudar de su palabra, no todo es como debería ser. Oh, no estoy sugiriendo ni por un momento que los niños estén siendo maltratados —se apresuró a añadir, al ver que la alarma brotaba de sus ojos—, de hecho, estoy segura de que no lo están. Pero no parece ser un lugar muy feliz en estos momentos.

Si algo había hecho falta para espolear a Fitz, era esto. Resolvió ir al día siguiente.

—¿Y me dirá la verdad cuando vuelva? —Le instó Amanda cuando estaba a punto de ponerse en camino—. ¿Aunque no sea buena?

Fitz recogió sus riendas y le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora.

—Tendrá mi honesta valoración —prometió.

Pero eso iba a ser más fácil decirlo que hacerlo. Casi no llegó a ver a David en absoluto, y cuando lo hizo fue sólo a través de los amables oficios de la señora Bennett, que convenció a la señorita Throstle para que relajara su rígida rutina.

—Ella lo traerá en un momento, capitán Fitz —dijo, sonando no un poco agraviada mientras lo hacía pasar al pequeño salón y le servía una copa de su mejor vino de saúco—. No es que la señorita

Throstle sea deliberadamente antipática, sólo un poco exigente. Pero le dije, ¡oh, sí! El capitán Fitzallan era un buen amigo del padre de David. ¡Muchas son las veces que ha jugado aquí, cuando no era más grande que el joven amo David, y no permitiré que ahora se le menosprecie a él o a sus padres para adaptarse a cualquier vieja y estirada rutina!

—Oh, bien dicho, señora Bennett —asintió Fitz, y, sintiendo que ella estaba de un humor gárrulo, presionó su ventaja—. Mientras esperamos, quizás no le importaría contarme cómo les va a los niños. No debe haber sido fácil para ellos, adaptarse a un modo de vida tan diferente.

—Bueno, por supuesto, señor, no me corresponde a mí decirlo, aunque hay mucho que *podría* decir, y eso es un hecho. —El ama de llaves bajó la voz—. El bebé es una cosita enfermiza... Muchas son las veces que yo misma habría hecho que el doctor Thomas la atendiera, pero esa niñera estirada cree que sabe más...

—¿Y David? —dijo, pues, aunque el bienestar del bebé era importante, deseaba saber todo lo que pudiera sobre David antes de que les interrumpieran.

—Ah, bueno… Eso es harina de otro costal, señor. Quiero decir, estoy totalmente a favor de la disciplina, pero los chicos necesitan una salida para sus altos espíritus de vez en cuando. La duquesa, que en paz descanse, lo entendía. —Su cara redonda se volvió melancólica al agitarse viejos recuerdos—. Bueno, recordará cómo eran las cosas entre lord Hammond y usted… ¡Qué buenos tiempos pasaron! Sólo que no es tan fácil si no tienes a nadie con quien jugar. Aun así y todo, ¡no es suficiente! Le digo que me apena ver a ese niño abatido y solo.

Se oyó un ruido más allá de la puerta y ella se detuvo a mitad de la frase cuando ésta se abrió para admitir a una delgada gorgona vestida de negro y, un paso detrás de ella, a David. Su rostro se iluminó.

—¡Capitán Fitzallan! —gritó, y parecía a punto de correr hacia delante cuando, sin una palabra de la institutriz, se detuvo bruscamente, apagándose la luz de sus ojos.

La indignación se movió con fuerza en Fitz, pero por el bien del niño la contuvo, tendiendo en su lugar la mano.

—Hola, David. ¡Dios mío, cómo has crecido! Apenas te habría conocido. —Y eso era bastante cierto. Sus ojos se dirigieron a la

señorita Throstle—. Me pregunto, señora, si podría pasear unos momentos por el jardín con mi joven amigo.

Podría haber estado preguntando por la luna. La institutriz se erizó.

—No puedo tolerar ninguna interrupción de nuestros estudios. Las mentes de los niños se distraen tan fácilmente...

—Oh, venga, señora. —Fitz anhelaba ladrarle las palabras, pero intuyó que el encanto podría tener éxito donde no lo tendría el regaño corto—. No he visto a David desde el año pasado, y puede que no esté en el distrito por mucho tiempo. —Forzó una sonrisa—. Seguramente un poco de aire fresco sólo puede ser beneficioso.

—Muy bien. —Fue un asentimiento a regañadientes—. Cinco minutos. Esperaré aquí. —Ella se sentó, rígida e inamovible—. Señorito David, espero que se comporte.

—Sí, señorita Throstle.

Fitz no podía creer que aquella voz mansa perteneciera al David que recordaba. Incluso cuando estuvieron fuera del alcance de la casa, permaneció sumiso.

—Bueno, ahora, esto es mejor, ¿no? —dijo, sonando demasiado alegre en sus esfuerzos por romper la barrera—. Supongamos que

cortamos por aquí… Creo que conduce a un pequeño cenador.

—¿Un cenador? —Por fin un destello de interés hizo que David se animara—. Es una palabra que suena rara.

—Sí, ¿verdad? Es una especie de pequeño edificio ornamental. Tu padre y yo solíamos fingir que era un fuerte rodeado de soldados enemigos… —se rió entre dientes—. Estábamos locos por el ejército, incluso entonces.

Fue como si ambos contuvieran la respiración, y entonces David dijo con algo de su antiguo espíritu:

—Yo también quiero ser soldado cuando sea mayor. Entonces podré tener un caballo y galopar durante millas, persiguiendo al enemigo. El tío Laurence dijo que podría arreglar que hubiera algunos caballos aquí, pero no han venido —suspiró—. De todos modos, si lo hicieran supongo que la señorita Throstle no me dejaría montarlos.

Fitz contuvo su ira con un esfuerzo.

—Bueno, supongamos que le preguntamos, y entonces, tal vez la próxima vez que venga...

David se detuvo quieto, como si apenas se atreviera a creer.

—¿Vendrás otra vez?

—Desde luego que sí. No puedo prometer exactamente cuándo, pero pronto.

—¡Caramba!

—Mira, ahí está el cenador —dijo Fitz, señalando hacia delante —. Te diré qué, te echo una carrera hasta él. El primero en llegar izará la bandera.

David se rió en voz alta y se puso en marcha, con Fitz intentando desesperadamente no alcanzarle hasta que llegaron al pequeño edificio ornamentado con sus balconcitos alrededor.

—¡Bien hecho! —gritó, y sacó de su bolsillo un gran pañuelo rojo moteado. Se lo presentó a David con una floritura y lo levantó para que se subiera a una de las barandillas, mostrándole el lugar donde él y su padre habían asegurado la bandera metiéndola en una rendija.

David parloteó la mayor parte del camino de vuelta, siendo mucho de lo que decía más esclarecedor de lo que él podía pensar. Sólo cuando se acercaron de nuevo a la entrada de la casa se calló. En el último momento, antes de que volvieran a entrar, preguntó, casi con desesperación:

—¿Ha visto a la tía Amanda?

Fitz eligió sus palabras con cuidado.

—Sí, la he visto. Está muy bien, aunque te echa mucho de menos. ¿Quieres que le dé un mensaje la próxima vez que la vea?

—Yo… —David luchaba por no llorar— Dile que me acuerdo de la estrella todas las noches... Y que Emily tose mucho. Intento cuidarla, pero la niñera no me deja verla a menudo... Y dile que la quiero.

Subió corriendo los escalones sin esperar a Fitz y desapareció en la casa.



Amanda le esperaba impaciente cuando regresó a casa. Había cabalgado largo y tendido para sacarse la rabia de encima, pero aun así no pudo escapar a su inquisición. Le echó un vistazo a su cara y le dijo:

—¡Lo sabía! Dígame de una vez qué le pasa, pues prefiero saber lo peor.

Fitz desmontó y entregó las riendas al mozo de cuadra.

—No saque conclusiones precipitadas, querida —dijo, esforzándose por parecer menos preocupado de lo que se sentía mientras giraban en dirección a la casa—. Los niños están bien de salud, al menos David lo está —añadió, enmendando juiciosamente los hechos—. Mencionó que la pequeña Emily tenía un poco de tos, pero usted misma sabe con qué frecuencia los niños pequeños cogen esas cosas. Ben, según recuerdo, no paraba de resoplar y estornudar cuando estaba en la guardería.

—¡No hace falta que me consuele! —espetó ella, e inmediatamente se arrepintió.

—Lo sé, pero no quiero que se preocupe. —Fitz sonrió—. Además tengo una buena noticia. He convencido a la institutriz para que me deje llevar a David a montar a caballo durante una hora más o menos mañana, cuando terminen sus clases. Deberíamos poder emparejarle con uno de los ponis.

—Oh, él disfrutaría con eso. ¡Qué amable es, querido Fitz! —En un impulso, Amanda le abrazó y se rió al ver cómo se ruborizaba—. ¡Si pudiera ver a David! —exclamó—. Estar tan cerca y sin embargo...

—Sí, lo sé, pero no serviría... Lo inquietaría mucho, además de alterarse a si misma sin ningún buen propósito.

Ella suspiró.

—Tiene razón, por supuesto. Debo ser sensata. Oh, Fitz, ¿cree que alguna vez se arreglará?

—Seguro que sí, con el tiempo —dijo él con confianza.

Pero con su madre era mucho más franco.

—Esa niñera parece tener una fijación con los niños pequeños. La señora Bennett cuenta que nunca le deja acercarse a su hermana. Y la institutriz no es mucho mejor, ¡me dio un susto de muerte, se lo aseguro! Aunque, para ser justos, yo diría que es más estricta que deliberadamente antipática, y al parecer no se lleva nada bien con la niñera, y no tiene escrúpulos en contarle a la mujer sus asuntos.

—Oh, vaya —suspiró la señora Fitzallan—. Entonces es tan malo como me temía.

—Peor, diría yo. ¡Oh, mamá! Si pudieras ver a ese niño… El espíritu casi aplastado fuera de él. ¡Rompería el corazón de Amanda! Te diré una cosa —dijo con repentina resolución—, he pensado en ir a Londres para contarle todo esto a Laurence.

La señora Fitzallan estaba menos convencida de lo acertado de esta decisión; además, empezaba a estar un poco preocupada por la forma en que su hijo se estaba enredando en los asuntos de Amanda. Y, no hacía ni una hora, ¡ella los había visto prácticamente abrazados! Sin duda, todo era bastante inocente: Amanda Baldwin era una joven encantadora, generosa, de corazón cálido y nada conspiradora; una mujer que sería una esposa maravillosa para algún hombre afortunado. Pero, aun así, seguramente no era egoísta desear que fuera algún otro hombre. Las conexiones familiares *eran* importantes, le gustaran a uno o no, y las de Amanda eran a todas luces insignificantes, si es que tenía alguna, pues difícilmente se podía situar al duque de Arlington en esa categoría. Y, dado que sentía verdadero cariño por Amanda, estos sentimientos entraron en guerra con el lado más benigno de su naturaleza, de modo que la culpa la hizo hablar un poco más bruscamente de lo que era su costumbre.

—Sé cómo te sientes, Fitz, pero realmente no veo que nos corresponda interferir. Aparte de cualquier otra cosa, Amanda no es tonta… Cualquier acción por tu parte seguramente la llevará a sospechar que no le has contado todo.

Fitz parecía sorprendido, y un poco desconcertado.

—Pensé que lo aprobarías, mamá. Hay que hacer algo con esos niños… Y pronto. En cuanto a mi visita a Londres, no hay necesidad de inventar una excusa, tengo algunos asuntos pendientes en Horse Guards que deberían bastar. No hay razón para que Amanda sospeche ningún motivo oculto.

—Aún así. Ya empieza a estar un poco intranquila por aceptar nuestra hospitalidad indefinidamente. Supon que ella decidiera regresar a Londres contigo.

—¿Y alejarse del alcance de los niños? Nunca, mamá. Especialmente ahora. E incluso si lo hiciera no hay ninguna razón en la tierra para que se entere de mi verdadera razón para ir.

—Bueno, debes hacer lo que creas mejor, querido —dijo su madre, dándose cuenta de repente de que una visita a Londres no sería algo malo, al separarlo de Amanda por un tiempo. De nuevo, una pequeña parte de ella sintió vergüenza ante ese pensamiento.

—Te diré una cosa —dijo Fitz, repentinamente inspirado—. Papa lleva años insistiendo en catalogar su biblioteca. ¿Por qué no iba a pedirle a Amanda que lo hiciera por él? Estoy seguro de que esa tarea estaría muy dentro de sus capacidades.

—¿Emplearla, quieres decir? Oh, difícilmente creo que tu padre estuviera de acuerdo con eso... Y además, nosotras mismas iremos a Londres en cuestión de semanas.



Habría sido difícil olvidar algo que ya amenazaba con poner la casa patas arriba, con revistas de moda esparcidas por todas las superficies disponibles y discusiones interminables sobre los méritos rivales de este y aquel diseño. Las chicas pasaban largas horas encerradas en su salón trasero revisando las muestras de material recientemente entregados por la modista local, la señorita Croll.

—Bueno, ya sé lo que tendré el año que viene —anunció Eliza con gran decisión. Hojeó las páginas de *The Ladies Companion* —. Aquí está. Un vestido de la máxima elegancia —citó en voz alta—, el corpiño ruso discretamente adornado con diamantes...

—Bueno, no lo conseguirás —dijo Mary—. Dudo que la señorita Croll haya oído hablar alguna vez de un corpiño ruso, y en cuanto a los diamantes… dejando a un lado el gasto, no es bueno en la Alta Sociedad para las chicas jovenes llevar algo tan... Tan llamativo.

Serán muselinas pálidas y sedas para ti, hermana querida, y, si tienes suerte, un modesto collar de perlas, lo mismo que para mí.

—¡Entonces tomaré un marido rico lo antes posible, y me pondré lo que me plazca! —declaró Eliza, sin desanimarse ni un ápice.

Amanda, al escuchar su charla, recordó días más felices en los que ella y Meredith habían tenido muchas discusiones similares. Meredith siempre había querido brillar, mientras que ella... pero esto era pisar terreno peligroso. No debía permitirse insistir en el pasado, pues inevitablemente la conduciría a un presente más doloroso.



Durante los últimos uno o dos días, más notablemente desde que Fitz se había marchado a Londres, le pareció percibir un atisbo de tensión en los modales de su madre hacia ella. Era difícil de definir, pues la señora Fitzallan nunca podía ser otra cosa que amable. Pero tampoco era imaginación. Lo que la llevó a la lúgubre pero ineludible conclusión de que corría el peligro de quedarse demasiado tiempo y debía tomar medidas positivas para encontrar empleo. Cada día,

cuando el señor Fitzallan se deshacía de su periódico, ella ojeaba en secreto las columnas de anuncios con la esperanza de encontrar una vacante relativamente local. Pero no había nada. Y cada día era más consciente de que, a pesar de la compañía de las chicas, nunca se había sentido tan sola en toda su vida.

Fue la repentina indisposición de la señorita Croll lo que ofreció a Amanda un respiro temporal; al menos durante un breve periodo de tiempo pudo ser de alguna utilidad. Fue cuando estaba en medio de prender un volante en un bonito vestido de día de muselina cuando la señora Fitzallan asomó la cabeza por la puerta del salón y le hizo una seña urgente. En el salón rogó a Amanda que se sentara, y lo hizo ella misma, resoplando por sus esfuerzos.

—No deseo preocuparla, querida —empezó algo agitada—, pero pensé que debía saberlo de inmediato...

Sus palabras iniciales ya habían acelerado el pulso de Amanda con alarma.

—Algo va mal en Hammond Grange. ¿Es David?

—¡No, no de verdad! Lo siento, estoy siendo muy torpe con esto, ¿verdad? Pero el caso es que la señora Treadgold acaba de volver de su visita semanal a la señora Bennett, y me dice que la

niñera Potter se ha marchado… Ella y la señorita Throstle han estado enfrentadas desde el principio… Y esta mañana simplemente ha hecho la maleta y se ha marchado sin siquiera avisar, declarando que no podía soportar la constante interferencia de la señorita Throstle ni un momento más. —Hizo una pausa para tomar aliento —. ¿Qué piensa de eso? Nunca me había sorprendido tanto, ¡pues dadas las circunstancias le resultará muy difícil conseguir otro puesto!

A Amanda no podían interesarle menos las mezquinas disputas de las dos mujeres.

—¿Pero qué le pasará a Emily? —preguntó, con la mente acelerada.

—Ese es mi mismo pensamiento. Eso fue lo que me decidió a que debía contárselo, sobre todo a la luz de los acontecimientos. Porque parece que la pobre niña lleva semanas enferma y su tos no ha mejorado como debiera. La niñera insistió en que no era más que un hábito para llamar la atención que no debía fomentarse. Pero estaba tan claro que no era así que la señorita Throstle finalmente tomó cartas en el asunto e insistió en que la señora Bennett

mandara llamar al doctor Thomas de inmediato. ¡Vaya! Eso fue todo, aparentemente.

Amanda apenas prestó atención a los detalles. Sólo una cosa la preocupaba ahora.

—¿Qué dijo el doctor?

—Bueno, en cuanto a eso... no debe preocuparse, querida...

—¡Dígamelo, por favor!

La cruda y silenciosa agonía en la voz de Amanda conmovió profundamente a la Sra. Fitzallan.

—Habló de una grave congestión pulmonar... ¡pero, créame, querida, he pasado por todo eso muchísimas veces! De hecho, no puedo contar el número de veces que he pensado que los míos estaban a las puertas de la muerte y en un día o dos, ¡allí estaban corriendo de nuevo, tan en forma como una pulga!

Pero a la edad de Emily, y con su delicada constitución… Amanda quería gritar. Estaba enfadada; furiosa, de hecho, cuando pensaba en las pacientes horas que había pasado, levantando el frágil retazo de vida que había sido Emily en las semanas siguientes a su nacimiento hasta un punto en el que por fin empezó a prosperar. Y su ira se dirigía no tanto contra la niñera, que no era

más que una estúpida, sino contra el duque y su despreocupado hijo, que voluntariamente habían echado por tierra todo lo conseguido. Ahora todo tendría que hacerse de nuevo, y no por la institutriz y la señora Bennett que, en el mejor de los casos, sólo podían compartir la enfermería o contratar a alguien que lo hiciera por ellas. Y de repente estaba muy claro quién debía ser ese alguien.

—Iré a verla de inmediato —dijo con implacable resolución.

Capítulo 7

—Capitán Fitzallan… Es el capitán Fitzallan, ¿verdad?

La voz, suave, pero con un trasfondo de cinismo, saludó a Fitz cuando salía del establecimiento del caballero Jackson, donde, según le habían informado de forma fidedigna sus amigos, era frecuente encontrar a Laurence a estas horas del día. Pero no ese día en particular.

El rostro del lánguido y sumamente elegante caballero que así se había dirigido a él le resultaba vagamente familiar, pero, por más que lo intentaba, Fitz no podía recordar su nombre.

—Señor Everton —murmuró el baronet con una graciosa reverencia.

—Por supuesto… Señor Dustin —tartamudeó Fitz, avergonzado por su lapsus de memoria—. Discúlpeme; mi mente estaba en otra parte. Nos hemos conocido, creo… ¿En casa de lady Sefton?

—Exactamente. Usted estaba con una joven bastante encantadora, según recuerdo. La señorita Baldwin.

—Sí.

El señor Dustin sonrió débilmente, y no hizo ningún intento de continuar con el tema.

—Usted sigue a la Fancy, por lo que veo. ¡Qué energía! Pero entonces, me atrevo a decir que su vida le habrá acostumbrado al esfuerzo físico… —Vio que Fitz parecía desconcertado, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a las habitaciones de Jackson.

—Oh, ya veo. Bueno, sí, así es, pero no es por eso, de hecho, estaba buscando a Hammond. ¿No lo ha visto, supongo?

—Lamentablemente, no. Sin embargo, si nuestros caminos se cruzan estaré encantado de decirle que le está buscando.

Se inclinó de nuevo y siguió paseando por Bond Street, dejando a Fitz con una sensación decididamente incómoda, el tipo de sensación que había tenido una vez en un vivac en la llanura más allá de Salamanca, cuando había abierto los ojos y se había encontrado con una serpiente quieta, a no más de unos centímetros de él, mirándole fijamente a la cara. Se estremeció, recordando

cómo le había devuelto la mirada, paralizado, hasta que finalmente se escabulló.



Era bien entrada la noche cuando Fitz se encontró finalmente con Laurence y su amigo, el señor Simmons, en White´s. Acababan de salir de una de las salas de juego y, por las observaciones bonachonas de su amigo, parecía que su señoría había estado en racha ganadora.

—Venga y siéntese, Fitzallan, y tómese una copa con nosotros — dijo el señor Simmons con una sonrisa divertida—. Estoy muy necesitado de uno —Continuó, disponiéndose cómodamente frente a Fitz—. Le diré algo que quizá le interese tener en cuenta: nunca tire contra el banco cuando Laurence lo esté sujetando.

—Una simple racha de suerte, nada más —dibujó lord Laurence, estirando sus largas piernas y cruzándolas por los tobillos —. ¿Juega, Fitz?

—No. No es uno de mis vicios, me temo.

—No se disculpe. Ha arruinado a muchos hombres buenos. —Tomó un sorbo de oporto y levantó su copa para entrecerrar los ojos ante la reluciente punta de su zapato—. ¿Steven estuvo cerca más de una vez, creo?

—Una o dos veces —admitió Fitz, reacio a criticar a su amigo muerto—. Pero rara vez se metió tan adentro que no pudiera salir, y nunca, o casi nunca después de convertirse en un hombre de familia.

—Hmm… —La barbilla de su señoría se hundió un poco más en su corbata—. ¿Pero dudo que hubiera mucho que dejarles cuando se fue?

—No tengo ni idea —dijo Fitz rotundamente.

Los párpados más bien pesados de Laurence se levantaron y la mirada gris pizarra se clavó en él con agudeza.

—No hay necesidad de atizar, hombre. No intento hacerle decir nada que no desee decir. —Su expresión era enigmática—. Siempre fue un buen amigo de mi hermano. Ojalá todos pudiéramos decir lo mismo.

—Oh, no sé… —Fitz se movió incómodo.

—Siempre pensé que usted y él se llevaban bastante bien. Hablaba de usted a menudo.

—¿Lo hacía, en efecto?

Sorprendido por la inesperada nota de amargura, Fitz miró a Theo Simmons, que se encogió de hombros desconcertado, y esperó a que Laurence dijera algo más. Pero no hizo ningún intento de llenar el incómodo vacío en la conversación, y fue Theo quien finalmente dijo:

—No le hemos visto por aquí últimamente, Fitzallan. Más bien pensamos que se había marchado.

—He estado visitando a mis padres —dijo Fitz, preguntándose si ésta era la apertura que había estado buscando. Decidió fortificarse con una medida generosa de oporto.

—Ah. —Theo asintió sabiamente—. Yo mismo hice lo mismo hace poco. No me gusta demasiado el país, pero de vez en cuando hay que hacer el esfuerzo.

Laurence ni siquiera parecía estar escuchando mientras permanecía en un silencio melancólico, dando vueltas al vino en su copa y contemplando sus ricas profundidades. De modo que fue una sorpresa para sus dos acompañantes cuando dijo bruscamente:

—¿Y la señorita Baldwin?

Lo inesperado de la pregunta casi cogió desprevenido a Fitz, pero estaba decidido a no descender a falsedades y consiguió responder con tolerable compostura:

—Ah, bueno, el hecho es que conseguí convencerla para que viniera conmigo a Guildford. Se queda con mis padres hasta que pueda conseguir un puesto adecuado. Sus circunstancias, como usted debe saber, son... Difíciles. Sin embargo, añadió, viendo el gesto de la boca de Laurence, no debe temer que ella intente comunicarse con los niños. Aunque no hubiera dado su palabra, Amanda es muy consciente de que sólo serviría para inquietarles sin ningún propósito. —Era sin duda la apertura que había estado esperando, y sintió la boca seca y el aleteo de aprensión que siempre habían asistido a esos momentos finales inmediatamente anteriores a una batalla.

—Sin embargo —comenzó, vio alzarse una ceja inquisitorial ceñuda y se apresuró a continuar—, me lleva bastante claramente a lo que deseo decir. Verá, para serle franco, Laurence, éste no es un encuentro casual. Vine a Londres con la intención particular de buscarle.

—Confieso que me sorprende —dijo su señoría, en su tono más irónico—. ¿Debería sentirme halagado?

—Probablemente no. El caso es que, aunque Amanda no ha estado en comunicación con nadie en Hammond Grange, yo sí. Steven y Meredith siempre me dejaron libre sus habitaciones en Bruselas, y David y yo siempre nos llevamos de maravilla, así que me pareció muy natural dadas las circunstancias que fuera a verle...

—Muy cortés por su parte. ¿Y?

De nuevo la ironía estaba marcada, y Fitz sintió que la ira se agitaba en su interior.

—Y, Laurence, no tendré escrúpulos en decirle que me sorprendió el cambio en el muchacho.

Su señoría se sentó hacia delante sin prisa.

—¿No se encuentra mal?

—En el sentido físico, no… Un poco pálido, tal vez. Pero en cuanto a su espíritu… Señor, ¡nunca vi tal cambio en nadie! Me estremezco al pensar lo que haría Amanda si supiera la mitad. Vaya, el niño vivaz e inquisitivo que conocí casi ha sido aplastado hasta desaparecer. Esa institutriz con cara de viernes lo tiene de tal

manera que casi tiene miedo de hablar por temor a incurrir en su ira.

—¿No está siendo quizás un poco demasiado sensible, Fitzallan? — intervino Theo con tono tranquilizador, tras echar un vistazo al rostro de Laurence—. Los niños pequeños necesitan disciplina.

—Disciplina, sí. Mis dos jóvenes hermanos son disciplinados por su tutor, pero eso no acaba con toda la diversión que hay en ellos. No pude sacarle dos palabras hasta que estuvimos bien lejos de la casa, e incluso entonces estaba medio asustado de soltarse. Lo sentí tanto por el muchacho que volví al día siguiente para darle un paseo en el poni de Ben, sabiendo lo mucho que le gustaban los caballos… ¡Y le digo que estaba tan agradecido que resultaba patético! —Fitz miró a Laurence directamente a los ojos—. ¿Parecía haberse formado la impresión de que usted iba a hacer alguna provisión en ese sentido?

Theo, esperando la respuesta de su a veces destemplado amigo, se preguntó si Fitzallan sabía lo peligrosamente que tropezaba al intentar enfurecer a Laurence, una empresa que incluso él la abordó con cautela.

—¿Y supongo que ahora espera que me conmueva tanto su historia que abandone todos mis compromisos para cabalgar a toda prisa hasta Surrey?

El fulminante sarcasmo, sin embargo, lejos de enervar a Fitz, simplemente le hizo darse cuenta de lo inútil que sería apelar más a su buena naturaleza. El Laurence que había conocido de antaño claramente ya no existía. Se puso en pie, cada pulgada del joven oficial que se había distinguido en batalla, y se había ganado el respeto de sus compañeros así como de aquellos que habían servido bajo sus órdenes.

—No me atrevería a decirle cuál es su asunto —dijo en voz baja—. Eso debe recaer en su propia conciencia. He dicho lo que venía a decir, y ahora, —se inclinó rígidamente—, si me disculpa, me despido.

—¿Debe hacerlo? —preguntó Theo amablemente—. Lamentaría verle partir de esa manera. —Miró con reproche a Laurence, cuyo vívido rostro estaba marcado por duras líneas desalentadoras. Tras un momento bastante tenso, éstas se disolvieron en algo más cercano a la impaciencia.

—Theo tiene razón —gruñó, y luego, impaciente—. ¡Oh, maldita sea, Fitz, no sea tan estirado! Bájese de sus altas cuerdas y abordaremos otra botella.

Fitz sacudió la cabeza.

—Gracias, pero creo que no. El vino podría ahogarme. —Hizo una reverencia, se giró y se marchó.

—¡Maldita sea! —murmuró Laurence, viendo partir a Fitz con la espalda recta—. Impetuoso tonto… ¡Y todo por el amor de una mujer!

—¿Usted cree? —musitó Theo—. Bueno, tal vez. Aunque Fitzallan siempre se ha comportado noblemente.

—¿Implicando que yo no lo he hecho? —gruñó su poco agraciado compañero. Su mirada humeante se encontró con la de Theo, y éste se encogió de hombros—. Bueno, puede que tenga razón. Lo malo es que él también. También sabía que el muchacho estaba loco por los caballos... Y sí, le di a entender que haría algo al respecto. Simplemente se me olvidó.

—¡Ah!

Laurence le miró con suspicacia.

—¿Deduzco de ese monosílabo tan elocuente que espera que rectifique el asunto a toda velocidad?

—Mi querido amigo, como Fitzallan dijo tan sucintamente, no me atrevería a decirle cuál es su asunto.

—Cuidado, Theo. Incluso usted puede ir demasiado lejos. —Por la risita que recibió este comentario, dedujo que la advertencia había caído en saco roto. Suspiró—. Supongo que tendré que ir allí y juzgar por mí mismo lo que está pasando, sin tener en cuenta que todo este podrido lío no es obra mía. Ojalá mi padre pudiera entrar en razón.

—Puede que lo haga, si se le da tiempo.

Laurence bebió lo que quedaba de vino y se levantó.

—Podría, pero yo no me jugaría un buen dinero en ello.



A Eleonor, como era de esperar, no le hizo ninguna gracia enterarse de que iba a salir de la ciudad al día siguiente, y no pudo darle una idea clara de cuánto tiempo estaría fuera. Además, fue de lo más

insensible por su parte decírselo justo cuando iban a llegar al baile de la Sra. Pendleton, de modo que ella no pudo interrogarle sobre ello allí mismo, y cuando finalmente lo hizo él se mostró curiosamente evasivo.

—Vamos —murmuró persuasivamente—, confiesa que apenas me echarás de menos. Siempre que he pasado por Cavendish Square últimamente has estado hablando de ajuares con tu madre y apenas me has dedicado una segunda mirada.

Eleonor se mordió el labio.

—Eso no es cierto, y si lo fuera —bajó los ojos con recato—, seguramente querrás que esté lo más guapa posible para ti.

Mentira, pensó él, consciente de un inesperado ramalazo de irritación ante la interminable obsesión de su prometida por la belleza. Pero él le hizo obedientemente el cumplido que buscaba, y de hecho no era menos que la verdad, pues con su vestido de seda color melocotón sí que estaba increíblemente encantadora.

Muy apaciguada, volvió a sus intentos de persuasión.

—¿Y qué hay de la velada de lady Jersey? Ambos prometimos nuestra participación para mañana por la noche...

—Le presentaré mis disculpas. Y seguro que seguirás asistiendo con tu madre.

—¡Pero no será lo mismo si no estás allí! Y luego está el jueves... ¿Seguramente, no puedes haber olvidado que habías invitado a mamá y a la tía Agnes a la ópera?

—Así lo hice. —Si algo podía garantizarle que le reconciliaría con su próxima misión, era el saber que se vería indultado de entretener a lady Acker y a su altanera hermana—. Qué desafortunado —murmuró—, pero estoy seguro de que tu madre lo entenderá cuando le explique que tengo que tramitar unos asuntos urgentes para mi padre que no pueden esperar. Y ella y tu tía podrán seguir disfrutando de la comodidad de mi palco; Simmons actuará como mi apoderado — concluyó, consignando alegremente a su amigo al papel de cordero del sacrificio.

Pero esto no le sentó nada bien a Eleonor.

—¡Bueno, me parece una forma lamentable de tratar a mamá! No me atrevo a saber lo que dirá.

—Querida —cortó él, enfriando un poco su irónico acento—, estás empezando a resultar pesada. Aún no estamos casados, ya lo sabes.

No había nada en su voz que sugiriera que estaba siendo algo más que burlón, pero Eleonor sintió un pequeño *escalofrío* que le advirtió que anduviera con cuidado.



Hacía un frío glacial cuando lord Laurence partió hacia Hammond Grange a la mañana siguiente en su carruaje, sin John Gage, que había sido enviado a examinar algunas posibles monturas para David, y le seguiría más tarde. Por lo tanto, correspondió a su ayuda de cámara, Flagg, cabalgar en solitario en el ligero carruaje, rodeado del equipaje de su señoría, un honor al que hubiera preferido renunciar. La última vez que se le vio, Flagg estaba sentado aprensivamente en una esquina del carruaje, un hombre delgado y quisquilloso, aferrando sobre la rodilla una caja cuadrada de madera que contenía todas sus preciadas lociones y pociones, y sin duda clamando al cielo para que cuestionara la cordura de su señor al elegir abandonar las comodidades de St James—s Square en una borrasca de marzo por las dudosas comodidades de una casa de campo. Flagg tenía muy poca opinión del campo, aunque de vez en

cuando debía soportar sus deficiencias. Era parte del precio que uno pagaba por tener el aderezo de un nonagenario como su señoría.

Estaba bien entrada la tarde y se volvía sombría con el comienzo de una fina lluvia cuando lord Laurence llegó a su destino, sólo para descubrir que, en ausencia de su mozo de cuadra, probablemente no había nadie competente para estabular los caballos. Maldijo su falta de previsión, consciente de que John Gage bien podría no llegar hasta el día siguiente.

Bajó de un salto y condujo el equipo lentamente hacia delante. Para su sorpresa, el interior del establo estaba inmaculado, los aparejos que no habían visto uso en años pulidos y colgando pulcramente en su sitio.

—¿Hola? —llamó, y casi al instante una figura encorvada salió arrastrando los pies de entre las sombras y le tocó la antepierna.

—Milord.

—¿Usted es? —dijo.

—Adam, milord.

—¿Adam? ¡Santo cielo! —Se quedó mirando estupefacto al hombre que había forjado su propio amor por los caballos cuando era niño. ¿Este viejo destartalado? Ya no parecía capaz de

desensillar un caballo, y mucho menos de lidiar con una yunta y un curricán.

—¿No hay nadie más aquí?

El viejo pasó una mano cariñosamente por el flanco sudoroso del líder cercano.

—Nadie más que yo, milord. No he tenido ninguna ayuda desde que su santa madre falleció, que en paz descanse.

—Aún así lo mantiene todo en orden, por lo que veo.

—Sí, bueno, los viejos hábitos no mueren, señor, y de todos modos, me da algo que hacer.

—Supongo que sí. Bueno, Adam, le complacerá saber que habrá una cantidad limitada de trabajo para usted a partir de ahora… Sólo un par de hacks, y un pony para el amo David.

—¡Ah! Ya vi al muchacho, milord, y si no le importa que se lo diga, es igualito a Lord Hammond cuando este tenía su edad. Varias veces lo he sorprendido merodeando por aquí cuando puede escapar de esa viejo… —Se encontró con la mirada ceñuda de Laurence y se pensó mejor lo que iba a decir—. De todos modos, será estupendo volver a tener algo de vida en el lugar.

—Mientras tanto, está el problema inmediato de ocuparse de estos caballos. Mi mozo de cuadra llegará en algún momento de esta noche o mañana con los caballos, pero no es probable que llegue antes que mi carruaje. —Había una nota de duda en la voz de su señoría—. ¿Conoce a alguien que pueda echarle una mano?

—Todavía puedo hacer frente a un equipaje como este, milord, a pesar de que algunos puedan pensar que no sirvo para nada. —Y entonces, con el orgullo satisfecho, se dignó a considerar las posibilidades—. Pero me atrevo a decir que podría conseguir que el joven Fred de la granja me ayudara un día o dos.

Poco después, en la casa, la señora Bennett entró apresuradamente en el vestíbulo, llamada por una criada incoherente, para encontrar que su señoría había arrojado su sombrero de castor y sus guantes sobre la mesa y ya empezaba a despojarse de su gabán.

—¡Válgame Dios, milord, no lo esperaba... Y pensar que estuve a punto de escribirle. ¡Ellen, no te quedes ahí parada! Coge el abrigo de su señoría, y luego ve y dile a Jacob que encienda fuegos inmediatamente en el salón y en la alcoba principal...

—No se alborote, señora Bennett. No tiene importancia que no haya preparado ningún fuego.

—Pero milord, debe estar medio helado, y su alcoba necesitará calentarse. Y en cuanto a lo que debo dar a su señoría para cenar... Bueno, tendré que ver a la cocinera. Está haciendo un buen trozo de cordero hervido con salsa de alcaparras para nosotros, pero...

Laurence contuvo su impaciencia.

—Eso estará espléndidamente, señora.

La señora Bennett parecía aliviada.

—Si está seguro, señor. Y creo que podría haber una botella o dos en el sótano para su señoría.

—Sí, eso está bien.

—Bueno, entonces, por ahora, ¿quizás le importaría pasar a mi salón trasero? No es a lo que su señoría está acostumbrado, por supuesto, pero hay un buen fuego allí… —Se le escapó un suspiro—. Sólo que con la niñera saliendo así, sin siquiera pensar en nadie más, y esa pobre niña tan cerca de las puertas de la muerte como si no importara, con el doctor yendo y viniendo...

—¡Señora Bennett! —La interrumpió tan bruscamente que ella se detuvo a mitad de la frase, mientras él se sacudía un extraño *escalofrío* de alarma que le recorrió ante aquellas revelaciones un tanto confusas —. ¿Qué es toda esta charla sobre la muerte y los médicos? ¡Sea clara, por favor! ¿Dice que la niñera Potter se ha ido?

Parecía desconcertada, casi aprensiva, de hecho.

—Pero creí con seguridad que usted debía saberlo, milord... ¿Y que por eso estaba aquí?

—No —dijo él. ¡Dios, dame paciencia! Pensó—. Vine porque… Bueno, no importa por qué he venido. Señora Bennett, permítanos ir a su salón, así podrá contármelo todo claramente desde el principio.

Ella le indicó el camino, y en poco tiempo él estaba sentado junto a un ardiente fuego de leña, fortificado con un vaso de su vino de saúco, mientras ella se sentaba incómoda frente a él, relatando lo esencial de todo lo que había sucedido. Sin embargo, su alivio por el hecho de que el paciente no fuera David fue casi inmediatamente sustituido por otra emoción cuando la señora Bennett concluyó:

—Hicimos todo lo que pudimos, por supuesto, pero Dios sabe cómo nos las habríamos arreglado sin la señorita Baldwin...

—*¿Quién* ha dicho?

—La señorita Baldwin, milord. Una joven tan agradable y capaz. Es la tía de los niños...

—Sé quién es la señorita Baldwin —dijo él sombríamente.

La señora Bennett estaba demasiado absorta en su narración como para prestar atención a su cambio de actitud.

—Bueno, supongo que sí, señor. Fue muy extraño, sin embargo, cuando se piensa en ello, que ella casualmente se quedara a no más de dos millas de distancia con los Fitzallan... Como si estuviera destinada a estar allí a mano. Naturalmente ella vino, en cuanto se enteró...

—¡Oh, estoy seguro de que lo hizo! —murmuró, pero el sarcasmo se perdió en la señora Bennett.

—¡Y lo hizo tan bien, milord, porque esa pequeña Emily estaba tan enferma! Aún no ha salido del peligro, pero teniendo en cuenta que cuando el Doctor Thomas la vio por primera vez dijo que no tenía ninguna posibilidad, es poco menos que un milagro, ¡y el buen doctor no tiene reparos en decir quién debe llevarse el mérito!

Laurence se levantó.

—Gracias, señora Bennett. Su relato ha sido de lo más esclarecedor. —Se dirigió a la puerta y, deteniéndose allí, dijo—:

¿Sería tan amable de pedirle a la señorita Baldwin que me conceda unos momentos de su valioso tiempo? Estaré en el salón.

—Desde luego, milord. Ya es hora de que la pobre joven pase un rato fuera del cuarto de los enfermos.

En el salón hacía un frío poco apetecible, aunque las cortinas habían sido corridas y un fuego pasable crepitaba ahora en la enorme rejilla. No se habían encendido las lámparas gemelas, pero se habían colocado varios candelabros por la habitación, y sus parpadeantes lenguas de luz formaban suaves charcos acogedores entre las sombras. Por un instante sus pensamientos se distrajeron con los recuerdos -casi podía imaginar que oía la encantadora risa de su madre, percibía una brizna de su perfume persistente en el aire, y se despreció a sí mismo por entregarse a un sentimiento empalagoso.

Las llamas de la vela descendieron y se estabilizaron cuando se abrió la puerta. Se volvió para ver la figura de una mujer grabada en la abertura, delgada y quieta, como si se resistiera a entrar. Su voz recorrió con dureza el espacio que los separaba.

—Así que, señorita Baldwin, ¡así es como mantiene su palabra!

Capítulo 8

Amanda sólo había tenido unos minutos para prepararse para una entrevista que sabía que sería, como mínimo, desagradable. Ellen se había deslizado escaleras arriba para decirle que su señoría había llegado, y ella escuchó la noticia con el corazón hundido, sabiendo que sólo sería cuestión de tiempo que la mandaran llamar, y sabiéndose en ese momento mal equipada para una discusión.

Emily dormía profundamente cuando la señora Bennett llegó con la citación de su señoría.

—Querrá darle las gracias por todo lo que ha hecho, me atrevo a decir —susurró ella, toda desprevenida—. Váyase ahora. Yo me quedaré aquí hasta que vuelva. —Se hundió agradecida en una silla —. No estoy acostumbrada a todo este ajetreo, y con él llegando tan tarde y sin avisar... No sé cómo le sentará el cordero hervido, pero ahí está. He enviado a Jacob a la granja para ver si tienen un par de

pollos de sobra para mañana, y para entonces la cocinera confía en poder ingeniarse algo pasable, aunque su señoría no ha dicho cuánto tiempo piensa quedarse.

Amanda no hizo ningún comentario, sino que fue rápidamente a lavarse la cara y las manos. Su vestido estaba arrugado, pero uno nuevo haría poco por aliviar el cansancio que recorría dolorosamente su cuerpo, y en cuanto a la apariencia... no le importaba mucho si Lord Laurence encontraba o no desagradable la visión de ella.

No obstante, necesitó un supremo esfuerzo de voluntad para abrir la puerta del salón. Él estaba de pie en el centro de la habitación, y no pareció darse cuenta inmediatamente de su presencia. Tenía la mirada fija en el espacio, y sólo por un instante ella imaginó que había una ligera caída en la elegante figura, como si sus pensamientos le produjeran una profunda infelicidad. Y entonces se volvió, y ni siquiera la escasa luz pudo ocultar el repentino cambio en su expresión.

Su estado de ánimo se vio confirmado por su saludo, que fue muy parecido al que ella había esperado, pero el dolor que le causó fue sorprendentemente profundo, impulsándola a la ofensiva.

Desterrado su hastío, levantó la cabeza y le devolvió mirada por mirada.

—Me aseguró que los niños estarían bien cuidados… ¿Es así como mantienes su palabra, milord?

Sus ojos se entrecerraron al acercarse.

—Así que ese va a ser su argumento. Pues no le servirá, señorita. ¿Le digo por qué? Porque usted vino aquí con Fitzallan mucho antes de que le llegara la noticia de la enfermedad de Emily... Expresamente, como me atrevo a sugerir, para poder introducirse aquí a la primera oportunidad. —Hizo una pequeña pausa—. Veo que no hace ningún intento por negarlo.

Amanda se dio cuenta de que aún mantenía la puerta abierta. Ahora la cerró, aunque siguió apoyándose en ella para apoyarse. Se preguntó vagamente cómo había llegado él a saber tanto de sus movimientos, y luego se encogió de hombros como si ese pensamiento tuviera poca importancia. Se había acercado mucho, de modo que ella estaba apretada contra la puerta, mirándole.

—¿Por qué debería molestarme en negar nada? Su opinión, preconcebida y muy prejuiciosa, como era de esperar, no importa lo

más mínimo. Mi propia conciencia está tranquila, y eso es todo lo que debe preocuparme. ¿Puede decir lo mismo, milord?

Laurence, a pesar de todo su enfado, no podía sino admirar su espíritu, aunque ello no afectaba en absoluto a su juicio, que era que ella se había propuesto, a sabiendas y voluntariamente, desafiar el edicto de su padre y, del mismo modo, ignorar sus propias advertencias. En todo caso, la propia palidez de su rostro sólo sirvió para enfurecerlo aún más.

—¿Cómo se atreve a intentar invocar a la conciencia como una especie de talismán cuando sus propias acciones hablan por sí solas? Puede considerarse afortunada de que en este caso no informaré a mi padre de lo ocurrido. Si las circunstancias hubieran sido otras, bien podría haberme visto impulsado a hacerlo. Tal como están las cosas, supongo que será mejor que se quede, al menos hasta que se pueda encontrar otra niñera, después de lo cual...

—¡No!

—¿Cómo dice?

Su rostro estaba muy cerca, opresivamente, y, envuelto en sombras, parecía doblemente imponente, pero de repente a Amanda no le importó.

—He dicho que no, milord, que no me iré, al menos no sin los niños. Le hice una advertencia justa. Y esta vez no me asustará con amenazas de lo que su padre podría hacer, o de cómo esta parodia de vida es por su propio bien. Cometí el mayor error de mi vida al ir en contra de mis propios instintos, y convencerme de que tendrían un mejor comienzo en la vida entre la familia de su padre. Oh, ¡qué equivocada estaba! A partir de ahora, irán donde yo vaya, y me ocuparé de que no nos encuentren. Puede que los tiempos sean duros, pero al menos estaremos juntos, y los niños serán amados... ¡Algo que todo el dinero y todos los privilegios del mundo no pueden comprar!

—Tenga cuidado, señorita Baldwin —dijo él suavemente—. Hasta este momento, la he tratado más liberalmente de lo que se merece.

Pero ahora ella estaba presa de una fuerza poderosa y estimulante que se negaba a ser sofocada.

—Mi querido lord Laurence, me importa una higa su liberalidad. Mi decisión está tomada. Pero quisiera algunas respuestas. —La voz de Amanda tembló a pesar de todos sus esfuerzos por estabilizarla —. Me gustaría saber cómo llegó a entregar a su sobrina y a la mía,

una bebé que aún no ha cumplido los doce meses, a cargo de una mujer tan cegata que desalentó todo contacto con su hermano, y tan incompetente que permitió que Emily se hundiera hasta el mismo borde de la muerte sin creer necesario recurrir a un médico, a pesar de las constantes exhortaciones de la señora Bennett y la señorita Throstle… Ah, ya veo que eso le sorprende. Bueno, ¡puede preguntarle a la señora Bennett si duda de mi palabra! Además, me gustaría mucho oírle preguntar, por una vez, cómo le va a Emily... ¿O realmente le importa tan poco? — Lágrimas de pura debilidad y rabia corrían ya, incontenibles, por su rostro. Probablemente era el discurso más largo que había pronunciado en su vida, pero estaba decidida a terminarlo—. Por último, me gustaría… No, exijo el derecho a quedarme hasta que… —De repente, el rostro de lord Laurence parecía ir y venir y, aunque ella le rogaba que se estuviera quieto, no le salían las palabras. Y entonces sintió que la elevaban y fue consciente de la no desagradable sensación de flotar...

—¡Señorita Baldwin! ¿Puede oírme?

Era la voz de lord Laurence. Aún sonaba enfadado, pero de un modo muy distinto.

—Por supuesto que puedo oírle —murmuró ella quejándose—. No hay necesidad de gritar.

Él emitió un sonido que podría, si ella no hubiera sabido que era imposible, haber sido una risa ahogada. Entonces oyó la voz de la señora Bennett.

—Pobre jovencita. Agotada, eso es lo que está… Y no es de extrañar, porque ha dormido poco, de día o de noche, aunque hemos hecho todo lo que hemos podido para ayudarla. Nunca vi tanta devoción...

Esto se estaba volviendo embarazoso. Amanda abrió los ojos y se encontró con que ambos la miraban fijamente, la señora Bennett con auténtica preocupación, y su señoría... bueno, era tan difícil como siempre adivinar lo que estaba pensando. Luchó por incorporarse. La habitación se movió y luego se estabilizó.

—Oh, tenga cuidado, señorita Baldwin —suplicó el ama de llaves —. Estoy segura de que sería mucho mejor que se quedara quieta. ¿Cree su señoría que tal vez un poco de brandy vendría bien?

Pero antes de que pudiera responder, Amanda se le había adelantado.

—Gracias, señora, pero no hay necesidad de alboroto. Ya me siento mucho mejor.

—Pues no lo parece —dijo lord Laurence bruscamente.

—Gracias, milord —murmuró ella débilmente—. ¡Con tales ánimos debo estar de pie en poco tiempo! —Intentó adecuar la acción a la palabra, y descubrió que la superaba por completo—. Oh, esto es realmente muy tonto. Yo nunca me aflijo. De hecho, en general soy tan fuerte como una...

—¿Mula? —Sugirió su señoría, y la vio morderse el labio—. Me imagino que en este caso, señora, se ha esforzado demasiado y durante demasiado tiempo, y ahora debe pagar el precio. —Temerosa de que la echaran, empezó a protestar, pero él ya se había vuelto hacia la señora Bennett—. Vea que la cama de la señorita Baldwin esté preparada.

—Sí, por supuesto, milord. Una buena noche de sueño, eso es lo que necesita la señorita Baldwin... Y haré que la cocinera le prepare uno de sus possets[2] muy especiales. Y no debe preocuparse por la pequeña, nos las arreglaremos de algún modo. —Se alejó a toda prisa, haciendo oídos sordos a todas las protestas, dejando tras de sí una curiosa atmósfera de irrealidad.

Amanda, muy consciente de la melancólica mirada de lord Laurence sobre ella, ignoraba que él estaba reviviendo la conmoción de verla desmoronarse a sus pies... y preguntándose hasta qué punto su propia intolerancia era responsable de haber hecho añicos la delgada cáscara de su compostura. Rara vez era dado a entregarse a la autorrecriminación; la vida, en general, siempre había transcurrido más o menos como él la había ordenado. Incluso Eleonor, aunque fuera a contracorriente con ella, parecía dispuesta a bailar a su son. De modo que nunca había sentido la necesidad de ponerse a favor de nadie, con la posible excepción de su padre - nunca, eso sí, hasta la llegada de la señorita Baldwin con los hijos de Steven a cuestas; Amanda Baldwin, que se negaba a ajustarse a ninguna de las convenciones aceptadas simplemente porque estaban ahí, que lucharía como una tigresa en defensa de sus derechos, y que parecía decidida a poner patas arriba su apacible vida.

—Todo esto es bastante innecesario, señor… —dijo ella, rompiendo por fin el silencio—. Realmente ya me siento mucho mejor, y, con su permiso, creo que debería volver a la guardería...

—No irá a ninguna parte, excepto a su cama.

Había una nota de finalidad en su voz, pero ella prefirió ignorarla.

—En otras circunstancias, eso sería muy agradable, milord. Pero por ahora es poco práctico. Su llegada ha supuesto mucho trabajo extra para la señora Bennett y su muy limitado personal. No sería justo hacer recaer sobre ellos la carga añadida de cuidar de Emily...

—¡Maldita sea, mujer! ¿Podría, sólo por una vez, hacer lo que le digo y dejar de preocuparse por esos malditos niños?

Ella parpadeó ante su repentina ferocidad.

—No, están confundidos —dijo débilmente, intentando apartar de su mente la dichosa idea del sueño—. Están muy perdidos y solos, y alguien debe preocuparse por ellos, ya sabe… —Para su horror, las lágrimas empezaban a ahogarla, y no había nada que pudiera hacer para detenerlas—. ¡Oh! —gritó, mortificada sin medida —. ¡Ahora mire lo que ha hecho!

Si ella hubiera intentado utilizar las lágrimas como arma, él no habría tenido ningún reparo en darle un revés. Pero su evidente disgusto por su propia debilidad, y el posterior intento de echarle la

culpa a él, le dieron una vulnerabilidad totalmente inesperada, que a su vez tuvo el efecto más extraño en él.

Le dijo con sorprendente dulzura:

—Lo siento. No pretendía hacerla llorar.

—No, claro que no. —Amanda sacó un pañuelo del bolsillo y se restregó los ojos—. Tiene toda la razón… Estoy cansada. Emily ya no está en peligro, y le seré mucho más útil después de una buena noche de sueño. —Se sonó la nariz, guardó el pañuelo y se levantó, agarrándose al brazo del sofá para estabilizarse.

—¿Puede arreglárselas? —le preguntó. Ella sonrió irónicamente.

—Gracias, sí.

Él la observó caminar muy despacio hacia la puerta, y al cabo de un momento se movió para abrirla por ella.

—No obstante, creo que me aseguraré de que suba la escalera sin riesgo.

—De verdad, milord, no hay necesidad —empezó ella, y luego se detuvo, con la respiración entrecortada al pensar en aquella larga subida.

—Bueno, parte del camino, tal vez. El orgullo está muy bien, pero confieso que agradecería el apoyo de un brazo fuerte.

Pero él insistió en acompañarla hasta el piso de la guardería, horrorizado de que viviera tan apretada cuando había habitaciones de sobra en el piso de abajo.

—He vivido en peores estados—dijo Amanda, con la respiración agitada mientras se detenía en la puerta de una habitación poco iluminada—. Voy a echar un vistazo a Emily antes de retirarme...

—Señorita Baldwin… —Comenzó con un rastro de exasperación.

—Está bien, milord. No soy tan tonta. Y, en cualquier caso, no hay razón para suponer que Emily no dormirá la mayor parte de la noche ahora que la crisis ha pasado. —Ella vaciló y luego dijo torpemente—: Gracias.

Hizo una reverencia. La última vez que la vio, al darse la vuelta, fue su delgado cuerpo cansado inclinado solícitamente sobre la cuna.

Flagg llegó a tiempo para preparar la ropa de su señoría para la cena. No había disfrutado del viaje y, aunque los años de experiencia con lord Laurence le habían aportado discreción, su mismo silencio transmitía su horror ante la falta de las comodidades más básicas, confirmando así todos sus peores temores.

—No es del todo de su agrado, ¿eh, Flagg? —murmuró Laurence, mientras el ayuda de cámara se preparaba para afeitarle.

—No me corresponde hacer comentarios, milord —fue la heroica respuesta, algo empañada por un añadido de mal humor—. Aunque nunca antes se me había pedido que fuera a buscar mi propia agua caliente.

—¡Mi corazón sangra por usted! Si le sirve de consuelo, no preveo una larga estancia.

La cena le confirmó en esta resolución, aunque fue redimida en cierta medida por el descubrimiento en el sótano de una docena de botellas de un borgoña muy respetable y una botella de oporto aún más bienvenida, de modo que cuando se dirigió de nuevo al salón, llevándose el oporto consigo, se encontraba en un estado de ánimo

bastante más apacible, habiéndose resignado a una velada de aburrimiento.

Se estiró frente al fuego y en seguida se puso a repasar su vida en general y a preguntarse qué diablos iba a hacer con la señorita Amanda Baldwin. Si alguien le hubiera dicho hace seis meses que estaba a punto de verse envuelto en esta polémica saga familiar, le habría dicho con rotundidad que tenía molinos de viento en la cabeza.

Una cuantiosa herencia de un rico padrino le había permitido montar su propio establecimiento en St James´s Square cuando aún no había cumplido los veinte años. Y durante los diez o más años transcurridos desde entonces se había contentado con llevar una existencia agradable y totalmente egoísta, ganándose para sí una reputación de notable corintio y líder de la moda; un caballero con muchos conocidos, pero pocos amigos. También era conocido por su habilidad para hacer caer a la gente con una mirada, si incurrían en su desagrado, lo que no le impedía ser muy solicitado en los primeros círculos por las madres con hijas que otorgar.

Incluso se llegó a insinuar por parte de las condenadas al fracaso que el hermano de Eleonor Acker, que carecía de los

encantos de su hermana, había destacado por una vez en su vida al ser el receptor de uno de los famosos desplantes de Laurence. Pero sus encuentros con esta familia no acabaron hay, pues la posterior declaración del duque de que no favorecería un emparejamiento entre él y Eleonor había sido precisamente el acicate necesario para provocar el interés de Laurence... y la propia determinación de Eleonor de tenerlo había hecho el resto.

Visitaba regularmente a su padre por sentido del deber, pero ninguno de los dos podía pretender el más remoto grado de afecto. Desde muy temprana edad se le había hecho evidente que, como el más joven y enfermizo de los tres hijos, y el más querido por su madre, ocupaba un muy pobre tercer lugar en la estimación del duque. La temprana muerte de su madre, y su dura educación posterior, dejaron en él una huella que marcaría su vida. Había trabajado callado e incesantemente para hacerse fuerte, tanto física como mentalmente, y se negó a rendirse hasta sobresalir en toda empresa varonil con el fin de ganarse la aprobación de su padre, sólo para descubrir, al lograr su objetivo, que ya no la necesitaba. El legado que le llegó poco después hizo que su independencia fuera completa. La aceptación a regañadientes de su padre ya no le dolía, y así habían aprendido a tolerarse mutuamente.

Un sonido dentro de la habitación perturbó los pensamientos de Laurence. Escuchó y luego decidió que debía de ser un tronco asentándose en la chimenea. Volvió a llenar su vaso y prosiguió de nuevo su hilo de pensamiento.

Nunca había sido su intención involucrarse en los asuntos de la familia de Steven; la pura coincidencia le había llevado a Hammond House aquella primera mañana para interesarse por la gota de su padre justo cuando la señorita Baldwin llegaba con David. Nunca había tenido trato con niños, que a su modo de ver era mejor mantenerlos dentro de los confines de sus guarderías y aulas escolares hasta que alcanzaran una edad en la que pudieran desenvolverse en sociedad sin poner a nadie colorado. Aun así, los modales amistosos y abiertos de David le producían un efecto curiosamente inquietante, y había necesitado un verdadero esfuerzo de voluntad para apartar al chico de sus pensamientos. Pero parecía que David no era tan fácil de descartar... y en cuanto a su tía...

El sonido volvió a oírse, y esta vez supo que había alguien más en la habitación. No llevaba armas, pero confiaba en ser más que rival para cualquier adversario.

Se sentó hacia delante con facilidad, para estar preparado para saltar si surgía la necesidad.

—¿Quién está ahí? —dijo, sus ojos escudriñando las sombras en busca de la menor señal de movimiento—. Salga de inmediato, porque sé que está ahí, y si no se presenta inmediatamente le prometo que lo lamentará.

Capítulo 9

Durante un segundo o dos no ocurrió nada. Y entonces, de entre las sombras, en el extremo más alejado de la habitación, surgió una pequeña figura en camisa de dormir.

Laurence apenas podía creer lo que veían sus ojos.

—¿Qué demonios... David? ¿Qué haces aquí? Ven aquí de inmediato donde pueda verte.

David se acercó muy despacio a la luz, parpadeando y, de algún modo, consiguiendo parecer abatido y cómico al mismo tiempo, de modo que, a su pesar, a Laurence le costó no sonreír.

Dijo bruscamente:

—Y ahora, ¿qué significa esto? —No hubo respuesta inmediata —. Será mucho mejor que me lo digas.

La cabeza de David se levantó, de modo que sus ojos se encontraron.

—Quería verte —afirmó.

—¿Y era tu necesidad tan urgente que no podías esperar hasta mañana?

—Podrías... —dijo David inseguro—. Podrías haberte ido de nuevo por la mañana.

—Ya veo —dijo Laurence, empezando a comprender—. ¿Y? Vamos, ¿seguro que no me tienes miedo?

—No exactamente, tío Laurence. —Pero ya el valor del niño empezaba a evaporarse. Había un temblor perceptible en su pequeño cuerpo mientras miraba sus manos entrelazadas, retorciéndolas nerviosamente—. Sólo que la señorita Throstle dijo que no debía molestarte... Dijo que a los niños pequeños se les debe ver y no oír.

Laurence pudo oírla decirlo.

—Pero viniste de todos modos. —Estaba claro que lo que David quería decir era importante para él y, con una percepción cada vez mayor, creyó poder adivinar lo esencial. Sin saber muy bien por qué lo hizo, le tendió una mano alentadora, y al cabo de un momento

David le tendió una de las suyas—. ¡Vaya, David, estás medio congelado!

—Llevo mucho tiempo detrás de la cortina.

Laurence maldijo en voz baja. Miró a su alrededor en busca de algo con que envolver al niño tembloroso y, al no encontrar nada, lo tomó sobre sus rodillas y le frotó las manos y los pies enérgicamente. Debía de ser doloroso, pero aunque David se mordió el labio con fuerza no emitió ni un sonido. Hecho esto, Laurence acercó un escabel al fuego y lo sentó en él, antes de coger el atizador para avivar los leños.

—No te muevas de ahí hasta que estés bien caliente —le ordenó con rudeza—. ¡Que el cielo me ayude con tu tía si coges un resfriado! —Parecía que David se quedaba súbitamente inmóvil mientras se agazapaba junto al fuego. Laurence dijo más suavemente—: ¿Es sobre tu tía sobre lo que deseabas hablarme?

—Algo así —admitió la vocecita—. ¿Me... Me preguntaba si podríamos mantener a la tía Amanda como nuestra niñera? La niñera Potter hizo que Emily casi muriera. —Cuando su tío no dijo nada, continuó roncamente—. Haría todo lo que me dijeran y no causaría problemas...

—¿Has sido muy infeliz aquí, David?

—No tanto desde que vino tía Amanda —fue la pronta respuesta.

¡Maldición! pensó Laurence.

—Si fuera decisión mía, David, no habría ningún problema. Pero veré qué se puede hacer.

Los hombros de David se enderezaron y giró sobre el taburete con una expresión de impaciencia reprimida.

—¡Sabía que lo harías! Y si le contaras al abuelo lo de la niñera Potter, se daría cuenta, ¿verdad, tío Laurence? No querría que Emily muriera.

Si fuera tan sencillo.

—No, él no querría eso —dijo Laurence lentamente—. Y si no quieres provocar la ira de la señorita Throstle será mejor que vuelvas a la cama. ¿Ya tienes calor?

—Um… —David se levantó, reacio a marcharse, pero se dejó conducir hasta la puerta. Fuera, Ellen se sorprendió al ver la puerta abierta y el rostro de Lord Laurence asomarse casi furtivamente por ella. Hasta ese momento ella le había tenido pavor, pero sus ojos se

encontraron con los de ella con un matiz de consternación casi ridículo, y entonces él sonrió, y ella quedó instantáneamente esclavizada.

—Ellen, ¿verdad? Dime, Ellen, ¿sabes por casualidad si la señorita Throstle aún está cenando?

Si la criada pensó que la pregunta era extraña para que la formulara su señoría, estaba demasiado sobrecogida para demostrarlo.

—Estaba hace un minuto o así, milord. La he visto con mis propios ojos.

—Bien. Entonces, ¿me harías el favor de meter al señorito David de nuevo en su cama a toda velocidad antes de que sea... descubierto?

Ellen se quedó mirando fijamente, y luego, al salir el niño, soltó una risita y dijo:

—¡Oh, vaya! ¡Qué lío, sin duda! —Y le cogió la mano.

Laurence los observó fuera de su vista mientras subían corriendo las escaleras entre susurros y muchas risas ahogadas, y luego regresó pensativo al salón.

Para su sorpresa, y más aún para la de Flagg, aquella noche durmió el sueño sin sueños de los justos y se despertó temprano, sorprendiendo al ayuda de cámara casi hasta la extenuación al parecer inusualmente alerta para la hora.

—Es el aire del campo —explicó, su habitual languidez recubierta de un buen humor que Flagg encontró de lo más inquietante—. Bajaré a los establos antes del desayuno.

La lluvia de la noche anterior se había disipado y la mañana era fresca y soleada, con una brisa enérgica que movía las ramas aún desnudas de los árboles. En el patio de los establos encontró ya a John Gage. Junto con Adam, estaba ocupado probando los pasos de los nuevos ocupantes del establo y reevaluando sus puntos buenos.

—No está mal, John —dijo Laurence, después de haberles dado una inspección superficial. Volvió a acariciar el flanco del corpulento poni alazán—. Este debería ser justo el adecuado.

—Sí, es una criatura bonita. Sano de viento y temperamento, milord. —Gage echó una mirada de soslayo a su amo—. ¿Supongo que el joven no sabe nada al respecto?

—No. Tengo la intención de traer a David aquí yo mismo más tarde esta mañana.

Había una nota de anticipación placentera en la voz de su señoría que el mozo de cuadra no había oído allí en muchos largos días.

—Bien, entonces, Adam y yo tendremos al poni reluciente como el sol para la ocasión.

—Mientras tanto, me apetece un buen galope. Ensilla al grandullón, si quieres, y probaré sus pasos.

El paseo abrió el apetito a Laurence, y cuando estuvo satisfecho mandó llamar a la señorita Throstle. Ella estaba ante él, primorosa, con las manos cruzadas mientras él se recostaba en su silla, jugueteando distraídamente con un cuchillo y sonsacándole un informe sobre cómo le iba a su sobrino.

—Es un niño brillante, inteligente para su edad —concedió—. Aunque hemos tenido algunas batallas sobre la rutina y la disciplina. Todavía hay una tendencia a la ebullición que ocasionalmente puede perturbar nuestra rutina… Particularmente ha sido últimamente… — Su tono era ambiguo — Aunque eso difícilmente puede considerarse culpa del niño.

—Así es. Soy consciente de los acontecimientos. Sin embargo, hay algunos cambios que deseo implementar… La rutina de David...

— invirtió la palabra con una riqueza de significado— Será en el futuro bastante menos confinada. Por ejemplo, deseo que pase al menos una hora al día al aire libre… Preferiblemente montando a caballo, para lo que ya he tomado medidas. —Mientras ella recuperaba el aliento para replicar, él añadió con una suavidad que enmascaraba una pizca de acero—: David es aún muy joven. No me gustaría ver toda esa... Ebullición natural... Aplastada. Estoy seguro de que nos entendemos.

Ella se sonrojó con un doloroso tono rojo. Había estado hablando con ese capitán Fitzallan, sin duda.

—Si su señoría no está satisfecho...

—No he dicho eso, señorita Throstle. Simplemente requiero que relaje un poco las riendas… Que le dé espacio para correr. Empezando esta mañana. Puede traerlo ante mí dentro de una hora, pero no le diga por qué deseo verle.

Le disgustaba su imposición, pero se inclinó ante su autoridad, pues sabía muy bien lo afortunada que era por tener un lugar donde no había ninguna ama que le hiciera la vida imposible y las interferencias en su trabajo eran mínimas. Por la mirada sardónica

de su señoría, parecía que leía sus pensamientos con demasiada exactitud.

Bien satisfecho, Laurence tiró de la campanilla para pedir café recién hecho y se meció indolentemente en su silla mientras volvía su mente al problema, bastante más grave, de cómo abordar mejor a su padre. Cuando la puerta volvió a abrirse, no levantó la vista y se limitó a decir:

—Eso ha sido rápido, Ellen. Déjalo ahí, si quieres. Me serviré yo mismo.

—No soy Ellen, milord —dijo Amanda en voz baja.

Su silla cayó con un ruido sordo cuando ella se adelantó y se estiró sobre la mesa para colocar la jarra de plata en su soporte.

—¡Al diablo! —exclamó—. ¿No me diga que ha asumido los deberes de criada además de sus habilidades de niñera? No es de extrañar que esté agotada.

Ella sonrió -un poco nerviosa, pensó él.

—No, señor. Me encontré con Ellen en el vestíbulo. Parecía bastante agitada con tanto que hacer… Y como deseaba verle...

Laurence se puso en pie tardíamente.

—¿Ah, sí? —Sus ojos recorrieron su rostro—. Bueno, tiene mejor aspecto que anoche, lo que no es decir mucho. —Le acercó una silla—. Por favor, siéntese. Puede tomar un café conmigo, mientras dice lo que sea que haya venido a decir.

Tras un momento de vacilación, ella obedeció, observando cómo él alcanzaba una taza sin usar y servía el café, antes de sentarse él mismo. ¿Cuántas veces en su vida se había visto obligado a realizar por sí mismo tareas tan serviles? Seguro que en contadas ocasiones. Le acercó la taza y sus miradas se encontraron.

—¿Diría que es un acontecimiento novedoso? —murmuró él, leyendo sus pensamientos con inquietante exactitud.

—No me atrevería a opinar, milord —respondió ella con remilgos.

Una ceja tembló.

—¿De verdad? Qué mansedumbre. ¿Puede ser ésta la misma joven que me increpó con un efecto tan devastador hace tan sólo unas horas?

Amanda tuvo la delicadeza de sonrojarse y tomó un sorbo de café para recobrar el valor.

—Eso, milord, es por lo que he venido. Siento que le debo una disculpa… —¡Maldito sea el hombre! Ella había sabido que esto no sería fácil, pero no había necesidad de que él *disfrutara de* su incomodidad tan abiertamente. Sus propios modales se alteraron en consecuencia—. No es que pretenda retractarme de una sola palabra de lo que dije, pero soy consciente de que la forma en que lo dije fue...

¿Arbitraria? ¿Descarada? ¿Absolutamente descortés? —sugirió él con ánimo de ayudar.

—Desafortunada —insistió ella con voz ahogada—, porque soy consciente de que no puede haber ayudado a mi causa, ni tampoco a su opinión sobre mí. Lo cual sólo importa —añadió apresuradamente—, en la medida en que bien podría influir en cualquier decisión que usted pueda tomar.

En el silencio que siguió, Amanda fue muy consciente de que el reloj marcaba los segundos sin piedad: marcaba su futuro, su vida. Le robó una mirada y lo encontró sumido en sus pensamientos, con la barbilla hundida en los pliegues de su corbata. Un rayo de sol hacía brillar su cabello oscuro y destacaba la cicatriz que le salía del ojo. Por un momento de locura sintió un impulso irresistible de

tocarla. Incluso cuando ella lo desterró, él levantó la cabeza como si hubiera tomado alguna decisión vital.

—David bajará en breve, señorita Baldwin. Vamos a dar un paseo juntos. Si puede dejar un rato su cargo, ¿quizá le gustaría acompañarnos?

Más tarde, mientras recorrían los jardines mal cuidados, con David saltando alegremente entre ellos, se preguntó si algún día comprendería a Lord Laurence. A veces, su humor fluctuaba como el azogue, de modo que ella se quedaba sin una idea clara de lo que estaba pensando. David, al parecer, no experimentaba tal dificultad. Parloteaba con su tío como un gorrión excitado; por un momento ella experimentó una punzada de celos, pero se desvaneció rápidamente. Cualquier compenetración que se estableciera entre ellos debía ser sin duda una señal esperanzadora.

Amanda no estaba familiarizada con la disposición de los terrenos, de modo que fue David el primero en darse cuenta de que se acercaban a los establos.

—¿Has venido en tu curricán, tío Laurence? —preguntó con impaciencia—. ¿Podemos entrar y ver a tu equipo?

Estaba a punto de decirle a David que no molestara a su tío, pero él ya estaba accediendo, cogiendo la mano del chico mientras iban de establo en establo y explicándole las bondades de cada uno de los caballos, mientras ella le seguía más despacio.

El poni había sido colocado en un establo al fondo, de modo que no era visible de inmediato. Pero Amanda vio que su joven sobrino se quedaba quieto de repente; era casi como si, por ese momento, hubiera dejado de respirar. Luego miró inseguro a lord Laurence y ella le oyó preguntar en tono reverencial:

—¿Es para mí?

Apresurándose, se puso a la altura de su señoría a tiempo de ver a David dar un paso adelante y agacharse bajo la barra para reunirse con John Gage, que llevaba al poni con un sencillo ronzal de cuero. El mozo los presentó y observó con aprobación la afinidad natural del niño con el animal.

—Eso es lo que me gusta ver, milord: confianza instantánea por ambas partes.

—¿Y es verdaderamente mío? —David aún no podía creérselo del todo—. ¿No como el que el capitán Fitzallan me trajo para montar?

—Es todo tuyo, David. ¿Quieres sacarlo? —Lord Laurence asintió a Adam, que estaba radiante de oreja a oreja—. Bien, ensíllalo, y al grande que monté esta mañana. —Se volvió hacia Amanda—. ¿Y bien, señorita Baldwin?

Ella ignoró la ironía implícita para decir impulsivamente:

—Muy bien, milord. Por una vez no tengo ninguna crítica que ofrecer.

Él inclinó la cabeza.

—Como imaginé que usted también cabalgaba, hice que prepararan la tercera montura para usted.

Amanda empezó a sentir como si le estuvieran amontonando brasas de fuego, pero con el pulcro castrado alazán mostrándole una límpida mirada acogedora sólo pudo darle las gracias sin reservas.

—Mi hábito de montar sigue en casa de los Fitzallan, pero iré a buscarlo a la primera oportunidad.

Sólo más tarde se dio cuenta de todas las implicaciones de la generosidad de su señoría. Su amenaza de la noche anterior de llevarse a los niños de Hammond Grange debía de estar inevitablemente plagada de dificultades, pero ahora David se resistiría a dejar a su nuevo compañero. ¿Era pura coincidencia o

parte de una batalla estratégica por la lealtad de David? No por primera vez la invadió un sentimiento de impotencia: ¿estaba destinada a luchar contra los Hammond para siempre?

Amanda había esperado plenamente que lord Laurence pusiera condiciones y partiera tan rápidamente como había venido, pero, a medida que el día se sucedía, parecía más que contento de permanecer donde estaba.

—Realmente no sé qué pensar —le dijo a la señora Fitzallan en una breve visita para recoger su hábito de montar y algunas prendas más—. No ha dicho ni una palabra sobre mi ultimátum con respecto a los niños, pero tampoco ha hecho ningún intento de repudiarlo dándome la orden de marcharme.

La señora Fitzallan protestó que seguramente a él no se le ocurriría hacer tal cosa.

—Sería bastante inicuo en vista de todo lo que usted ha hecho, como él seguramente debe ver.

—Ah, pero es el duque quien lleva la voz cantante. Lord Laurence es meramente el instrumento de su malicia.

—Oh, lo dudo mucho —dijo la señora Fitzallan—. Yo lo conozco desde hace algunos años, por supuesto, pero la gente en general no

cambia… E incluso de niño estaba muy inclinado a seguir su propio camino, más aún después de la muerte de su madre… Era devoto de ella, ya sabe.

Amanda no lo sabía. Esta visión del pasado de lord Laurence era fascinante y ansiaba preguntar más, pero no deseaba parecer inquisitiva.

—Bueno, debo esperar y ver, supongo. Y si llega a haber pelea estoy decidida a mantenerme firme.

Pero lord Laurence no dio muestras de querer llegar a las manos, salvo en esa caprichosa forma verbal que ella estaba empezando a conocer tan bien y, una vez que aprendió a reconocerla, fue más que capaz de mantenerse firme. Cierto era que, a su manera prepotente, había dictado varios edictos -el primero era que, con Emily recuperándose con firmeza, la señora Bennett haría averiguaciones en el pueblo con el objeto de contratar a una criada para la guardería, de modo que Amanda ya no estuviera tan atada al cuidar de su sobrina. A esto accedió Amanda de buen grado, y se contrató a una muchacha muy agradable, de nombre Alice.

—Así que tiene su aprobación, señorita Baldwin —dijo su señoría —. Estoy encantado de oírlo. Ahora tendrá mucho más tiempo a su disposición, y debería poder reanudar una existencia más normal.

Amanda sonrió irónicamente.

—No estoy segura de saber lo que constituye la normalidad, milord. Mi vida ha estado durante demasiado tiempo sujeta a cambios.

Era esta actitud la que tanto intrigaba a Laurence. Había en ella una curiosa mezcla de fuerza y serenidad que le confundía constantemente, de modo que se encontró deseando saber más sobre ella. Rara vez había conocido a alguien tan poco impresionado por los adornos de la riqueza y el poder; a veces ella parecía casi despreciarlos.

—Para empezar, significa que ya no tendrá excusa para negarse a hacerme compañía de vez en cuando. Por lo tanto, estaré encantado de verla en la cena de esta noche, y cada noche durante el resto de mi estancia.

—Le estoy agradecida, señor —dijo ella recatadamente—. Tiene usted una manera tan gentil de extender una invitación. Pero

me temo que me hace demasiado honor.

Para sorpresa de ella, él se rió en voz alta.

—¡Tiene razón! —Se acercó y le cogió la mano, sonriéndole con curiosidad—. Señorita Baldwin, ¿me hará el honor de cenar conmigo esta noche?

Su repentino cambio de modales fue casi su perdición.

—Gracias, milord —respondió ella un poco sin aliento—. Será un placer.



La fiesta de Lady Jersey había sido tediosa en extremo sin Laurence, y la ópera parecía que iba a resultar igual de aburrida, con sólo Theo Simmons como acompañante. No obstante, Eleonor había persuadido a su madre para que le permitiera llevar un vestido nuevo para la ocasión. Había sido confeccionado especialmente para cautivar a Laurence, pero quizá hubiera otras personas en el auditorio que apreciaran sus sutilezas. Estaba confeccionado en seda marfil, con un corte atrevidamente bajo, aunque, para aplacar a

Lady Acker, el escote había sido discretamente drapeado con un fichu de encaje cremoso. Su cabello había sido aderezado con un bonito adorno de oro y perlas, y ella sabía que eclipsaba a todas las demás.

Sir Dustin Everton, que la había divisado al principio del espectáculo, no había sido ciego al atisbo de descontento en su encantador rostro, y se propuso visitar el palco de la ópera, aunque no antes del segundo intervalo, para cuando, supuso, su aburrimiento estaría a punto de gritar. Lady Acker estaba sumida en una conversación con amigos y Simmons hacía lo propio con la tía, y le resultaba pesado por su expresión seria.

Eleonor estaba por el momento sola, su mirada inquieta barría el teatro con la esperanza de encontrar a alguien digno de su interés. Desesperada, esperó el momento en que nadie la miraba y se escabulló al pasillo, donde, casi de inmediato, se encontró con Sir Dustin. Su corazón se agitó. Sir Dustin no era el tipo de diversión que ella tenía en mente, pero, salvo ellos dos, el pasillo estaba temporalmente desierto, así que poco podía hacer para evitarle. Le pareció que tenía más que nunca la mirada de un sátiro mientras le dirigía su copa, los volantes del puño de su camisa cayendo sobre una mano blanca y delgada.

—Hammond no debería dejarte desprotegida, querida —observó, con la burla siempre presente en su suave voz—. Si fuera mía, tla vigilaría más de cerca.

—Bueno, no soy suya —confesó ella con un toque de altanería, aun cuando sus pulsaciones se aceleraron—. Ni desearía serlo nunca.

—¿No? Y sin embargo tengo la sensación de que podríamos estar bastante bien juntos. Después de todo, compartimos una serie de intereses, ¿no es así?

Ella le miró por debajo de su nariz bien educada, aunque ahora su corazón latía con fuerza.

—Estoy segura de que no sé a qué se refiere.

Sir Dustin rió suavemente.

—Es posible que así sea, Eleonor. Pero algún día podría... persuadirla para que cambie de opinión. —Observó su color subido con interés. Y luego, cambiando de tema una vez más, preguntó despreocupadamente—: ¿Sabe si Hammond se quedará mucho tiempo en el campo?

Ella se vio obligada a confesar que no, aunque ni por asomo reveló que desconocía el paradero de Laurence... hasta que sir

Dustin continuó preguntándole qué podría haber llevado a Lord Laurence hasta Surrey tan precipitadamente.

—Tal vez haya tenido un cambio de opinión en lo que concierne a sus jóvenes parientes. Eso no le agradaría, creo. Pero qué coincidencia, ¿no le parece, que la señorita Baldwin se quede cerca con los Fitzallan?

Eleonor apenas sabía lo que contestar; una variedad de emociones se arremolinaba en su cabeza. No podía apartar su mirada de la de él y necesitó cada gramo de su autocontrol para mantenerse coherente.

—Y qué pena si sus ambiciones sufrieran en consecuencia. —Como si adivinara sus pensamientos, bajó la voz—. Si eso llegara a suceder, podría convencerme para que ejerciera mi considerable talento en su favor librándola de su pequeño problema. Estoy seguro de que podríamos llegar a algún acuerdo sobre lo que usted podría estar dispuesta a ofrecer a cambio.

Eleonor sintió que apenas podía respirar. El corazón le latía ya en la garganta. Lo que él estaba sugiriendo era monstruoso e ¡imposible! Y sin embargo, ¡Laurence no podía rebajarse a hacerse amigo de aquellos niños! ¡Era impensable cuando el niño se disponía

a privarle de lo que era suyo por derecho! Y en cuanto a *esa mujer*... la intrigante criatura, cuando el duque le había prohibido tener trato alguno con ellos.

—Habla usted con acertijos, señor —Ella forzó las palabras.

—¿Lo hago? En ese caso permítame que me ofrezca a rebelárselos.

Vio a Simmons con su rostro severo que venía a estropear su diversión y suspiró.

—Su servidor, señora. —Hizo una amplia reverencia a Eleonor y, tras saludar a Theo con la mayor cortesía, se alejó.

—No fue del todo prudente, querida, venir aquí sola. Debería haberme dicho si quería un poco de ejercicio.

La suave voz regañona de Theo no hizo nada por calmar los exacerbados sentimientos de Eleonor. Le dio la espalda con un aspaviento de enfado y empezó a volver sobre sus pasos hacia el palco.

—No quería hacer ejercicio, me aburría —espetó. Y luego, deteniéndose para clavarle su mirada de zafiro afilada como una joya—: Theo, ¿qué hace exactamente Laurence en Surrey?

Capítulo 10

Había sido costumbre del duque de Arlington, desde la aparición de su gota, desayunar tarde y después dirigirse a la biblioteca para leer su periódico y atender el correo que su secretario, el señor Fisk, había abierto previamente y dejado listo para él sobre el escritorio.

Rara vez había mucho de interés. La gente en general sólo le escribía cuando quería algo. Esta mañana no fue una excepción, y se deshizo rápidamente de la correspondencia, hasta que casi al final reconoció la mano familiar de su hermana. Euphemia era cinco años mayor que él y siempre se dirigía a él como si aún no hubiera salido del abrigo corto. Vivía en las tierras salvajes de Warwickshire, demasiado lejos, gracias a Dios, para cualquier cosa que no fueran las comunicaciones escritas. En este caso, ella había despedido a su mayordomo y deseaba que él se aplicara a la enojosa cuestión de contratar a uno nuevo, pero como invariablemente despedía al tipo

al menos una vez cada año, y con la misma rapidez lo reincorporaba, él gruñó y consignó la carta al montón para que Fisk la contestara con su tacto habitual. Cogió la última con una sensación de alivio.

Su airado bramido fue oído por su secretario en algún punto del pasillo. El Sr. Fisk había estado esperando con nerviosa expectación y ahora, mientras se apresuraba a obedecer la llamada, las palmas de sus manos transpiraban libremente.

—¿De dónde ha salido este... Este pedazo de inmundicia anónima? —preguntó Su Gracia en tonos tan suaves como la seda que, a pesar de todos sus años al servicio del duque, el señor Fisk se estremeció.

—Su procedencia, me temo, sigue siendo un misterio, Su Gracia. El portero me informó de que lo entregó una criada al mismo tiempo que llegaba el correo.

—¡Sirvienta! ¡Bah! —La mirada que dirigió a su secretario fue aterradora—. No hay ni una palabra de verdad en ello, ¿comprende? Ni una palabra.

—Así es, Su Gracia. Si Su Gracia me permite la libertad… Siempre hay gente que quiere hacer maldades...

—Maldades. ¡Sabrán lo que es una maldad cuando los entierre a todos bajo tierra! Dígale a Sims que quiero el carruaje preparado para dentro de una hora.

El señor Fisk estaba dividido: la gota del duque estaba un poco mejor, pero no estaba en condiciones de viajar a Surrey, pues el secretario no tenía más duda que ése era su destino. Debería haber seguido sus primeros instintos y haber roto la carta en pedacitos. Pero Su Gracia tenía una forma endiabladamente rara de enterarse de las cosas, cosas que uno juraría que no podría haber sabido de ninguna manera ordinaria. Debía de ser un rasgo familiar, pues lord Laurence tenía algo de la misma omnisciencia. Así que Fisk se doblegó ante lo inevitable y se consoló con la idea de que cualesquiera que fueran las desgracias que pudiera haber en Hammond Grange, al menos él estaría bien lejos del alcance de la ira de Su Gracia.

—¿Tía Amanda? —preguntó David, mientras caminaban hacia los establos para su paseo matutino—. ¿Va a quedarse aquí el tío

Laurence para siempre jamás?

Ella misma había empezado a preguntarse algo parecido, aunque en términos menos dramáticos.

—No me importaría en absoluto que lo hiciera, ¿verdad? —insistió David.

Amanda apenas sabía qué responder. Hacía tan poco tiempo, la respuesta habría sido:

—¡Que Dios me libre! —Sin embargo, muchas de sus opiniones anteriores sobre él habían sufrido un cambio. No es que *él* hubiera cambiado en nada en particular, pero tal vez ella había llegado a comprenderle bastante mejor.

Hacía ya varios días que su señoría había llegado y lo había puesto todo patas arriba y, en contra de lo que ella esperaba, hasta el momento no había dado muestras de aburrimiento. Cuando no salía a cabalgar, ya fuera en compañía de ellos o por su cuenta, ocupaba su tiempo en hacer balance de la casa e instituir la reforma de algunas de las habitaciones más destartaladas, solicitando su ayuda en la elección de los diseños.

—Tenía la impresión de que esto era propiedad de su padre… — Había comentado ella una noche durante la cena, cuando él le

pidió su opinión sobre alguna mejora en particular de la manera brusca que ella estaba empezando a conocer tan bien—. ¿No le importará que esté haciendo todos estos cambios?

—Dudo mucho, mi querida señorita Baldwin, que se entere de nada.

Mucho más envalentonada, continuó:

—La señora Fitzallan me dijo una vez que su madre pasaba gran parte de su tiempo en Hammond Grange.

—Cierto. —La sometió a una mirada ceñuda—. El aire del campo le sentaba mejor. Siempre fue delicada, y cuando su salud se quebrantó se trasladó a la propiedad permanentemente… De hecho, pasó los últimos seis años de su vida aquí. —Concluyó en un tono que le advertía que no prosiguiera.

A Amanda le habría gustado saber más, pero sintió que sería una lástima estropear la atmósfera de armonía que empezaba a crecer entre ellos, así que, tras un momento de silencio, pasó a hablar de otras cosas.

Laurence se recostó en su silla, jugueteando con su copa y observándola con los ojos ligeramente entrecerrados. Nunca había conocido a nadie como ella, capaz de combinar las escurridizas

cualidades del reposo y el tacto con la capacidad de mirarte directamente a los ojos y defender aquello en lo que creía sin ambages. Su madre tenía lo primero en abundancia, pero había sido demasiado gentil de espíritu para soportar los excesos de la personalidad avasalladora del duque.

—¿Nada le amedrenta? —preguntó de repente.

La pregunta cogió a Amanda por sorpresa.

—Muchas cosas, milord.

—Dígame una —exigió.

—La gente que me hace preguntas así sin avisar —respondió ella, rápida como un rayo.

Él se rió en voz alta, y con una espontaneidad que tuvo un efecto suavizador inmediato.

—Sabe, cada vez me pregunto con más frecuencia por qué nunca se ha casado.

La observación la sorprendió, pero respondió sin vacilar:

—Sencillamente, milord, nunca me lo pidieron.

—¿Nunca?

Ella sonrió, no indiferente ante esta expresión de franca incredulidad.

—Verá, mi hermana y yo estábamos casi siempre juntas, y los caballeros sólo veían a Meredith.

—¡Más tontos ellos!

—Ah, pero si hubiera visto alguna vez a mi hermana lo entendería.

—Lo hice, una vez —dijo descuidadamente—. Steven nos presentó. Era ciertamente hermosa, aunque un poco tonta. Si no recuerdo mal, Steven esperaba entonces conseguir mi apoyo contra padre en su obsesiva oposición a su matrimonio.

—Que usted se negó a dar —exclamó Amanda, recordando.

Laurence se encogió de hombros.

—No parecía tener mucho sentido. Nunca fui, como habrá deducido, un favorito de mi padre. Cualquier interferencia por mi parte no habría hecho más que agravar una situación ya de por sí imposible. En cualquier caso, Su Gracia nunca cambiaría de opinión, y yo podía ver que Steven estaba totalmente enamorado de su hermana y se casaría con ella con o sin el consentimiento paterno, así que en ese sentido la suerte ya estaba echada. —Vio la

indignación en sus ojos—. Parece que me he ganado su desaprobación.

—Es bastante tarde para eso —dijo ella reprobatoriamente—. Pero debo decir que encuentro su actitud un poco pobre de espíritu.

Ella esperaba que él se ofendiera, pero para su sorpresa se rió entre dientes.

—Bueno, nadie puede acusarla de ese defecto en particular, señora. ¿Está segura de que no había ni un solo caballero con el suficiente ingenio o discernimiento para valorar una mente viva por encima de la mera belleza?

—Uno o dos, quizás… Aunque en su mayoría ya estaban casados. —Amanda no recordaba cuándo había disfrutado por última vez de una conversación tan estimulante. Seleccionó un dulce y lo mordió con fruición—. Pero no quiero que suponga que la frustración me ha convertido en una vieja amargada. Los niños me han dado muchas alegrías. Y me siento obligada a decirle que años de observación me han llevado a la conclusión de que, en general, los caballeros no favorecen un gran grado de intelecto en una esposa… Temiendo quizá que pueda suponer una amenaza para su propia superioridad.

Laurence enarcó una ceja.

—Es usted dura con nosotros, señora —dijo.

—Tal vez, milord. No dudo de que haya excepciones, como ocurre con la mayoría de las generalizaciones, pero estaría dispuesta a apostar que, puestos a elegir entre cerebro y belleza, la mayoría de los caballeros elegirían la belleza en todo momento. —Con gran atrevimiento añadió—: Usted, después de todo, se va a casar con una mujer extremadamente bella… Pero, sin duda, la señorita Acker es tan inteligente como bella.

Por un momento Amanda pensó que había ido demasiado lejos. Él no contestó y parecía fruncir el ceño de forma imponente. Pero al cabo de un momento dijo:

—Así es —sirvió más vino y pasaron a temas menos polémicos.



Desvelada aquella noche, Amanda encontró que sus pensamientos volvían a él con inquietante frecuencia. No era el más fácil de los hombres. Por lo poco que había sonsacado a la señora Fitzallan y a

la señora Bennett sin llegar a curiosear, parecía que Lord Laurence había conocido poco en el camino de la verdadera felicidad y, con el duque por padre, ¿quién podía extrañarse de ello? Ella había visto por sí misma cómo estaban las cosas entre ellos, ¿y él no había hecho referencia a ello esta misma tarde? Tal vez ésa fuera la causa fundamental de que mirara al mundo en general con un ojo un tanto ictérico, pues la riqueza por sí sola no compensaba suficientemente la falta de amor y compañía. Le había interesado mucho saber que lord Laurence había adorado a su madre. Había un cuadro de ella colgado en la pequeña sala de música, que retrataba a una dama de aspecto delicado, no bella en el sentido convencional, pero con una sonrisa serena y amable. Según la señora Fitzallan, había muerto lastimosamente joven y no sería del todo descabellado suponer que esta temprana pérdida de la influencia suavizadora de Su Gracia pudiera haber tenido un profundo efecto en la formación del carácter de lord Laurence.

Amanda no podía evitar pensar que era una lástima que fuera a casarse con Eleonor Acker, quien, sospechaba, sacaría lo peor de él, cuando lo que realmente necesitaba era alguien que lo sacara de su humor autocrático -quizá incluso le hiciera reírse de sí mismo, como

ella había hecho esa misma tarde.

De hecho, cuanto más lo veía, más se convencía de que había un Lord Laurence diferente bajo la cara que mostraba al mundo. Había visto fugaces pruebas de ello en estos últimos días cuando, descartándolo como algo aburrido, permitió que David ocupara cada vez más de su tiempo. Al principio se trataba sólo de montar a caballo, pero poco a poco, y ante la evidente desaprobación de la señorita Throstle, se habían ido introduciendo otros pasatiempos, y él no había parecido aburrirse lo más mínimo mientras le explicaba pacientemente los entresijos de como apuntar una bola de críquet. ¿Estaba quizás, tardíamente, reconociendo un paralelismo entre su propia vida temprana y la de su sobrino?

Mientras se sumía en el sueño, el subconsciente de Amanda la tentaba con pensamientos sobre lo peligrosamente fácil que sería enamorarse.

—Podría manejarle tan fácilmente... —Fue su último pensamiento coherente. Pero el sentido común regresó con el amanecer, y con él llegó el reconocimiento de la inutilidad de albergar sueños imposibles.

El desayuno de la mañana siguiente fue una comida tranquila, más de lo habitual, y Amanda estaba a punto de excusarse cuando Ellen vino a anunciar tímidamente que el capitán Fitzallan había llamado y preguntaba por la señorita Baldwin.

El rostro de Amanda se iluminó.

—Ah, así que ha vuelto. Le ruego que le haga pasar. —Se detuvo de repente y miró a Lord Laurence—. Es decir, ¿si no tiene inconveniente, señor?

Él se echó hacia atrás en su silla, su manera profundamente sardónica.

—Por favor, siéntase libre de dar las órdenes que le plazcan, señora.

Ella se mordió el labio con pesar, pero tras un momento decidió tomarle la palabra y asintió a Ellen.

Un momento después Fitz estaba en la habitación, lleno de vida, y Amanda se levantó para darle la bienvenida, con las manos

extendidas. Él las agarró con impaciencia y se inclinó para besarle la mejilla.

—Mamá me dijo que estaba aquí… —En ese momento se dio cuenta de repente de la torva mirada de su señoría sobre él, e inmediatamente se sintió avergonzado—. ¡Ah, Laurence! Espero no importunar su desayuno.

—No pienses nada de eso, mi querido Fitz. ¿Ha comido? Por favor, no dude en decirlo si no lo ha hecho. Estoy seguro de que la señorita Baldwin estará encantada de pedirle cualquier cosa de su elección.

—No, de verdad… —Tartamudeó Fitz, muy consciente del sarcasmo que había debajo de las palabras, y no deseando ponerle las cosas difíciles a Amanda. Pero ella parecía sorprendentemente imperturbable.

—No hagas caso a su señoría, Fitz —dijo ella, muy atrevida—. Rara vez está en su momento más agradable a estas horas de la mañana. Suele corresponder a David ponerle de mejor humor.

—¿Es eso un hecho? —Miró a Laurence, que encontró su mirada con una especie de desafío sardónico. Después de un

momento dijo en voz baja—: Me alegro. David tiene gran necesidad de un hombre a quien admirar.

—Y usted me pondría en ese papel, ¿verdad? Mi buen Fitz, ¡debe tener molinos de viento en la cabeza! —Laurence se puso de pie de repente—. ¿Supongo que ha cabalgado hasta aquí? Bueno, ha llegado en un momento excelente para acompañar a David y a la señorita Baldwin en su paseo matutino. Sin duda tendrán mucho que discutir, y yo podré emplear mi tiempo de forma más provechosa — asintió secamente a ambos y salió.

Cuando la puerta se cerró sobre él, Fitz se volvió hacia Amanda consternado.

—Oh, Señor… ¿Le he disgustado? Realmente tenía buenas intenciones, querida.

—Sí, por supuesto que las tenía. Y no es nada que haya hecho, así que le ruego que no se preocupe. Sospecho que a su señoría le está resultando difícil reconciliar su actitud hacia David con la imagen que durante tanto tiempo se ha esforzado en cultivar.

Fitz la miró sorprendido.

—¡Ha cambiado de opinión muy repentinamente! No hace mucho, no tenía ni una palabra buena que decir de Laurence.

Amanda se encogió de hombros y se dio la vuelta para ocultar el calor que asomaba a sus mejillas.

—Sí, bueno, juzgué mal a su señoría. Ciertamente ha hecho un gran esfuerzo en lo que concierne a David, como podrá comprobar usted mismo en breve.

Poco después, lord Laurence cruzaba el vestíbulo camino de la sala de armas cuando oyó los agudos infantiles de David elevados en un ansioso saludo:

—¡Capitán Fitz, capitán Fitz, ha vuelto!

—Oh, ¡David! — Y por segunda vez aquella mañana sintió una punzada de algo que no reconoció inmediatamente como celos. Le puso de mal humor, que descargó sobre la numerosa y rápidamente creciente población de conejos de la descuidada finca. El éxito de sus esfuerzos alegró a la cocinera, pero hizo poco por mejorar el temperamento de su señoría.

Amanda no vio nada de él hasta la cena. Esto no era inusual, pues aún pasaba un tiempo considerable con Emily. El médico se mostró encantado con sus progresos, y ciertamente cada día estaba más fuerte, pero aunque Alice había demostrado ser una excelente

niñera, Amanda no estaría del todo tranquila hasta que la niña estuviera completamente bien.

A pesar de todo lo que le había quitado importancia a Fitz, el comportamiento de lord Laurence la había desconcertado y decepcionado a la vez. Parecía tan en desacuerdo con su actitud mucho más relajada de los últimos tiempos, y aunque Fitz lo había descartado como algo típico de sus rarezas, ella tenía la sensación de que había algo más. En consecuencia, esa noche afrontó la cena con cierta aprensión, vistiéndose con especial cuidado y abandonando el crêpe gris que le había servido bien las últimas veladas en favor de un vestido color canela de seda torcida ribeteado con encaje crema, otro de los vestidos de Meredith que había adaptado ágilmente. El color le sentaba especialmente bien, y recogía luces cálidas en su pelo, que para aquella velada había engatusado en una suave caída de rizos.

Lord Laurence estaba en el salón antes que ella. Cuando ella entró, él la miró... y luego volvió a mirar, levantando su copa interrogadora de aquella forma desconcertante que tenía para hacer un estudio más exhaustivo de su aspecto.

—Encantadora —dijo al fin—. ¿Esperamos compañía?

Amanda se sonrojó y se puso a la defensiva.

—No, milord. Simplemente sentía la necesidad de un cambio.

—Ya veo. Tal vez deberíamos invitar a Fitzallan a cenar, ¿qué le parece?

Ella apenas sabía qué decir, desconfiando como lo hacía de su tono engañosamente cortés. Al final, respondió con igual cortesía que era él quien debía decidir.

—¿Disfrutó de su paseo con Fitz esta mañana?

—Mucho. —Y para que él no intentara dar a su respuesta más importancia de la que tenía, añadió—: David también. Siempre se llevaron bien.

—¿Y por qué no habrían de hacerlo? Fitz es un buen hombre.

Amanda tenía la sensación de que había algo más en la conversación de lo que realmente se estaba diciendo, pero por su vida no podía comprenderlo.

El extraño ambiente continuó durante toda la cena, con su señoría cada vez menos comunicativo a medida que avanzaba la comida. Además, parecía estar bebiendo bastante más de lo habitual, pero como ella no dudaba de su capacidad para aguantar

el vino, eso no era preocupante en sí mismo. Ella se esforzó por eludir los problemas adecuando su estado de ánimo al de él, respondiendo tranquila y agradablemente cuando él condescendía a dirigirse a ella. Por lo demás, permaneció en silencio y, en cuanto pudo hacerlo sin ofender, rogó que la excusara.

—¿Ya? —Él la fulminó con la mirada—- Ha tenido muy poco que decir en su defensa esta noche.

—Lo siento, milord. Le estaba siguiendo la corriente.

—¿De veras? Muy cortés de su parte. ¿Y por qué cree necesario seguirme la corriente?

Amanda sabía que el sentido común dictaba una respuesta que no pudiera interpretarse como contenciosa, pero se encontró diciendo con calma:

—Porque no tengo ningún deseo de que me arranque la cabeza a mordiscos a su menor capricho, señor.

Pasó mucho tiempo antes de que él respondiera; tiempo suficiente, sin duda, para lamentar los extravíos de su lengua. En el silencio, el chisporroteo de los leños recién echados al fuego y el tic-tac del reloj sonaban desmesuradamente fuertes. Cuando por fin

pudo atreverse a mirarle a la cara, no se animó a albergar esperanzas. Pero al final, todo lo que dijo fue:

—Váyase, entonces, si debe hacerlo.



Amanda siempre había pensado que el salón era una habitación encantadora, pero ahora le parecía grande y poco acogedora. Tras ojear varias revistas, cogió uno de los pequeños candelabros y pasó a la pequeña sala de música que salía del salón y que los criados mayores conocían más familiarmente como —la habitación de la duquesa—. Aquí no había fuego, pero el sol había estado en las ventanas durante buena parte del día y la habitación había conservado el calor suficiente para resultar confortable.

El pianoforte estaba cerca de una ventana que a la luz del día daba al jardín de hierbas, y parecía como si el aroma del tomillo y el romero y el apio de monte y otras numerosas hierbas perdurara permanentemente en el aire. Las cortinas no estaban corridas y el reflejo de Amanda le devolvió la mirada mientras depositaba la vela en un estante cercano al instrumento.

No pretendía ser música, pero las notas de un preludio de Bach llegaban con facilidad a unos dedos entrenados en la infancia, el ritmo tranquilamente repetitivo calmaba las pequeñas irritaciones del día.

No oyó entrar a lord Laurence, por lo que no tenía forma de saber cuánto tiempo llevaba allí hasta que, al apagarse la última nota, dijo desde algún lugar al otro lado de la puerta:

—¿Y quién demonios le ha dado permiso para tocar el piano de mi madre?

Ella se levantó con culpabilidad.

—Lo siento, milord. La habitación nunca está cerrada... No tenía ni idea de que estaba molestando.

Se acercó y a la luz de las velas sus ojos parecían brillar de forma extraña. Por el rico aroma a oporto que envolvía el aire entre ellos, Amanda sospechó que estaba algo menos que sobrio, aunque no dio ninguna otra prueba de ello. Casi antes de que ella supiera de qué se trataba, él la había acercado.

—Mi querida e inocente muchacha, se ha entrometido de forma condenable desde el primer día que nos conocimos.

Sus brazos la ataban a él, su cara tan cerca que ella podía ver la cicatriz resaltando lívida. Seguramente él debía sentir el doloroso latido de su corazón, cuya inestabilidad se delataba en su voz mientras ella se esforzaba por mantener la calma.

—Por favor, milord… Déjeme ir. No es... No es usted mismo.

Él rió suavemente.

—¿Por qué esa falsa delicadeza de repente? No le sienta nada bien. Puedo ver por sus encantadores ojos preocupados, que piensa que estoy muy borracho… Borracho como una cuba, de hecho. Pero no es verdad, por supuesto… No estoy ni medio embriagado.

—No me atrevería a juzgarlo, milord, aunque creo que quizás debería sentarse...

—Sólo si se sienta conmigo, dulce Amanda… —Saboreó el nombre, aplastándola cada vez más contra él—. Amanda significa amor, ¿no es así? Y tengo la sensación de que usted amaría muy dulcemente… —Por un instante su rostro nadó ante ella y entonces su boca se posó en la suya, buscadora, insistente en su suave tanteo... Y ella, que hacía tiempo que había abandonado toda esperanza de que alguien la encontrara deseable, sintió un exultante temblor recorrer su cuerpo. Así es como se siente, pensó mientras

todo en ella respondía… ¡Lo recordaré siempre, la magia y el brillo! El tiempo perdió todo su sentido, pero al fin él levantó la cabeza, dejándole la boca amoratada y hormigueante por el fuego de su tacto, y anhelando más. Ella le oyó decir suavemente:

—Ah, sí... Dulce Amanda, en efecto. He estado deseando hacerlo durante un tiempo considerable.

Aún seducida por la lánguida sensación que su sola cercanía

había inducido en ella, las palabras no le produjeron más que el más leve pinchazo de inquietud.

—¿Y sin duda está acostumbrado a obtener lo que desea, milord?

Él rió suavemente, pues también había sentido ese temblor delator, la respuesta ansiosa. Le decía más de ella de lo que pudiera imaginar, su misma inocencia e inexperiencia evocaban en él un sentimiento de ternura protectora como no había sentido por ninguna otra mujer aparte de su madre hasta ahora.

—¿Y si lo estoy? —La interrogó suavemente—- Creo que no era del todo indiferente. Vamos, confiéselo.

¿De verdad había sido un juego tan fácil? Un repentino disgusto por su propio comportamiento, por la facilidad con la que

había sucumbido a sus abrazos, más aún, con la que los había disfrutado, la hizo retroceder.

—Si ésa es la impresión que di, entonces lo siento.

—¿Por qué sentirlo por algo tan placentero? —Intentó acercarla de nuevo, pero ella se resistió—. Vamos, nunca pensé que usted, de entre todas las personas, se volvería una remilgada.

Las lágrimas de decepción se espesaban en su garganta, dificultándole el habla.

—Si soy incapaz de tratar el asunto tan a la ligera como usted, entonces debo declararme culpable, milord. Sin duda para usted es un juego encantador que ha jugado cien veces o más, pero yo no acostumbro a conceder mis favores a todo el mundo, ¡y desde luego no tengo ningún deseo de convertirme en uno de sus trozos de muselina...!

—¡Basta! —Laurence estaba enfadado de forma desproporcionada a la naturaleza de su acusación, quizá porque tenía demasiada verdad para sentirse cómodo—. A menos que esté muy equivocado, Amanda Baldwin, hasta ahora no ha concedido sus favores, como le complace llamarlos, a nadie… Ni siquiera a Fitzallan. Todos sus afectos se han concentrado en su hermana y en

esos desdichados niños. —Su labio se curvó—. Yo, por otro lado, como usted tan acertadamente dice, estoy bien ejercitado en el arte —su tono era despiadadamente cortante—, aunque nunca he sido conocido por tomar nada que no fuera dado libremente.

—¡Oh! —La indignación casi robó a Amanda el pensamiento coherente, pero en su deseo de herir balbuceó—: ¡Insúlteme si quiere, milord, pero no hay necesidad de difamar a mi familia! En mi debilidad, ¡al menos no he avergonzado a nadie más que a mí misma! Pero en cuanto a usted... Creo que haría bien en mirar por su conciencia, prometido como está y a punto de casarse... ¡Y aún así presumiendo ante mí de sus conquistas! ¡Y en ésta, la habitación de su madre!

Por un momento pensó que la golpearía. El brillo de la ira en sus ojos entrecerrados la alarmó de verdad, y fue consciente de sus manos apretándose y soltándose convulsivamente.

—¿Cómo se atreve a meter el nombre de mi madre en esto? Ella no significa nada para usted. —Su voz rechinó—. En cuanto a la señorita Acker… ¡Usted no es la guardiana de mi moral, y le agradeceré que lo recuerde!

—¡Con mucho gusto, milord!

Estaban tan absortos en la acritud que sólo gradualmente se dieron cuenta de una conmoción aún mayor en el vestíbulo. Sólo cuando la puerta del salón se abrió para admitir a la angustiada señora Bennett, Laurence reconoció la voz demasiado familiar que se alzaba en furiosa condena de todo lo que llegaba a sus oídos.

—¡Malditos seáis todos! Sois un conjunto de idiotas tan torpes como jamás he tenido la desgracia de emplear. Ahora, ¡encontradme mi bastón y desapareced de mi vista!

—¡Santo Dios! ¡No puedo creerlo! —Olvidada su propia disputa, Laurence entró a grandes zancadas en el salón, seguido más lentamente por Amanda. Conmocionado por una sobriedad instantánea, estaba reuniendo fríamente sus pensamientos incluso mientras se movía.

—Quédese ahí —ordenó, empujando sin contemplaciones a Amanda de vuelta a la sala de música y cerrando la puerta.

La señora Bennett se precipitó hacia él, sin aliento, con el rostro arrugado por la preocupación.

—Oh, milord, ¿qué voy a hacer? Vaya, nunca he visto a Su Gracia más de media docena de veces en todos los años que llevo aquí, y cómo voy a atender sus necesidades con tan poca

antelación, ya que, salvando la presencia de su señoría, y a pesar de que es su padre, recuerdo demasiado bien lo imposible que era complacerle entonces…

La cortó en seco.

—Para empezar, haría bien en tener preparada una alcoba a toda prisa. O, mejor aún, que él se quede con la mía y usted me busque otro lugar. Informe a Flagg de que debe prestar toda la ayuda posible a Parsons, el ayuda de cámara de Su Gracia. En cuanto a las necesidades de Su Gracia, puede dejar que yo me ocupe de ellas. Ahora, puedo oírle llegar, así que moveré este sillón de orejas más cerca del fuego, y quizás usted podría traer ese escabel antes de irse.

Mientras ultimaban los preparativos, la puerta se abrió de par en par y entró el duque de Arlington, una figura sobrecogedora envuelta en una capa negra y apoyada pesadamente en su bastón, con la mano libre agarrando el hombro de una persona menuda y corpulenta de porte sobrio, también impecablemente vestida de negro de pies a cabeza. El inimitable Parsons había estado con Su Gracia toda su vida laboral, soportando el peor de sus humores con

un estoicismo que a menudo, como ahora, asumía proporciones heroicas. El duque levantó la vista, vio a su hijo y frunció el ceño.

—¡Ja, Laurence! Así que estás aquí, eso al menos es cierto.

Laurence, aunque desconcertado, le saludó con calma y, con una mirada a Parsons que le valió un asentimiento de comprensión, rogó a su padre que se pusiera cómodo antes de que hablaran.

—Cómodo… ¡Bah! No hables como un idiota. ¿Cuándo, por favor, estuve cómodo por última vez? No alborotes, mujer —espetó, mientras la señora Bennett se esforzaba por acercar el escabel—. ¡Maldita sea, déjalo para los que saben lo que hacen!

Ella emitió un sonido incoherente y, recibiendo una inclinación de cabeza comprensiva de Laurence, hizo una reverencia apresurada y huyó de la habitación.

Parsons, plenamente consciente del dolor que sufría Su Gracia, se mostró impermeable a los insultos e invectivas mientras se dedicaba tranquilamente a la poco envidiable tarea de asentar a su amo y facilitarle lo más posible la pierna vendada. Luego, habiendo hecho todo lo que pudo, suplicó que le excusaran para poder supervisar los preparativos para dormir de Su Gracia.

—Sí, sí, déjenos, hombre. Quiero hablar con mi hijo, y lo que tengo que decir no justifica una audiencia.

Laurence tuvo unas palabras con Parsons antes de salir de la habitación, y luego caminó lentamente de vuelta al fuego donde se quedó de pie con toda apariencia de soltura, apoyando un hombro contra la repisa de la chimenea, un pie apoyado en la defensa mientras miraba fijamente las llamas y se preguntaba qué demonios había impulsado a su padre a hacer un viaje que debía de suponer un dolor y unas molestias considerables... y cómo se tomaría la situación a la que había llegado.

—¿Y bien, Laurence? —El duque miró con dureza a su elegante hijo, fijándose en el diamante del tamaño de una uña que adornaba su elegante corbata, los pantalones negros de última moda que, según le había informado Parsons, estaban sustituyendo rápidamente a los calzones por la rodilla que habían sido *de rigor* para las veladas desde que tenía memoria.

—Podría pedirle lo mismo, señor. Sería ocioso fingir que no me sorprende ver a Su Gracia —dijo Laurence, ganando tiempo.

—¡Sí, y, lo que es más, apostaría a que estás menos que complacido! Me atrevería a decir que te creías lo bastante a salvo de

miradas indiscretas aquí,

Crecía la sospecha de que de algún modo, y no sabía cómo, su padre se había enterado de la presencia de la señorita Baldwin, pero aun así Laurence fingió inocencia.

—Si pretende hablar con acertijos, señor, no llegaremos a ninguna parte. He bajado para ver cómo le iba a mi joven sobrino, ya que usted dejó muy claro desde el principio que no tenía ningún deseo de visitar esta casa ni a sus ocupantes.

El duque se apoderó de sus palabras.

—Sus ocupantes. Sí, bueno, ahí lo tienes en pocas palabras. ¿Quizás te importaría decirme quiénes son exactamente tus actuales ocupantes?

Aparte de un ligero entrecerrar de ojos, su hijo no dio ninguna pista de sus pensamientos. Pero fue suficiente para el duque.

—¿O debo arriesgarme a adivinar? ¿Dónde está ella… Esa Jezabel tramposa?

—Ella está aquí, Su Gracia —dijo una voz clara y fuerte desde el otro extremo de la habitación.

Capítulo 11

El salón estaba muy tranquilo después de todo el histrionismo de unas horas antes. Demasiado inquieta para dormir, y encontrando su habitación demasiado estrecha para contenerla, Amanda finalmente, desesperada, se había arrastrado escaleras abajo con la esperanza de encontrar el lugar desierto, y así era. Las velas aún ardían y aunque el fuego era poco más que un resplandor mortecino conservaba algo de calor. Su único temor era que lord Laurence pudiera estar todavía por allí, pero resultó infundado.

Él, como ella había previsto, se había puesto furioso con ella por revelar su presencia al duque, mientras que ella no veía ningún sentido en aplazar tal revelación cuando Su Gracia no tenía más que preguntar a uno de los criados para saber la verdad. Sin embargo,

ella no deseaba meter a nadie más, ni siquiera a lord Laurence, en problemas.

Pero ahora, gracias al cielo, todo volvía a estar en paz y, como antes, se dirigió a la sala de música donde se acurrucó en una silla que daba la espalda a la puerta con la bata arropándola. Con suerte, cualquiera que viniera a apagar las velas del salón no se aventuraría tan lejos, y no la vería si lo hacía. La luz de la luna bañaba la habitación con una luz plateada y, poco a poco, la tensión de su cabeza y sus hombros se fue aliviando y pudo repasar los acontecimientos de la noche con más calma. Había sido una velada larga y agotadora, y mañana, sin duda, las discusiones volverían a empezar... si el duque no se había puesto enfermo con la fuerza de su ira.

Había retomado la conversación donde la había dejado en su último encuentro, ignorando el intento de intervención de su hijo, y vilipendiándola y amenazándola con todo lo que podía conjurar de su fértil imaginación. Pero esta vez estaba mejor preparada, y estaba decidida a mantenerse firme.

—Oh, por piedad, ¿no podemos dejar todo esto para mañana? — Había dicho cansinamente lord Laurence, aprovechando un

momento de silencio mientras su padre se estaba preparando para un nuevo arrebato—. No me cabe duda de que su pierna le está atormentando como el mismo diablo después del viaje. Seguramente sería mucho mejor que se fuera a su cama, señor, y dejara que Parsons le preparara uno de sus remedios.

—No seas impertinente —rugió su indignado progenitor—. No me vas a engatusar con cualquier tontería sobre mi salud. No estaría aquí ahora si hubieras hecho lo que te dije que hicieras, en lugar de confabular con esta criatura que ni siquiera tiene un aspecto que la encomiende…

—Basta, padre. —La voz de Lord Laurence era suave como la seda, su tono hizo que incluso el duque se detuviera—. El nombre de la dama es señorita Baldwin, y debo pedirle que le conceda la cortesía de usarlo en su presencia y en la mía.

—Gracias, milord —dijo Amanda—. Aprecio su preocupación, aunque espero poder valerme por mí misma.

—Vaya par, —se mofó Su Gracia—. Tomé esto por una burda mentira cuando lo recibí… —le tendió la carta a su hijo— Pero parece que me vuelvo ingenuo en mi madurez.

Lord Laurence escudriñó la breve nota con desagrado y luego la aplastó en un apretado ovillo.

—¡Sin firma! Si da crédito a esta tontería, señor, es usted en verdad menos agudo de lo que le creía.

—Ah, ¿pero lo soy? —Unos ojos feroces miraron de uno a otro —. Menos mal que me lo pensé dos veces. ¡Traicionado por mi propio hijo! No te molestes en negarlo. Mis órdenes fueron bastante específicas.

—Si Su Gracia me permitiera explicarme… —Comenzó Amanda.

—No quiero sus explicaciones, señorita. La quiero fuera de esta casa, con bolsa y equipaje, a primera hora de la mañana.

—Lo siento, pero eso será del todo imposible. Como le dije a su señoría cuando me presentó un ultimátum similar hace unos días… Si me voy, los niños se vienen conmigo. —Ella le vio mirar bruscamente a Lord Laurence—. Ya me he decidido, señor. Y como Emily ha estado muy enferma, debido enteramente, debo decir, a la incompetencia de la niñera a cuyo cargo estaba, no podría contemplar la posibilidad de trasladarla hasta que el médico diga que puedo hacerlo sin peligro.

Laurence suspiró y lanzó sobre ella una mirada de aguda exasperación, que ella enfrentó con desafiante pero imperturbable calma.

—Lo que dice la señorita Baldwin es muy cierto, señor. La niña estuvo a punto de morir.

Su confirmación, lejos de apaciguar al duque, sólo consiguió volverlo más colérico. Y su furia se descargó contra la joven que permanecía tan tranquilamente inmóvil, enfrentándose a él sin rastro de temor.

—¡Haré que la echen!

—Entonces volveré —replicó Amanda con ecuanimidad—. Y seguiré volviendo por muchas veces que lo intente. Y veremos quién se cansa primero.

—¡Infame! Haré que la ley caiga sobre usted.

—Oh, no me cabe duda de que lo hará. Me atrevo a decir que su mero nombre puede imponer la mayoría de las cosas. —Había desprecio en su voz—. Dígame, milord duque, ¿qué se siente al tener tanto poder? ¿Le produce una inmensa satisfacción saber que una palabra suya puede causar una miseria indecible a dos niños pequeños? —El desprecio dio paso de repente a la pasión—. Si es

así, lo siento por usted, porque con esa mezquindad de espíritu hay una cosa que nunca conocerá, ni con toda su riqueza ni con todo su poder. Nunca sabrá lo que se siente al amar y ser amado-

—¡Basta! Los dos —dijo Laurence, con la voz tensa. Y mientras el duque abría la boca para reprenderle—: Sí, padre, soy muy consciente de lo mucho que me atrevo; también soy consciente de que ésta es su casa y, en teoría, tiene la libertad de echarme a mí también y de consignarme al diablo. Pero, por ahora, soy más fuerte que usted y tengo todas las cartas en mi mano. —Se puso de pie frente a su padre, y durante un largo momento sus ojos se clavaron en él, en un combate silencioso. Entonces la mirada de Laurence se suavizó ligeramente—. Señor, hará un gran daño a su salud si continúa con esta tontería en su estado actual, y, por extraño que parezca, ¡no me complacería tener su muerte sobre mi conciencia!

El duque, quizá por primera vez en su vida, se vio privado del habla, y Laurence, tomando una sombría satisfacción de este fenómeno inesperado, hizo uso del breve respiro volviendo rápidamente su atención a Amanda.

—En cuanto a usted, señorita Baldwin, me obligará a hacerla abandonar la habitación antes de que se produzcan más daños.

Al principio ella había intentado burlarse de él, pero luego se dio cuenta de la inutilidad de continuar.

—Muy bien, milord. Da la casualidad de que ya he dicho todo lo que realmente quería decirle a Su Gracia. —Ella había hecho una reverencia formal y se había dado la vuelta.

Él no la había acompañado hasta la puerta, ni le había deseado buenas noches, pero ella no había esperado tal cortesía. En definitiva, había sido una velada que era mejor olvidar. Excepto que ella no podía olvidar. Acomodó los cojines y trató de ordenar sus pensamientos, momento en el que oyó débiles sonidos en la habitación de más allá: uno de los criados que venía por fin a apagar las velas. Amanda no hizo ningún intento de revelar su presencia cuando la puerta se entreabrió, deseando únicamente que la dejaran en paz.

Pero la figura que se perfilaba en el umbral no era ningún criado. Lord Laurence permaneció inmóvil durante lo que pareció un momento interminable en el tiempo, y luego entró y avanzó lentamente hasta situarse frente al retrato de su madre, con los brazos cruzados sobre la repisa de la chimenea. La luz de la luna mostraba claramente el perfil angustiado, y la caída abatida de sus

hombros, tan fuera de carácter con la imagen que presentaba al mundo. Lentamente, su cabeza se apoyó en las manos entrelazadas.

Amanda se congeló en su sitio, incapaz de comprender por qué era tan infeliz. Ira, exasperación, todo eso podía entenderlo a la luz de los acontecimientos de la noche, pero ¿esto? Se sintió estremecida hasta la médula por el efecto que su mera cercanía tenía sobre ella. Todo en ella anhelaba consolarle. Y, sin embargo, sabía lo intensamente que él odiaría ser descubierto en un estado tan vulnerable... y por ella, de entre todas las personas.

Cuánto tiempo permanecieron ambos así no tenía forma de saberlo; el tiempo le interesaba poco. Pero finalmente levantó la cabeza, y con una última mirada al retrato se dio la vuelta para marcharse.

A medio camino de la habitación se detuvo.

—¿Hay alguien aquí?

Amanda contuvo la respiración. Hubiera jurado que no había hecho ningún ruido. Tal vez lo achacaría a los habituales crujidos y gemidos de una casa dormida. Parecía que tenía razón, porque al cabo de un momento él se movió de repente, entrando a grandes zancadas en el salón. Pero ella apenas tuvo tiempo de hacer algo

más que volver a respirar cuando él estaba de vuelta, sosteniendo en alto una rama de velas.

Ya no tenía ninguna posibilidad de pasar desapercibida; sólo disponía de unos segundos para pensar, para actuar, si no quería que él supiera que se había entrometido en un momento muy privado. Él se colocó sobre ella y ella parpadeó a la luz.

—Milord, ¿es usted? —Ella se movió con rigidez—. ¡Cielos… Debo haberme quedado dormida!

—Pero no en su cama, a la que pertenece por derecho.

—No pude acomodarme.

Dejó las velas sobre el pianoforte y volvió para mirar fijamente unos ojos que eran oscuros estanques insondables.

—No se me ocurre por qué debería sorprenderme —continuó, ignorando su explicación—. Parece decidida a no tomar nunca el camino fácil.

Había una profunda ironía en la observación. Amanda hizo un indigno intento de levantarse que se vio dificultado por haber permanecido demasiado tiempo en una posición encogida. Cuando se estremeció, las manos de su señoría acudieron de inmediato a sujetarla y, una vez hecho esto, parecían reacias a soltarla.

—¿Usted y su padre... Han arreglado mi destino entre ustedes? — se aventuró ella al fin.

—No.

Así que él no pretendía ponérselo fácil.

—Milord, sobre su padre... Me temo que mi lengua se me ha desatado un poco.

—Podría decirse eso —estuvo de acuerdo, con la boca crispada —, parece tener la costumbre de hacerlo siempre que se despiertan sus pasiones más fuertes.

—Sí. ¿Pero está bien? Se mostró excesivamente exaltado, y por mucho que me desagrade, no le desearía deliberadamente ningún mal...

—¿No lo haría? —Lord Laurence la miró con renovada curiosidad —. Por mi parte, no la culparía si le deseara algún mal.

—Pues no lo hago. Es más, pensándolo bien, y a pesar de que lo que dije iba en serio, ahora veo que fue tonto y autocomplaciente arriesgarme a enemistarme de semejante manera.

—Estoy de acuerdo.

—¿Admitirá que fui provocada? —insistió ella.

—Oh, sin duda. Más allá de lo soportable.

—Bien, entonces —se apresuró ella—, ¿cómo lo vio... Después de que yo me hubiera ido?

—Aturdido creo que es la descripción más adecuada. La felicito. Entre los dos logramos lo imposible: es la primera vez que veo a Su Gracia privada del habla.

Amanda estuvo a punto de dar un pisotón.

—¡Por favor, no juegue conmigo, milord! ¿Sabe muy bien lo que le estoy pidiendo? ¿Intentará vengarse de mí a través de los niños? ¡Incluso usted debe darse cuenta ahora de lo que le haría a David!

—Podría haberlo pensado antes de hablar. —Sus dedos se tensaron momentáneamente sobre los brazos de ella, su boca se torció irónicamente—. ¡Qué tenaz criatura es en defensa de sus crías!

En ropa de dormir y con el pelo suelto alrededor de la cara, ella misma parecía poco más que una niña, y tenerla tan cerca le producía un efecto extraño sobre él. De repente la soltó.

—Váyase a la cama, señorita Baldwin —le dijo en voz baja—. No permitiré que la amargura de mi padre haga daño a los niños por

segunda vez.

Por un momento sus ojos rastrillaron su rostro. Tranquilizada por lo que vio allí, dijo simplemente:

—Gracias, milord —Y se alejó.

Casi había llegado a la puerta cuando él volvió a pronunciar su nombre. Ella se volvió, pero él no miraba en su dirección. Su mirada parecía fija en el retrato de su madre.

—Otra cosa… Esta misma tarde creo que la he tratado mal. Por favor, acepte mis disculpas.

El recuerdo trajo una repentina constricción a la garganta de Amanda.

—Gracias, pero le ruego que no lo tenga en cuenta. Ya lo había olvidado. Buenas noches, milord.

—Buenas noches, señorita Baldwin.



Lord Laurence no estaba en la sala de desayunos cuando Amanda bajó a la mañana siguiente. Según le dijo Ellen, él ya había comido.

—Menuda carga ha tenido, señorita —Confió, con los ojos redondos—. Con lo mal que llegó Su Gracia anoche, y luego él se puso malo por la noche...

—¡Oh, no! ¿Es su pierna?

—Bueno, no estoy muy segura, señorita, excepto que enviaron a buscar a ese médico, ¡y ese ayuda de cámara de Su Gracia, Parsons, anda por ahí con una cara que agriaría la leche!

Amanda se apresuró a tomar un ligero desayuno, al escasearle el apetito, y fue en busca de la señora Bennett. El ama de llaves, sin embargo, no pudo decirle mucho más que Ellen, excepto que había cierto temor de que Su Gracia hubiera sufrido un ligero ataque.

—Pero el doctor Thomas debería estar aquí de nuevo en cualquier momento, y quizá sepamos algo más. Lord Laurence ha estado con su padre casi toda la noche y aún está allí.

A pesar de sus esfuerzos por mantenerse ocupada, la culpa ocupaba el primer lugar en los pensamientos de Amanda, y le pareció una eternidad antes de oír el paso firme del doctor en la escalera. Ya le había pedido a la Sra. Bennett que se asegurara de que fuera a ver a Emily antes de marcharse, aunque la niña ya no necesitaba mucho de sus ministraciones.

—Bien, ahora, ¿qué es esto? —dijo bruscamente el doctor Thomas cuando por fin llegó, llenando la habitación del bebé con su voluminosa presencia tranquilizadora—. No estás celosa de nuestro abuelo, confío, ¿eh? —Levantó a Emily y ella soltó una risita de alegría—. No hay mucho mal en esta jovencita que yo pueda ver, señorita. Ha tenido una excelente recuperación.

—Sí, en efecto. No puedo agradecérselo lo suficiente, doctor Thomas —dijo Amanda mientras volvía a recostar a Emily en sus cojines. Sonrió disculpándose—. Por favor, siéntese un momento. Verá, me temo que le he hecho venir aquí con falsos pretextos. Quería preguntarle por el duque. ¿Está muy enfermo?

El Dr. Thomas bajó su corpulento cuerpo en una silla hecha para alguien de la mitad de su tamaño.

—Depende más bien de lo que usted entienda por muy enfermo, señorita. Su Gracia no es, ni mucho menos, un hombre joven, y deduzco por su ayuda de cámara que lleva bastante tiempo sufriendo grandes dolores de gota. Añadido a eso… —el doctor arqueó una ceja irónica—, es ocasionalmente un caballero de temperamento algo inmoderado…

—Sí, lo sé. Anoche...

—Anoche deduzco que dio rienda suelta a ello.

—Sí, pero me temo que yo tuve gran parte de culpa en su arrebato —admitió Amanda desdichadamente—. Y si como resultado Su Gracia hubiera tenido algún tipo de ataque...

—Mi querida jovencita, no debe angustiarse. Admitiré que cuando me mandaron llamar esta madrugada el duque presentaba todos los síntomas de alguien que hubiera sufrido un pequeño ataque cerebral. Sin embargo, —dijo tranquilizadoramente el doctor Thomas—, ahora que le he vuelto a ver, no estoy en absoluto convencido de que ése sea el caso. —Vio el comienzo de un destello de alivio en los ojos de ella y los suyos parpadearon—. Para empezar, era capaz de maldecirme con una fluidez bastante superior a la de alguien cuyo cerebro había sido afectado. Además, ahora me entero por lord Laurence de que al retirarse la noche pasada Su Gracia había exigido una botella de oporto y, en palabras de su ayuda de cámara, un tipo espléndidamente competente, Su Gracia se había sentado en la cama y se lo había bebido todo.

—¡Santo cielo!

—Una cosecha excelente, recuerdo, lord Laurence tuvo la amabilidad de obsequiarme con una botella la semana pasada... —

Los ojos del doctor se empañaron con el recuerdo y fue con evidente desgana que trajo su mente de nuevo al presente—. Sin embargo, dadas las circunstancias, y teniendo en cuenta un grado ya de por sí elevado de excitabilidad con la complicación añadida de la gota de su merced, era lo peor que podía haber hecho. Por lo tanto, le he puesto una ventosa, y tengo todas las esperanzas de que esto sea beneficioso para someter los malos humores. Naturalmente esto ha dejado a Su Gracia sintiéndose un poco débil, lo cual era de esperar, pero con reposo absoluto y tranquilidad durante los próximos días pronto debería sentirse considerablemente mejor. Volveré a visitarle mañana.



El alivio de Amanda la dejó inquieta y necesitada de algún tipo de actividad. Aún no había rastro de lord Laurence, y ella ya había decidido aplazar el paseo de David hasta más tarde, concluyendo que su exuberancia natural estaría mejor confinada en el aula hasta que se resolviera el estado de salud de Su Gracia. En cualquier caso,

el tiempo era decididamente fresco, con un indicio muy poco primaveral de nieve en el aire.

Aun así, sintió la necesidad inmediata de aire fresco y decidió desafiar las inclemencias del tiempo. No tardó más que un momento en ponerse el hábito de montar y, tras deshacerse de algunos de sus nervios llevando a su caballo a galopar por los campos, decidió ir a visitar a los Fitzallan. Mary y Eliza la vieron desde la ventana y bajaron corriendo a su encuentro.

—¡Mamá, aquí está Amanda! —Las niñas la condujeron, cada una colgada de un brazo y ambas parloteando a la vez, al salón donde su madre estaba ocupada recopilando listas.

La señora Fitzallan dejó inmediatamente a un lado sus papeles.

—Hay tanto que hacer antes de que partamos hacia Londres —dijo —. Confieso que me alegraré de tener una excusa para pensar en otra cosa para variar. Ven y siéntate, querida, y cuéntanos cómo le va en la propiedad. Hace días que no sabemos nada de ti. ¿Cómo está la pequeña?

—Mucho mejor, señora. Casi completamente bien, de hecho.

—¿Y el malvado lord Laurence? —Eliza soltó una risita, sólo para ser reprendida al instante por su madre.

Amanda respondió a todas sus preguntas con bastante facilidad y ambas chicas la obsequiaron con descripciones de sus últimos vestidos y súplicas para que fuera a verlos, cosa que prometió hacer antes de marcharse. Pero la señora Fitzallan no tardó en darse cuenta de que había muchas cosas que Amanda no decía. Rápidamente envió a sus hijas, bajo protesta, a pedirle a la cocinera que les preparara a todas un poco de chocolate, y algunas de sus mejores galletas shortbread.

Cuando se hubieron ido, dijo en voz baja:

—Creo que algo la preocupa. No tiene que confiármelo si prefiere no hacerlo, pero espero que sepa que siempre estoy dispuesta a escucharla.

El mero placer de poder confiar en otra mujer hizo que las palabras brotaran a borbotones.

—Y puede concebir cómo me siento —concluyó—, porque todavía estoy completamente a oscuras en cuanto a lo que el duque decidirá, si es que finalmente está en condiciones de decidir algo.

—¡Mi pobre niña! Como si no hubiera soportado bastante. Sin embargo, si como dice, lord Laurence le ha prometido su apoyo, estoy segura de que no faltará a su palabra.

—No. —Amanda suspiró.

—Y debe quitarse completamente de la cabeza esa estúpida culpa de haber contribuido al colapso de Su Gracia. Un hombre que no puede mantener su temperamento dentro de unos límites debe asumir las consecuencias. Sólo lamento que nos vayamos tan pronto a Londres. — Oyó regresar a las chicas y dijo rápidamente—: Pero le daré nuestra dirección. Pueden escribirme en cualquier momento y si, por cualquier motivo, se encuentran en la ciudad, espero que no duden en buscarnos.

El resto de la visita de Amanda transcurrió en un tono mucho más ligero, y se marchó prometiendo llevar a David a tomar el té en uno o dos días.

—Estará encantado —dijo—. Siempre está esperando conocer a los gemelos.

Fitz entró poco antes de que ella se marchara e inmediatamente le sugirió que volviera con ella a Hammond Grange.

—Está un poco pálida —dijo cuando estaban en camino—. No pasa nada, ¿verdad?

Amanda vaciló y luego le contó lo del duque, pero sin entrar en detalles.

—¿Le importa si no hablamos de ello, Fitz?

Él le lanzó una rápida mirada.

—Lo que usted diga, querida —dijo fácilmente—. ¿Le he hablado de mi antiguo oficial al mando? Lo ví hace poco cuando estuve en Londres... —Y continuó agasajándola con una anécdota tan inverosímil que ambos estaban riendo incontrolablemente para cuando llegaron a los establos.

Laurence oyó las risas cuando estaba a punto de salir a cabalgar. Al principio no podía creer que Amanda, que sólo unas horas antes había estado de tan mal humor, estuviera ahora disfrutando de forma tan evidente. Pero entonces apareció a su vista: las mejillas encendidas y los ojos rebosantes de alegría, como si no le importara nada.

Capítulo 12

David llevaba mucho tiempo esperando su oportunidad.

Había oído a Alice y a Ellen hablar de su abuelo, que había llegado en algún momento de la noche... y había sido —abatido—. No estaba seguro de lo que eso significaba, pero su curiosidad se había despertado.

Le había preguntado a Alice qué significaban esas palabras, pero ella le había dicho que era perverso escuchar las conversaciones privadas de otras personas, y que si no tenía cuidado, él mismo sería abatido. Esto le desconcertó aún más. ¿Su abuelo había estado escuchando la conversación entre Alice y Ellen? Decidió que lo mejor sería averiguar en qué habitación estaba el duque e intentar comprobarlo por sí mismo.

Pero no fue fácil. La llegada de su abuelo parecía haber disgustado a todo el mundo, incluida a la tía Amanda, y le había privado de su paseo matutino con su poni, por lo que se vio obligado a tener una clase extra de lectura con la señorita Throstle en su lugar.

Pero ahora la señorita Throstle tenía uno de sus fuertes dolores de cabeza y se había ido a recostar durante una hora, dejándole un trabajo fijo para que lo copiara con su mejor letra, y con instrucciones a Alice para que le echara un vistazo de vez en cuando. Sabía que su abuelo estaba en la habitación del tío Laurence. La tía Amanda estaba fuera, y si era muy rápido podría bajar las escaleras y volver sin ser descubierto.

Cuando llegó a la habitación de su tío todo estaba muy silencioso. Se paró inseguro, casi le fallaba el valor; luego alargó la mano y giró el pomo de la puerta con mucho cuidado. El interior de la habitación estaba muy silencioso, oscuro y un poco aterrador con las pesadas cortinas parcialmente corridas y las grandes formas sombrías de los muebles. David tragó saliva nerviosamente, con toda su atención fija en la enorme cama con dosel que dominaba la habitación. Parecía muy alta; tal vez no pudiera ver por encima.

Pero a medida que se acercaba, vio un gran número de almohadas que sostenían una cabeza imponente, con un cabello negro y plateado que se extendía alrededor de una cara larga y afilada que se parecía un poco a un halcón que había visto una vez en un libro, salvo que la piel de su abuelo era de aspecto ceroso, como la grasa de una vela. Y había una gran joroba más abajo en la cama que le intrigaba. ¿Era eso lo que le hacía a la gente estar «abatido»?

La decepción de David apenas podía contenerse; había deseado tanto que su abuelo se pareciera a papá. Volvió a mirar las dos pequeñas fotos de su mamá y su papá unidas en un sencillo marco de plata, que había traído de al lado de su cama, buscando en vano algún indicio de parecido. Pero no había ninguno. Suspiró y se dio la vuelta para alejarse, y al hacerlo los pesados párpados se levantaron.

—¿Quién está ahí? Parsons, ¿eres tú?

David se quedó inmóvil, observando cómo giraba la cabeza con inquietud y conteniendo la respiración hasta que temió reventar.

—Sé que hay alguien ahí. Será mejor que aparezca o, por Dios, ¡lo lamentará!

La voz era sorprendentemente fuerte, y al cabo de un momento David se acercó, medio aterrorizado, medio intrigado, y vio unos feroces ojos oscuros que lo miraban.

—¡Al diablo!

El duque pareció sisear la palabra, y él se encogió un poco.

—N… No, señor —tartamudeó—. Soy David... Su nieto, David.

—¿De veras lo eres? —gruñó Su Gracia—. ¿Y quién te ha dado permiso para entrar aquí?

—Nadie, señor. He venido por mi cuenta... Para verle a usted. —David pensó que era mejor no mencionar la parte de haber sido abatido—. Quería ver si se parecía a papá —añadió con nostalgia, mirando una vez más las miniaturas.

—Bueno, no me parezco —Fue la brusca respuesta—. ¿Qué es eso que sostienes?

David, con algo más de confianza, le tendió las miniaturas. Oyó que su abuelo respiraba agitadamente y luego hubo un largo silencio. Entonces un dedo tembloroso señaló.

—¿Quién es?

David se puso de puntillas.

—Es mamá. ¿No es bonita?

No hubo respuesta. David vio que la cara del duque había adquirido dos manchas rojas y que tenía un aspecto extraño, como si le doliera algo.

—Vete —murmuró—. Y envíame a tu tía en este instante.

El niño estaba desconcertado.

—¿Pero mis fotos, abuelo?

—¡Haz lo que te digo, niño!

David se dio la vuelta y echó a correr, con las lágrimas corriéndole por la cara. En el rellano, vio a la tía Amanda con su vestido de montar, camino de su habitación. Sollozaba una historia confusa, cuya esencia ella entendió lo bastante bien como para que se le hundiera el corazón. Pobre David. Lo llevó de vuelta al aula, le aseguró que no le ocurriría nada terrible, ni a ella ni a nadie, y lo acomodó en su trabajo antes de apresurarse a volver a enfrentarse al duque.

—Pase, pase —llamó él en respuesta a su aldabonazo—. Parsons está descansando. Ha estado despierto toda la noche preocupándose por mí… ¡No quería que se lo dijeran!

El primer pensamiento de Amanda fue que era un cascarrabias desagradecido que no se merecía un sirviente tan devoto como Parsons, pero una mirada más detenida la obligó a revisar su opinión. Su Gracia podía fanfarronear, pero, a pesar de una especie de jaula bajo la ropa de cama para proteger su pierna, parecía bastante enfermo y estaba, sospechó ella, un poco menos seguro de sí mismo que de costumbre.

—Bueno, no se quede ahí. No tengo intención de estar gritando todo el tiempo.

Ella se puso a un lado de la cama.

—Su Gracia, siento si la visita de David le ha angustiado. Es un niño muy extrovertido, pero no tenía idea de que intentaría algo tan temerario…

El duque gruñó.

—Es como su padre. Una auténtica pena.

—Estoy segura de que Su Gracia no ha querido decir eso realmente.

—No la he mandado llamar para que me lea un sermón, ni para hablar del niño... —Vio la indignación en sus ojos—. Y tampoco

la he llamado para que se ponga contra las cuerdas. El médico dice que debo tener paz y tranquilidad.

Los ojos penetrantes apenas ocultaban su triunfo cuando sacó esta baza, y había algo tan parecido a David en su convicción que en otras circunstancias Amanda se habría reído.

—Envié a buscarla por esto. —El duque se inclinó hacia delante, ignorando sus protestas, y le puso las miniaturas enmarcadas bajo la nariz.

—Vaya, ésta es la posesión más preciada de David —exclamó ella, arrebatándosela.

—¿Quién es esta mujer?

—Mi hermana, Meredith… La esposa de Steven.

—Sí, sí, ya lo sé. No soy tonto, por mucho que usted lo piense. —Había una urgencia en él de repente—. ¿Tendría yo razón, señorita Baldwin, al pensar que su hermana se parecía mucho a su madre?

La pregunta la sorprendió por completo, haciéndola responder con lentitud.

—Mi padre solía decir que era la viva imagen de ella de niña.

—¿Y su nombre, antes de casarse? —Pareció forzar las palabras.

Amanda estaba ahora completamente desconcertada, pero contestó con bastante facilidad.

—Era Emily Pargeter, la única hija del difunto señor Humphrey Pargeter de Sittincombe.

El duque no respondió, sino que se dejó caer de espaldas contra sus almohadas con un profundo gemido, con los ojos fuertemente cerrados. Alarmada, Amanda se inclinó sobre él.

—Su Gracia, ¿está usted bien?

—¡Fuera!

—Pero Su Gracia... No puedo dejarle así...

—¡Fuera, he dicho!

Había tanta angustia en su voz que ella consideró más seguro acatar su orden, y fue de inmediato en busca de Parsons.

Fue algún tiempo después cuando lord Laurence vino a buscar a Amanda. Ella estaba sentada en el salón con un vestido que estaba frunciendo para Emily tumbado en su regazo. Levantó la vista cuando él entró y vio que estaba tenso por la ira.

—El duque... —empezó ella, alarmada— ¿Está bien?

—No gracias a usted, señora —dijo él—. ¿No podría haber cesado en su pasión por las disputas, al menos hasta que mi padre sea capaz de mantenerse mejor?

La injusticia de la acusación enardeció a Amanda.

—Milord, no he hecho nada para merecer su censura, le hayan dicho lo que le hayan dicho. Debe pensar que soy muy insensible al sugerir lo contrario.

Frunció el ceño.

—¿Pero fue a verle?

—Sólo porque él me mandó llamar. Incluso usted admitirá que se habría disgustado infinitamente más si me hubiera negado. Además, sabía por qué quería verme, o creía que lo sabía... —Vio que tendría que explicarlo todo desde el principio. Una vez hecho esto, insistió—: Tampoco debe culpar a David. Es perfectamente natural que sienta curiosidad por su abuelo.

—Eso es exactamente lo que esperaba que dijera —argumentó Laurence, aunque con menos acaloramiento—. Personalmente, creo que un tirón de orejas no estaría mal.

—Oh, no. Además, cuanto más lo pienso, más me convenzo de que no fue la intromisión de David lo que molestó tanto a su padre, sino esa miniatura de Meredith y su parecido con nuestra madre. —Amanda sacudió la cabeza, desconcertada—. Casi como si la hubiera conocido alguna vez. ¿Suena ridículamente fantasioso?

—No más que todo lo demás —dijo él brevemente—. Mi vida era agradable y sin complicaciones antes de que usted llegara, pero parece que no ha hecho más que poner a mi familia de punta en blanco desde el momento en que puso un pie entre nosotros.

—¡Oh, qué injusto! —protestó ella—. Pero no me rebajaré a discutir.

Por un momento la indignación de ella hizo que una media sonrisa apareciera en los ojos de él.

Luego se encogió de hombros y se dio la vuelta.



Era última hora de la tarde cuando el duque volvió a llamar a Amanda. Lord Laurence no estaba para ser consultado ni para

ofrecerle su apoyo, así que por segunda vez en un día se encontró en presencia de su extraño y complejo progenitor. Esta vez Parsons estaba allí para hacerla pasar y colocarle una silla donde Su Gracia pudiera verla sin excesivo esfuerzo. De hecho, tenía mucho mejor aspecto, sentado contra las almohadas, vestido con una magnífica bata de color vino y con el pelo recogido en una cola. Despidió a Parsons y se sentó mirándola fijamente con aquella intensa y dura mirada.

—Bueno, señorita Baldwin, me atrevería a decir que cree que tiene derecho a una explicación.

Amanda inclinó la cabeza.

—Admitiré que tengo curiosidad, pero es Su Gracia quien debe decidir.

Este lanzó un gruñido.

—Es muy cortés de su parte. Le han dicho que me trate con cuidado, ¿verdad? Bueno, no tiene por qué preocuparse, no voy a poder moverme hasta dentro de un buen rato.

—Me alegra oírle decir eso, aunque su salud debe ser inevitablemente motivo de preocupación. Sin embargo, en este caso simplemente estaba diciendo lo obvio… Usted no está obligado a

explicarme nada. —Su boca se curvó irreprimiblemente—. Pero espero de verdad que lo haga.

Amanda vio cómo sus dedos se enroscaban de repente alrededor de las miniaturas que aún yacían sobre la colcha a su lado.

—Puede que no tenga su aspecto —dijo con brusquedad—, pero la sonrisa es inconfundible.

Ella no dijo nada, temiendo interrumpir su hilo de pensamiento.

—Cuando vi a Emily Pargeter por primera vez, —continuó él—, apenas tenía dieciocho años y era la criatura más hermosa jamás creada por un Dios indulgente. La adoré desde ese primer momento, y no conocí el descanso hasta que pude encontrar a alguien que nos presentara. Cuando lo hicieron, descubrí que tenía una fuerza de espíritu a la altura de la mía y que, sin embargo, seguía siendo tan buena e inmaculada como hermosa...

Amanda sintió que podía verle tal y como debía de ser entonces: orgulloso, de fuerte carácter y guapo como un joven halcón, muy acostumbrado a salirse con la suya en todas las cosas. Y también podía ver a su madre, de joven, llena de vida y alegría.

—En aquel momento podría haberme casado con cualquiera de una docena de hermosas mujeres elegibles, pero a partir de ese

momento cortejé a Emily con una determinación que no conocía límites, sin dudar nunca de que sería mía. El señor Humphrey vio con buenos ojos mi demanda, pero cuando su querida hija resultó difícil de convencer se negó a coaccionarla. Para Emily... —La voz del duque se volvió amarga— Emily, al parecer, estaba enamorada de un don nadie, un maestro de escuela, según creo recordar, y no querría a ningún otro.

—Mi padre —Amanda susurró las palabras, apenas capaz de creer lo que le estaba contando.

—Así parece. —Él masticó cada palabra—. Nunca supe su nombre, aunque lo maldije hasta el infierno durante muchos largos días. Supongo que no puede hacerse una idea de lo que fue ser sometido a la ignominia del rechazo en pleno resplandor de la madurez, ¡y sabiendo que la gente se reía a mis espaldas al saber de mi rechazo! —Pudo ver cómo cerraba y abría el puño—. Bueno, fue el fin del amor para mí. Juré que nadie volvería a hacerme sufrir así. Y para demostrar al mundo que tenía toda la razón me casé con una joven ratoncita de buena cuna cuyo padre, a diferencia del señor Humphrey, anteponía el prestigio de un ducado a cualquier nimio capricho de su hija.

Miró ferozmente a Amanda como si se atreviera a condenarle.

—Yo no amaba a Phoebe. Ni siquiera me planteé si era feliz o no mientras me diera herederos. Y lo hizo… Tres, de hecho, a un gran coste para su salud. Era un alma gentil y no merecía mi indiferencia. Pero si hay un Dios, ha exigido una terrible retribución, pues uno a uno me ha quitado sin piedad lo que me dio. Sólo queda un hijo, y él me da su deber, pero no su amor. Usted dirá que estoy bien servido, y sin duda con razón.

De repente, la oleada de energía que le había llevado a través de esta extraordinaria desnudez de su alma pareció abandonarle, cerró los ojos y se hundió débilmente de nuevo en sus almohadas. Amanda, alarmada por su palidez, se preguntó si debía llamar a Parsons. Se levantó a medias de su silla.

—No se vaya —dijo con urgencia, aunque sin moverse.

Ella se hundió hacia atrás, intentando analizar sus emociones, que no eran ni mucho menos tan cortantes y secas como cualquiera de los dos podría haber supuesto. Debería sentir repugnancia: si alguna vez hubo un caso de venganza que engendrara venganza, era evidente en este espectáculo de un hombre despreciado y arremetiendo contra todos los que le rodeaban en un intento de

mitigar su propio dolor. Y, sin embargo, para su sorpresa, la emoción que se apoderó de su pecho fue la compasión; por mucho que él lo negara enérgicamente, el duque era el hombre más solitario que ella había conocido. Y de repente vio un atisbo de esperanza para él.

—Nunca es demasiado tarde —aventuró en voz baja—. Tal vez ya se le ha mostrado el camino para enmendarse si tan sólo lo tomara, pues se equivocó al decir que sólo queda lord Laurence. Se le han dado dos nietos: los hijos de Steven. Y lo que es más, David y Emily son algo más que sus nietos: son, de hecho, fruto de la unión entre su hijo y la hija de Emily. ¿Es fantasioso por mi parte suponer que esto es algo más que una mera coincidencia?

Al principio pensó que sus palabras habían caído en saco roto. Su rostro se había tensado, recordándole irresistiblemente a lord Laurence en su momento más inabordable, y su corazón se hundió. Entonces vio que dos lágrimas habían salido de debajo de aquellos pesados párpados cerrados para correr por sus mejillas cenicientas. Siguió sentada en silencio, sintiendo que su propia garganta se estrechaba.

Y así fue como Laurence los encontró. Vio la angustia de su padre y, malinterpretando su causa, se abalanzó airadamente sobre

Amanda y estaba a punto de ordenarle que saliera de la habitación cuando intervino el duque.

—Déjala —dijo, con una voz sorprendentemente fuerte—. Hemos estado conociéndonos.

La mirada ceñuda de Laurence los abarcó a ambos.

—Si usted lo dice, señor.

—Lo digo. —Vino la réplica pugnaz—. Hemos ido descubriendo que tenemos más en común de lo que nunca hubiéramos podido saber.

Amanda sonrió y se levantó.

—Sin embargo, me temo que se ha cansado demasiado, así que me iré, si le place a Su Gracia. —Ella vaciló—. ¿Me pregunto? ¿Cree que podría devolverle a David su miniatura? Significa mucho para él.

Él la sujetaba con tanta fuerza que por un momento ella pensó que se negaría. Entonces la empujó hacia la cama.

—Cójala. El pasado es el pasado.

Aquel día marcó el comienzo de toda una nueva era, sobre todo para David. Desde el trauma de aquel primer encuentro con su abuelo, progresó rápidamente hasta el punto de pasar gran parte de su tiempo libre en compañía del duque.

—Nunca he visto tal cambio en nadie como en Su Gracia —le dijo Amanda a la señora Fitzallan cuando, como le había prometido, llevó a David a tomar el té—. No es que su naturaleza básica haya cambiado, supongo que nunca lo hará. Pero creo que está secretamente encantado de que David no le muestre ningún temor, incluso cuando está de su peor humor.

—Los niños son las criaturas más extrañas. —Estuvo de acuerdo la señora Fitzallan—. El señor Fitzallan decidió que los gemelos fueran a la escuela el próximo otoño, y yo me preocupé mucho pensando en cómo odiarían dejar la agradable libertad del campo y al querido señor Frank, que les ha dado clases durante tanto tiempo, ¡sólo para descubrir que lo consideraban la mayor aventura de su vida!

Antes le habían intrigado las circunstancias que habían provocado tal cambio en el duque.

—Sólo imaginaba que Emily Pargeter era su madre. Ojalá lo hubiera sabido antes. Fuimos presentadas el mismo año, y recuerdo bien cómo Emily hechizó a Su Gracia y con qué ardor la persiguió, fue uno de las habladurías más animadas de la temporada. Todas estábamos locas de envidia, por supuesto, pues él era un premio considerable. Supongo que no fue amable por nuestra parte divertirnos con el disgusto del raquítico duque cuando su madre declinó atender su demanda, y eligió en su lugar a un completo desconocido, un joven que parecía muy estudioso, pero que en aquel momento nadie podía adivinar lo profundamente que le afectó, o que le amargaría el resto de su vida. —La señora Fitzallan suspiró.

—Lo que no puedo entender es por qué mi padre nunca nos lo dijo, ni siquiera cuando Steven le pidió la mano de Meredith en matrimonio.

—Tal vez él no lo sabía —sugirió la mujer mayor—. Al conocerle tuve la impresión de que su padre no era un hombre de mundo, sino más bien algo soñador, de hecho...

—Todavía lo es —admitió Amanda con pesar—. Siempre tuvimos entendido que conoció a mamá cuando daba clases en una

escuela cercana a la casa de campo de los Pargeter. Fue algunos años antes de que mis padres vinieran a Londres… Después de la muerte del señor Humphrey, de hecho.

—Bien, ahí está, entonces. —La señora Fitzallan asintió con la satisfacción de quien ha resuelto un fastidioso rompecabezas—. ¿Y cómo se ha tomado lord Laurence este último giro de los acontecimientos?

Amanda dio una respuesta sin compromiso. De hecho, se había sentido consternada al comprobar que, lejos de alegrarse por la noticia, su señoría se había mostrado al principio incrédulo y más tarde, lo que era más inquietante, se había vuelto casi taciturno. Pero si, como ella suponía, el duque había sido tan franco con su hijo como lo había sido con ella, lord Laurence debía de haberse dado cuenta más que nunca de la insensible indiferencia con la que su merced había seleccionado a su duquesa, así como del trato que le había dispensado posteriormente. Recordó aquel momento en la sala de música que había revelado tanto de los sentimientos de su señoría hacia su madre, y temió que tan dolorosas revelaciones sólo sirvieran para ensanchar la brecha que los separaba.

Fuera cual fuese la causa, el agradable clima de camaradería que había surgido entre ella y lord Laurence había parecido desvanecerse casi de la noche a la mañana. Su agradable conversación durante la cena se volvió rebuscada y torpe, y a medida que el duque reclamaba cada vez más la atención de David, su señoría mostraba cada vez menos inclinación a continuar con sus excursiones al aire libre, a pesar de las súplicas de David.

Aun así, fue un shock para Amanda cuando una noche, durante la cena, anunció su intención de regresar a Londres al día siguiente.

—Ya me he quedado mucho más tiempo del que pretendía.

—¡Pero no puede! —Y, al ver que su ceño se fruncía—. Lo siento, milord, pero hay que pensar en su padre, ¿no puede pretender marcharse y dejarme que... Me ocupe de él?

Su boca se curvó.

—Oh, yo diría que ya se están tratando más que adecuadamente. Después de todo, tienen tanto en común. Tan fortuito que descubra que es la hija de la mujer que mi padre *amó*... —Casi escupió la palabra—. De hecho, señorita Baldwin, todo le ha salido bastante bien, ¿no le parece?

Fue como si la hubiera golpeado. Amanda sintió que la sangre se le escurría de la cara.

—¡Habla como si de alguna manera yo tuviera la culpa! Milord, no tenía ni idea…

—Aun así, esto cambia toda la situación. Usted ya no me necesita, y, siendo las circunstancias como son, no tengo ningún deseo de permanecer aquí ni un momento más de lo necesario.

En efecto, él estaba herido, profundamente herido, y ella no encontraba las palabras para consolarle. Al final, ella dijo simplemente:

—Debe hacer lo que crea conveniente, milord. Pero lamentaremos su marcha... —Ella vaciló, para después continuar con una última súplica—. David le echará mucho de menos.

Su boca se torció de una forma que casi había dejado de hacerlo últimamente.

—Oh, creo que no, señorita Baldwin. Está muy ocupado con su recién descubierto abuelo, que, habiendo hecho un completo cambio, ¡es ahora el héroe del momento! En cuanto a las ocupaciones más enérgicas de David, Fitzallan puede sin duda

cumplirlas a satisfacción de todos. Parece que ya pasa aquí la mayor parte de su tiempo.

Había tanta amargura, tal vez incluso una pizca de celos, en lo que dijo que Amanda anheló consolarlo.

—Sin embargo, él seguiría prefiriendo tenerle a usted —dijo impulsivamente.

Y oh, yo también lo haría, se dio cuenta con cegadora percepción. Pero no pudo pronunciar las palabras.

Capítulo 13

El señor Simmons caminaba por St James´s Square de camino a White´s cuando vio que John Gage conducía el coche de caballos de Laurence a los establos y, curioso por saber qué había mantenido a su amigo alejado tanto tiempo, cruzó inmediatamente la plaza y subió los escalones.

Laurence estaba a punto de subir la escalera cuando se volvió y levantó su monóculo para observar a su amigo con minuciosidad despreocupada.

—Theo. Naturalmente esperaba que me echaran de menos, ¡pero esto es devoción más allá de la mera amistad! Espero que no hayas estado acampando, metafóricamente hablando, en mi puerta esperando mi regreso... Y además con ese abrigo. No me equivoco, es nuevo, ¿verdad? Los botones bastante bonitos. De Weston, por supuesto.

—Nunca dejo que nadie más me vista, como bien sabes. —El señor Simmons sonrió tímidamente—. Es bueno tenerte de vuelta, Laurence. Te he echado de menos. ¿Cómo estás?

La expresión de su señoría no delataba nada.

—Fatigado. Todo ese aire del campo, ya sabes. Bueno, ahora que estás aquí puedes subir y agasajarme con todos los escándalos más recientes.

El señor Simmons, siguiéndole hasta el salón, no se engañó. Algo había sacudido gravemente a Laurence: conocía los signos, la pose anodina, la expresión de aburrimiento, y mientras aceptaba una copa de Madeira y se acomodaba en un cómodo sillón, se sintió consumido por la curiosidad. No era ningún secreto que el duque de Arlington había abandonado la ciudad, y además con mucha prisa, pero aunque corrían rumores, la mayoría de ellos instigados por sir Dustin Sir Everton, nadie podía afirmar con absoluta certeza que Su Gracia se hubiera dirigido a Hammond Grange.

Al señor Simmons le habría encantado conocer la respuesta, pero era demasiado consciente de que Laurence no toleraría a la ligera ninguna intromisión injustificada en sus asuntos privados, ni

siquiera por parte de amigos que no tuvieran mala intención. Así que dio un sorbo a su vino y dijo despreocupadamente:

—Aquí todo sigue más o menos como de costumbre. La ciudad ya está mucho más animada y empieza a adquirir ese aire de bullicio que precede inevitablemente al inicio de otra Temporada.

—Supongo que sí —respondió Laurence vagamente, como si su mente estuviera preocupada por cosas más importantes—. ¿Sabes, Theo, que debo estar haciéndome viejo? Hubo un tiempo en que realmente disfrutaba con la perspectiva. Ahora, simplemente me llena de hastío.

Su amigo volvió a sonreír.

—Tal vez sea porque tus días de libertad están llegando a su fin, por así decirlo. Faltan menos de dos meses. Tú mismo lo has dicho más de una vez, Laurence… ¡Un hombre que está encadenado de piernas no puede esperar experimentar el aroma de la caza en sus fosas nasales como solía hacerlo!

Por un momento pensó que Laurence estaba a punto de administrarle una de sus fulminantes reprimendas, pero la expresión de los ojos de su amigo fue tan fugaz que no tuvo tiempo de definir si era dolor o rabia, o incluso si se había imaginado todo el

incidente. Y, mientras aún meditaba la cuestión, Laurence comentó con un atisbo de cinismo:

—¿Y cómo está mi prometida, Theo? Confío en que no esté suspirando.

El señor Simmons le lanzó una rápida mirada. No parecía precisamente un hombre en plena pasión, pero con Laurence nunca se sabía: no era de los que llevaban el corazón en el puño. Aun así, tal vez fuera más prudente no mencionar la curiosa actitud de sir Dustin hacia su futura esposa desde aquella tediosa noche en la ópera, o que Eleonor, ya irritada por la ausencia de Laurence, se había enfurecido aún más porque él no se comunicaba con ella y, deliberadamente y desafiando las restricciones de lady Acker, se había dedicado a alentar las atenciones de un joven noble francés recién llegado a la ciudad.

—No cabe duda de que Eleonor te ha echado de menos —dijo, ciñéndose escrupulosamente a la verdad—. Me atrevo a decir que estarás deseando tranquilizarla lo antes posible, así que no prolongaré mi estancia.

Sin esperar respuesta, dejó su copa y se levantó para marcharse. Laurence no hizo ningún esfuerzo por retenerlo, y de

nuevo el señor Simmons tuvo la clara sensación de que sus pensamientos estaban en otra parte.



La noticia del regreso de lord Laurence viajó rápidamente. Llegó a Eleonor en el transcurso de una pequeña y selecta velada ofrecida por una de sus amigas. Como ella ya había admitido que no tenía ni idea de cuándo Laurence podría regresar, necesitó cada gramo de sus nada desdeñables capacidades como actriz para explicar esta última prueba de las quijotescas costumbres de su prometido.

—¡Qué hombre más desesperante! Lo juro, ¡siempre está buscando confundirme! —explicó, soltando un trino de risa encantada—. Pero, estén seguras de que esta vez se lo haré pagar caro, ¡pues sólo faltan unas semanas para nuestra boda!

La camarilla de jovencitas que la rodeaba se unió obedientemente a sus carcajadas, algunas con malicia cuidadosamente disimulada, pues la señorita Acker no era universalmente querida entre sus contemporáneas. Pero había otras,

muy jóvenes y recién llegadas a Londres, que estaban más que un poco intimidadas por su belleza, por no hablar de su *saber estar*.

Pero el joven y apuesto marqués de St Jules, que rondaba al margen del grupo, aparentaba estar indignado.

—Yo, considero que este prometido no es en absoluto digno de usted —declaró galantemente—. ¡Diga sólo una palabra, y me convertiré en su protector y retaré a duelo a ese insensible desalmado!

Eleonor sintió que la recorría un estremecimiento de excitación. Le miró a través de unas pestañas veladas.

—¿De verdad? —murmuró.

Con la mano en el corazón, reiteró su declaración.

La punta rosada de su lengua pasó provocativamente sobre la sensual curva completa de su labio inferior.

—¿Espada o pistola? —insistió ella.

—Eso lo decidirá su señoría —dijo el marqués—. A mí no me importa. Confío en despacharle con cualquiera de las dos.

—Yo no le aconsejaría que lo intentara, señor marqués —dijo la voz melindrosa que Eleonor había llegado a conocer demasiado bien

—. Lord Laurence se considera más que un rival para cualquiera, independientemente del arma.

El marqués se volvió para mirar al señor Dustin.

—¿Lo sabe por experiencia propia, quizá?

El señor Dustin le miró de arriba abajo, esbozando una fina sonrisa.

—No siempre es necesario enfrentar la propia fuerza con la de otro para evaluar su mérito —dijo, eludiendo hábilmente una respuesta directa—. No tiene por qué creer en mi palabra, pregunte a Jackson, o a cualquiera que haya visto a lord Laurence en acción.

—¿De veras? Cada vez me hace desear más conocer a este caballero...

Pero Eleonor se había cansado de la discusión, como siempre ocurría en el momento en que dejaba de ser el centro de atención.

—Nos estamos poniendo demasiado serios —declaró con un encantador mohín. Sería estupendo que mi novio se lesionara tan cerca del día de nuestra boda.

Cuando llegó a casa con su madre, se enteró de que lord Laurence había regresado por fin. Pero al no haber estado ella en

casa, él había garabateado una breve nota poco amorosa en la que le informaba de que volvería a visitarla a las once de la mañana siguiente.

—¡Qué fastidioso por su parte! —exclamó ella—. No he tenido ni una palabra de él en días, y ahora llega despreocupadamente, cuando lo he estado esperando e inventando excusas por su ausencia. —Se alejó para mirar por la ventana—. Debería estar fuera cuando llegue.

Pero esto era ir demasiado lejos para su madre, pues hasta que su hija no estuviera bien encadenada, aún podría quedarse plantada en el altar, con toda la vergüenza y el escándalo que ello conllevaba. No sería inteligente enemistarse con Lord Laurence, y menos a estas alturas. Puede que Lady Acker no estuviera totalmente enamorada de su futuro hijo político, pero, incluso con el ducado ahora en cuestión, aún quedaba cierto caché que derivar del apellido... y una casa en St James´s Square y unos ingresos, según había informado su señoría a su marido, de unas treinta mil libras al año. Y todo esto no se iba a poner en peligro tan a la ligera.

—No te irás fuera, querida —le dijo a Eleonor—. Ni tratarás a su señoría con ninguno de tus dramas. No es hombre para soportar

semejantes tonterías, como no dudo que ya habrás descubierto por ti misma. Pero él es tu elección, un lujo que no se permite la mayoría de las chicas de tu posición como tú bien sabes, y nos hemos tomado considerables molestias y gastos para casarte con estilo, así que estás advertida. Cuando estés casada, podrás comportarte como te plazca, pero si ahora haces alguna tontería, tu padre se lavará las manos. — Lady Acker insistió en el punto—. Y no creas que te resultará fácil atraer a otro marido, puedes coquetear todo lo que quieras, pero cuando se trata de matrimonio, los caballeros tienden a rechazar las mercancías desechadas.

Eleonor se rió, pero se vio obligada a reconocer que había un incómodo grado de verdad en el argumento de su madre.

Así que cuando lord Laurence llamó a la mañana siguiente se encontró con una prometida complaciente y muy bien ataviada con un vestido deliberadamente elegido, que corrió hacia delante con las manos extendidas y se declaró encantada de tenerle de vuelta una vez más.

—Te aseguro que me he sentido bastante desgraciada sin ti — exclamó Eleonor, levantando su hermoso rostro para que él la besara —. Ven y siéntate a mi lado en el sofá, y así sabré que estás

realmente en casa. —Bajó los ojos con recato—. Mamá ha tenido la amabilidad de permitirnos estar juntos a solas durante un rato, ya que falta tan poco para el día de nuestra boda.

Laurence la miró a los encantadores ojos zafiro y dijo todo lo correcto, pero se encontró con que sus pensamientos se desviaban constantemente hacia unos expresivos ojos grises que reflejaban un carácter de infinita complejidad.

Su preocupación no pasó desapercibida para Eleonor, y por primera vez sintió una punzada de inquietud; hasta hacía poco nunca había dudado de su poder sobre él, a pesar de que habían estado a punto de enfrentarse en más de una ocasión. Pero ahora la falta de ardor de Laurence equivalía casi a frialdad; por un terrible momento le aterrorizó que él hubiera descubierto quién había informado al duque de lo que ocurría en Hammond Grange. Pero eso no podía ser pues ella había tenido el mayor cuidado y, en cualquier caso, él se habría enfrentado a ella de inmediato.

No obstante, las palabras de su madre, al volver a ella, parecían tener un timbre profético, y Eleonor resolvió allí mismo que no debía permitirse que nada estropeara las semanas previas a sus nupcias. Se dedicaría a conquistarlo de nuevo.

Pero parecería extraño que no hiciera referencia alguna a su ausencia, así que preguntó inocentemente:

—Espero que los negocios que estabas llevando a cabo para Su Gracia hayan ido bien. No pude evitar preocuparme cuando alguien me dijo que había visto el carruaje de tu padre saliendo de la ciudad, por temor a que algo hubiera ido mal, ya que soy demasiado consciente de que la salud de Su Gracia no le permite viajar a ninguna distancia.

Pareció que pasaba mucho tiempo antes de que él hablara, y tenía un aspecto tan prohibitivo que su inquietud volvió a resurgir. Pero al fin dijo con voz incolora:

—No debes temer por la salud de mi padre. Posee un instinto inherente de supervivencia —Una respuesta que, si no la satisfizo, al menos sirvió para calmar sus temores.



En los días siguientes, el Londres de moda empezó a removerse para afrontar otra Temporada. Una a una, las casas que habían permanecido cerradas y atrancadas durante el largo invierno fueron

invadidas por ejércitos de sirvientes que barrían, sacudían y abrillantaban en previsión de su inminente ocupación.

En los parques, los árboles desafiaban a los vientos gélidos produciendo brotes que engordaban día a día, con aquí y allá un tenue brote de nuevo verdor. De vez en cuando se veía a los residentes de Londres tomar el aire, pero antes de que pasara mucho tiempo el sonido de las ruedas de los carruajes anunciaría la llegada de los primeros intrépidos visitantes, y en poco tiempo las frondosas ramas de arriba resonarían con las risas y conversaciones de los más a la moda, con aquí y allá el susurro ocasional de confidencias.

Los Fitzallan estuvieron entre los primeros en llegar. Tomaron posesión de la casa de Mount Street que el señor Fitzallan había alquilado para la temporada, en medio de una gran agitación y confusión, de modo que la señora Fitzallan necesitó poca persuasión para enviar a los gemelos a Hyde Park casi inmediatamente al cuidado de uno de los mozos, con órdenes estrictas de que se comportaran.

—Espero que se dé cuenta de que no harán caso de sus palabras ni por un momento, mamá —dijo Fitz, y vio cómo le

centelleaban los ojos.

—¡Lo sé, querido, pero si hubieran permanecido en la casa un momento más habrían desesperado a tu padre! Y dudo que le haga mucho daño… George es muy bueno con ellos.

—Bueno, si no me necesitas para nada, creo que daré un paseo hasta Bond Street… A ver si hay alguien que conozca en Jackson´s.

Ella le arrugó la nariz.

Casi la primera persona que vio Fitz al llegar fue a Theo Simmons.

—No le habría tomado por un seguidor del noble arte —dijo, observando los pantalones amarillo pálido del joven exquisito, la perfección sin arrugas de su abrigo azul superfino y su corbata que caía en complejos pliegues.

El señor Simmons se estremeció débilmente.

—Soy un mero espectador, querido amigo. De hecho, he venido a buscar a Laurence; supongo que no le habrá visto.

Fitz sacudió la cabeza.

—No puedo complacerle, me temo. Acabo de llegar a Londres.

—Pensé con seguridad que lo encontraría aquí. Viene casi todos los días a entrenar. Pero aparentemente ha estado viniendo a alguna hora desmesuradamente temprana durante los últimos días. Extraño, ¿no le parece? No es propio de él en absoluto. Es casi como si estuviera evitando a sus amigos desde que volvió de Surrey. —Ladeó un ojo hacia Fitz—. ¿Por casualidad no sabrás por qué?

—Bueno… —Fitz vaciló, pero sólo por un momento. Después de todo, Simmons no era cualquiera. Le hizo un breve relato de los acontecimientos recientes en la medida en que los conocía.

—Ya veo. —El señor Simmons recordó los extraños modales de Laurence aquel primer día de regreso a Londres y, yendo aún más atrás, la curiosa atmósfera entre su amigo y la señorita Baldwin en la única ocasión en que los había visto juntos—. Bueno eso podría explicar algunas cosas —dijo pensativo—. Te lo agradezco, Fitzallan. ¿Te quedarás aquí, o caminarás conmigo hasta White´s?

Fitz aceptó de buen grado el ofrecimiento de compañía, y los dos jóvenes siguieron juntos su camino.

Laurence apartó su desayuno a medio comer y se levantó. Hacía más de una semana que había vuelto a Londres, aunque le parecía mucho más tiempo, y le molestaba sobremanera sentirse tan en desacuerdo con todo y con todos, como si un pequeño gusano de descontento le corroyera por dentro.

Deseaba de todo corazón no haber permitido nunca que su conciencia se dejara llevar por la inferencia de que los niños eran de algún modo su responsabilidad. No es que le importara mucho la vida en el campo, y mucho menos los niños, lo que hacía aún más difícil comprender cómo había llegado a quedarse tanto tiempo, involucrándose en las simples ocupaciones de un niño pequeño. En cuanto al papel de Amanda Baldwin en todo aquello, aún no había decidido si era increíblemente ingenua o extremadamente lista; en cualquier caso, había conseguido poner la vida de todos patas arriba y, en el proceso, había logrado de algún modo lo imposible con respecto a su padre, aunque aún podría arrepentirse de esa victoria en particular. De ser así, tendría que vivir con su error.

En cuanto a sí mismo*, éste* era su mundo, un mundo en el que él destacaba, y cuanto antes se lanzara de nuevo al centro de las cosas, mejor. Era muy consciente de que se había comportado de forma poco cariñosa con Eleonor desde su regreso, y ahora era tan

buen momento como cualquier otro para enmendarlo. Adaptando la acción a la palabra, dio la orden de que le trajeran el coche de caballos en media hora y le dijo a Flagg que sacara su abrigo nuevo.

—¿Y los pantalones de búfalo, milord? —murmuró Flagg, feliz de estar de nuevo en el seno de la civilización y esperanzado de que aquel repentino ajetreo por parte de su señoría señalara el final de lo que había sido una época de lo más dura.

John Gage también se sintió aliviado al ver que el paso de su señoría volvía a ser ágil, aunque estaba menos seguro de que el ánimo fuera a durar. En cualquier caso, Lord Laurence tenía un nuevo aire de determinación cuando salieron a paso ligero por calles tranquilas, y el objetivo del viaje quedó claro cuando se detuvieron frente a las instalaciones de Messrs Rundle and Bridge, joyeros. Una nueva baratija para la señorita Acker, sin duda.

Lord Laurence entregó las riendas a su mozo de cuadra y bajó.

—Paséelos si se ponen inquietos, John, aunque mis asuntos no deberían llevarme mucho tiempo.

Más tarde ese mismo día llamó a Eleonor. Entró en el vestíbulo justo cuando ella bajaba las escaleras, luciendo de lo más atractiva

con una pelisse y un bonete de terciopelo azul oscuro. Dio un paso adelante y le cogió las manos.

—¿Va a salir?

—Sí. ¡Oh, qué fastidio! Y ni siquiera puede venir con nosotras —exclamó ella con ardor—, porque tengo que arreglarme el vestido de novia. —Y luego, viendo el leve atisbo de un ceño fruncido—. Pero mamá aún no ha bajado, así que tenemos unos momentos libres.

Eleonor lo condujo rápidamente al salón cercano y cerró la puerta, luego se volvió y levantó su cara para que la besara.

Él rozó ligeramente su boca con la suya antes de dar un paso atrás y sacar el pequeño paquete de su bolsillo.

—Un regalo insignificante —dijo—, en expiación por mi reciente mal humor.

Ella arrancó el elegante envoltorio con dedos impacientes y abrió el cierre de la diminuta caja de terciopelo.

—¡Oh! ¡Es precioso! El colgante de zafiro y diamantes. —Le guiñó un ojo... Si ésta era su idea de una disculpa antes de que se casaran, ¿qué no podría darle después con un poco de estímulo?

Laurence pensó que parecía una niña con un juguete nuevo.

—Ojalá su color rivalizara más con el de tus ojos —dijo.

La puerta se abrió para admitir a Lady Acker.

—Mira, mamá, ¿no es hermoso? Puedo quedármelo, ¿no?

La mirada de Lady Acker se levantó de la contemplación del colgante para encontrarse con la de Lord Laurence. Inclinó graciosamente la cabeza.

—Su señoría es muy generoso. Dadas las circunstancias, no veo ninguna objeción.

¿Por qué, se preguntó Laurence, mientras conducía de vuelta a casa por Grosvenor Street, no le produjo más placer el evidente deleite de Eleonor por el regalo? Aún estaba debatiendo la respuesta cuando se percató de un considerable grado de actividad en las inmediaciones de Hammond House.

Varios carruajes estaban estacionados en el exterior con un pequeño ejército de sirvientes pululando a su alrededor como abejas. Así pues, su padre estaba en casa. La cortesía filial le dictaba que debía detenerse a interesarse por la salud de Su Gracia, aunque, teniendo en cuenta los rigores del viaje y el hecho de que acababa de llegar, tal vez no fuera el momento ideal.

Incluso mientras estaba debatiendo el asunto, una pequeña figura, habiendo eludido los ojos vigilantes de sus mayores, salió corriendo de la casa para observar la descarga de los carruajes. En nombre del cielo, ¿qué hacía David en Londres? En ese mismo instante David los vio.

—¡Tío Laurence! ¡Tío Laurence! Y John Gage.

—Hola, jovencito —llamó el mozo de cuadra.

Entonces se detuvieron, las riendas se clavaron en las manos de John y su señoría ya estaba bajando, con la cara como un trueno.

Capítulo 14

El grito de júbilo de David llegó al vestíbulo donde Amanda acababa de entregar a Emily en brazos de Alice. Ahogó el repentino sentimiento de pánico y, al ver que la señorita Throstle ya estaba en camino para recoger a su errante protegida, avanzó a regañadientes tras ella.

—... ¡Y se necesitaron tres carruajes enteros, uno para el abuelo y otro para nosotros y otro para todo el equipaje! Y el abuelo dijo que yo también podía llevar al poni… ¡Uno de los mozos de cuadra lo va a llevar!

Laurence, claramente poco impresionado por el relato de David sobre las complejidades de la mudanza, esperó en sombrío silencio hasta que se hubieron llevado a su sobrino, protestando, antes de entrar en el vestíbulo donde Amanda aguardaba algo nerviosa entre los criados que iban y venían con portamaletas y cajas de vendas bajo la atenta mirada de Sims.

El mayordomo se acercó apresuradamente al ver a lord Laurence y le pidió perdón por el alboroto, que le aseguró acabaría en cuestión de minutos.

—Tal vez, milord, si pasara unos instantes al salón azul...

—¿Dónde está mi padre?

—Se ha ido a su habitación, milord. Su Gracia estaba muy fatigado por el viaje.

Laurence asintió bruscamente. Entonces sus dedos se cerraron alrededor del brazo de Amanda y la impulsó, sin resistencia, hacia la puerta que William ya mantenía abierta. Se inclinó, murmuró un cortés «mi Lord» y dedicó a Amanda una radiante sonrisa de bienvenida.

—Ahora —dijo Laurence cuando el lacayo cerró la puerta tras ellos—, quizá me complazca diciéndome qué significa todo esto.

Amanda había adivinado que no le gustaría. Había hecho todo lo posible por persuadir al duque de que no sería una buena idea. Ahora, el nerviosismo la volvía displicente.

—Seguramente es obvio, milord. Su padre deseaba regresar a Londres y, al no querer separarse de David, decidió que debíamos venir todos.

—Ya veo. Y, naturalmente, usted estuvo de acuerdo.

Una sonrisa pesarosa iluminó momentáneamente los ojos de Amanda al recordar su vano intento de discrepar.

—Sabiendo con qué vehemencia reacciona Su Gracia cuando se le lleva la contraria, pensé que era más prudente no insistir cuando mis objeciones fueron fuertemente rechazadas.

—Por lo que veo, ya la considera una hija adoptiva, —dijo con un sarcasmo cortante.

Amanda recuperó el aliento.

—No tengo la menor idea de lo que quiere decir.

—Oh, yo creo que sí. Podría haber sido tan fácilmente la hija de mi padre, ¿no es así, si las circunstancias hubieran sido otras? O quizás ahora espera aspirar a alturas aún más vertiginosas…

—¡Si le entiendo bien, eso que dice es terrible! —Dos manchas de color ardieron en sus mejillas, estaba tan enfadada que apenas podía pensar coherentemente, y mucho menos defenderse con convicción.

—¿Lo es? Creo que no. Confieso que estoy decepcionado, señorita Baldwin. Estaba claro desde el principio que había muy

pocas cosas que usted no haría por esos niños, ¡pero no había pensado que fuera tan falta de integridad como para buscar deliberadamente congraciarse con mi padre! —La oyó jadear, vio una especie de conmoción airada en los ojos que se abrían de par en par, un destello de lágrimas, pero se sintió impulsado por una fuerza que no podía controlar—. Bien, puede conseguir que coma de su mano, pero no imagine ni por un momento que voy a permitir que lo embauque…

—¡Basta, oh, basta! No escucharé más... —Corrió hacia la puerta, abriéndola de golpe tras de sí.

Amanda apenas sabía cómo había superado el resto de aquel día. Era como si fuera dos personas diferentes, una diciendo y haciendo todo lo correcto, calmando a los niños sobreexcitados, supervisando el desembalaje de sus pertenencias en las habitaciones que les habían sido asignadas, sonriendo y siendo agradable en general, mientras que la otra rabiaba interiormente, repasando una y otra vez con minucioso detalle cada palabra que había pasado entre ella y lord Laurence. Quizá fue una suerte que el duque no exigiera nada de ella, pues le habría resultado casi imposible enfrentarse a él con cierto grado de ecuanimidad.

No se trataba simplemente de la naturaleza de la acusación de su señoría, por profundamente hiriente que fuera, sino más bien de la decepción de saber sin lugar a dudas que la compenetración que había surgido entre ellos durante aquellos días en el campo no había sido más que un recurso por parte de él para ayudar a pasar el aburrimiento. Y su beso... incluso ahora, conociendo la falsedad de su tierna insistencia y la forma traicionera en que ella había respondido, el recuerdo de él le producía un dolor que hacía que la sangre corriera a toda velocidad por sus venas.

Amanda utilizó deliberadamente el dolor del recuerdo para endurecer su ira, castigándose conscientemente a sí misma. Había sido una tonta. Tan inexperta que por un momento había corrido el peligro de engañarse a sí misma -de leer en el interés de su señoría más de lo que merecía, y en consecuencia su orgullo había sufrido un duro golpe. Pero el orgullo podía remendarse, y las lecciones aprenderse. No perdería más tiempo en lamentaciones inútiles, sino que miraría positivamente hacia el futuro. Después de todo, por fin había conseguido lo que se había propuesto, que era unir a los hijos de Steven con su abuelo. Y, aunque no abrigaba esperanzas de poder provocar ningún cambio milagroso en la naturaleza autoritaria de Su Gracia, confiaba razonablemente en que, a pesar de las

veladas insinuaciones de intervención de lord Laurence, él no los repudiaría ahora. Ya se había encariñado demasiado con David y, aunque las maneras atrayentes del niño tal vez no hicieran milagros, sí parecían haber obrado una especie de oráculo.

Sin embargo, el creciente interés del duque por ella le causó una pequeña preocupación; no era, se aseguró a sí misma, ni mucho menos tan marcado como lord Laurence había insinuado, pero no se podía negar que sus modales hacia ella habían experimentado un cambio; de hecho, si hubiera sido la clase de mujer que su señoría creía que era, podría haber tenido casi cualquier cosa que deseara. Pero sus motivos para desear complacerla, estaba convencida, tenían su origen en el pasado más que en cualquier consideración hacia ella personalmente - como si la sombra de su madre se cerniera de algún modo sobre ambos, impulsándole a tranquilizar su conciencia.

Por lo tanto, Amanda sintió que dependía de ella asegurarse de que su benevolencia fuera de lugar no sobrepasara los límites razonables, lo que requería una considerable dosis de tacto, la determinación de no dejarse coaccionar y el juicio para saber cuándo ceder con elegancia. La gota de Su Gracia mejoró mucho, en gran parte gracias a las ministraciones del Dr. Thomas, pero su

temperamento seguía siendo volátil y ella no deseaba provocar otro colapso.

Su habilidad se puso a prueba al máximo una noche después de cenar, cuando se sentó con él en el hermoso salón crema y dorado, manejando su aguja de un modo que a él le pareció curiosamente reparador, aunque le irritaba que ella lo considerara necesario.

—¡Esto es inaceptable! —declaró cuando ella le aseguró que estaba adecuadamente provista de vestidos—. ¿Crees que ya no me fijo en lo que lleva una joven? Tienes tres vestidos pasables como mucho, aunque sigas renovándolos con fruslerías como esa cosa que está cosiendo ahora. De poco te servirán cuando empiece la temporada. Te enviaré de compras mañana, nunca he conocido a una mujer a la que no le gusten las cosas bonitas, compra lo que te apetezca y apúntalo a mi cuenta.

Amanda levantó la vista con una sonrisa, dejando que el encaje que había estado rematando descansara en su regazo.

—Su Gracia es más que generoso, pero no puedo aceptar tal cosa. Sería de lo más impropio. Y una extravagancia innecesaria, ya que, aparte de unas cuantas veladas con los Fitzallan, dudo que la

temporada me preocupe mucho. Podría, tal vez, si tuviera dieciocho años y estuviera en el mercado en busca de marido. Tal como están las cosas, estoy más que contenta.

—Entonces eres una tonta, niña —gruñó—. ¡Dándole la espalda a los placeres de la vida como si fuera un antídoto! ¿Cuántos años tienes? No mucho más de veinte, de eso estoy seguro.

—Casi veinticuatro —confesó Amanda con ecuanimidad.

Lanzó un breve ladrido de risa.

—Sincera hasta la médula, incluso cuando duele, ¿eh? Bueno, no aparentas tu edad, ¡así que no hay razón para que vivas como una monja! En cuanto a mi supuesta generosidad, no hay nada impropio en ello. Eres la tía de David, y por lo tanto una más de la familia. —La miró con el ceño fruncido—. Nunca pensé en admitirlo, pero cada día soy más consciente de que la franqueza de carácter de ese muchacho se debe a tus cuidados hacia él. Si mi nieta sale la mitad de bien, será realmente afortunada. Por esto debes permitirme mostrarte mi gratitud de la única manera que me es posible…

—Señor, no puedo…

—De la única manera abierta para mí —Continuó inexorablemente—. Puede que ya no vaya en compañía, pero no estoy, creo, sin influencia, y tú me obligarás permitiéndome usar esa influencia. —Sus ojos se entrecerraron, recordándole irresistiblemente a su hijo—. No eres precisamente una belleza como lo era tu madre, pero tienes ciertas cualidades menos obvias, creo, y con un toque de distinción deberías quedar lo suficientemente bien.

Fue uno de los discursos más largos que Amanda le había oído jamás, y su inesperada magnanimidad casi la dejó sin aliento.

—Su Gracia, apenas sé qué decir...

—Bien. Eso está arreglado, entonces.

—No... Al menos, realmente no puedo permitir…

Al instante las cejas se juntaron.

—¿No lo vas a permitir? —gruñó.

Ella ya había pasado suficiente tiempo con él como para intuir cuándo era necesario un compromiso estratégico. Lo que Lord Laurence haría al respecto, no se atrevió a pensarlo. Pero sus opiniones ya no le interesaban... y sería tan agradable, sólo por una vez, darse un capricho, comprar cualquier cosa que le llamara la atención sin pensar en el coste.

—Bueno —concedió—, tal vez sólo unas pocas compras.

—Buena chica. Le diré a Sims que ponga el carruaje a tu disposición mañana por la mañana… —su boca se torció en una sonrisa medio humorística— Antes de que cambies de opinión.



El carruaje urbano con el escudo del duque de Arlington, con sus cuatro finos caballos sacudiendo con desdén las crines frente a uno de los modistos más exclusivos de Londres, en Conduit Street, era una visión tan rara que hizo enarcar más de una ceja.

Al principio, Amanda no había sabido a dónde dirigirse para hacer sus compras, y reflexionó irónicamente que era en esos momentos cuando se hacía patente la desventaja de no tener ninguna amiga a la que consultar. Era cierto que los Fitzallan ya debían de haber llegado a la ciudad, pero la pobre señora Fitzallan ya tendría bastante con Mary y Eliza, y difícilmente le agradecería que aterrizara en su puerta con un grito de auxilio.

Sin embargo, era lo bastante joven como para saborear la perspectiva de permitirse una extravagancia jamás soñada, y pasó

algún tiempo paseando alegremente entre las tiendas de Bond Street y Piccadilly con la criadita llamada Annie que le habían asignado para acompañarla. Y entonces recordó cómo Meredith solía anhelar que Steven tuviera fondos suficientes para permitirle visitar a una tal Madame Fanchon. El cochero, al ser consultado, supo la dirección al instante, y así su problema quedó resuelto.

El interior discretamente lujoso del establecimiento le produjo una punzada de inquietud, al igual que los modales más bien altaneros *de* madame al verla por primera vez.

Amanda no sabía que *madame* se sentía igual de incómoda, y estaba a punto de sugerir que esta posible clienta tan poco prometedora podría ser más feliz en otro lugar, cuando por casualidad echó un vistazo más allá de la puerta, hacia donde esperaba el carruaje del duque. Al instante, la modista se convirtió en la gracia misma. El duque de Arlington sólo era conocido por ella como el padre de lord Laurence Hammond, pero si el padre fuera la mitad de indulgente que el hijo...

Amanda pasó la hora siguiente en un estado de deliciosa confusión tan ajeno a ella que, después de intentar durante un rato descubrir lo que costaría este vestido y aquella pelisse, perdió

totalmente la cabeza y se entregó por completo a los sibaritas placeres de ser halagada por *madame*, mientras exploraban juntas los méritos rivales de sedas y muselinas, lentejuelas y abalorios, terciopelo y la más fina de las telas. La señorita Baldwin era realmente afortunada, observó la untuosa modista, en el sentido de que poseía el tipo de figura alta y esbelta que luciría con ventaja los estilos del momento. Y Amanda, a estas alturas ya bastante arrebatada, aceptó el cumplido amablemente.

No fue hasta que estaba de camino a casa cuando bajó a la tierra y se dio cuenta con consternación de lo que había hecho, pero para entonces le faltó valor para dar marcha atrás y anular el pedido. Si lo hubiera hecho, sin duda se habría encontrado con la señorita Acker, que estaba a punto de entrar en casa de madame Fanchon, tras haber contemplado con furiosa incredulidad el espectáculo de la carroza del duque alejándose.

En un impulso, Amanda dirigió al cochero hacia Mount Street, aunque no sabía si por el deseo de confesar a alguien su terrible extravagancia o simplemente para aplazar el momento en que debía explicársela a Su Gracia.

La señora Fitzallan estaba en casa y la saludó cordialmente, dándole noticias de la familia que no hacía ni cinco minutos que había salido a pasear por el parque, antes de sucumbir a su curiosidad por saber cómo había llegado su joven amiga a la ciudad. Sus ojos se iban redondeando a medida que Amanda le explicaba, y cuando llegó a la explicación entrecortada de los acontecimientos de la mañana, empezaron a centellear.

—Oh, puede reírse, señora, pero estoy bastante mortificada. ¡Qué extravagancia tan espantosa! No sé qué me ha pasado. Estoy segura de que he pedido mucha más ropa de la que puedo necesitar, ¡y no tengo ni la menor idea de cómo voy a decírselo a Su Gracia!

—Mi querida Amanda, esto no es propio de usted…

—Lo sé. Eso parece empeorar las cosas.

La señora Fitzallan rió entre dientes.

—Nada de eso. Estoy segura de que se está preocupando innecesariamente. Ha pasado tanto tiempo teniendo que contar cada penique que me atrevo a decir que su noción de extravagancia diferirá considerablemente de la del duque.

—Espero que tenga razón —dijo Amanda, aunque parecía muy poco probable. De cualquier modo, no podía estar contenta hasta

que no hubiera hecho un descargo de todo ante Su Gracia.

Cuando el momento llegó, y se vio frente a él arrepentida, solo se le ocurrió defenderse con estas titubeantes palabras:

—Fue un abuso imperdonable de su generosidad —luego esperó a que estallara su ira.

El duque la miró en silencio durante un largo momento, preguntándose si ella se daba cuenta del cambio que había producido el trabajo de la mañana, de cómo, a pesar de su verdadera ansiedad, sus ojos ya brillaban con nueva vida. Cuando habló, su voz era ronca.

—El coste no me interesa. Lo único que me parecería imperdonable era que lo que hayas elegido careciera de estilo, y creo que eso es poco probable. Así que me complacerás deshaciéndote de tu culpabilidad innecesaria. Y, en cualquier caso, deseo hablar contigo de asuntos más importantes.

El alivio, seguido de un repentino deseo de reír, privó temporalmente a Amanda del habla, pero él no pareció notar nada raro.

—He estado escribiendo a una amiga de hace tiempo, lady Tufnell, una criatura amable...

—Sí, en efecto —exclamó Amanda y vio cómo se le fruncían las cejas.

—¿La conoces?

—No exactamente, pero Fitz… El capitán Fitzallan me llevó a una de sus fiestas cuando llegué por primera vez a Londres y ella fue muy amable conmigo. También le acompañé a casa de lady Sefton —añadió, medio disculpándose—, pero eso fue un asunto mucho más grandioso, y dudo que su señoría se acordara de mí.

—¡Hmmh! —Él la miró con ojos ictéricos—. ¿Y a quién más podrías haber conocido por casualidad… Eh?

—A nadie que yo recuerde, señor. Fitz sólo me lo pidió por amabilidad en un momento en que yo era muy infeliz... —Ella sintió que pisaba terreno peligroso y se apresuró a concluir—: El hecho es que estaba muy fuera de mi alcance, me temo.

—Ya veo —dijo él con sorna—. Bueno, esta vez te desenvolverás con más confianza, confío. Le he pedido a Matilda Tufnell que se ocupe de ti, que te dé el beneficio de su vasta experiencia. También avisaré a lady Sefton, ya que es más que probable que vuelvas a encontrarte con ella. Y no me digas otra vez lo amable que soy, pues nunca hago nada sin una buena razón.

A Amanda le hubiera gustado preguntar qué razón tenía él en mente en particular, pero sintió que sería más prudente morderse la lengua.



Cuando, al día siguiente, Fitz llegó para verla, la calidez de su saludo estaba no poco teñida de vergüenza.

—Mi madre me dijo que estabas aquí, ¡y apenas podía creerlo! —La miró interrogante—. ¿Parece que has encantado a su antiguo enemigo hasta la sumisión?

—¡Silencio, Fitz! —le suplicó Amanda—. Oh, han pasado tantas cosas que aún me cuesta creerlo.

—¿Y Laurence? —le preguntó—. ¿Cómo se ha tomado el cambio de opinión?

Su rostro se cerró de inmediato.

—Su señoría es imposible… Rara vez he conocido a alguien tan poco razonable —declaró ella con una ferocidad que le hizo parpadear.

—Supongo que es un poco sorprendente. Sin embargo —continuó Fitz, cambiando sabiamente de tema—, volviendo a ti… Me preguntaba si te importaría venir a montar a caballo mañana por la tarde en el Parque. Tengo un amigo con un corcel de buenos modales que gustosamente te prestará.

Amanda aceptó encantada. Y cuando, a la mañana siguiente, Madame Fanchon le entregó todos sus vestidos nuevos menos unos pocos, su alegría fue incontenible. Mientras ella y Annie los desenvolvían, supo de inmediato que, por muy loco que pudiera parecer su comportamiento en aquel momento, sus instintos habían sido acertados. El duque seguramente aprobaría su elección.

Aquella tarde, en su afán por lucirse ante él, se puso el hábito de montar de color verde bronce con ranilla negra, le temblaron ligeramente los dedos al abrocharse la chaquetita de corte militar y se inclinó el shako negro con su penacho de plumas verdes pertinazmente sobre los ojos.

Su Gracia estaba sentado junto al fuego de la biblioteca, con David charlando a su lado. Ambos levantaron la vista cuando entró Amanda y, tras un momento de silencio atónito, David corrió hacia ella.

—¡Tía Amanda! ¡Estás tan guapa como cinco peniques! —Se giró en redondo—. ¿A que está estupenda, abuelo?

La expresión del duque era tan severa que por un momento el corazón de Amanda casi se paró. ¿Podría estar equivocada? Y entonces se aclaró la garganta.

—Es una de las creaciones de La Fanchon, ¿verdad?

Ella asintió, conteniendo la respiración.

—Bueno, si el resto se le acercan en estilo, lo ha hecho muy bien —Elogió su elección.

Mientras cabalgaba hacia Hyde Park con Fitz a su lado, Amanda aún estaba radiante al recordar sus palabras. Fitz también había sido muy elogioso. Todavía se burlaba de ella por su aspecto cuando doblaron en la puerta Stanhope, cuando ella levantó la vista y vio el ya familiar curricán con sus famosos caballos negros.

En el mismo momento, lord Laurence levantó la vista y los vio. No estaba solo. La señorita Acker, con el rostro rígido por el enfado, se inclinó hacia él para decirle algo.

—¡Oh, lord Laurence! —murmuró Fitz—. Debemos detenernos, supongo.

Pero antes de que pudieran hacerlo, lord Laurence tocó brevemente su sombrero y el curricán pasó junto a ellos.

Capítulo 15

-¿Lo ves? —gritó Eleonor—. No me creíste cuando te dije que había visto el carruaje de tu padre fuera de casa de Madame Fanchon. Pero tenía razón. Ese hábito de montar es uno de los de Fanchon, ¡lo juro!

Laurence no respondió. Estaba casi demasiado enfadado para hablar y casi toda su ira iba dirigida contra Amanda por matar de una vez por todas cualquier esperanza persistente de que pudiera haberla juzgado mal. La carretera estaba en silencio y les dio la cabeza a los caballos, como si al hacerlo pudiera borrar de algún modo la imagen de ella, vestida con su nueva elegancia, tan vívidamente impresa en su mente, que casi borraba a la joven impoluta que durante un tiempo había cautivado su imaginación. Las ruedas traqueteaban sobre la carretera, y por encima del ruido la voz de Eleonor se alzaba cada vez más petulante.

—¡Es insoportable! Me niego a que esa mujer se exhiba en público como la… De tu padre.

—Ten cuidado con lo que dices, querida —No levantó la voz, pero chasqueó como un látigo—. Su Gracia es de hecho mi padre, y como tal no oiré que nadie abuse de él… Ni siquiera tú.

—Pero... Pero seguro que harás algo?

Volvió a tirar de las riendas cuando un perro salió corriendo unos metros por delante; se alejó escabulléndose en el momento justo, y dijo con tranquilo salvajismo:

—¿Qué sugieres? ¿Qué le lea un sermón sobre moral? —Se le escapó una risa brusca—. ¡Vaya! No me importaría intentarlo.

—Aun así…

—¡Basta! —espetó—. Por última vez, Eleonor… No soy el guardián de mi padre. Si elige convertirse en el hazmerreír, puede hacerlo, y bienvenido sea. A mí no me interesa ese asunto.

Amanda permaneció muy callada durante algún tiempo después de que el currícán desapareciera de su vista, y Fitz, viendo más de lo que ella misma se daba cuenta, tuvo el sentido común de morderse la lengua. Por fin se volvió hacia él con una sonrisa algo forzada.

—Una experiencia saludable, pero no más de lo que esperaba después de nuestro último encuentro.

—¿Le importa mucho? —preguntó Fitz en voz baja.

—Cielo santo, ¿por qué debería importarme? —Ella captó su mirada y se sonrojó ligeramente—. Bueno, nunca es muy agradable recibir un corte, especialmente cuando es tan injusto. Pero siento que se haya visto involucrado.

—Oh, mi querida niña, no piense en ello. A mi no me preocupa, se lo aseguro. —*Excepto que me apena verla herida*. No lo dijo, sin embargo, porque hacía tiempo que había reconocido la naturaleza de sus sentimientos por Laurence. Abrigaba la esperanza de que algún día, cuando Hammond estuviera casado, Amanda pudiera ver con buenos ojos su demanda. Pero por el momento desvió la conversación hacia asuntos más ligeros, y se alegró de verla mostrar poco a poco algo de su antiguo buen humor.

Cuando Amanda regresó a Grosvenor Street, encontró a lady Tufnell con Su Gracia, acompañada como siempre por la efusiva señorita Berridge. Su señoría tuvo la amabilidad de decir que se acordaba de Amanda y se declaró encantada de renovar la amistad.

—Sí, en efecto —murmuró su incontenible acompañante, que entonces miró nerviosa en dirección al duque.

—Su Gracia me ha estado explicando su situación —continuó amablemente lady Tufnell—, y será un gran placer prestarle mi apoyo. Disfruto de la compañía de las jóvenes. ¿No es así, Celia?

—¡Oh, absolutamente! ¡Siempre dice que le ayudan a mantenerse joven!

El duque lanzó una mirada impaciente a la señorita Berridge, y Amanda se esforzó por mantener una cara seria.

—Bueno, eso está arreglado, entonces. —El tono de Su Gracia transmitía que su umbral de tolerancia se acercaba rápidamente a su límite.

Afortunadamente, en ese mismo momento Lady Tufnell optó por marcharse. Se recogió, dobló un pesado chal de seda ribeteado de armiño sobre su inmenso pecho y se levantó para despedirse. La señorita Berridge se levantó al instante, alborotándola con guantes y retícula hasta poner a prueba incluso la paciencia de Amanda, aunque su señoría no pareció encontrar nada raro.

—Voy a celebrar un baile el próximo viernes, señorita Baldwin. Es una tradición, ya sabe… Ayuda a empezar la temporada con buen

pie — dijo, poniéndose los guantes. Sus ojos centellearon—. Me atrevo a decir que el joven Fitzallan estaría encantado de acompañarla, y ya veremos lo que ocurre. En cuanto a ti, Henry, me alegro de volver a verte después de todo este tiempo. Procura cuidar bien esa pierna. Recuerda la compresa de la que te hablé: noche y mañana sin falta. Mi marido solía implorar por ella.

—¡Dios me dé fuerzas! —estalló el duque en tono de protesta, en el momento en que la puerta se cerró tras sus visitantes. Recostó la cabeza en el cojín, con los ojos cerrados, y Amanda notó con cierta inquietud cómo el cansancio había afilado sus facciones—. Espero que comprendas hasta qué punto me sacrifico por ti, Amanda Baldwin, ¡no me complacería saber que he soportado todo eso para nada! Media hora de Tilly son veinticinco minutos de más, pero, ¿cómo aguanta a esa imbécil gorjeante todo el día y todos los días?

Amanda sonrió con simpatía.

—Están acostumbradas la una a la otra, creo, y la señorita Berridge es muy bienintencionada.

—¡Ja! Una frase condenatoria, si alguna vez he oído una. —Sus ojos se abrieron de golpe—. ¿Disfrutaste de tu paseo?

Pensó en el desaire de Lord Laurence.

—Mucho, señor, gracias.

—Debería conseguirte una montura, supongo.

—Oh, no. El amigo de Fitz está más que feliz de prestarme su yegua.

—Aun así. Debo ver a Laurence al respecto… La próxima vez que condescienda a visitarme. —Preocupado por sus propios pensamientos, no se dio cuenta de la mirada de angustia de Amanda. Sus ojos se agudizaron de repente—. ¿Le gusta el joven Fitzallan, verdad?

Ella se recompuso, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Es un buen amigo. Le conocí por primera vez en Bruselas. —Hubo un silencio—. Él y Steven crecieron juntos, pero eso ya lo sabe.

—Sí, lo sé. —Por la forma en que lo dijo se notaba que sentía un nudo en la garganta. Ella esperó más, pero no llegó, y cuando miró sus ojos se habían cerrado de nuevo.

El viernes por la noche, a Amanda le pareció que casi todo Londres debía de estar asistiendo al baile de Lady Tufnell. La aglomeración de carruajes en el exterior no era nada comparada con la masa de gente que se agolpaba en la escalera del interior.

—¿Siempre es así? —le susurró a Fitz mientras avanzaban peldaño a peldaño.

—Creo que sí, pero no tengo mucha experiencia en estos asuntos —confesó—. Fui directamente de Oxford a los salones, pero mi madre dice que el baile de Lady Tufnell es siempre una velada extenuante.

—Creo que vi a tus padres un poco por delante de nosotros.

—Es más que probable —sonrió—. Las niñas no están con ellos. A Mary no le importó lo más mínimo esperar a su salida oficial, pero Eliza estaba que echaba humo porque mi madre no quería que ellas acudieran

Amanda se sentía muy extraña. Todo era tan diferente de las pocas funciones a las que había asistido antes, que incluso la recepción de lady Sefton parecía modesta en comparación. Pero, por muy aprensiva que se sintiera por dentro, su aspecto exterior debía

darle todos los motivos de satisfacción. El duque se había asegurado de ello.

—Déjame que te mire —le había ordenado, cuando ella había bajado a esperar la llegada de Fitz. Y ella se quedó muy quieta mientras él levantaba su monóculo de forma muy parecida a como lo habría hecho su hijo.

El vestido que había elegido para éste, su debut, era una esbelta vaina de *muselina-de-soie* color melocotón pálido sobre satén crema que caía desde una cintura alta, su escote festoneado cortado con una brevedad que dejaba al descubierto más de su pecho de lo que acostumbraba a mostrar. Pero no tenía por qué preocuparse; la calidez del color favorecía su tez, dándole una palidez cremosa que resaltaba sus ojos claros, ahora brillantes por la excitación y no poca aprensión. Incluso su cabello castaño claro, bajo los dedos mágicos de una peluquera encargada por Su Gracia, brillaba con nueva vida, cayendo como lo hacía en un complejo racimo de rizos enhebrados con diminutas perlas de siembra.

—Hmmh. —Fue todo lo que dijo el duque, pero ella lo tomó como el mayor de los cumplidos. Se apartó un momento para

recoger una caja de terciopelo de la mesa cercana a su silla—. Estas tal vez añadan un toque final,

Las perlas brillaban en su lecho de seda. Amanda se quedó mirándolas, inmóvil, privada de habla.

—Bueno —ladró él al fin—, ¿las vas a coger o no?

—Estoy convencida de que no —dijo ella roncamente—, pero son muy bonitas. —Levantó las perlas de su estuche casi con reverencia, y tanteó con el broche.

—Dámelas. —El duque apoyó su bastón contra la mesa y tomó las perlas de las manos de ella. Sus dedos temblaron ligeramente contra la fría piel del cuello de ella—. Ya está —dijo, su voz curiosamente animada a pesar de su aspereza—. Hacía muchos años que no ataba un collar de perlas al cuello de una mujer bonita

Amanda se volvió rápidamente y le besó la mejilla.

—Muchas gracias, señor.

Cogió su bastón.

—Vamos, vamos, no te pongas empalagosa conmigo, por piedad — gruñó, pero ella pensó que no estaba disgustado.

Lady Tufnell era un espectáculo para la vista en pliegues de seda púrpura, su turbante a juego ondeando con plumas negras de águila pescadora mientras saludaba a Amanda y aprobaba su aspecto.

—Encantadora —exclamó, sus manos regordetas levantando a Amanda de su reverencia—. Encantadora. —Radiante, se volvió hacia Fitz—. Joven perro afortunado. Su madre está por aquí, ¿la ha visto ya?

Fitz sonrió y dijo que no.

—Pero eso no es de extrañar, señora, entre toda esta gente.

—Supongo que no —dijo ella, mirando alrededor complacida—. Estoy segura de que puedo dejar a la señorita Baldwin a su cuidado mientras saludo a mis invitados restantes. —Bajó la voz—. Un poco más tarde, querida, tengo intención de presentarte a mucha gente interesante e influyente.

—¡Oh, vaya! —suspiró Amanda, mientras deambulaban por las antecámaras en busca de la señora Fitzallan—. Ojalá Su Gracia no hubiera concebido esta idea de querer lanzarme a la sociedad, pero es bastante imposible hacerle cambiar de opinión una vez que se ha decidido.

Fitz le dirigió una mirada inquisitiva.

—Eres una mujer extraña, sin duda. Si hemos de creer a Eliza, ¡es el único sueño de toda joven bien pensante!

—Supongo que sí. —Arrugó la nariz, medio riéndose de sí misma. —. Y por supuesto es muy emocionante, pero no puedo librarme de la sensación de que todo acabará en lágrimas.

De haberlo sabido, lord Laurence estaba pensando algo parecido mientras se encontraba en la puerta del salón de baile brillantemente iluminado. Había tenido la intención de buscar a Eleonor, pero en lugar de eso se encontró observando el estrado de la viuda, donde lady Tufnell estaba ocupada dando a conocer a Amanda a todas las damas más influyentes del momento, entre ellas algunas de las más formidables damas de Almack´s. No tenía ni idea de a qué juego estaba jugando su padre, pero conseguir la ayuda de Lady Tufnell fue un golpe de genio y, a juzgar por la facilidad con la que Amanda se estaba adaptando a su nuevo papel, tenía toda la intención de aprovecharlo al máximo. Pero aún podría arrepentirse de haber sido empujada al primer plano; la sociedad era muy voluble. Los músicos estaban afinando y vio a Fitz salir de entre la colorida multitud para guiarla hacia el baile.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? —observó el señor Simmons, siguiendo la dirección de su mirada—. No quiero parecer condescendiente, por supuesto, pero apenas la reconocería como la misma joven.

—No podría estar más de acuerdo —Fue la cortante respuesta.

Amanda habría sido menos que humana si no hubiera disfrutado, aunque siempre en el fondo de su mente estaba el temor de encontrarse con lord Laurence. Le había echado un breve vistazo lejano cuando llegó bastante más tarde que la mayoría de los invitados, pero él no había hecho ningún intento de buscarla, y desde luego ella no tenía intención de dejar que su comportamiento poco razonable le estropeara la velada. Mucha gente había sido amable con ella y el salón de baile era un escenario mágico, sobre todo cuando la música le hacía sentir ganas de no parar de bailar.



Fue, en efecto, una experiencia inolvidable, como le contó más tarde a la Sra. Fitzallan.

—¡Pero mi mente está en un torbellino! Lady Tufnell es la anfitriona más generosa que pueda imaginarse, señora, pero me ha presentado a tanta gente que apenas recuerdo quién es quién, ¡y vivo con el temor de cometer un paso en falso!

—No debería preocuparle eso, querida —dijo la madre de Fitz con inusual sequedad—. Sabrán quién *es,* que es lo único que realmente importa. A menos que me equivoque mucho, le lloverán las invitaciones. Espero que, con lo popular que va a llegar a ser, no olvide la salida de Mary dentro de una semana.

La respuesta de Amanda fue tan entusiasta que la señora Fitzallan se reprendió inmediatamente por pensar siquiera que su joven amiga pudiera dejarse llevar por las atenciones de tantos nuevos conocidos. Parecía realmente no darse cuenta del gran elogio que se le estaba otorgando. Era de esperar que no saliera lastimada, pues ya su buena fortuna era el centro de muchas especulaciones entre un pequeño pero influyente grupo de la *haut ton*, y algunas de sus conclusiones eran poco amables.

Pero ningún atisbo de cotilleo llegó a oídos de Amanda. No le faltaban acompañantes, y pasó un tiempo considerable antes de que encontrara un momento para tomar aliento, presentar sus excusas a

lady Tufnell e ir en busca del salón de retiro de las damas. Sin embargo, la señorita Berridge fue menos fácil de quitarse de encima. Insistió en mostrarle el camino a Amanda, y sólo con gran dificultad se persuadió de que su protegida podría encontrar por sí misma el camino de vuelta al salón de baile. En efecto, esto resultó más difícil de lo que Amanda había previsto y, después de haber dado una vuelta equivocada de más, por fin se encontró en el invernadero.

Sin tener ni idea de dónde se encontraba éste en relación con el salón de baile, y sin un alma a la vista que la iluminara, se aventuró a entrar. Era como otro mundo, un remanso de tranquilidad inmóvil y húmedo, con la luz de la luna filtrándose por las ventanas góticas. Amanda se hundió agradecida en un pequeño banco entre las frondas de verdor. El sonido de una música lejana se fundía con el débil goteo del agua, y un penetrante olor a tierra asaltó sus fosas nasales. Suspiró, se recostó y cerró los ojos.

El tiempo perdió todo su sentido, pero de repente una curiosa sensación de punzadas le advirtió que ya no estaba sola. Abrió los ojos y encontró a lord Laurence que se cernía sobre ella en la penumbra. Se incorporó, parpadeando.

—Así que aquí es donde se esconde —dijo—. ¿Seguro que su debut triunfal no ha empezado a desanimarla ya?

—En absoluto —respondió ella con un toque de desafío, picada por el sarcasmo de su voz. Sólo estaba recuperando el aliento.

—Bueno, si ya lo ha hecho, estoy aquí para escoltarla de vuelta al salón de baile

—¿Usted? —Ella le miró fijamente en la penumbra, esforzándose por leer su expresión.

Él colocó unas manos firmes bajo sus brazos y la levantó, resistiéndose, hasta ponerla en pie.

—El próximo baile es un vals, y va a ir a la pista conmigo.

—¡Pero es imposible que baile con usted!

Su sonrisa sin humor parecía vagamente amenazadora en la penumbra.

—Siento parecer persistente pero debo insistir. Toda la compañía masculina reunida está clamando por el privilegio. ¿Por qué debería ser yo la excepción?

—Porque usted... —ella cogió aliento—. Ha dejado muy claro que ya no desea mi compañía.

—Ah, pero desear no viene al caso, señorita Baldwin. Si lo hiciera, estaría en cualquier sitio menos aquí, se lo aseguro.

Su tono cortante la intrigó.

—¿Entonces por qué?

—¡Oh, vamos! ¿No puede ser tan ingenua como para suponer que los esfuerzos de mi padre en su favor han pasado desapercibidos? —Su mirada se posó momentáneamente en el collar de perlas e instintivamente Amanda levantó una mano para cubrirlo, un gesto que tampoco pasó desapercibido.

—¿O se ha dejado llevar tanto por la forma en que ha sido recibida esta noche que no ha oído las habladurías?

—¿Las habladurías?

Todavía la sujetaba con fuerza, de modo que ella se vio obligada a inclinarse hacia atrás para poder mirarle; en su rostro levantado, Laurence pudo ver que su boca temblaba y sintió un deseo irresistible de aplastarla bajo la suya. La traición de su propio cuerpo azuzó de nuevo su ira.

—Que mi padre es un viejo tonto que se ha enamorado de una mujer sin escrúpulos lo bastante joven para ser su nieta, y que está permitiendo que ella le lleve de las narices.

—¡Oh, no! —Amanda empezó a sentir que estaba viviendo una especie de pesadilla—. Pero no es verdad. Usted debe saberlo. Usted, por encima de todas las personas, sabe lo imposible que es refutar a Su Gracia una vez que se ha decidido. Además, lady Tufnell nunca habría aceptado... Apadrinarme si ella pensara…

—Lady Tufnell sólo ve lo mejor de la gente, pero hay otros, menos amables.

—Si tiene razón, entonces sólo hay una cosa que hacer: ¡le pediré a Fitz que me lleve a casa de inmediato! —Ella intentó apartarse, pero los dedos de él la apretaron cruelmente.

—¿Y dar a los charlatanes más motivos para chismorreos destructivos? Oh, no, querida. Por el bien de mi padre, si no por el suyo propio, bailará el vals conmigo y mostrará al mundo una cara feliz. Así, al menos, parecerá que no encuentro nada impropio en la relación.

—¡Pues claro que no lo hay! —exclamó ella acaloradamente—. ¡Sabe que no lo hay!

—¿Lo sé? Pero no es a mí a quien tiene que convencer. Vamos, o llegaremos demasiado tarde.

Llegaron al salón de baile justo cuando las parejas se colocaban y él la arrastró en medio de ellas con una floritura. La música era encantadora y su señoría un bailarín muy consumado, pero lo que debería haber sido una experiencia maravillosa fue más bien una especie de tortura refinada; a través de la fina seda de su vestido, la presión de su mano ardía con una intimidad que se burlaba de ella, y mientras la hacía girar, la tensa línea de su muslo presionó contra el suyo deliberadamente, haciendo que las sensaciones más exquisitas la recorrieran.

Era como si la estuviera castigando cruel y deliberadamente por haber tenido éxito con su padre donde él había fracasado, y por aparecer alardeando de su éxito ante sus amigos. Y todo el tiempo exudaba encanto, manteniendo un flujo de charla trivial mientras sus ojos la miraban de una forma que todos menos ella debían tomar por un exceso de amabilidad, pues sólo ella era plenamente consciente de la naturaleza de aquella mirada, y de la forma en que su cicatriz resaltaba lívida.

—Sonría, querida —murmuró, con la cabeza inclinada íntimamente hacia ella, y sonrió, pensando en el duque y preguntándose si la música terminaría alguna vez. Pero cuando lo hizo la agonía no terminó, pues él continuó sosteniéndola con

firmeza mientras abandonaban la pista, aun entablando conversación con ella.



A la señorita Acker decididamente no le hacía ninguna gracia. Ya era bastante mortificante ver a Laurence flirteando con Amanda Baldwin, pero -peor aún- ella misma ya estaba prometida a él para este vals. Se le habían acercado varios caballeros, excelentes bailarines todos ellos, y se había visto obligada a rechazarlos. Ahora se había quedado sin pareja, algo inaudito para ella, y por ello debía sentarse entre una dispersión de sillas vacías, ocupadas sólo aquí y allá por viudas e *ingénuas* no reclamadas, agitando su abanico para fingir cansancio, y llena de rabia asesina.

—Cuidado, Eleonor. —El señor Dustin Everton se había acercado con su habitual sigilo felino, elegante como siempre con ese engañoso aire de hastío—. Su expresión le traiciona.

Olvidando momentáneamente su pose, levantó la barbilla, mirándole fijamente.

—No tengo ni idea de lo que quiere decir.

—¿No? —La sonrisa del señor Dustin estaba teñida de malicia —. Ah, bueno... ¿Puedo? —Indicó la pequeña silla dorada que había a su lado.

Lady Acker, siempre vigilante, se volvió de una absorbente conversación con una amiga situada a varios lugares de distancia, le hizo un gesto brusco con la cabeza y reanudó su narración. El señor Everton tomó este gesto por aquiescencia y se acomodó con cierto cuidado.

—Hacen una pareja extraordinariamente buena —Observó, levantando su copa. Y, al oír el chillido ahogado de rabia a su lado, se volvió, todo inocencia—. Perdóneme. Ha sido una observación sin tacto cuando sus nupcias están a punto de llegar, excepto que su señoría parece muy absorto, no como un hombre a punto de casarse...

La mirada de Eleonor se sintió irresistiblemente atraída de nuevo hacia la pareja que se bamboleaba justo cuando Laurence se inclinaba hacia su pareja de un modo particularmente íntimo. Ansiaba levantarse y salir corriendo, lejos de las insidiosas especulaciones de sir Dustin. Apretó los dientes e intentó no escuchar.

—Extraño, ¿no le parece, cuando se rumorea que apenas se hablan? Pero entonces, sigo olvidando que la señorita Baldwin es casi de la familia, y todas las familias tienen sus disputas, los Hammonds más que la mayoría, excepto que no destacan *por* reconciliarse.

—¡Señor Dustin! —siseó Eleonor desde detrás de su abanico—. Si espera que sea tan indiscreta como para…

—Nada de eso, querida —murmuró él, su voz tan suave como la seda—. Es, como bien sé, el alma misma de la discreción. Ningún soplo de escándalo se ha apegado a usted, y, confío, nunca lo hará.

Bajo su suavidad, la insinuación de amenaza era inconfundible, y los músculos del estómago de Eleonor se contrajeron con ese familiar estremecimiento de miedo. Cómo se deleitaba haciéndole saber que podía, si así lo deseaba, destruirla con una palabra. Sintió que el color le subía por debajo de la piel, oculto a la vista por el despliegue de su abanico que agitó para ocultar un temblor traicionero.

—No se puede decir lo mismo de la señorita Baldwin —Continuó la suave voz—. Está tan llena de sorpresas como la caja de Pandora, y es propensa a causar tantos problemas. Por supuesto,

nunca hay que subestimar a una mujer sencilla: su aparente sencillez puede servir por sí misma como arma. La señorita Baldwin ya ha conseguido mucho: tía cariñosa del heredero del duque, compañera inseparable del propio duque, que ya le prodiga regalos. ¿Quién sabe dónde acabará? —Los ojos del señor Dustin, con los párpados pesados, eran especulativos mientras sostenían los de ella —. Si lo que se oye es cierto, puede que ella aún le preceda a usted al altar. ¿Cree que disfrutará teniéndola por suegra?

¿No podría haber llegado tan lejos? La sola idea era un anatema para ella. No debía serlo.

—Debe estar equivocado —dijo con voz sofocada, su abanico apretado contra su boca, su mirada salvaje encontrándose con la fría de él por encima de su borde—. Su Gracia no... ¡Oh, esto es insoportable! ¡Se lo está inventando para tomarme el pelo!

Pero, aunque las palabras palpitaban con la fuerza de sus emociones, su acusación carecía de convicción. Y él lo sabía. La música estaba llegando a su fin: era el momento de jugar su baza.

—¿Puede permitirse correr el riesgo, mi querida Eleonor? ¿O prefiere depositar su confianza en mí? —Sus ojos la fijaron como una serpiente fija su presa—. Por ciertos favores garantizados,

podría ser persuadido de librarle de ambos impedimentos para su futura felicidad: la dama y su inconveniente sobrino. —Los acordes finales se desvanecieron y, en medio del oleaje general de la conversación, concluyó suavemente—: Bueno, Eleonor, ¿qué dice?

Capítulo 16

Amanda estuvo inusualmente apagada durante los días que siguieron al baile de lady Tufnell. El duque no podía entenderlo y, en consecuencia, estaba irritable. Su debut había ido excesivamente bien: su señoría se lo había confirmado y, aunque no lo hubiera hecho, el número de invitaciones que llegaban a diario era prueba suficiente. La gente incluso había empezado a visitarlos, lo que le complacía menos. Por lo general, se mantenía al margen, pero había sido frustrado por esa chismosa consumada, Sally Jersey, que había venido ostensiblemente a decirle que lady Tufnell recibiría vales para Almack´s en nombre de la señorita Baldwin, pero no se dejó engañar. Esperaba algún soplo de escándalo que llevar a sus compinches.

—Oh, de verdad que no... —Amanda apenas consiguió ocultar su consternación cuando más tarde la felicitó por haber asaltado tan

pronto ese bastión sagrado de la Sociedad—. Es decir, preferiría no ir, señor.

—¿No ir? —ladró—. Mi querida niña, no rechaces los vales para Almack´s. Esas mujeres te crucificarían, ¡las siete! Bueno, no todas, tal vez, lady Sefton y Emily Cowper son demasiado amables para cortarte por completo, pero no te querrían por ello, y desde luego no te ofrecerían una segunda oportunidad.

A Amanda le resultaba imposible decirle que no quería una segunda oportunidad, como tampoco podía decirle lo que se estaba diciendo sobre la naturaleza de su relación. Sintió un repentino y abrumador anhelo de oscuridad.

—¿Supongo que ese hijo mío estaba allí con su falsa novia virtuosa y autocomplaciente?

La voz del duque la arrastró hacia atrás. Era doloroso hablar de lord Laurence, y mucho más de la señorita Acker, cuya medida el duque había evaluado con tanta precisión. Ella dijo brevemente que sí y trató de cambiar de tema. Pero el duque no se dejó engañar tan fácilmente.

—Laurence y tú os habéis peleado, ¿verdad? ¿Es por eso por lo que no he visto ni un pelo de él desde que volví a Londres?

—Reñir es una palabra demasiado fuerte —dijo ella con rigidez —. Es cierto que lord Laurence elige mantener ciertas opiniones sobre mí, lo cual es su privilegio. Yo, sin embargo, no me siento obligada a escucharlas, como tampoco me rebajaré a refutarlas. Si se mantiene alejado por ese motivo, lo siento, pero, a falta de marcharme, no veo realmente qué puedo hacer al respecto.

—Muy bien, jovencita, no hace falta que te ponga de los nervios conmigo —dijo el duque con una suavidad asombrosa—. Así que os habéis peleado. Lástima. Esperaba que entrara en razón antes de que fuera demasiado tarde. El problema es que puede ser tan estirado y testarudo como yo. De hecho, de los tres chicos, supongo que ha heredado los peores rasgos de mi carácter — Observó el efecto de sus palabras y, aparentemente satisfecho, añadió con brusquedad—: Si te sirve de consuelo, también heredó algunos bastante más encomiables de su madre, que es probablemente la razón por la que siempre he tendido a ser duro con él.

Se trataba de una admisión extraordinaria por su parte; de hecho, si ella le había entendido bien, toda su actitud era tan extraordinaria que Amanda se preguntó si se sentía del todo él mismo. Pero él parecía más o menos como siempre, así que ella

contestó con firmeza y sólo con un leve rubor que denotaba sus sentimientos aún alterados:

—Estoy segura de que no tengo ningún interés en lord Laurence, ni en lo que le motiva a comportarse como lo hace.

—Totalmente de acuerdo —aceptó de buena gana, y añadió con un suspiro—: Pero sabes, nunca pensé que echaría de menos sus visitas tanto como lo hago, por breves que fueran.



David también echaba de menos a su tío, y quería saber cuándo vendría.

—Me gustaría que me llevara a montar a caballo. Es divertido ir contigo y el capitán Fitz, por supuesto —añadió ingenuamente—, pero fue el tío Laurence quien me regaló a mi poni.

—Me atrevería a decir que sí, pero lleva una vida muy ajetreada que le deja poco tiempo para los niños pequeños. —Por un momento pareció dolido y Amanda lamentó su innecesaria cursilería. Pero David nunca estaba deprimido mucho tiempo.

Además de montar a caballo con su tío, su última alegría era salir a pasear en un landó abierto con su abuelo, algo que sólo había ocurrido dos veces hasta entonces, cuando el tiempo se volvió inesperadamente cálido. Pero, aunque el duque evitaba deliberadamente la hora de moda, la segunda de estas salidas, en la que Amanda había accedido a regañadientes a acompañarles, coincidió con la visita al parque de un pequeño grupo de equitación compuesto por lord Laurence, Eleonor y un pequeño grupo de amigos. Era lo que Amanda menos deseaba que ocurriera.

David no tardó en reconocer a su tío. Lo llamó excitado y, aunque se calmó inmediatamente al ser reprendido por el duque, el daño estaba hecho. El encuentro no pudo evitarse. El corazón de Amanda se hundió y deseó estar en cualquier lugar menos donde se encontraba. Ni siquiera el hecho de que luciera su mejor aspecto con un nuevo redingote de suave gris azulado, cerrado alto en el cuello y ribeteado con swansdown, hizo nada por levantarle el ánimo, pues no hacía más que gritar a los cuatro vientos su recién encontrada extravagancia. Y mientras lord Laurence cabalgaba hacia el carruaje que la esperaba con la señorita Acker siguiéndolo a regañadientes, se convenció de que la visión de ellos, con un aspecto muy familiar

en el landó del duque, seguramente daría crédito a la peor clase de rumores.

Los momentos siguientes fueron los más largos que Amanda podía recordar, y contenían todos los elementos de una tragicomedia, con el duque altivo e inaccesible, Eleonor apenas capaz de ser civilizada, y ella misma esforzándose por ser invisible. Lord Laurence, tan formal y hermético como su progenitor, se tocó brevemente el sombrero ante ella y ante su padre, antes de prestar toda su atención a David. Fue David quien salvó la situación de la farsa total; bastante ajeno a las corrientes subterráneas que le rodeaban, charló alegremente con su tío y consiguió arrancarle antes de marcharse la promesa de llevarle a montar muy pronto.

Pero era el final de su paseo. El duque ordenó al cochero que les llevara a casa, y en cuanto llegaron se retiró a su habitación, y no se le volvió a ver aquel día.

En el parque, el ambiente estaba igualmente cargado de tensión mientras Laurence y Eleonor cabalgaban lentamente, uno al lado del otro, sin intentar alcanzar a su grupo, cada uno preocupado por sus propios pensamientos.

Laurence estaba viendo el rostro de Amanda, levantado brevemente hacia él, encantadoramente enmarcado por la suave seda azul del ala de su bonete, sus ojos tan abiertos y claros como los de un niño, encontrándose con los suyos con fugaz aprensión. Y la maldijo por tener el poder de conmoverle, incluso ahora. Pero cuanto más intentaba desterrar el recuerdo, más le atormentaba.

Los pensamientos de Eleonor eran más oscuros. Había observado a Laurence con David. Era la primera vez que veía al chico, y ahora sabía a qué se enfrentaba. Había un afecto genuino entre tío y sobrino; era obvio a pesar de las tensas circunstancias. Igualmente obvio era el vínculo entre las tres personas del carruaje, lo que daba cierta credibilidad a las insinuaciones de sir Dustin sobre el cambio de opinión del duque. Pero lo que la había asustado más que todo lo demás fue aquella fugaz mirada entre Laurence y Amanda Baldwin que había revelado más de lo que ninguno de los dos podía saber que estaban traicionando.

En ese instante vio dónde estaba el verdadero peligro - vio también que debía hacer algo antes de que lo arruinaran todo al reconocer su amor mutuo. Y en el mismo instante se dio cuenta de cómo, con audacia y cierto grado de suerte, aún podría ganarlo todo de un plumazo.

Pero la rapidez era esencial. Lo ideal sería dejar el acto para cuando estuviera casada y a salvo, pero ahora no se atrevía a esperar tanto. Faltaba menos de un mes para la boda, pero tiempo suficiente para que Laurence sucumbiera a la tentación de arriesgarlo todo -la censura de sus iguales, por no mencionar la destrucción total de su futura felicidad- huyendo con Amanda Baldwin. Si eso ocurriera, ¡se moriría de vergüenza!

Así pues, de ella dependía evitar que ocurriera... y pronto. Haría falta una cuidadosa planificación, pues había que urdir algo para que al principio pareciera que la señorita Baldwin simplemente había huido con el niño. De ese modo, el duque simplemente se enfadaría mucho, y probablemente instituiría una búsqueda. Sólo más tarde, cuando su matrimonio con Laurence se hubiera celebrado con toda la pompa y ceremonia concomitantes, se revelaría al duque la trágica noticia de las muertes violentas de su nieto y de la señorita Baldwin; y, sabiendo cómo los adoraba, estaba segura de que la conmoción lo mataría, y ella se convertiría en la duquesa de Arlington. *Ése* iba a ser el *pièce de résistance* de su drama bellamente urdido.

Eleonor no tenía ni idea de cómo conseguir todo esto por sí misma, pero la taimada mente de sir Dustin sin duda idearía formas

y medios. Él no había intentado verla a solas desde la noche del baile de lady Tufnell, pero ella no dudaba de que había dicho en serio cada palabra de su sugerencia apenas velada de que la librara del chico y de su tía. Por indignante que pareciera en aquel momento, la idea había permanecido en el fondo de su mente, tentándola con su misma audacia. Ahora, de alguna manera, ella debía tramar un encuentro.

Incluso la insinuación de Sir Dustin sobre el precio que pretendía exigir -y Eleonor se hacía pocas ilusiones sobre cuál sería- contenía una pizca de peligro que la emocionaba y la repelía a la vez. Pero no la disuadió. Confiaba en encontrar alguna forma de frustrarle cuando llegara el momento.

Restablecida su ecuanimidad, Eleonor se propuso que Laurence no tuviera motivos para cuestionar su devoción durante las próximas semanas. Cabalgó un poco más cerca de él y le dijo con una sonrisa:

—Me alegro mucho de haber conocido por fin a tu sobrino, querido. Confieso que me he quedado prendada de él.

Y Laurence, dándose cuenta tardíamente de que había sido poco cortés, hizo un esfuerzo por responder a su conciliadora insinuación con la misma calidez.

—David es un bribón —dijo con una leve sonrisa.

—Sí, pero un niño tan brillante. Espero que podamos verle mucho más cuando estemos casados... Y a su hermana —añadió Eleonor, cruzando mentalmente los dedos.

Extendió una mano para cubrir la de ella donde descansaba sobre el pomo.

—Es muy generoso por tu parte, querida. Soy consciente de que las últimas semanas no han sido fáciles para ti.

—Mamá dice que a menudo es así justo antes de la boda de una — confesó con un recatado aleteo de pestañas.

—Me atrevo a decir que puede que tengas razón. —Laurence guardó silencio un momento antes de preguntar bruscamente—: ¿Qué te pareció mi padre?

—¡Oh, qué pregunta! Confieso que no me resultaría fácil juzgarlo. Apenas conozco a Su Gracia... Y es un viejo caballero tan aterrador que es todo lo que puedo hacer para no estremecerme visiblemente en su presencia —Pero esta cuestión del deterioro de su salud podría jugar a su favor. Dejó transcurrir un pequeño silencio antes de decir con una bonita muestra de preocupación—: ¿Estás preocupado por la salud de tu padre?

—En realidad no. Hace algunos días que no le veo. Quizá haya sido la luz del sol la que ha acentuado la nitidez de sus rasgos y le ha hecho parecer menos ceniciento. Es evidente que le duele menos la gota, pero me preguntaba si su reciente enfermedad le había pasado más factura de lo que pensamos en su momento.

Eleonor sabía muy bien a quién incluía el *nosotros*.

—Bueno, tu padre ya no es un hombre joven —dijo inocentemente—, y la presencia de niños pequeños por el lugar, por muy bien controlados que estén, puede resultar agotadora. Debe ser un consuelo para ti ver a la señorita Baldwin tan a gusto con Su Gracia. Admiro tanto su valentía al enfrentarse a sus malos humores.

—Hmm. Amanda ciertamente parece haber encontrado el camino a través de su armadura. Pero nunca le faltó tenacidad.

Aunque Laurence frunció el ceño, a Eleonor no se le escapó el espontáneo desliz de familiaridad, que sólo sirvió para confirmarla en su resolución. Pero no hizo más referencia a la señorita Baldwin, y en seguida se acercaron con el resto de su grupo. Vio cómo el joven marqués francés hacía girar su caballo y levantaba una mano en señal de bienvenida.

—*Señorita* —la llamó—. ¡Estábamos desolados por si nos hubiera abandonado para siempre!

Su rostro apesadumbrado hizo reír a todos, a excepción de Laurence, que se limitó a curvar un labio irónico.

Era una pena lo de Henri St Jules, pensó Eleonor. Había disfrutado de su breve coqueteo. Pero ya habría tiempo más tarde; las damas casadas gozaban de mayor libertad para dedicarse a esas pequeñas diversiones.



Amanda hizo todo lo que pudo en los días siguientes para ocultar sus recelos iniciales. Y Lady Tufnell parecía tan complacida por los comentarios favorables de sus amigos respecto a su protegida que, si había algún chisme adverso, era evidente que no le hacía caso.

A Fitz le sorprendió que Amanda se tomara el asunto tan en serio.

—Señor, siempre hay algún chismoso. Mamá dice que es el aliento de la vida para ellos, pero no significa nada para la mayoría.

Amanda ya había empezado a darse cuenta de ello por sí misma, del mismo modo que se había dado cuenta de lo imposible que era dar marcha atrás al reloj. Había visitado a su padre dos o tres veces, y se había sentido igualmente fuera de lugar en Upper Wimpole Street, rechazando los intentos de Leticia de conseguir una invitación para Hammond House. Pero de una cosa estaba segura ahora: su padre no sabía nada de ninguna conexión entre el duque y su madre. Así que poco a poco fue aceptando su sentimiento de culpa por haberle quitado tanto al duque, y decidió que la gente tendría que quererla por lo que era, o no quererla en absoluto. Para la noche de la salida de Mary se sentía mucho más alegre. Ni siquiera la presencia de lord Laurence y la señorita Acker pudo disminuir su placer.

Se había decidido muy pronto que en la casa de Mount Street no cabría el número de personas que iban a ser invitadas, pero la querida amiga de la señora Fitzallan, lady Sefton, tenía una sobrina que debutaba al mismo tiempo, y se había ofrecido muy generosamente a organizar una celebración conjunta para las dos muchachas.

—Mary, está preciosa esta noche —dijo Amanda calurosamente al saludar a su joven amiga, que estaba de pie, nerviosa, junto a sus

padres para recibir a sus invitados. El blanco obligatorio podía parecer tan a menudo insípido, pero el sencillo vestido de muselina de Mary le sentaba muy bien, resaltando su pelo castaño bruñido hasta que brillaba. Eliza, a quien se le había permitido asistir en esta ocasión especial, podía parecer un poco más etérea con sus rizos dorados, pero su carácter efervescente sólo servía para enfatizar la dulzura de carácter de Mary.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? —dijo su madre con un grado muy apropiado de parcialidad, complacida al saber que Julia, la sobrina de lady Sefton, aunque era una chica encantadora, tenía apenas la sospecha de un estrabismo.

—Sólo espero no ponerme enferma —susurró Mary, mordiéndose el labio ante el disgusto de su hermana, más gregaria, y la aprensión de su madre.

—Estoy segura de que no lo harás —dijo Amanda animándola —. Prueba a respirar hondo unas cuantas veces. A mí me suele funcionar cuando estoy nerviosa.

—Muy amable por su parte —dijo el señor Simmons, viniendo a ponerse a su lado.

Ella sonrió.

—Bueno, Mary es muy tímida, y debe de ser toda una prueba para ella… Algo de lo que yo me he librado, gracias a Dios.

Seguía llegando gente, y un caballero en particular captó su atención. Era llamativo de una forma un tanto pomposa, y ella recordaba haberlo visto en todas las funciones a las que había asistido.

—Dígame, ¿quién es ese caballero? —le preguntó al señor Simmons—. Debe tener muchos conocidos, porque parece que lo veo allá donde voy.

Theo miró a través de la habitación.

—El señor Dustin Everton —dijo, y algo en su voz hizo que ella se volviera para mirarle.

—¿No le cae muy bien?

—No es un tipo particularmente simpático. Tiene un carácter despiadado cuando quiere. Laurence lo conoce mejor que yo, y no lo soporta. —Theo se volvió con una sonrisa divertida—. ¿Qué le parece eso para desmenuzar un personaje?

—Oh, bueno, se lo he preguntado. Y lo que me ha contado explica mi propio sentimiento hacia él. Nunca nos hemos visto, pero

muy a menudo me lo he encontrado mirándome de una manera que me hace sentir decididamente incómoda.

La sonrisa de Theo se desvaneció.

—¡Que el diablo se lleve al hombre! Le diré unas palabras al oído, si quiere.

—Oh, no. Es usted muy amable, pero realmente no es importante.

Todavía estaban a la vista cuando llegó Lord Laurence con la señorita Acker y su madre. Su señoría estaba inquietantemente guapo en su severo blanco y negro. Amanda observó cómo lady Acker y su hija cumplían las formalidades con una estudiada cortesía y la más leve inclinación de cabeza, pero lord Laurence se ganó su renuente admiración al detenerse un momento con cada una de las jóvenes y dejarlas boquiabiertas.

Toda la velada parecía destinada a transcurrir sin sobresaltos. La orquesta había sido contratada para tocar durante la cena, y había pocas dudas de que al final las dos jóvenes podrían afirmar que nunca les había faltado pareja. Amanda estaba casi igualmente solicitada. Fitz reclamó uno de los bailes campestres y un vals, mientras que el señor Simmons la condujo al cotillón y la entretuvo

con su ingenio bastante gracioso. Lord Laurence no hizo ningún intento de hablar con ella, y mucho menos de sacarla a bailar, y ella se dijo que se alegraba.

Por otro lado, la señorita Acker se mostró sorprendentemente amable cuando se encontró con Amanda entre baile y baile, e incluso llegó a admirar su vestido: un esbelto semivestido de crêpe marfil, fruncido en el dobladillo.

—Madame Fanchon es tan superior a cualquier otra modista, ¿no le parece?

Amanda confesó sin avergonzarse que tenía muy poca experiencia en tales asuntos. La señorita Acker sonrió, complacida al saber que no sólo su propio vestido de flores de melocotón era tan elegante como el de su compañera, sino que su aspecto era tan superior que cualquiera que las viera a las dos juntas no le dedicaría a la señorita Baldwin ni una segunda mirada.

En esto se engañaba a sí misma. Varias personas, al verlas conversar, encontraron que el aire de tranquila elegancia de la señorita Baldwin era más que a la altura de la belleza de la otra. Lord Laurence encontró la comparación aún más dramática. Desde aquel día en el parque se había estado engañando a sí mismo;

ahora, al ver a las dos jóvenes juntas, de repente estaba cegadoramente claro dónde estaba su corazón. La belleza de Eleonor se revelaba como algo superficial cuando se comparaba con la maravillosa quietud y el tranquilo encanto de Amanda; y era Amanda quien llenaba su corazón hasta desbordarlo; quien era todo lo que él deseaba, todo lo que era bueno y verdadero y honesto. La mera idea de verla y no poder tocarla, y mucho menos poseerla, era como un dolor físico. Ahora se daba cuenta de lo poco que *le gustaba* Eleonor, por no hablar de lo poco que la amaba. Y se sintió atrapado. No había forma honorable de librarse de un matrimonio que le resultaba más aborrecible a cada momento que pasaba.

Se dio la vuelta, con la mente revuelta, y no vio a sir Dustin Everton, que le había seguido desde la sala de las cartas. Sir Dustin encontró la pequeña escena que acababa de presenciar de lo más esclarecedora. Si se hubiera tratado de cualquier otra persona que no fuera Hammond podría haber encontrado en su corazón la forma de compadecerse un poco de él. Pero había habido mala sangre entre ellos desde hacía demasiado tiempo como para que sintiera otra cosa que el estimulante anticipo de la venganza.

Capítulo 17

Varios días después, cuando Amanda estaba considerando la posibilidad de llevar a Emily a una excursión al parque a primera hora de la tarde, Sims anunció a la señorita Acker. Apenas tuvo tiempo de ensamblar una sonrisa de bienvenida en sus facciones antes de que ella pasara junto a Sims, con la mano enguantada extendida.

—Espero que no le importe que me deje caer por aquí de esta manera —dijo Eleonor, sonriendo amablemente mientras aceptaba una invitación para sentarse y observaba el pequeño salón que Amanda utilizaba cuando estaba sola—. Qué habitación tan encantadora.

Se quitó los guantes y volvió a centrar su atención en la joven que estaba sentada tranquilamente enfrente, con aspecto de sentirse demasiado a gusto en su noble entorno.

—El caso es que tenía todo preparado para acompañar a mamá a una tediosa tarde musical en casa de lady Arbuthnot… Y entonces, mientras conducíamos por Grosvenor Street, aproveché de repente mi oportunidad y convencí a mamá para que me dejara en su puerta.

Amanda la miró a los candorosos ojos zafiro y esperó, silenciosa y serena, a que continuara. Eleonor, evaluándola astutamente, sabía que no sería bueno subestimar a la señorita Baldwin.

—Hace tiempo que siento que deberíamos conocernos mejor… Después de todo, pronto seremos familia. Vaya, apenas lo creerá, pero no he intercambiado más de una docena de palabras con el duque desde que Laurence y yo nos prometimos...

Sospechando de este aparente cambio de parecer, Amanda dijo:

—Bueno, si desea ver a Su Gracia, me temo que ha elegido un mal momento. Es su invariable costumbre descansar por la tarde y rara vez hace acto de presencia antes de las cuatro.

Eleonor parecía preocupada con sus guantes desechados, alisándolos con dedos cuidadosos. Levantó por fin la vista con una

sonrisa de disculpa.

—Lo sé, me lo dijo Laurence. Para serla sincera, señorita Baldwin, es a usted a quien realmente he venido a ver… Para solicitar su ayuda. Verá, Laurence está tan encariñado con su joven sobrino que siento que me gustaría conocer también a David. ¿Le gustaría...? Es decir, hace un día tan bonito. ¿Cree que podríamos llevarlo al Parque?

—¿Ahora? —Había sorpresa en la voz de Amanda—. De hecho, yo estaba pensando en llevar a Emily...

Eleonor parecía desconcertada.

—¿No puede hacerlo su niñera? Me temo que no se me dan muy bien los bebés. Y ya tendré tiempo de conocer a la niña cuando sea mayor.

—Bueno... —Había renuencia en la vacilación—. La señorita Throstle no ve con buenos ojos que se interrumpan las lecciones de David.

—Pero seguramente —la presionó Eleonor con suavidad—, usted no permite que una simple institutriz le dicte nada.

Amanda se sonrojó ante esta crítica implícita a su autoridad.

—Por supuesto que no. —Se puso en pie—. Muy bien. Le pediré a Sims que haga traer el carruaje. No me llevará más que unos minutos preparar a David.

—No hay prisa, señorita Baldwin. Tómese todo el tiempo que necesite.

Mientras Amanda estuvo fuera, Eleonor paseó por la habitación. Todo iba espléndidamente. Laurence se había ido con Theo Simmons a ver unas carreras, y no volvería hasta tarde. Demasiado tarde, pensó exultante. Cogió una figurita de porcelana y volvió a dejarla en el suelo. Anticuada. Cuando fuera ama aquí, tendría que haber cambios. De hecho, preferiría que Laurence cerrara esta casa por completo; la de St James´s Square era mucho más bonita.

Amanda regresó en un espacio de tiempo notablemente corto con David. Le habían dicho que se comportara lo mejor posible, pero Amanda aún contuvo la respiración cuando él estrechó solemnemente la mano de la señorita Acker y la miró con curiosidad.

—Vas a casarte con el tío Laurence, ¿verdad?

—¡David!

Se escuchó la risa de Eleonor

—¡El querido muchacho! ¡No me molestan sus preguntas en lo más mínimo!

Pero Amanda, sabiendo que esto equivalía a una invitación abierta, lanzó a David una de sus miradas más represivas.

Estaban a punto de marcharse cuando Eleonor sacó una carta de su retícula.

—¿Me pregunto si esto podría entregárselo al duque? No es más que una breve nota en la que le aseguro mis más cálidos saludos y la alegría con la que espero nuestra unión más estrecha.

Amanda, tomándola de ella, sintió que podía hacer una conjetura bastante justa sobre lo que Su Gracia haría de tales protestas. Mientras cruzaron el vestíbulo, le entregó la carta a Sims.

—¿Sería tan amable de ocuparse de que el duque reciba esto cuando haya descansado?

—Se la entregaré personalmente a Su Gracia, señora —dijo Sims con una reverencia.

David parloteaba alegremente mientras se dirigían al parque. No le caía tan bien la señorita Acker como la tía Amanda, pero su extraña educación lo había vuelto filosófico. Amanda le dejaba hablar ya que la aliviaba de la necesidad de entablar conversación

con la señorita Acker. Una vez dentro del parque, dejaron el carruaje y caminaron por la hierba bajo el sol primaveral, con David saltando entre ellos y claramente deseando pisarle los talones. No había demasiada gente alrededor y, por fin, Amanda se apiadó de su inquietud y le dijo que podía correr delante, pero que debía permanecer a la vista.

David no necesitó una segunda orden y, espoleado por los lejanos aullidos de un perro, se puso en marcha al trote hacia los arbustos distantes. Amanda ahogó un suspiro y se preguntó cuán corta sería la estancia que consideraría adecuada antes de sugerir cortésmente que regresaran al carruaje. Los aullidos del perro eran cada vez más frenéticos, y vio que David perseguía ahora el sonido. Ella le llamó, pero él estaba demasiado ansioso como para hacerle caso.

—¡Oh, no! Amanda se recogió las faldas y se volvió disculpándose hacia la señorita Acker—. Perdóneme, tendré que rescatarlo antes de que se haga jirones la ropa.

—Sí, vaya por todos los medios. Yo esperaré aquí. —Eleonor se quedó de pie hasta que Amanda se hubo alejado cierta distancia, y luego la siguió más despacio. Al acercarse a los arbustos, que

ocultaban una pequeña puerta para uso de los peatones, cesaron los aullidos y oyó un grito ahogado, seguido de un golpe sordo, y llegó a tiempo de ver a dos hombres, uno cargando un saco y el otro sosteniendo la figura inerte de Amanda Baldwin hacia un carruaje cercano.

Ya estaba hecho.

Se dio la vuelta de inmediato y se apresuró a volver sobre la hierba, llamando al cochero mientras se acercaba:

—Rápido. Deseo que me lleve a casa.

El cochero estaba claramente perdido.

—Pero... ¿Pero la señorita Baldwin, señora, y el señorito David?

—Haz lo que se te dice, hombre impertinente —le espetó ella —. La señorita Baldwin no vendrá. La he visto marcharse con el chico en un extraño carruaje que claramente la estaba esperando, y sin una palabra de explicación. Nunca me habían tratado de tal manera.

Al principio, Amanda no podía recordar exactamente lo que había sucedido. Le dolía la cabeza tan abominablemente que le resultaba difícil pensar con coherencia, pero era evidente que se encontraba en un carruaje que viajaba a una velocidad suicida, dando tumbos y rebotando sobre el suelo. Sin embargo, cuando abrió los ojos y vio el saco en el suelo a sus pies, la memoria la invadió: el recuerdo de ver cómo lo bajaban a la fuerza sobre David y el perro, y de una mano que blandía una especie de garrote que bajaba para caer con un ruido repugnante sobre el saco que se retorcía antes de ser utilizado sobre ella.

—¿David? —susurró, y luego gritó salvajemente—: ¡David! —Ya estaba deslizándose hacia el suelo, con los dedos frenéticos para desatar el saco. Al instante, una mano grande y áspera salió disparada y, enroscándole crueles dedos en el pelo, la arrastró de nuevo al asiento, con los ojos irritados por el dolor.

—¡Estate quieta! —gruñó.

—¡Quítame las manos de encima! ¿No lo entiendes? Mi sobrino morirá ahogado en ese asqueroso saco.

—¡Sí, y tú te unirás a él, más rápido de lo que crees, si no te estás quieta! —Aterrorizada como estaba de que David pudiera estar

ya muerto, Amanda vio que de nada serviría enfadar al hombre más de lo que estaba—. Por favor —dijo en voz baja—, sólo quiero aflojar el cuello del saco para que pueda respirar más fácilmente... Y para que pueda ver que está bien.

Esto pareció divertirle, pero al cabo de un momento él mismo se agachó, balanceándose con el movimiento de vaivén, desató la cuerda y tiró hacia atrás del saco.

—Bien —murmuro—. Eso es lo que querías. Ahora cállate.

La cara de David estaba enfermizamente blanca, salvo por un largo hilillo de sangre. Pero ella pensó que todavía respiraba. El pobre perrito, sin embargo, no tenía ninguna posibilidad. Ansiaba pedirle respuestas pero temía que el hombre pudiera descargar su ira sobre el niño. En un silencio angustioso, rezó como nunca antes lo había hecho.

Las plegarias de Amanda estaban siendo escuchadas incluso en ese momento, pues el coche de Laurence había pasado por la puerta del parque, viajando en dirección contraria, en el preciso instante en que ella y David eran secuestrados. Laurence conducía deprisa, sin mirar ni a derecha ni a izquierda y, percibiendo su estado de ánimo, Theo Simmons hizo pocos intentos de conversar con él. Una lástima.

Había estado deseando ir al molino, pero se arriesgaría a decir que no había sido la cancelación lo que había hecho que su amigo se cruzara de brazos tan fuera de sí. Laurence llevaba días desolado y, aunque se podía adivinar la causa, haría falta ser más valiente que él para expresar su simpatía y mucho menos para ofrecerle un consejo.

La atención de Theo se desvió hacia la escena que le rodeaba y, de repente, sus sentidos se pusieron en alerta.

—Por el amor de Dios para! —Theo, olvidada su refinada amabilidad, estaba girando el cuello y gritándole—. ¡Estoy seguro de que acabo de ver cómo metían a la señorita Baldwin en un carruaje contra su voluntad!

Laurence tiró de las riendas y volvió hacia él un rostro lívido.

—Si esto es algún tipo de broma…

—¿Te parece que estoy bromeando? Ves, es ese carruaje, el que se acaba de ir. Gira ahora, y tendrás una buena oportunidad de atraparlo. Si me equivoco, ¡puedes hacer lo que quieras conmigo!

—¿John?

—El señor Simmons podría tener razón, milord. —John se inclinó desde su asiento en la parte trasera, estirando el cuello—.

Dejamos un carruaje atrás y vi a una joven en algún tipo de apuro, aunque no podría jurar que fuera la señorita Baldwin...

La mera posibilidad era suficiente. Laurence maldijo en voz baja y le dijo que vigilara el tráfico. Entre gritos contrariados hizo girar a los caballos, una tarea que requería toda su consumada habilidad. Más adelante pudo ver un carruaje cerrado que levantaba polvo. Casi sin atreverse a contemplar el destino de Amanda si se demostraba que Theo tenía razón, lanzó el canto de su látigo y los caballos, aunque estaban lejos de ser frescos, respondieron como los animales de primera que eran.

Theo siempre se había maravillado de la capacidad de su amigo para conducir rápido, pero ahora la urgencia parecía darle una velocidad adicional. Fue una experiencia que nunca olvidaría. El tráfico se redujo a un mero goteo y pronto los dos vehículos estuvieron solos en un tramo recto de carretera con el curricán acercándose rápidamente. Sólo en el último momento Theo se dio cuenta de lo que su amigo pretendía hacer. Cerró los ojos mientras el curricán pasaba al otro, avanzaba unos doscientos metros y luego giraba para bloquear la carretera.

Hubo un pandemónium mientras el conductor del carruaje paraba desesperadamente, con los dos caballos fuera de control. El conductor, muerto de miedo, se bajó de un salto y echó a correr.

—John, tranquiliza a esos brutos antes de que pateen la caja —gritó Laurence, mientras soltaba las riendas y salía en su persecución, alcanzando al hombre antes de que hubiera recorrido muchos metros, haciéndole caer estrepitosamente y asegurándose doblemente de su cooperación golpeándole en la barbilla.

Theo bajó de un modo más tranquilo, aseguró las riendas a un árbol y se dirigió al carruaje. Mientras abría una puerta, Laurence ya estaba abriendo la otra de un tirón. El hombre que iba dentro había salido despedido hacia delante por la repentina parada y gemía en el suelo sujetándose la cabeza. Laurence lo sacó a rastras, tirándolo al suelo como a un muñeco de trapo, y gritó a Theo que no le quitara ojo de encima.

Amanda estaba tirada en el suelo del carruaje, con los brazos alrededor de lo que parecía un fardo de trapos. Al principio pensó que estaba inconsciente, pero cuando se inclinó para tocarla, ella se estremeció.

—¿Amanda? Dios mío, ¡eres tú!

—¿Laurence? —Su voz era apenas un hilo—. Oh, por favor, ayúdeme. Es David.

Y entonces ella estaba en sus brazos, siendo levantada al aire fresco, sin saber ya dónde terminaba la pesadilla y empezaba la realidad. La dejó suavemente en el borde de la hierba y volvió a por David. Para cuando regresó, ella se había recompuesto y estaba en pie, luchando por quitarse la pelliza.

—Déjeme ver cómo está, milord —dijo, mientras Laurence tiraba del saco para quitárselo, con el patético cuerpecillo del perro aún dentro. Para alivio de Amanda, David ya empezaba a gemir. Ella lo abrazó y le habló tranquilizándolo.

—Me duele la cabeza —se quejó.

—Sí, querido, lo sé —dijo ella roncamente—, pero pronto te tendremos en casa y en la cama.

—¿Papá estará allí? Supongo que la batalla ya habrá terminado...

Levantó su mirada angustiada hacia Laurence.

—Espero que así sea. No sé papá, pero el tío Laurence está aquí.

—Oh, bien. —Suspiró y se quedó dormido.

—Milord, su mente está divagando... ¿estará bien? —Laurence examinó el corte en el costado de la cabeza de David—. Sí, por supuesto. Creo que solo es una pequeña conmoción, pero el sueño pronto se encargará de eso. Él es demasiado pesado para usted, démelo. Lo recostaré en el asiento del carruaje hasta que decidamos qué hacer para llevarla a casa.

Ella entregó su carga con reticencia, y al hacerlo sus manos se tocaron. Ella le miró a los ojos y lo que vio en ellos hizo que su pulso comenzara a latir con fuerza.

—¡Oh, Amanda! —La voz de Laurence estaba cruda por la emoción—. No tengo ni la menor idea de qué va todo esto, pero si te hubiera pasado algo, si yo no hubiera estado donde estaba, si Theo no la hubiera visto… —Se apartó y dejó a David suavemente en el asiento, cuando al momento volvió hacia ella, tenía de nuevo el dominio de sus sentimientos. Sólo por un momento la abrazó, como si nunca fuera a dejarla marchar. En su estado aturdido, ella se aferró a él, y con la cabeza apretada contra su abrigo pudo sentir el golpeteo desigual de su corazón. Enseguida la soltó, pero mantuvo firme la mano de ella.

Theo estaba apoyado despreocupadamente contra un árbol con su pistola apuntando a los dos hombres que habían sido empujados juntos por John Gage. Ahora estaba a un lado, igualmente armado y dispuesto a hacer lo que fuera necesario.

—Señorita Amanda —dijo Theo—. Espero que no haya sufrido daños.

Amanda sacudió la cabeza e hizo una mueca de dolor.

—Gracias. Sólo estoy un poco agitada. Creo que le debo a usted mi salvación.

Él le dedicó una de sus lentas sonrisas deliberadas.

—Solo fue pura casualidad, señorita. Y me siento feliz de serle útil.

Ella les contó lo de David corriendo tras el perro.

—Supongo que el pobrecito fue colocado en los arbustos como una especie de señuelo, pero ¿por qué? ¿Por qué a nosotros? Uno sólo puede estar agradecido de que la señorita Acker no fue tomada, también…

Laurence frunció el ceño.

—¿Eleonor estaba con usted?

—¿No lo dije? Lo siento. Aún estoy bastante confusa. — Amanda hizo todo lo posible por explicarse coherentemente, y él la escuchó sin hacer comentarios.

—Bueno, Laurence, ¿qué vamos a hacer con esta pareja de secuestradores? —preguntó Theo.

—Eso depende de... —Laurence giró a Amanda para que le mirara—. Creo, querida, que es mejor que vuelva para vigilar a David. Podría asustarse si se despierta y no hay nadie para tranquilizarlo.

Aún le costaba creer que aquellos suaves tonos fueran para ella. Todo parecía tan confuso. `

—¿Qué van a hacer con ellos? —preguntó, con una rápida mirada de repulsión a los dos hombres.

—Nada, si valoran su miserable pellejo y cooperan. Sólo me interesa la persona que está detrás de todo esto.

Había una implacabilidad absoluta en sus modales que aterrorizó a Amanda, reconociendo como lo hizo que nada le desviaría de su propósito. Se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás. David seguía durmiendo y ella se sentó tranquilamente a su lado, todo pensamiento coherente, todo sentimiento adormecido.

Cuando Laurence regresó, era amable pero ella percibió que una parte de su mente estaba en otra parte.

—John Gage va a llevarla a casa ahora, querida. Siento que deba viajar en este carruaje, pero no hay alternativa con David como está. Theo vendrá con usted para verla a salvo en casa y explicarle los asuntos a mi padre.

—¿Y usted? —preguntó ella, volviendo toda su aprensión.

—Vendré a verla un poco más tarde —dijo él, sin que su rostro delatara nada.

Ella sabía con absoluta certeza que su mente estaba puesta en la venganza.

—Por favor, no —le imploró ella—. ¡No arriesgue su vida por lo que podría haber sido! Estamos a salvo. Seguramente eso es lo único que importa. —Pero ella sabía que para él no lo era.

—Calle —dijo él—. Despertará a David.

—Sigo pensando que debería ir usted —dijo Theo.

Laurence le puso una mano en el hombro.

—Estaré bien. Y necesito saber que Amanda y David están en buenas manos.

A Amanda le pareció que la miraba como si fuera la última vez. Luego cruzó rápidamente hacia el curricán. A través de un borrón, ella lo vio sumergirse mientras él se balanceaba, y luego se alejó, con los caballos descansados y ansiosos por partir de nuevo.



Laurence condujo rápido y pronto estaba girando entre altos postes. Un corto camino se curvaba hasta la fachada de una casa señorial cuadrada. Había un jardinero anciano trabajando en un parterre cercano. Él levantó la vista con aire incrédulo y Laurence le llamó para que sujetara los caballos.

Subió los escalones en dos zancadas y tiró de la campanilla, oyendo en algún lugar a lo lejos un tintineo hueco. En seguida apareció un criado. Parecía reacio a admitir al forastero y preguntó quién debía decir.

—Yo mismo me anunciaré —dijo Laurence, pasando junto a él —. Sólo señale el camino.

—Supongo que será un honor —dijo el señor Dustin desde la escalera—. Suba, Hammond, ahora que está dentro, y dígame qué

puedo hacer por usted.

—Oh, creo que ya sabe por qué estoy aquí. Esperaba a alguien, pero no a mí, creo.

Algo en el tono de su voz hizo que el señor Dustin le mirara, con los ojos entrecerrados. Luego inclinó la cabeza y le condujo a un salón grande y ricamente amueblado del primer piso.

—¿Debo entender que ciertos asuntos... No salieron del todo según lo previsto? ¿La dama se acobardó, tal vez?

—¿La dama? —Laurence se abalanzó sobre la palabra.

—¡Ah! Eso fue descuidado de mi parte —La suavidad del señor Dustin se vio desmentida por un leve tic en la mejilla.

—Lo fue. Tales errores suelen resultar fatales. ¿Pretende decirme el nombre de la dama? —Pero incluso mientras hablaba, Laurence lo sabía. Tenía una imagen mental de Eleonor hablando intensamente con el señor Dustin en el baile de lady Tufnell, discutiendo con él bajo los árboles del Parque, y cuántas otras veces no lo sabía. Eleonor también había estado en el Parque con Amanda y David aquella misma tarde, pero había escapado a su destino...

—Veo que ha hecho la conexión —dijo la voz suave y melindrosa—. En realidad es muy sencillo. Su futura esposa, mi

querido Hammond, lo quería todo, y esos dos se interpusieron en el camino de su desmesurada ambición. Si la señorita Baldwin no se hubiera ganado el favor del duque, posiblemente habría esperado su momento...

Laurence apenas podía confiar en sí mismo para hablar.

—¿Ella acudió a usted, o le ofreció sus servicios?

—Un poco de ambas cosas, supongo. Pero hay un lado de Eleonor con el que quizá no esté familiarizado, alentada, sin duda, en su juventud por ese salvaje hermano suyo, recatada en la superficie, pero en el fondo… Bueno, siempre he sospechado que debía de ser el tipo de niña que se deleitaba arrancando las alas a las moscas...

—¡Basta! —Laurence no escucharía más—. No se salvará arruinando el carácter de Eleonor. Ella tendrá que responder ante mí más tarde. Pero aún así fue usted quien planeó y llevó a cabo el secuestro de la señorita Baldwin y de mi sobrino, y es a usted a quien ahora quiero pedir cuentas.

—¡Qué melodramático! —El señor Dustin estaba ahora pálido, su sonrisa forzada en desacuerdo con el débil parpadeo de miedo en sus ojos—. ¿Y qué va a ser, espadas o pistolas?

—Cualquiera de las dos se ajustará a mi propósito, señor Everton. La elección es suya.

La reverencia del señor Dustin fue infinitamente cortés. Caminó hasta un gran armario y volvió con un par de finas espadas de duelo.

—Éstas, creo. Pertenecieron a mi padre, y a menudo he anhelado probarlas en serio. —Había un atisbo de bravura en su sonrisa—. Hemos cruzado espadas dos veces, usted y yo, y en ambas ocasiones me ha superado, pero tengo la impresión de que mi suerte está a punto de cambiar.

—No si puedo evitarlo —dijo Laurence sombríamente.

En silencio, apartaron los muebles, se quitaron los abrigos y las botas y se remangaron. El señor Dustin preguntó con escrupulosa cortesía si la desvaída luz de la tarde que entraba por la ventana era suficiente para sus necesidades y recibió un brusco asentimiento. Finalmente, ofreció a Laurence la primera elección de arma.

—Ya que son mías. No quiero que piense que me he aprovechado lo más mínimo.

Laurence sacó la espada más cercana de su vaina y la encontró bellamente equilibrada. Asintió secamente.

Se enfrentaron en silencio y con sólo el más breve de los saludos las espadas chocaron, acero chocando contra acero. Sir Dustin fue rápido, presionando con fuerza con la esperanza de una rápida penetración en la guardia de Laurence, pero sus reacciones fueron igualmente rápidas y sólo una vez, al coger la espada en alto, forte sobre forte, la punta recorrió su brazo, rozándolo ligeramente. La sonrisa de Sir Dustin apareció en sus labios, pero Laurence no se amilanó.

Ninguno de los dos podía recordar cuándo había surgido la animadversión entre ellos, sólo que siempre había estado ahí, un choque instintivo de temperamentos fomentado a lo largo de los años por el insulto velado y el contra insulto que ahora encontraba su expresión en la acción. Poco a poco Laurence empezó a presionar su ventaja, y las estocadas de Sir Everton se volvieron más salvajes; gotas de sudor resaltaban en el labio y la frente mientras esquivaba una y otra vez.

—¿Quería matar a Amanda y a David?

Una risa ahogada fue la única respuesta. La hoja de Laurence se deslizó a través de la guardia del otro, se clavó entre el brazo y el

pecho desgarrándole la camisa y sacándole sangre... Y se retiró. Repitió la pregunta.

—¿Qué... Cree? —El pecho del señor Dustin se agitó con el esfuerzo. Las espadas chocaron, se sostuvieron y se desengancharon. Sabía que le estaban perdonando la vida deliberadamente hasta que hubiera respondido a satisfacción de Hammond—. Pero no hasta después de su boda —jadeó, el único triunfo que le quedaba ahora era hacer el mayor daño posible al orgullo de su rival—. Eleonor lo calculó todo, ¡esperaba que la conmoción pudiera matar... A su padre!

Dio una última estocada salvaje en carte que fue parada al instante en medio círculo. Su espada salió disparada y él se tambaleó contra la mesa, con la punta de la hoja de Laurence apoyada en su garganta.

—Demasiada... Suerte —jadeó, sintiendo que el corazón le iba a estallar, el dolor en el costado una agonía palpitante. Vio el rostro adusto de Laurence a través de una niebla de sudor y miedo—. Bueno... ¿A qué está esperando? Por el amor de Dios, hombre... ¡Acabe con esto!

Laurence parpadeó el sudor de sus propios ojos mientras contemplaba el rostro blanco, descarnado de terror, vio la camisa desgarrada que rezumaba sangre sin cesar. Por un instante dudó, luego arrojó su arma a un lado y cogió su abrigo y sus botas.

—¡No vale la pena matarle! —dijo—. Sólo manténgase fuera de mi camino en el futuro.

Capítulo 18

La casa del duque estaba en estado de shock.

Sims, con toda inocencia, había entregado en manos de Su Gracia la carta que le entregó la señorita Baldwin, y estaba a punto de abandonar la habitación cuando un sonido como el bramido de un toro enfurecido cayó sobre sus oídos.

El duque exigió una explicación, y al enterarse de que la carta, en la que se le informaba de que ella ya no podía tolerar que las habladurías juntaran su nombre con el de él, y que había decidido llevarse a David y marcharse por un corto tiempo para considerar su posición, había sido entregada al mayordomo por la propia Amanda cuando salía a dar un paseo en coche con la señorita Acker, su dolor encontró expresión en una furia tan impresionante que incluso Parsons se encogió en un segundo plano.

Fue en el momento álgido de esta perorata cuando un Sims muy conmocionado fue llamado a la puerta principal, donde encontró al señor Simmons sosteniendo a la señorita Baldwin, con John Gage justo detrás, cargando al inconsciente David.

Para cuando llegó lord Laurence, el médico ya se había ido y tanto David como el duque habían sido llevados a la cama; este último, sedado, había quedado al borde del colapso por el breve relato de Theo de lo sucedido, y sólo se había salvado porque el médico le había asegurado que no se había producido ningún daño duradero y que David se recuperaría muy bien.

Amanda se había negado a ser sedada, y Laurence la encontró en ese momento en el pequeño salón. Estaba sentada mirando fijamente al fuego, y parecía abatida, indefensa... y completamente cansada. Su angustia encontró voz y al instante ella se puso en pie y corrió hacia él.

—¡Oh, milord, estáis a salvo! —Y, aliviada al verle aún de una pieza, rompió a llorar.

Olvidado su propio cansancio, los brazos de Laurence la rodearon, aplastándola contra él. Y entonces sus labios reclamaron los suyos. Amanda pensó que su corazón se desbordaría de pura

alegría, porque esta vez no había dudas; el ardor feroz de su beso era prueba suficiente.

—¡Me amas! —exclamó roncamente, traicionando su asombro —. ¡Realmente me amas!

—¡Claro que te amo! He estado enamorado de ti desde aquella visita al campo, pero fui demasiado terco para reconocerlo. Aguijoneaste mi conciencia, me hiciste mirar mi propio egoísmo, y no estaba seguro de que eso me gustara. Además, estaba celoso… De Fitz, al principio, y luego de mi padre. Parecía haber un vínculo entre vosotros que me molestaba.

—Y estaba Eleonor —dijo en voz baja.

—Cierto. Cuando te vi con Fitz de repente me hizo reconocer dónde estaba mi corazón, pero no podía decirte nada: estaba comprometido con Eleonor, y no parecía haber forma de resolver la situación con honor. Si hubiera adivinado la mitad de lo que ella estaba tramando...

—¡Oh, por favor! No quiero ni pensar en eso ahora!

—Ni yo. Ya hemos perdido demasiado tiempo —murmuró él, mientras ella se acurrucaba en su pecho—. Pero todo eso ha llegado a su fin. A partir de ahora, no volveré a perderte de vista... ¡Nunca!

Esto le había provocado una risa trémula.

—¿Nunca jamás, milord? —repitió ella—. ¿No podría eso plantear algunos problemas?

Como respuesta, él volvió a besarla de la manera más completa y satisfactoria, y había continuado haciéndolo hasta que ella se sintió mareada por la embriaguez que le produjo, y el alivio se diluyó agradablemente en la suave idiotez de la charla amorosa.



Mucho más tarde, sin embargo, reveló todo el alcance de la traición de Eleonor, y el papel de Sir Dustin en su ejecución, y Amanda se estremeció al pensar lo cerca que ella y David habían estado de la muerte.

—Aun así, me alegro de que no mataras al señor Dustin —dijo —. ¿Y la señorita Acker?

—Eleonor no tiene por qué preocuparte —dijo él bruscamente —. Cuando haya acabado con ella, dudo que Londres vea a los Acker durante muchos largos años.

La señora Fitzallan vino a ver a Amanda, llena de las alocadas especulaciones que corrían entre los cotillas, a raíz de la noticia que había aparecido en la *Gaceta* en la que se decía que el matrimonio entre lord Laurence Hammond y la honorable Eleonor Acker no se celebraría, de mutuo acuerdo. El anuncio había sido seguido por la rápida salida de la ciudad de los Acker.

—¡Qué barbaridad! —exclamó cuando Amanda le dio una versión cuidadosamente expurgada de lo que había sucedido, relatándolo como una estratagema maliciosa que había salido mal, sin ninguna insinuación de su verdadero horror—. Qué perversidad que intentara haceros daño a usted y al pequeño David de esa manera. Uno se pregunta cómo pudo esperar tener éxito. Pero al menos ha permitido a lord Laurence liberarse de sus garras… —Sonrió a Amanda—. ¡Oh, querida, no puede hacerse una idea de lo feliz que estoy por usted! Y puede contar con mi absoluta discreción: no diré ni una palabra. Esperemos que surja un nuevo escándalo que despierte el interés de la gente. A propósito de eso, Fitz me ha dicho que hay todo tipo de rumores sobre el señor Dustin Everton en los clubes en estos momentos … Ha estado bastante enfermo, al parecer, y se ha ido al extranjero a recuperarse.

Amanda se preguntó si la señora Fitzallan podría estar insinuando una conexión, pero desvió hábilmente la conversación hacia Mary, y las historias sobre el último pretendiente pronto ocuparon los pensamientos de su madre excluyendo todo lo demás.

David volvió a ser él mismo muy pronto, y su exuberancia natural ayudó a la recuperación del duque. Éste se mantuvo firme, pero, aunque sin duda acogió con satisfacción la noticia de que Amanda iba a convertirse en su nuera, sus bruscos modales parecían carecer algo de su antiguo fuego. Amanda, que antaño había tenido más motivos que la mayoría para temer su lengua, le dijo tristemente a Laurence que le recordaba a un viejo ciervo impotente esperando su hora de morir.

—No lo creas, querida —dijo él—. Viejo ciervo o no, aún le queda mucho hasta su final, ya lo verás. Mientras tanto tengo un pequeño asunto pendiente, y como estabas en el comienzo del mismo creo que deberías estar allí para presenciar su finalización.

La cogió de la mano y la condujo al gran salón donde había conocido por primera vez a Su Gracia, hacía toda una vida, o eso parecía. El duque estaba sentado en la misma silla, lo que le produjo una inmediata sensación de *déjà vu*.

—Señor —dijo Laurence con más inquietud de la que había esperado sentir—. Tengo una confesión que hacer...

—¿De verdad? —Las cejas desgreñadas se juntaron, mostrando algo del viejo estilo—. Bueno, adelante con ello. No es propio de ti vacilar.

—No —admitió su hijo con ironía—. El hecho es que desde el primer día que Amanda llegó aquí le he estado ocultando algo, y quizás ahora sea tan buen momento como cualquier otro para rectificar las cosas… —Sacó una carta de su bolsillo y la puso en la mano de su padre. Amanda la reconoció al instante y su corazón dio un salto—. Es la última carta de Steven, padre —dijo en voz baja—. No la destruí como usted pensaba, no me atreví a hacerlo. En su lugar, tiré uno de los otros papeles.

El duque se quedó inmóvil, mirándola. Amanda le deseó que dijera algo, pero no hizo ningún movimiento. Al cabo de un momento, Laurence le hizo una señal para que se marcharan.

—Lo que decida hacer con ella, —concluyó—, depende de usted.

Era el final del verano en Hammond Grange, y los acontecimientos de mayo, si no olvidados, al menos empezaban a desvanecerse de la mente de Amanda. Era imposible detenerse en ellos cuando había tanta felicidad a su alrededor.

En cuanto David y Su Gracia estuvieron en condiciones de viajar, todos se habían trasladado a Hammond Grange, y ella y Laurence se habían casado tranquilamente en la iglesia del pueblo, con sólo la familia, la señora Bennett y el personal de la casa, y Theo y Fitz como testigos de su unión.

El sonido de unas risas infantiles atrajo su atención hacia el borde más alejado de los árboles. Laurence y David volvían del río con sus aparejos de pesca. David vio a su abuelo sentado en la terraza, donde pasaba la mayoría de los días cuando hacía buen tiempo. Nunca averiguaron si había leído la carta de Steven, pero Amanda estaba convencida en privado de que sí. Ahora observaba cómo, después de dirigir unas palabras a su tío, David corría por el césped y subía los escalones, donde se le oía explicar al duque cómo había estado a punto de pescar una trucha *imuy* grande!

Amanda, con Emily en brazos, se rió y fue al encuentro de su marido. Al ver a su tío, Emily hizo denodados esfuerzos por soltarse y, cuando la bajaron, se puso en marcha tambaleándose decididamente para lanzarse sobre él. Ya se estaba convirtiendo en una niña vivaracha y precoz, la viva imagen de su madre con su masa de brillantes rizos dorados.

—¡Uh! —exigió, tirando de la pernera de sus pantalones. Y mientras él la levantaba, ella le plantó un beso en la mejilla. Oh, sí, pensó Amanda. Igual que Meredith.

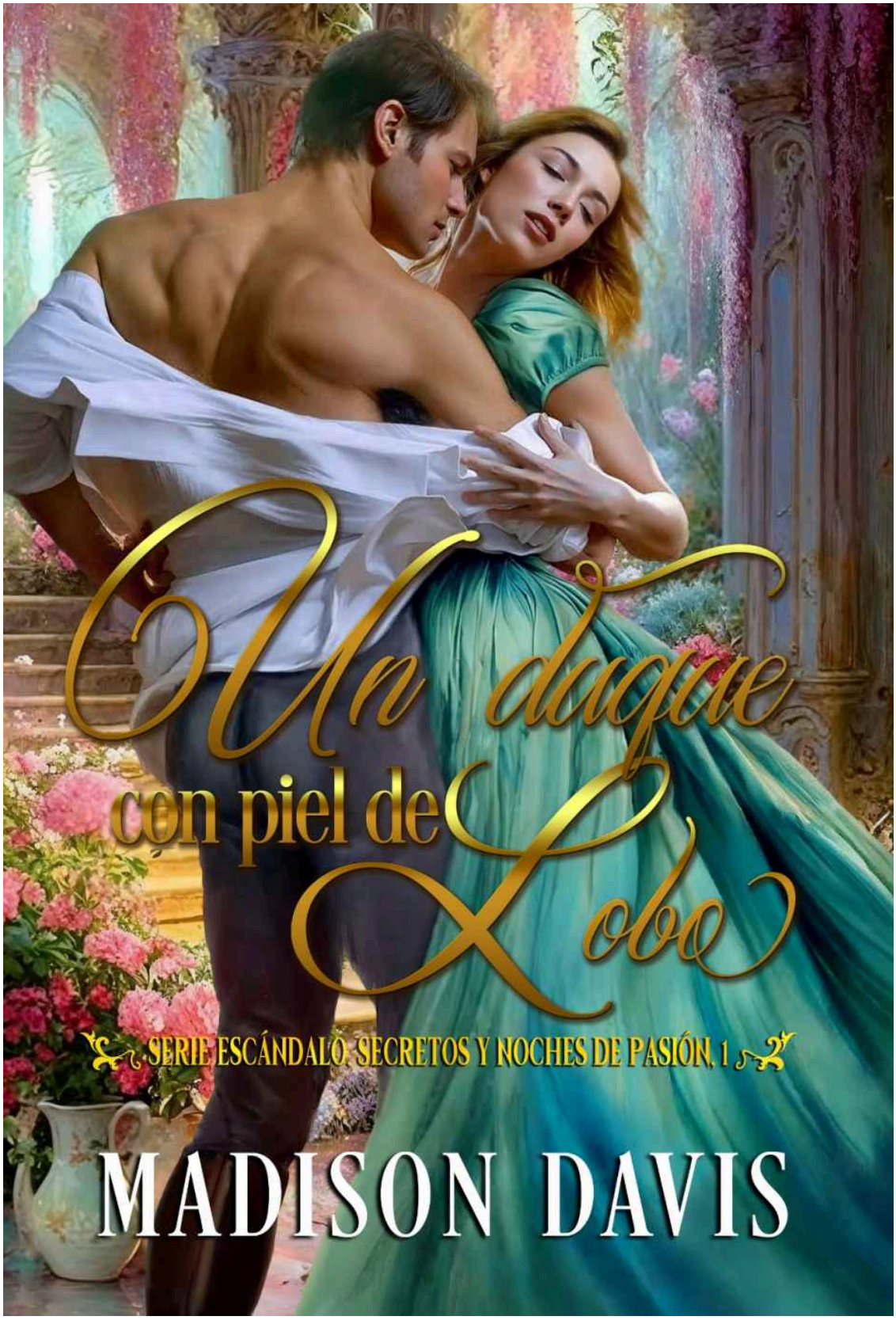
—Emily sí que romperá corazones —observó con una sonrisa.

—Es una niña incorregible —murmuró Laurence en fingida protesta—. Espero que nuestros propios vástagos, cuando lleguen, resulten más conformistas. —Y, con su otro brazo posesivamente alrededor de la cintura de Amanda, se dieron la vuelta y subieron hacia la terraza.

Amanda sonreía para sus adentros al oír sus palabras. Tal vez, pensó, se lo diría esta noche.

Siguiente novela de la autora

Serie Escándalo, secretos y noches de pasión


Un duque
con piel de Lobo
SERIE ESCÁNDALO, SECRETOS Y NOCHES DE PASIÓN, 1
MADISON DAVIS



Él era todo lo que una mujer podía desear, pero también poseía un lado oscuro y peligroso.

Tras la misteriosa muerte de su esposa, el escándalo parece perseguir al duque de Amberville. Solo la señorita Caroline Kingley lo retará acercándose a él, al percatarse de que en su interior hay algo más que oscuridad.

Cegada por el deseo y los sentimientos que empieza a albergar por el duque, Caroline desafía a su familia y termina casándose con él. Es entonces cuando descubre alturas de placer y peligros acechando en cada esquina...

¿Podrá el pasado destruir su apasionada unión? ¿Descubrirán a tiempo si su enemigo es más fuerte que su amor?

Notas

---

[1] El retículo es un pequeño bolso de mano.

[2] Es una bebida propia de la cocina medieval, a base de leche y especias, a veces vino o cerveza. Considerado remedio casero para resfriados.